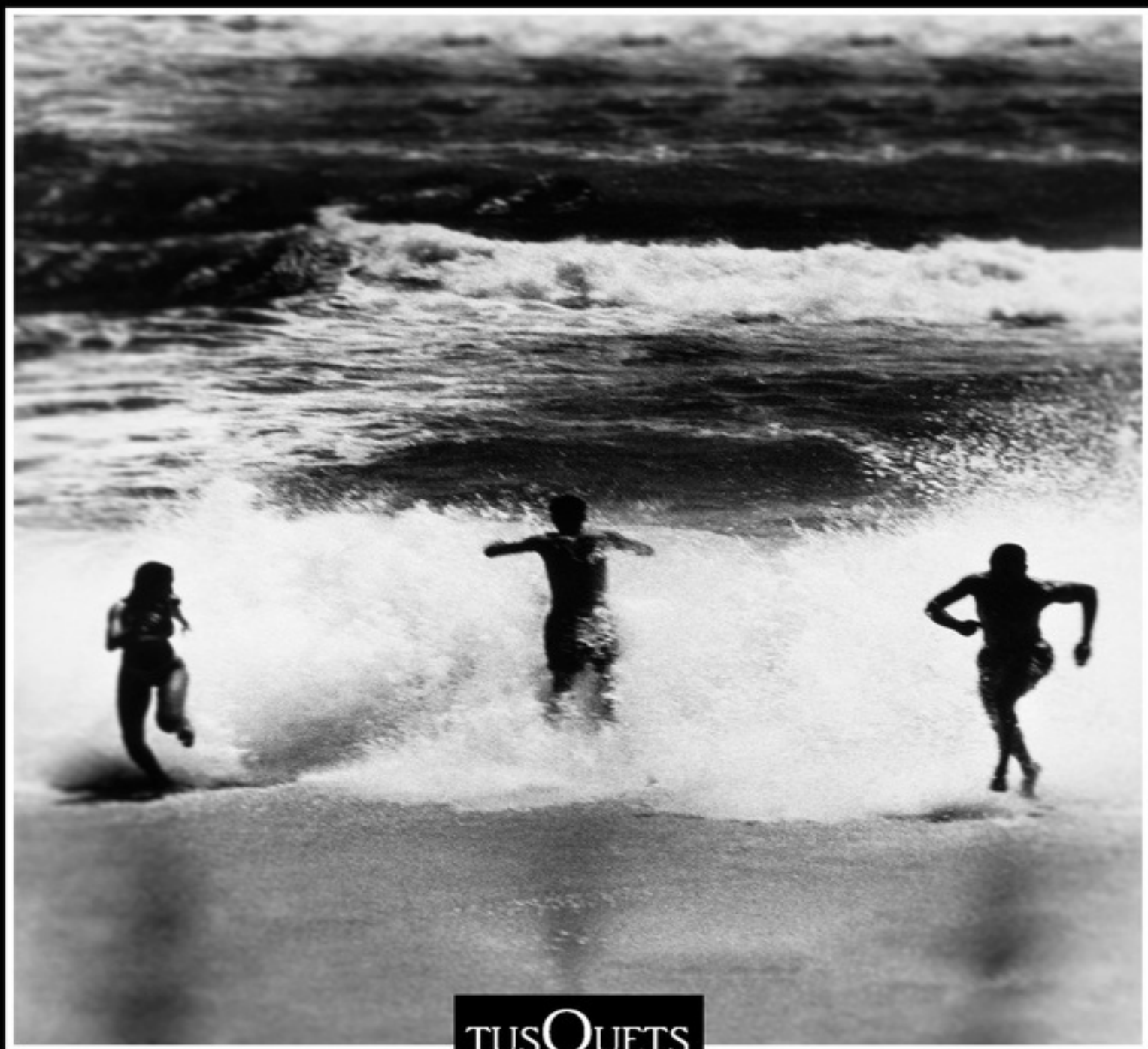


Eduardo Mendicutti

MALANDAR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

PRIMERA PARTE. Viaje de ida

Pureza

Las prohibiciones

Los cazadores de trenes

Prismáticos

Clases particulares

Alguien quiso rescatarnos

Pecados

El hombre de las camisas modernas

Completo

Las calenturas de Elena

Entrenamiento

Eso que salí ganando

La nieve

SEGUNDA PARTE . Viajes de ida y vuelta

Kiwis

La bruma

Pirko en cuerpo y alma

Toro, torero y viceversa

El poniente

Te llamarás Demetrio

La ruta Lobón

El cercado

Cítricos Morató

Bodyshopping

El ministro de Defensa se parecía a mi padre

Temporada

La marea

Fruta bendecida

TERCERA PARTE. Viaje de vuelta

Después del incendio

Créditos

Sinopsis

Toni, Miguel y Elena se conocen y se hacen amigos desde que los tres tienen ocho años. Miguel empieza a ir con Antonio y Elena a la playa, al parque, al cine... Poco a poco, Toni y Miguel van descubriendo una especial relación entre ambos, pero también se confiesan que les gusta Elena, aunque les gusta «de otra manera». Cuando los tres han cumplido doce años, con pocas semanas de diferencia, Toni y Miguel hacen un primer viaje en barca y caminan hasta la punta de Malandar, un lugar prácticamente virgen en el que fantasean con la idea de construirse una casa. Estos viajes se van a repetir a lo largo de sesenta años, a pesar de que las vidas de Toni y Miguel sigan caminos muy dispares.

EDUARDO MENDICUTTI
MALANDAR


colección andanzas

TUSQUETS
EDITORES

A Vicente,
porque nunca fue demasiado tarde

Con esta guerra que les han declarado a los vicios
los hipócritas... ¡Vicio el de estar uno vivo!

Fernando Vallejo, *¡Llegaron!*

PRIMERA PARTE

Viaje de ida

Pureza

Que tuviera cuidado con las mujeres malas, con los hombres fulleros y con las comidas cochambrosas. Eso me repitió mi madre cuando ya estaba a punto de llegar el tren en el que me iba a la capital, a comerme el mundo.

Nunca había viajado en tren la noche entera. Mis padres me acompañaron a la estación y mi madre estuvo todo el tiempo lagrimeando, como las artistas de cine, y suplicándome que tuviese cuidado con las mujeres malas, los hombres fulleros y las comidas cochambrosas, aunque a veces las mujeres eran cochambrosas, los hombres malos y las comidas fulleras. Menos mal que no vio a los que iban en el departamento del vagón de segunda en el que tenía mi asiento: tres gachís minifalderas y teñidas de rubio platino que iban a Madrid a ser artistas, y dos legionarios, uno de ellos mulato, despechugados y con las braguetas como melones de lo estrecho que les quedaba el pantalón. Como el tren venía de Cádiz y pasaba por Jerez a las diez y cuarto, las gachís y los legionarios ya estaban cenando unos bocadillos de arenque que a mi madre le habrían revuelto el estómago. Cuando entré, los cinco se me quedaron mirando como si vieran de pronto al Niño Jesús, y el legionario mulato se pasó la lengua por los labios con mucho recochineo, sin quitarme la vista de encima. Yo dije:

—Que aproveche —y me refería al bocadillo, claro.

Él me preguntó que si gustaba y yo le dije que muchas gracias, que había cenado antes de salir de casa. La verdad es que había comido poquísimo de lo nervioso que estaba, y con los nervios y las prisas casi se me olvida meter en

la maleta aquella foto en la que estábamos Elena, Toni y yo en las dunas de Malandar. Se lo había prometido a Elena y Toni para no olvidarme de ellos mientras estuviera comiéndome el mundo en la capital y hasta en el extranjero, si se encartaba, que se encartaría.

Al cabo de un rato, el legionario mulato, que no paraba de mirarme mientras se pasaba la lengua por los labios, me explicó que su compañero y él acababan de llegar del moro con una semana de permiso, y que en la capital pensaban ayudar a las gachís minifalderas a triunfar en el artisteo o en lo que fuese. Me preguntó si yo también era artista. Le conté que en Madrid me esperaban unos tíos míos y que iba a estudiar periodismo, y que me habían declarado inútil total para la mili por culpa de la miopía. Él me pidió que me quitara las gafas y me dijo que tenía unos ojos preciosos, verdes, de gato. Todos estuvieron de acuerdo. Elena también me lo decía algunas veces.

Nada más terminar ellos de cenar, pasó el revisor a comprobar los billetes, y enseguida las gachís empezaron a ponerse cómodas para dormir. El mulato le pidió entonces a la gachí que se sentaba a mi lado que le cambiara el sitio, y no tardó ni un minuto en apagar la luz del departamento. Le faltó tiempo para ponerse a manosearme por todas partes.

—Venga —dijo—, vamos a quitarnos todo, que aquí hace un calor del carajo.

El otro legionario y las tres gachís se echaron a reír, y todos empezaron a desnudarse en medio de la oscuridad. Yo me quedé en pelota picada en un periquete. Y la verdad es que me lo pasé de miedo, aunque llegó el momento en que no sabía de quién eran los brazos, las manos, las piernas, los labios, las lenguas y todo lo demás. Solo sabía que una cosa era, seguro, del mulato. Con el tiempo me enteré de que esos desparrames se llaman orgías. Están bien.

Por fin la orgía se tranquilizó y me quedé estroncado en un santiamén, tan campante, como un angelito. Ni siquiera me importó que la boca me supiera mucho a arenque.

Pero de pronto, en medio de la noche, me desperté sin saber por qué. El tren estaba parado. Había una luz rara que llegaba de fuera. Me puse las gafas, me vestí, me levanté y salí al pasillo. Allí, medio vestida, estaba una de

las gachís, la más jovencita, y entonces me di cuenta de que seguramente era más chica que yo. Miraba por la ventanilla, extasiada. Yo también me quedé boquiabierto. Todo el paisaje era blanco y la luna llena hacía que brillase como una inmensa duna de plata. Sin decir nada, la muchacha me pasó el brazo por la cintura y apoyó la cabeza en mi hombro, como hacía mi hermana Berta cuando se emocionaba y se sentía en la gloria. Yo no le pregunté ni ella me preguntó dónde estábamos. El mundo entero parecía recién nacido. Aquello sí que me dejó turulato. Aquello sí que me impresionó para el resto de mi vida.

Aquella fue la primera vez que vi la nieve.

Las prohibiciones

Cuando el padre de Elena nos dijo que, el jueves por la tarde, iba a llevarnos de excursión a las dunas de Malandar, enseguida le preguntamos si Toni podía venir con nosotros. Eulogio Ríos, el padre de Elena, nos contestó que por supuesto, pero entonces nosotros le pedimos que fuera él quien hablara con doña Ángela, la madre de Toni, para que le diera permiso.

Toni tampoco tenía colegio los jueves por la tarde, y eso que él no iba a las Carmelitas de la calle Calvo Sotelo, sino a la Pescadería, un colegio que estaba cerca del puerto y al que iban, sobre todo, los niños del barrio de los pescadores. Toni no vivía en el barrio de los pescadores, sino muy cerca de las Carmelitas y de donde vivíamos Elena y yo, así que a mí me parecía muy raro que su madre lo hubiera puesto en otro colegio al que tardaba en llegar andando por lo menos media hora. Una vez se lo dije a mi madre y ella me explicó que cada madre llevaba a sus hijos al colegio que podía permitirse.

Elena y yo conocimos a Toni la primera vez que fuimos al Almacén de Ultramarinos Manuel Gurrea a comprar regaliz y chicles Bazoka. Nosotros estábamos desde párvulos en las Carmelitas, siempre en el mismo curso, pero yo en la clase de los niños y ella en la de las niñas, claro. Hasta preparatorio, Antonia, la niñera de mi casa, o Rocío, la niñera de casa de Elena, o a veces las dos, nos llevaban al colegio por la mañana y nos recogían a mediodía, y nos volvían a llevar a las tres de la tarde —un contradiós, según mi madre, a esa hora todo el mundo debería estar durmiendo la siesta— y nos recogían a las seis. En preparatorio, como ya teníamos nueve años, ya nos dejaban ir y

volver del colegio solos y, un lunes por la tarde, a la salida, nos metimos en el almacén a gastarnos el duro que a Elena y a mí nos daban de paga semanal cada domingo. Allí estaba Toni, detrás del mostrador, sentado en una silla con las patas más altas de lo corriente, haciendo los deberes del colegio.

Toni era el nieto único de Manuel Gurrea, y el hijo único de doña Ángela Gurrea, así que algún día él sería el dueño del almacén de ultramarinos, un negocio que, según mi madre, bien llevado podía dejar un dineral. La primera vez que le escuché eso a mi madre le entendí, aunque no lo dijese, que doña Ángela llevaba el negocio fatal. La explicación podía estar en los disgustos de mucho calibre que la pobre mujer se había llevado en la vida. Eso me lo contó Antonia cuando yo le dije que doña Ángela, la del almacén, tenía siempre muy mala cara, como si estuviera amargada de la vida, y que a lo mejor por eso no llevaba muy bien el negocio. Antonia me dijo que a ver de dónde había sacado yo que doña Ángela llevase mal su negocio, pero que, de todos modos, motivos no le faltaban para no poder centrarse mucho en lo que tenía que centrarse. Su padre, que enviudó pronto, la había obligado a trabajar en el almacén desde muy chica y, cuando pensó que por fin podía librarse de aquella esclavitud, porque se casó con veinte años con un muchacho que era un hacha cortando el pelo y afeitando en una barbería de postín, todos sus planes e ilusiones —Antonia hablaba a veces como en los seriales de la radio — se fueron a pique porque la barbería cerró de pronto sin que los dueños le dieran a nadie muchas explicaciones. Entonces, Manuel Gurrea obligó también a su yerno a trabajar en el almacén para poder él dedicarse a cultivar sus caprichos. A lo mejor por eso el yerno terminó escapándose a Madrid, un verano, con una lagarta que tenía en la capital un negocio de costura y que había pasado unos días de asueto en La Algaida. Yo no sabía lo que era «asueto» y Antonia me aseguró que en los seriales decían muchas veces «asueto» en vez de decir vacaciones. Eso sí, antes de dejar a doña Ángela plantada y amargada para el resto de sus días, le había hecho un hijo que les había salido guapísimo, es justo reconocer la verdad sin racanerías.

Todo el mundo decía que Toni era un niño muy guapo. A lo mejor por eso, o porque nunca viene mal estar a buenas con la dueña de un almacén de ultramarinos por fatal que lo llevase, y que nos caía tan cerca, mi madre

empezó a dejar que Toni fuese algunas veces a hacer los deberes a casa o saliera con nosotros al parque de La Victoria o al pinar de Jaramar o a la playa de El Espadero. Porque, además, Toni no tenía niñera y nunca está de más hacerle una obra de caridad a un niño, sobre todo si el niño era tan guapo, eso decía mi madre. A Elena también le parecía Toni muy guapo.

Un día ya no pude más y se lo pregunté:

—¿Más guapo que yo?

—Bueno..., otro estilo —dijo Elena, saliéndose por la tangente, como mi madre decía cada dos por tres, aunque una vez le pregunté qué eran la tangente y ella cogió un respingo en vinagre, como decía Antonia, y me dijo, ay, niño, no te pongas repipi, yo qué sé.

Doña Ángela, al principio, se resistió mucho a que Toni fuera a casa o saliera con nosotros, era como si le diese vergüenza no tener niñera. La verdad es que el primero que se lo pidió fui yo. A mí me daba un poco de coraje ver a Toni allí tan solo, cada vez que íbamos al almacén, con doña Ángela siempre con cara de estar en el purgatorio, despachando como si eso fuera una mortificación. Y, además, aunque no estuviera dispuesto a reconocerlo ni bajo secreto de confesión, para que no se subiera él a la parra, a mí también me pareció Toni muy guapo en cuanto le vi, guapo en su estilo, Elena tenía razón: muy moreno, muy serio, muy tranquilo, más bajo pero más fuerte que yo, y con aquellos ojos que me parecieron muy oscuros pero que no lo eran tanto, eran también verdes, pero no como los míos, que eran como de gato, sino de color aceituna, como dijo Antonia en cuanto los vio a la luz del día. Él enseguida dijo que sí, que quería venir con nosotros, que además los tres estudiábamos el mismo curso y podíamos hacer juntos los deberes, y le preguntó a su madre que si podía. La madre nunca dejó de poner muchas pegas, por eso Elena y yo le pedimos a Eulogio Ríos que fuera él en persona a pedirle permiso a doña Ángela para que dejase a Toni ir a Malandar.

La punta de Malandar estaba en la otra banda, al otro lado de la desembocadura. Había que atravesar el río en barca, saliendo del puerto de la lonja, y navegar todo el tiempo posible en paralelo a la playa del coto hasta atracar junto a las dunas. Eulogio Ríos, el padre de Elena, se presentó para la excursión hecho un brazo de mar —aunque, en realidad, Eulogio Ríos

siempre iba hecho un brazo de mar, según Antonia—, con pantalones cortos y camisa de color caqui, todo muy planchado, un pañuelo granate amarrado al cuello, como los aventureros de las películas, un cinturón de cuero con cartucheras, como los de los cazadores, pero más fino y elegante, unas alpargatas corrientes pero como nuevas, y una máquina de fotos buenísima que había comprado en uno de sus viajes a Madrid. Para Antonia, el padre de Elena era, con diferencia, el hombre más guapo de La Algaida.

—Pobre Carmen —decía mi madre cada vez que alguien comentaba lo guapo que era Eulogio Ríos.

Carmen era la madre de Elena. Para aquella excursión a Malandar, ella se había encargado de hacer los bocadillos y comprar las gaseosas, por eso Elena, que se había puesto un vestido celeste muy gracioso encima del bañador, llevaba la bolsa de la merienda. Toni llevaba una bolsa de papel de estraza con una tartera con su propia merienda y el bañador. Yo no llevaba nada.

En el puerto de la lonja nos esperaba Salvador, el dueño de la barca *Mi Carmiti*, muy amigote de Eulogio Ríos, aunque Antonia decía que a don Eulogio no le pegaba nada tener un amigote como aquel y mi madre estaba completamente de acuerdo. Salvador se dedicaba a llevar a gente en *Mi Carmiti* a la otra banda, y tenía sus horarios para ir y para volver, pero con el padre de Elena hacía excepciones y estaba a su disposición a la hora que don Eulogio decidiera. Aquel jueves salimos del puerto de la lonja a las cuatro de la tarde y Salvador quedó en recogernos para la vuelta a las ocho.

Mi Carmiti era una barca grande en la que cabían hasta diez personas y tenía un motor que hacía casi tanto ruido como los helicópteros de la base de Rota que a veces volaban muy bajo por toda la desembocadura, como gaviotas verdosas y gigantes que estuvieran a punto de caer en picado sobre el agua para pescar algo y levantar enseguida el vuelo. Salvador era fuerte y calvo, parecía de Fernando Poo —según Elena, que presumía mucho de saber más geografía que nadie— de lo moreno que estaba, le daba muchos manotazos en la espalda, y a veces en el culo, a Eulogio Ríos y manejaba el timón de su barca y trasteaba de vez en cuando en su motor con mucha soltura y seguridad, como si fuera el capitán de un mercante acostumbrado a

navegar por los Mares del Sur, un sitio que salía mucho en las historias de piratas. Aquel día, las aguas estaban tranquilas porque soplaba un poco de levante y había empezado a bajar la marea, y no tardamos ni media hora en llegar a la parte de la playa de la otra banda donde empezaban las dunas de Malandar. A aquella hora, con el sol dándoles todavía de lleno, las dunas parecían bizcotelas montadas unas sobre otras y con el merengue un poquito mezclado con vainilla. Eso se me ocurrió a mí solo, sin ponerme a presumir de nada.

En la punta de Malandar no había nadie. Habíamos visto a algunas personas, muy pocas, en la playa de la otra orilla, tomando el sol o jugando a la paleta, pero como la gente es muy floja prefería no andar por la arena seca hasta Malandar o no le querían pagar a Salvador lo que cobraba por dejarlos donde nos dejó a nosotros. Salvador nos ayudó a bajar de la barca a todos y de Eulogio se despidió con una palmada en el culo. La verdad es que al padre de Elena, tan maqueado y tan planchado él, no le pegaban nada aquellas confianzas.

—Nada de ponerse todavía el bañador, que el sol está aún demasiado fuerte y no quiero que terminéis como salmonetes —dijo Eulogio Ríos.

Toni no le hizo ni caso. Se apartó un poco, se sacó la camisa del pantalón para que le cubriera hasta los muslos, se volvió de espaldas a nosotros, se quitó las chancletas y el pantalón con los calzoncillos con toda la tranquilidad del mundo, sacó el bañador que llevaba en la bolsa de papel de estraza, enseñó un poco el culo al agacharse, y se puso aquel meyba descolorido que cualquiera diría que había heredado de su padre, de lo despegado y grande que le quedaba.

—Toni —dijo Eulogio Ríos, poniendo voz de abogado de bodegas Osborne, que es lo que era—, aquí esta tarde se hace lo que yo diga, ¿queda claro? O te tiro al agua y te vas nadando hasta donde llegues.

Toni se puso a doblar el pantalón con mucho miramiento y, antes de meterlo en la bolsa de papel de estraza, levantó la cabeza, miró a la cara, muy serio, al padre de Elena, y dijo:

—Mi madre me ha dicho que tenga cuidado con no llenar los pantalones de arena y, sobre todo, con no mancharlos de alquitrán. Yo no tengo un

armario lleno de pantalones, como usted.

El padre de Elena no dijo ni palabra.

Toni siempre trataba de usted a los padres de Elena y a los míos. A veces incluso trataba de usted a Antonia, que solo tenía veinte años pero nunca hacía nada por corregirle. Rocío se lo tomaba con más guasa y, cuando a Toni se le escapaba tratarla de usted, ella, muy chuflona, decía, eso, y ahora me hace usted una reverencia. A mí me sonaba raro que Toni llamara de usted a todas las personas mayores, hasta que me di cuenta de que su madre, doña Ángela, hacía lo mismo, y a veces hasta nos trataba de usted a Elena y a mí.

Eulogio Ríos se puso a trastear con aquella buenísima cámara de fotos que se había comprado en Madrid y enseguida empezó a hacer fotografías, apuntando para todas partes y con muchas posturitas, como si estuviera nervioso y quisiera disimular por no haber sabido contestarle a Toni.

Elena, Toni y yo empezamos a subir por las dunas. Yo miraba con mucho cuidado para no pisar ninguna mancha de alquitrán, porque luego era un engorro con alevosía —como decía Antonia, que se pasaba la vida leyendo aquel periódico lleno de asesinatos que se llamaba *El Caso*— limpiar las sandalias o las plantas de los pies, que no había manera, ni con aceite ni con aguarrás rebajado, tanto que a veces había que tirar las sandalias, pero, claro, no te iban a cortar los pies y tirarlos, ni tampoco era plan tirar unos pantalones, por eso yo entendía a las mil maravillas la preocupación de doña Ángela. La playa de El Espadero, muchos días, estaba llena de pegotones de alquitrán, de la porquería que soltaban algunos barcos, pero en las dunas de Malandar no había ninguno. Parecía que las dunas de Malandar estaban recién hechas.

Yo me habría pasado un día entero en aquellas dunas, y eso que tampoco es que fueran el sitio más entretenido del mundo. No había nadie, aparte de nosotros, ni pasaba nada, solo a veces el levante flojito movía un poco la arena. Pero allí se sentía uno como si pudiera empezar a vivir de nuevo.

Nos sentamos en la arena y Elena dijo:

—Es bonito.

—No —dijo Toni—, es otra cosa. Es como para vivir aquí toda la vida.

Yo no dije nada, porque Toni lo había dicho por mí. Así que me puse a dibujar con los dedos caras de mujeres en la arena, que todo el mundo decía que me salían muy bien, y también mujeres de cuerpo entero con vestidos que a mí me parecían muy elegantes, como los figurines de las revistas de moda, sobre todo una que se llamaba *Gran Mundo* y que a veces compraba mi madre, y Antonia y Rocío acababan desgastando de tanto mirarlas y remirarlas. Toni se puso a pintar lo que, según él, era un tanque, aunque a mí me parecía un bizcocho con un cuerno. Elena solo pintaba margaritas, más grandes o más chicas, pero todas iguales, claro.

Al cabo de un rato, Elena preguntó:

—Hasta aquí no llegan los ciervos, ¿verdad?

—Supongo que sí —contestó Toni—. Y jabalíes. ¿No bajan a la playa a veces y hasta llegan a la orilla a beber agua?

Eso era cierto, o al menos eso fue lo que contó en la barca Salvador, mientras íbamos navegando en paralelo a la otra banda. Elena había dicho que menudo susto se llevaría aquella gente que iba a la otra banda a tomar el sol si aparecía de pronto un ciervo con una cornamenta enorme, o una manada de jabalíes, de modo que me quedó claro, y seguro que a Toni también, que a Elena no le hacía ni pizca de gracia la idea de vivir allí toda la vida y que los ciervos y los jabalíes o a saber qué otros bichos salieran un día sí y otro también de los pinares del coto y se quedaran por allí todo el tiempo que quisieran. Y eso que Salvador había dicho que no había ningún peligro, que todos aquellos animales eran pacíficos si no se los provocaba, pero había que ser más tonto que un gazpacho sin pepino, como decía Antonia, para no darse cuenta de que Elena no estaba nada convencida.

—Bueno —dijo Toni—, si a ti te da miedo, nos venimos a vivir aquí toda la vida solos Ernesto y yo.

—Y un mojón con alcauciles —protestó ella. Eso era algo que Rocío, su niñera, decía mucho cuando quería decir que nanay.

Entonces me di cuenta de que el levante se había calmado del todo y allí, en medio de las dunas, al solazo, hacía mucho calor. Menos mal que de pronto el padre de Elena, al que habíamos perdido de vista mientras hacía fotos sin parar, empezó a llamarnos a gritos. Nos levantamos y nos fuimos a

buscarlo, entre otras cosas porque él se había quedado con la bolsa de la merienda que había preparado la madre de Elena; Toni, en cambio, se había empeñado en llevar él su bolsa de papel de estraza todo el tiempo. Cuando vimos a Eulogio Ríos, estaba en la parte baja de las dunas, seguro que no había subido ni dos pasos. Nos llamó para que nos acercáramos.

—Venga —dijo—, voy a haceros a los tres una foto.

Se puso a mirar alrededor y señaló un cartel que había por allí.

—Aquí —dijo—, al lado de este cartel.

El cartel era en realidad un tablón clavado en un palo pintado de verde y bien hundido en la arena. En el tablón, en letras también verdes, ponía: «Prohibido acampar, montar sombreros o cabañas, pernoctar, hacer fuego, evacuar y dejar desperdicios de cualquier clase». Lo recuerdo bien porque aquella fue la foto de nosotros tres que, al cabo de los años, a mí, con las prisas, casi se me olvida meter en la maleta que me llevé la noche que cogí el tren para irme a Madrid a estudiar y a comerme el mundo. La foto la tengo enmarcada en mi mesa de trabajo y la miro todos los días.

En la foto estamos, a un lado del cartel, muy tiesos, muy serios, sin rozarnos, Toni y yo. Al otro lado, Elena, con aquel vestido celeste tan gracioso, tiene pose de señorita de anuncio publicitario y sonríe como si estuviera anunciando una pasta de dientes, sin echarle cuenta a nada ni a nadie, solo a su dentadura.

Después de hacernos la foto, los tres dijimos que ya era hora de merendar allí mismo, a pesar del calor.

—Es mejor que os deis antes un baño —dijo el padre de Elena—. Así os refrescáis un poco y, de paso, metéis en el agua las gaseosas, que si no van a parecer un purgante.

Fue meternos los tres en el agua y cambiar el viento.

—Poniente —dijo el padre de Elena desde la orilla—. Eso es que ha empezado a subir la marea.

En la playa de El Espadero, cuando había bajamar completa, el agua se retiraba casi del todo y solo quedaba la arena mojada y, al fondo, cerca ya del canal por donde pasaban los barcos, una tira verdosa o marrón, a veces con un poco de espuma. Tratar de llegar hasta allí era tonto, porque había que

andar una eternidad y, encima, si llegabas, el agua apenas cubría hasta los tobillos. Pero en Malandar la bajamar no se notaba apenas y uno podía bañarse con el agua hasta la cintura. Así que nos quedamos en el agua un buen rato, porque estaba fresquita y transparente todavía gracias al levante, y jugábamos con las botellas de gaseosa para que se refrescaran un poco, y el padre de Elena no paró en todo momento de hacer fotos, sobre todo a Elena, que estaba monísima con aquel bañador azul celeste que llevaba puesto debajo del vestido azul celeste.

—Señorita celeste —dijo de pronto su padre—, ya se ha remojado usted bastante y empieza a hacer fresco. ¡A merendar!

El padre de Elena tenía razón. El poniente había empezado a soplar cada vez más fuerte y levantaba olas mientras el mar se iba enturbiando como si hubieran empezado a echarle paletadas de arena. Eulogio Ríos dio las instrucciones para que Toni y yo sacáramos y extendiéramos el mantel de hule que la pobre Carmen, como decía siempre mi madre, había metido en la bolsa de la merienda, y Elena se hizo cargo de la fiambra con emparedados de mantequilla y jamón de York, que era lo último y se compraba solo en dos almacenes de La Algaida que lo traían de la Base. Toni se comió su bocadillo de mortadela y nos convidó a todos a chocolate con leche Elgorriaga, su madre le había puesto una tableta de las grandes. Yo le pedí que me diera un poco de su bocadillo, porque me gustaba mucho más la mortadela que el jamón de York, y él no quiso probar nuestros emparedados porque dijo que el jamón de York era comida de cursis y, además, no le sabía a nada. A mí, tampoco. Por eso mi madre compraba siempre mortadela, ella decía que por darle gusto a los niños, y jamón de York solo cuando Eulogio Ríos y la pobre Carmen iban a casa a merendar.

La gaseosa estaba templada, y el padre de Elena la escupió con muchos aspavientos nada más probarla. Menos mal que vimos venir la barca *Mi Carmiti* navegando en paralelo a la costa y Eulogio Ríos dijo:

—Qué bien, ahí viene ya Salvador. Así volvemos antes y me puedo beber en el puerto una caña fresquita.

Pero Salvador no venía para que volviéramos antes, sino para quedarse un rato con nosotros. Cuando Eulogio Ríos, después de dejarse dar un manotazo

en el culo, le dijo que no se pusiera tierno, que él se moría de sed, que se moría de ganas de tomarse una cervecita, Salvador le contestó que ya había pensado en todo y que en aquel cubo lleno de hielo que había bajado de la barca traía unos botellines Cruzcampo, una gaseosa también fresquita para los niños y, por si acaso, una botella helada de manzanilla Barbiana y sus correspondientes catavinos. En aquel momento, a Eulogio Ríos se le quitaron las prisas y pasó de las Cruzcampo y empezó directamente con la manzanilla y a devorar emparedados sin engoñiparse.

Casi se nos hace de noche. Cuando recogimos para subir a la barca, parecía que las dunas estaban a punto de arder. El cielo se había ido poniendo rojo, naranja, azul claro, azul oscuro, dorado. Las dunas, desde donde nosotros las mirábamos, se habían ido oscureciendo como si las estuvieran cubriendo con un cobertor gris para protegerlas, hasta que aquellos resplandores de color fuego empezaron a asomar por encima de la arena como si subieran desde el mar en llamas. Eulogio Ríos sacaba fotos como un descosido. Toni miraba muy serio, conteniendo la respiración, aquel incendio del cielo que parecía que fuera a encenderlo todo. Antes de recoger el hule, la fiambarrera, los desperdicios, para no dejar ni rastro, Toni miró las dunas de arriba abajo, de un lado a otro, y dijo:

—Aquí nos vamos a hacer una cabaña.

—Está prohibido —dije yo, para advertirle de que no iba a ser tan fácil.

Toni entonces solo dijo, muy decidido:

—Ya dejaré de estarlo.

Los cazadores de trenes

Los trenes se veían desde el parque de La Victoria y nosotros nos sabíamos sus horarios de carrerilla, igual que mi madre se sabía los horarios de diario y de domingo de las misas de la prioral.

Mis padres y los de Elena nos llevaban todos los domingos y fiestas de guardar a misa de doce, que era la elegante y la entretenida porque veías a todo el mundo, y Elena y yo nos fijábamos siempre en quién comulgaba y quién no, así descubríamos quién estaba en pecado mortal. El padre de Elena, que según todas las señoras y todas las criadas era tan guapetón y tan calavera, no comulgaba nunca, y Elena se ponía muy tarasca cuando yo, para chuflearme de ella, le decía que su padre seguro que estaba en pecado mortal sin parar y sin dolor de corazón ni propósito de enmienda. La verdad es que yo a veces hasta soñaba con que me iba con Eulogio Ríos a Madrid o a París o a Buenos Aires a cometer pecados mortales todo el tiempo, después de habernos librado de un montón de pelanduscas, pero no se lo contaba a nadie, y menos que a nadie a Elena para que no me llamara mariquita azúcar.

En invierno, después de misa, íbamos al parque de La Victoria y allí jugábamos a cazar trenes, también los jueves por la tarde, porque los jueves por la tarde no teníamos colegio.

—Si llego a saber en qué tren se fue mi padre con aquella lagarta, lo habría cosido a balazos para dejarlo seco —dijo una tarde Toni, muy serio, sin apartar la vista de las vías.

Toni, Elena y yo estábamos apostados detrás de las adelfas que nos

servían de puesto en cuanto se acercaba la hora del paso de los trenes. Lo que no me quedó claro fue si Toni quería dejar seco de un balazo al tren o a su padre.

Antonia y Rocío tenían orden de no perder ni un minuto y nos llevaban al parque en cuanto terminaba la misa, pero, de camino, nos pasábamos por casa de Toni para recogerlo, porque doña Ángela y Toni iban a misa de nueve en las Carmelitas, que a ver qué necesidad había de darse un madrugón todos los domingos, decía mi madre. Antonia y Rocío llevaban las cestas de mimbre con emparedados y medias noches y filetes rusos y tortilla de patatas, para quedarnos en La Victoria a almorzar y a merendar y a cenar, pero Toni seguía llevando su propia comida en su tartera de aluminio, como las de los albañiles, mientras nosotros teníamos ya unas fiambreras muy elegantes de plástico que algunas señoras bien, que las traían de la base de Rota, iban vendiendo de casa en casa para sacarse su dinerito.

Los jueves por la tarde, a las cuatro y media, pasaba un tren de mercancías lento y aburrido al que parecía que en cualquier momento se le iban a desenganchar los vagones, cada uno por su lado. Daba pena dispararle. Luego, a las seis y media, pasaba un tren de pasajeros que solo llegaba hasta Sevilla y volvía a pasar tres horas después, en dirección a Cádiz. Aquel tren circulaba con un cansancio y una resignación que hacían que yo no le viese ningún mérito a dispararle. El único que le disparaba de vez en cuando era Toni, y lo hacía con mucha desgana, pero decía que solo le disparaba para entrenar, porque seguro que su padre no se había ido con la lagarta en un tren que solo llegara hasta Sevilla. Elena se ponía siempre a dispararles a todos los trenes hasta que se cansaba.

El tren con más empaque y que llegaba más lejos era el que pasaba todos los jueves y domingos a las nueve de la noche, cuando ya estábamos a punto de irnos a casa. Era el expreso con destino a Madrid, y el que tenía que coger también todo el mundo si, luego, quería seguir desde Madrid a Barcelona o a París o a Alemania. Seguro que fue en ese tren en el que se escapó el padre de Toni con la lagarta, el mismo tren que yo cogí años más tarde a su paso por Jerez para empezar en Madrid a comerme el mundo.

Toni, al principio, se tomaba con calma lo de dispararle a aquel tren,

porque quería estar seguro de que no se le escapaba vivo.

—Un día le daré en toda la caldera, o en algún sitio igual de fundamental, y reventará como un cochino empachado —decía Toni, pero yo seguía sin saber bien si quería que reventara el tren o su padre. O la lagarta.

—Creo que lo mejor es dispararle flechas con la punta mojada con una sustancia narcotizante, como hacen los indios en las películas con los caballos salvajes —decía muchas veces Elena—. Los indios lo hacen porque así los caballos no mueren y pueden, cuando se recuperan, domarlos y galopar luego con ellos por todo el Oeste hasta el fin del mundo.

Elena a veces era un poco redicha y en eso había salido a su padre, pero Antonia decía que en algo tenía que haber salido a don Eulogio ya que no había sacado ni su guapura ni su fachón ni su estilazo. Toni no estaba de acuerdo con Antonia. A él, Elena le parecía una preciosidad. A mí, también, pero tampoco tanto.

—Pues no le veo yo la gracia a lo de irse al fin del mundo, con lo lejos que eso tiene que estar y con lo bien que se vive en La Algaida —decía Toni.

Por su modo de decirlo, yo comprendía que Toni quería no solo que el tren o su padre o la lagarta, o todos a la vez, reventasen como cochinos empachados, sino enterrarlos en La Algaida convertidos en papilla, y bien enterrados, a millones de metros bajo tierra.

Toni no se atrevía a decir que a lo mejor su padre vivía ahora en Madrid o en París o en Buenos Aires con la lagarta, pero yo estaba seguro de que lo pensaba. A mí entonces me daba él un poco de lástima, pero también me daba coraje que cazase antes que yo un tren expreso, porque yo también quería cazar uno, pero sin que reventase, y domarlo después y ponerlo a doscientos o trescientos kilómetros por hora, como decían que se ponían algunos trenes en el extranjero, para llegar en un periquete a Madrid y a París, y viajar luego por todos los mares y continentes, y cometer pecados mortales las veinticuatro horas del día, a ser posible con Eulogio Ríos, porque él tendría que pagarlo todo.

Antonia, en cambio, cuando jugaba con nosotros a cazar trenes, era partidaria de dispararles a las ruedas.

—Como a los delincuentes —decía—. Se quedan lisiados, sin poder

escapar, y así puedes meterlos en la cárcel sin ninguna dificultad y torturarlos, y terminan mansos como corderitos.

Mi padre, que era muy buena gente según todo el mundo, decía que Antonia se estaba volviendo sádica de tanto leer *El Caso*.

El tren expreso iba siempre de bote en bote y, si no nos escondíamos bien, algunos viajeros nos saludaban, asomados a las ventanillas, como si nos conocieran de verdad. Para disparar contra los trenes teníamos que escondernos con mucho cuidado detrás de las adelfas y así los viajeros no podían vernos ni podían ponerse a disparar contra nosotros. Las vías estaban tan cerca de la alambrada del parque de La Victoria que el Ayuntamiento había tenido que poner un cartel advirtiendo de que allí estaba prohibido suicidarse.

—Es que aquí se ha suicidado mucha gente —dijo Toni la primera vez que vimos el cartel—. O lo ha intentado.

No sé por qué a mí me dio la impresión de que estaba pensando en alguien cuando dijo aquello.

—Ese niño será muy guapo, que lo es —dijo Antonia—, pero a mí muchas veces me da bastante susto.

Luego le fue con el cuento a mi madre, pero mi madre le repitió que todos estamos obligados a hacer obras de caridad y que bastante le había caído encima en la vida al pobre chiquillo. Antonia, de todos modos, hacía aquella obra de caridad a regañadientes, se le notaba mucho, por eso tenía que estar de muy buen humor por lo que fuera —porque el novio la habrá puesto contenta, decía Rocío, la niñera de Elena, envidiosa porque ella no tenía quien le alegrase el cuerpo— para que se decidiera a jugar un poco con nosotros a cazar trenes, ella prefería estarse todo el tiempo leyendo *El Caso* o novelitas de amor que alquilaba por dos reales en el quiosco de la entrada del parque, sin echar mucha cuenta de lo que hacíamos. En La Victoria no ponían cacharritos de feria, como en el descampado del final de La Calzada o en la plaza de La Pescadería, ni las parejitas iban a pegarse achuchones como en la plaza de Isaac Peral, ni podíamos cazar cigarrones o pitijopos, o camaleones, como en el pinar de Jaramar, así que algo teníamos que inventarnos para no aburrirnos como marmotas. Toni siempre era el que decía:

—Vamos a cazar trenes.

Se notaba que les tenía ganas.

Elena a veces quería ser ella la que llevase la voz cantante y se inventaba unos juegos muy raros: a concentrarnos para conseguir que todos los coches que pasaban por la carretera de Martín Miguel fueran de color rojo, a imaginarnos animales que no existiesen para hacer en La Algaida el zoo más original del mundo, a hablar como si viviésemos en las antípodas, pronunciando las palabras al revés. Pero eran unos juegos tan difíciles y tan sádicos, como dijo una vez mi padre, que nos aburríamos enseguida. Así que, en cuanto pasó un poco de tiempo, no hacía falta que Toni dijese nada. Nos íbamos derechos a la esquina del parque donde estaban las adelfas, con nuestras escopetas de cartuchos o nuestros fusiles de balas o nuestras flechas con anestesia en las puntas, todo inventado, a esperar el paso de los trenes.

Los trenes pasaban como manadas de bisontes, con los vagones en fila india, mugiendo como si adivinaran que en cualquier momento podían recibir un balazo mortal o un flechazo envenenado, en medio de una polvareda que era idéntica al polvo del desierto. Elena dejó un buen día de utilizar las escopetas y los fusiles y disparaba solo flechas envenenadas, para ir narcotizando a los trenes poco a poco, decía, y luego tenía la cara dura de burlarse de nosotros porque estaba claro que ni Toni ni yo acertábamos ni por casualidad y ningún tren caía fulminado o malherido ni de chiripa, todos seguían yendo y viniendo como si tal cosa, pero los que ella hería con sus flechas iban todos —ella lo juraba y se quedaba tan fresca— medio mareados.

Si llovía, nos quedábamos en casa. Elena, como vivíamos tan cerca, se venía a entretenerse conmigo, y los dos siempre le preguntábamos a mi madre si Toni podía venir también. Mi madre decía muchas veces que no, que ella tenía una jaqueca horrorosa y que la caridad empieza por uno mismo. Mi madre vive todavía en ese piso, ahora con Berta, que se divorció hace tiempo y se quedó sola porque no tiene hijos, y en el piso todo está como siempre. En ese piso murió mi padre, cuando yo tenía veinticinco años y estaba a punto, según me decía a mí mismo, de empezar de verdad a comerme el mundo. El piso es el principal de una casa enorme, pero de pocas

habitaciones, todas grandísimas, y con una galería que da a un patio en el que entonces solo había una fuente de azulejos sevillanos, siempre seca pero muy limpia, y un tresillo de rejilla que acabaría podrido por el sol y la lluvia. Ahora no hay nada, salvo, de vez en cuando, paquetes de la empresa de mensajería que alquiló el bajo hace tiempo. Mi madre se queja mucho del ajetreo de la empresa y del deterioro de la casa. Antes, en el bajo vivía la viuda de un militar que murió de muerte natural nada más acabar la Guerra Civil, y mi madre decía que había que ver la mala suerte de la pobre señora, si le hubieran matado al marido durante la Cruzada, en el bando nacional, le habría quedado un pasar muchísimo mejor. La viuda del militar también tenía una jaqueca horrorosa casi todo el tiempo, así que no nos dejaba armar mucha bulla, y aquellos jueves y domingo de lluvia nos aburríamos un montón, solo nos quedaba jugar al parchís, a veces hasta Antonia dejaba de leer novelas de amor y jugaba con nosotros, si no tenía el día atravesado. Si conseguíamos que Toni viniera a casa, su madre le recogía apuradísima antes de la hora de la cena, porque Antonia no estaba dispuesta a hacer, aunque la martirizasen o le pagaran un potosí, la obra de caridad de devolver a Toni con su madre.

A mí la casa de Toni me gustaba mucho, sobre todo el patio, con aquellos helechos enormes que siempre estaban húmedos y aquel olor que yo pensaba que era el que debían de tener las cuevas misteriosas. Pero Antonia decía que aquella casa le daba grima ya desde la casapuerta y que por eso nunca consentía en entrar en ninguna de aquellas habitaciones en las que siempre, a la hora que fuese, estaba la luz encendida, con la depresión y la angurria que a ella siempre le entraban en las habitaciones interiores con la luz encendida desde las nueve de la mañana.

—El domingo que viene —decía de pronto Antonia, a finales de marzo o primeros de abril, según cayese ese año la Semana Santa—, a lo mejor empezamos a ir al pinar de Jaramar.

Porque en primavera, conforme empezaba a hacer buen tiempo, dejábamos de ir a La Victoria y nos llevaban a unos pinares que había en la parte de Jaramar, en las afueras de La Algaida, una zona muy elegante donde veraneaban, a menos de dos kilómetros del pueblo, en sus fincas de recreo —

así las llamaba mi madre—, la gente bien del Barrio Alto y la que se daba de gente bien del Barrio Bajo.

A Toni no le hizo ninguna gracia saber que el domingo siguiente a lo mejor íbamos ya a los pinares. Así que miró a Antonia como si ella acabara de escupirle, pero no dijo nada y se fue muy serio, muy tieso, al banco de cemento junto a las adelfas que nos servían de puestos de caza cuando pasaban los trenes. Cuando Elena y yo fuimos a sentarnos a su lado, él nos dijo, sin mirarnos:

—Yo seguiré viniendo todos los días. Desde los pinares no se ven los trenes.

Eso era verdad. Y entonces comprendí que seguía pensando en su padre y en la lagarta todo el tiempo, que seguía pensando en cazar un tren para reventarlo o, por lo menos, para que le llevase a Madrid, o a donde fuera, a cantarles las cuarenta a su padre y a la lagarta con la que se había escapado.

Toni se subió al banco de cemento, miró entre las ramas de las adelfas, sacó el arco y las flechas con anestesia, y se puso a disparar, como un sádico descompuesto, contra las vías del tren, sin importarle que a aquella hora no pasara el expreso y ni siquiera el que hacía el trayecto Cádiz-Sevilla, ida y vuelta. Se le notaba mucho que se moría de ganas de que junto al parque de La Victoria fueran pasando montones de trenes, uno detrás de otro.

Él nunca cazó un tren. Elena, tampoco, porque en el fondo ella estaba de acuerdo con Toni y no le encontraba ni pizca de gracia a cazar un tren para irse al quinto pino, con lo bien que se estaba en La Algaida. El único que acabó cazando un tren, al cabo de los años, fui yo.

Prismáticos

En 1960, los tres cumplimos doce años. Yo era el mayor, porque nací en marzo, y Elena la más joven, su cumpleaños caía a principios de diciembre. Toni los cumplió en pleno verano y lo celebramos, un día que no parecía de agosto por culpa del poniente largo, dentro de la caseta con toldo que entonces montaban en la playa de El Espadero unos empleados de la fábrica de botellas en la que trabajaba mi padre.

Mi cumpleaños lo celebramos en el pinar de Jaramar y fue la primera vez que Toni vino al pinar con nosotros. Él había prometido seguir yendo a La Victoria a cazar trenes y Antonia dijo que para ella era un alivio, pero tampoco es que el alivio le durase mucho tiempo. Yo estuve dándole sin parar la lata a mi madre para que Antonia fuese a recoger a Toni y lo llevase al pinar a celebrar el cumpleaños con nosotros, y Antonia esperaba con toda su alma que doña Ángela no lo consintiera, pero, como Antonia no le encendió una vela a santa Juana de Lestonnac —eso era lo que siempre hacía mi madre cuando pedía algún milagro—, doña Ángela dijo que sí sin rechistar, y por lo visto hasta se le escapó que Toni llevaba semanas casi sin salir de casa.

—¿Has seguido yendo a La Victoria a cazar trenes? —le pregunté a Toni, a sabiendas de que ponerle en el apuro de reconocer que no había cumplido con lo que nos había dicho que haría, o mentir, era una falta bastante grave de caridad.

—Sí —mintió él.

—¿Y has cazado alguno? —le preguntó Elena.

—Todavía no.

Lo dijo en un tono serio y sin achararse, para que a todos nos quedase claro que nos estaba plantando cara y que solo era cuestión de tiempo. A mí me dio coraje que mi falta de caridad no le afectase lo más mínimo, pero enseguida se me pasó porque me gustaba mucho que Toni volviera a estar con nosotros. Al principio, Elena y yo habíamos intentado jugar en el pinar de Jaramar a otras cosas nosotros solos, a veces con Antonia y Rocío, pero ellas enseguida se cansaban y solo querían seguir leyendo *El Caso* y novelas de amor. Habíamos intentado jugar al escondite, a policías y ladrones, a espiar a parejitas que se metían mano por donde había retama y lentiscos, y una vez un muchacho rubio que estaba aplastando a su novia nos descubrió y nos sonrió y nos guiñó un ojo.

En verano, en cambio, en la playa de El Espadero, además de bañarnos todos los días por la mañana o por la tarde, dependiendo de la marea, y siempre dos horas después de comer para que no se nos cortara la digestión, hacíamos castillos de arena, y cogíamos coquinas y muergos con la marea baja, y yo conocí a tres irlandeses de por lo menos veinte años que estaban de turismo y que se ponían unos bañadores tan pequeños que casi se les salía todo.

Mi cumpleaños en el pinar de Jaramar lo celebramos como si no fuera mi cumpleaños. Los mismos emparedados de mantequilla y jamón de York, la misma tortilla de patatas, los mismos filetes rusos, la misma gaseosa. Todo igual, menos un gran tocino de cielo que mi madre había encargado en la Confitería Pozo. Antonia le puso una sola vela, la encendió con una caja de mixtos que ella siempre llevaba por lo que pudiera pasar, y me dijo:

—Hazte a la idea de que son doce velas. Hala, sopla.

En cambio, en el cumpleaños de Toni, doña Ángela casi deja, según Antonia, el almacén sin existencias. Antonia tuvo que cargar con una cesta enorme en la que había de todo, incluso una tarta de chocolate que doña Ángela había hecho con sus propias manos y con sus doce velas que Toni sopló como si fueran trenes y también quisiera dejarlas para el arrastre, para que no pudiera aprovecharlas nadie más. Yo le regalé un tebeo de *El*

Guerrero del Antifaz, y Elena, unos prismáticos de medio pelo que eran de su padre y que Eulogio Ríos dejó de usar cuando se compró aquellos otros carísimos y de mucha potencia. Lo de los prismáticos fue un detalle que Elena tuvo con los tres, no solo con Toni, porque desde la playa de El Espadero, si el día estaba limpio, se veía la punta de Malandar, y un día Toni, a principios de agosto, se había quedado un buen rato mirando hacia allí y de pronto dijo:

—En Malandar hay gente.

—¿Gente desnuda? —pregunté yo, sin necesidad de pensármelo nada.

—No estoy seguro —dijo Toni—. Para estar seguro tendríamos que tener unos prismáticos.

Yo hacía mucho esfuerzo, arrugando mucho los ojos, para poder distinguir algo. En realidad, por culpa de la miopía, ni siquiera distinguía bien la punta de Malandar, toda la otra banda y los pinares del coto y la playa estaban borrosos, como cuando el encargado de borrar en la pizarra las ecuaciones o las figuras geométricas o las frases que había que analizar en clase de gramática no lo hacía bien y la pizarra se quedaba blanquecina y como nublada, y era imposible adivinar lo que antes había estado allí escrito o dibujado, por mucho que uno lo intentase. Ya podía yo arrugar los ojos hasta hacerme grietas en la cara —era lo que me decía Antonia si me pillaba arrugando hasta las amígdalas, según ella, para intentar ver un poco mejor—, que me resultaba imposible estar seguro de lo que pasaba en las dunas.

—¿Y hay jabalíes? —preguntó Elena, con cara de susto.

—Solo hay gente, Elena, tranquila —dijo Toni, que nunca quería parecer que no le hacía caso—. Solo gente. Tres personas, dos con pelo bastante largo, pero no sé si son mujeres. El otro es un hombre, casi seguro. Pero no lo sé seguro del todo porque no distingo si están completamente desnudos.

Yo no lo veía, pero me lo podía imaginar. Porque habíamos visto un grupo de gente en cueros en el pinar de Jaramar aquel mismo año, uno de aquellos días sofocantes de finales de junio, con un levantazo desatado y un calor que nos dejaba a todos aplanados y sin ganas ni fuerzas para poco más que para movernos muy despacio y con mucha mandanga y flojera, sin salir del pinar. El viento se enredaba en las copas de los pinos como una bandada

de murciélagos ardiendo. Caminábamos, arrastrando las sandalias, solo para no aburrirnos. Y así, despacio y con aquella flojera que te chupaba la vida de la cabeza a los pies, nos fuimos alejando, casi sin darnos cuenta, de donde estaban Antonia y Rocío. No teníamos fuerza ni para cuchichear.

Primero escuchamos algunas voces, de hombres y mujeres, y luego risas, solo de mujeres, pero todo igual de desganado o, a lo mejor, sonámbulo. Toni, sin decir nada, pero con mucha seguridad, señaló a nuestra izquierda. Yo sentí que me entraba por el cuerpo un ramalazo de interés y de voluntad, como si acabaran de ponerme una inyección de Bovril, que era lo que decía Antonia cuando de repente le entraba, sin saber por qué, mucha disposición para hacer montones de cosas. Me di cuenta de que a Elena le pasaba algo parecido. A Toni no, él echó a andar con la misma parsimonia en la dirección que había señalado, y Elena y yo le seguimos. Las voces de los hombres y las risas de las mujeres se escuchaban cada vez más cerca, tanto que yo me asusté un poco y me paré, por si nos estábamos metiendo en algo que era solo, como muchas películas, para mayores con reparos o, mucho peor, gravemente peligroso. Pero Elena y Toni siguieron caminando, Toni con mucho aplomo y Elena encogida como un indio espiando a una cuadrilla de vaqueros, y como yo no quería quedarme atrás ni mucho menos quedarme solo, volví a seguirles, hasta que, de pronto, fue Toni el que, levantando el brazo como un sargento, mandó parar, y solo entonces me di cuenta de que allí, a menos de veinte pasos, en una especie de claro que formaban algunos pinos, como si alguien hubiera arrancado de cuajo unos cuantos árboles y echado después arena por encima, había un grupo de hombres y mujeres desnudos.

Bueno, había dos hombres completamente desnudos y tres mujeres a medio desnudar. Los hombres eran muy morenos y las mujeres muy rubias, sobre todo dos, la otra era tirando a pelirroja y tenía una piel muy blanca y con muchas pecas. A mí me parecía mentira que los tuviéramos tan cerca y ellos no se dieran cuenta de nada. Es verdad que nos habíamos escondido en fila india detrás de un pino, pero era un pino normal, con un tronco corriente, así que, en cuanto alguno de ellos mirase hacía allí, nos descubriría. Las tres mujeres, aunque por fin me di cuenta de que también estaban desnudas, se

tapaban un poco con las camisetas o los pantalones de cintura para abajo, pero los hombres no se tapaban nada y yo pensé que, si seguía mirándolos, iba a entrarme calentura como cuando se me infestaban las amígdalas. Así que me puse a mirar aquel cigarrillo liado de cualquier manera que se pasaban los unos a los otros y que hacía que los hombres dijese cosas que no se les entendían y a las mujeres, primero, las ponía en trance y, después, les provocaba una risa cuajona y como lamiosa. Allí podríamos habernos pasado la tarde entera, ellos a lo suyo y nosotros a mirarlos, de no ser porque a Elena debió de entrarle de buenas a primeras por el hisopo una serpentina nerviosa, como decía Antonia, y decidió sin ningún miramiento cambiar de escondite y correr a ponerse detrás de otro árbol, para tener mejor vista, me imaginé, encogida como un estropajillo, pero sin preocuparse nada de si armaba bulla. Uno de los hombres, el que lo tenía todo más grande, la oyó, y se puso de pie, y miró hacia donde estaba Elena, y dio un par de gritos un poco destemplados, como si quisiera espantar a algún bicho, y luego se agachó y cogió unas cuantas piñas y se puso a tirárselas a Elena, y las mujeres se pusieron todas a la vez a pegar grititos, más mareadas que nerviosas o al revés, y Elena y yo salimos corriendo como conejos a los que estuvieran tiroteando, pero Toni no corrió, salió de detrás de árbol y se encaró al que había tirado las piñas, y a todos los demás, y, según él, solo les dijo: «Cochinos». Luego se dio media vuelta, según él con mucha tranquilidad, y nadie le amenazó ni le persiguió ni le tiró una piña ni intentó hacerle nada.

Por eso aquel verano, en la playa de El Espadero, mientras yo arrugaba mucho los ojos e intentaba adivinar lo que pasaba en Malandar, Toni se salió por la tangente cuando le pregunté si la gente que él veía en las dunas estaba desnuda, y por eso dijo que para verlo bien harían falta unos prismáticos, y por eso Elena se los regaló en su cumpleaños, y por eso ella le dijo a Toni:

—Son para ti, claro, pero nos los tienes que prestar. Promételo.

Toni no prometió nada. Los estuvo mirando mucho rato, como si aquellos prismáticos escondieran algún secreto, y nos hizo rabiar mucho porque nosotros le pedíamos que dejara de manosearlos, y que si él no tenía ganas de mirar que nos dejase mirar a nosotros, a Elena porque también quería ver si había ciervos y jabalíes, y a mí por saber si volvía a aparecer gente en

Malandar, si estaba desnuda y si fumaba cigarrillos raros o hacía otras cochinadas.

Cuando quiso, cuando nos pilló ya medio distraídos a Elena y a mí, Toni se llevó los prismáticos a la cara y se puso a mirar con ellos Malandar. En cuanto me di cuenta me dio mucha rabia, pero solo le pregunté, sin malos modos para no molestarle:

—¿Qué ves?

—Gente —dijo él—. Y un jabalí.

—¿Gente desnuda?

Toni me pasó los prismáticos y me dijo:

—Míralo tú.

Con los prismáticos yo veía perfectamente la otra banda y las dunas de Malandar, y en la playa de la otra banda había algunas parejitas y algunas familias tomando tranquilamente el sol o bañándose, todos en bañador, pero en Malandar no había nadie.

—En Malandar no hay nadie —dije.

—Enfoca bien —dijo Toni, y no supe distinguir si estaba haciendo conmigo la obra de caridad de enseñar al que no sabe o si se estaba chufleando de mí.

Así que estuve un ratito enfocando y, cuando ya me pareció que había hecho bastante bien el paripé, dije, aunque seguía sin ver a nadie:

—Es verdad. Ahora los veo. Hay dos muchachos y una muchacha. En bañador.

Toni no dijo nada.

—¿Ves algún jabalí? —preguntó Elena.

Yo tampoco le contesté. Hice igual que Toni, le pasé los prismáticos y le dije:

—Míralo tú.

Elena no estuvo mucho tiempo enfocando, y al final solo dijo, sin salirse por la tangente:

—Ahí no hay ni gente si jabalíes.

—Anda, trae —dijo Toni.

Le pidió a Elena los prismáticos y luego los guardó en la bolsa que

siempre llevaba a la playa con el bañador, la toalla y la fiambarrera con la comida. Me miró como si yo acabara de hacer con él una obra de caridad para no llevarle la contraria, sonrió con más lástima que otra cosa, y dijo:

—Otro día tendré que enseñaros a mirar.

Clases particulares

Las señoras no roncan. Eso dijo mi madre cuando yo le conté que doña Milagros, la madre de don Ireneo, roncaba como una hormigonera.

Don Ireneo me daba clases particulares de matemáticas en segundo de bachillerato, porque a mí las matemáticas se me habían atragantado y el hermano Gerardo anunció un día, con mucha solemnidad, en plena clase, que estaba dispuesto a catearme todas las veces que hiciera falta y que, a él, ni yo ni nadie iba a engatusarlo con zalamerías. Mi madre había ido dos o tres veces a hablar con el hermano Gerardo, con mucha educación y mucho encanto, como ella me dijo, pero Medinilla, un niño muy enrevesado que estaba en mi clase, se chufleó de mí porque, según él, estaba claro que mi madre se había puesto con el hermano Gerardo la mar de zalamera. No sé por qué a mi madre le hizo eso un montón de gracia cuando yo se lo conté. Mi madre decía que el hombre más guapo de La Algaida, después del padre de Elena —pobre Carmen—, era el hermano Gerardo.

Mi madre también había ido a hablar dos o tres veces con el hermano Pascal, que nos daba física y química y era francés, aunque hablaba un español fenomenal, como mi madre dijo después de la primera vez que fue a verle, y es que mi madre decía entonces «fenomenal» cada dos por tres, todo lo encontraba fenomenal, aunque fuera una patochada. Pero era cierto que el hermano Pascal hablaba el español prácticamente igual que un indígena, que Medinilla me explicó, cuando me lo dijo, que un indígena no era solo un indio con plumas y pintarrajeado como una cupletista de pueblo, sino

cualquiera que fuese de un país determinado. Por ejemplo, todos los que habíamos nacido y vivíamos en España éramos indígenas españoles. Yo pensaba que Medinilla se había aprendido el diccionario de pe a pa porque, si no, era imposible hablar como él hablaba, hasta que un día me di cuenta de que Medinilla hablaba igualito que su madre, Yeye Castillo, una cursi de cuidado, según se le escapaba decir a mi madre de vez en cuando. Según mi madre, Yeye Castillo fue la que empezó a contar por ahí que seguro que mi madre y el hermano Pascal habían hecho muy buenas migas, porque yo aprobé física y química a la primera y a Medinilla, en cambio, el hermano Pascal le puso un cate de no te menees. Mi madre, por lo visto, le había explicado un millón de veces al hermano Pascal que mi padre era licenciado en Ciencias Químicas y que eso marca carácter.

Las matemáticas, en cambio, a mí siempre se me dieron regular, y en segundo de bachillerato ya se me atragantaron para el resto de mi vida. Ahora, por fortuna, hay calculadoras, aunque para las calculadoras soy también una calamidad, incluso mi madre se las apañaba con ellas mejor que yo hasta hace muy poco, hasta que la pobre empezó a apañarse fatal con todo. Ahora pienso que si mi madre hubiese adivinado entonces que, con el tiempo, habría unas calculadoras tan fenomenales, a lo mejor no me habría puesto a dar clases con don Ireneo, porque don Ireneo era un poco raro y tenía fama de misterioso. Yeye Castillo iba diciendo por ahí, siempre con medias palabras, cosas enrevesadas de él y de su madre, doña Milagros.

Don Ireneo y su madre, que era más o menos viuda según Yeye Castillo, vivían al principio de la calle Cielo, en la misma calle donde también vivían Medinilla y su madre, que por lo visto era viuda del todo, pero ellos más abajo, ya cerca de la estación de ferrocarril. Don Ireneo y su madre le tenían alquilado el piso a don Alonso, el cura de la Iglesia Mayor Prioral, que tenía dinero por su familia, o por lo menos eso decía mi madre, pero la verdad es que no era un piso fenomenal, por mucho que mi madre lo dijese, era más bien una madriguera, como decía Yeye Castillo. Pero tampoco iban a pedir el palacio de Versalles por lo que pagaban de alquiler, una cantidad simbólica, como me dijo Medinilla cuando yo le conté lo feo que era aquel piso. El piso era un principal, como el nuestro en la calle Infantas, pero no tenía más que

un cierro a la calle, todo lo demás era interior, y todas las habitaciones, menos la del cierro, daban a un corredor con unas ventanas muy estrechas que se asomaban a un patinillo en el que siempre parecía que había llovido o estaba a punto de hacerse de noche. Una de aquellas habitaciones, la que estaba frente a la puerta de entrada, era el dormitorio de doña Milagros, y la otra, que estaba frente a la cocina y junto al servicio, el de don Ireneo. El servicio era un cuartucho sin ventana y con un váter en el que yo no quería entrar porque me daba mucho repelús. Nunca supe dónde podían bañarse, o al menos lavarse los bajos, doña Milagros y don Ireneo, porque no se veía por ninguna parte una bañera o una palangana. Cuando se lo conté a Elena ella puso cara de mucha aprensión —a Elena, durante un tiempo, le dio por decir mucho la palabra «aprensión» en lugar de repelús—, pero Toni, con toda la tranquilidad de mundo, dijo que él y su madre se bañaban en un lebrillo enorme que tenían en la cocina.

—A ti no se te ha perdido nada ahí dentro —me dijo mi madre cuando le conté el repelús que me daba todo aquel piso, y no solo el váter—. No tienes por qué moverte de la habitación del cierro, que esa sí que es fenomenal y tiene muchísima luz y está muy bien arreglada. Y si te entran ganas de ir al cuarto de baño, te aguantas un poco, que no te vas a morir por eso, y te esperas hasta llegar a casa.

Bastó con que mi madre me ordenara que me aguantase, para que yo me muriese de ganas de ir al váter nada más entrar en casa de don Ireneo, como si tuviese una angurria de campeonato. Medinilla me explicó que aquello me pasaba por el cambio de temperatura, porque seguro que en aquella casa siempre hacía más frío o más calor que en cualquier otro sitio, y en eso Medinilla tenía razón. Cuando empecé a dar clases particulares con don Ireneo, poco después del comienzo del curso, aún hacía bastante buen tiempo, y los jueves por la tarde y los domingos todavía íbamos a la playa, y era como si al verano le costase trabajo irse en busca de otras tierras, que eso también me lo explicó Medinilla, que en Argentina y por ahí era verano cuando en España estábamos en invierno, y al revés, así que cuando yo entraba en casa de don Ireneo sentía como si de pronto me mudase a Argentina o al Uruguay. Medinilla me dijo que tampoco podían pretender

don Ireneo y su madre vivir en una eterna primavera a cambio del alquiler de misericordia que les cobraba don Alonso.

Muchas tardes, al salir del colegio, Medinilla me acompañaba a casa de don Ireneo y luego él seguía para la suya, y a mí empezó a darme mucho coraje cómo me hablaba por el camino de don Ireneo y de doña Milagros. Y no es que dijera cosas muy desagradables de ellos, lo que más coraje me daba era el tonillo en que las decía, como si yo estuviera a punto de coger la lepra en aquella casa y tuvieran que acabar mandándome a Molokai. A lo mejor por eso empezó a gustarme tanto cómo me decía las cosas don Ireneo.

—Hijo, vete preparándolo todo que yo voy a echarle un vistazo a mi madre —me decía él, en cuanto entrábamos en la habitación del cierro, siempre en voz bajita y siempre como acharado, como si le diera apuro tener que dejarme solo para comprobar si su madre estaba bien. Yo me sentaba y ponía la cartera del colegio sobre la mesa camilla y empezaba a sacar mis cosas, dispuesto a gastar otra tarde entera en aprender cómo se hacía una raíz cuadrada.

Don Ireneo tenía la paciencia del santo Job, pero yo nunca aprendí a hacer una raíz cuadrada. Hasta hace poco, mi madre, para tomarme el pelo, me decía, por ejemplo:

—A ver, hijo, raíz cuadrada de 874.

Nos reíamos un montón, incluso cuando ya existían las calculadoras. Luego me preguntaba, muy dramática, qué iba yo a conseguir en la vida sin saber hacer raíces cuadradas. A veces, cuando yo era chico, me preguntaba delante de todo el mundo qué pensaba ser de mayor, y cuando yo decía que quería ser marino mercante y navegar por los mares del Sur y por los océanos de los cinco continentes, ella se ponía a pitorrearse de mí y a mortificarme, a lloriquear de mentirijillas y a quejarse de que iba a dejarla tirada y sola en la vida —la pobre no podía adivinar que, al cabo de los años, mi hermana, divorciada, se iría a vivir con ella—, viuda como doña Milagros, pero sin el consuelo de un hijo tan fenomenal como don Ireneo, que la tenía cuidadísima. Mi padre se lo tomaba con mucha deportividad y le decía a mi madre que le avisara con un poco de tiempo de cuándo quería que la dejase viuda.

—Aprende de don Ireneo, eso es lo que se llama un buen hijo —era lo que siempre me decía mi madre cuando yo le contaba cosas de aquellas clases particulares y de aquel piso.

Otra cosa que hacía don Ireneo, de repente, en medio de la clase era quedarse de pronto como ido, como si no supiera bien lo que estaba pasando en alguna parte, como si quisiera oír el vuelo de una mosca. Yo me daba cuenta de que se iba poniendo cada vez más intranquilo, hasta que ya no podía más y me mandaba que fuese calculando la raíz cuadrada del año de mi nacimiento, o del año del descubrimiento de América, o de algo por el estilo, y se iba muy apurado al dormitorio de doña Milagros. Antes de que aquello pasara por primera vez, nunca había caído en la cuenta de que el silencio pudiera ser tan fenomenal. Entonces, yo aguantaba la respiración para no estorbar. Hasta que, al cabo de unos segundos, empezaba a oír, poco a poco, y cada vez más claro, aquel ruido que acababa pareciendo el de una hormigonera y que, ya podía mi madre decir misa, eran los ronquidos de doña Milagros.

Don Ireneo, en cuanto empezaban a oírse los ronquidos, no tardaba nada en volver, y cuando volvía a sentarse a mi lado para seguir con las raíces cuadradas se veía a la legua que estaba muy aliviado.

—En cuanto la oigo roncar, me quedo tranquilo —decía.

Yo no sabía qué decirle, pero, en cambio, comprendía muy bien lo que quería decir mi madre cuando ponía a don Ireneo como ejemplo de hijo fenomenal. También empecé a preguntarme cuánto tiempo llevaría don Ireneo escuchando roncar a su madre para quedarse tranquilo.

Doña Milagros y don Ireneo habían aparecido un buen día en el piso de la calle Cielo y nadie sabía nada de sus vidas hasta aquel momento, ni de dónde venían, ni por qué habían elegido vivir en La Algaida y no en Rota o en El Puerto o en Cádiz capital. Yeye Castillo acabó sabiendo de buena tinta, según me dijo Medinilla, que doña Milagros era más o menos viuda de militar, pero que tenían una pensión muy flojita, flojísima, así que su difunto esposo no podía ser militar de alta graduación. Por eso andaban tan apurados que don Anselmo les había alquilado el piso por prácticamente nada, no por interés, sino por caridad. Para ayudarse un poco, don Ireneo daba clases particulares

de matemáticas, en lo que, según Yeye Castillo, era una verdadera eminencia, pero algo raro pasaba para que aquella lumbrera de los números no quisiera o no pudiera colocarse en un colegio. Mi madre, cuando yo le hablé de los comentarios de Yeye Castillo, me dijo que a ella don Ireneo le había explicado que prefería dar clases particulares en casa porque así, de camino, podía atender a su madre, que cada vez tenía más achaques, la pobre. Don Ireneo tenía, según él, dos o tres alumnos tan obtusos como yo, pero nunca coincidí ni me crucé en la escalera con ninguno de ellos. Con las que sí me cruzaba a veces era con algunas señoras que le llevaban a doña Milagros galletitas y cosas así de parte de don Anselmo, y una vez le escuché a una de ellas decirle a don Ireneo que a doña Milagros le vendría muy bien confesarse, y don Ireneo se limitó a mover un poquito la cabeza y a sonreír como un bendito, pero cuando la señora se fue él dijo, lo bastante alto como para que yo pudiese oírle:

—Cuervos.

Con el tiempo, llegué a pensar que yo era el único alumno de don Ireneo o, al menos, su alumno predilecto, a lo mejor porque mi madre lo había engatusado con su estilazo y sus zalamerías, como me dijo Medinilla. Y digo que era su alumno predilecto porque un día, tan acharado como siempre, me pidió permiso para hacer algo que, me aseguró, no haría si no tuviera conmigo tanta confianza, pero me pidió que, por favor, no se lo contase a nadie, y mucho menos a mi madre.

—Si no te importa —me dijo, y se puso como un tomate— voy a traerme a mi madre a esta habitación mientras damos la clase. Estará ahí, en su butaquita, dormida casi todo el tiempo, no dará ninguna lata, ya lo verás. Pero yo estaré más tranquilo.

La butaquita de doña Milagros estaba pegada al cierro, así podía entretenerse ella con la bulla de la calle, o se adormilaba y daba cabezadas sin parar, o se quedaba como un tronco durante un rato largo, y entonces, cuando don Ireneo se daba cuenta de que su madre se había quedado de pronto muy quieta y muy calladita, paraba la clase de golpe y se quedaba mirando a doña Milagros con mucha atención, y luego se levantaba y se acercaba a ella como quien se acerca al borde de un precipicio, y le miraba fijamente el pecho,

como si le diera un miedo horroroso descubrir que no respiraba, hasta que doña Milagros, poco a poco, empezaba a roncar, y entonces don Ireneo se tranquilizaba y volvía a la mesa camilla, y me sonreía, y yo le sonreía a él, porque me alegraba de verdad de que doña Milagros no se hubiese quedado tiesa de repente y de que don Ireneo estuviese contento. Luego, doña Milagros acababa roncando como una hormigonera y a don Ireneo y a mí nos daba la risa tonta.

Una tarde, nada más juntarnos Medinilla y yo al salir del colegio para ir a casa de don Ireneo, Medinilla me dijo atropellándose mucho, como si se lo hubiera estado aguantando toda la noche y toda la mañana:

—La madre de don Ireneo era roja y nunca se casó, así que no tiene ninguna pensión de viuda y nadie sabe quién es el padre del niño que tuvo. Uno más rojo que ella, seguro.

—¿Quién dice eso?

—Mi madre.

—¿Y a ella quién se lo ha dicho?

—Don Alonso, el cura de la prioral.

Yo me quedé un poco embotado, porque todo el mundo hablaba maravillas de don Alonso y me costaba mucho trabajo creer que dijera algo como aquello si no era verdad. Pero también pensaba que hay cosas que no se deben decir, aunque sean verdaderas, si le hacen mucho daño a alguien, y aquello que, según Yeye Castillo, había dicho don Alonso era como ponerse a pisotear como un energúmeno a don Ireneo y a doña Milagros.

—No me lo creo —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Pues créetelo. Mi madre dice que don Alonso está haciendo con ellos, al alquilarles ese piso por casi nada, no solo una obra de caridad grandísima, sino también de las que cuentan el doble para la beatificación si al final consigue que doña Milagros y don Ireneo se confiesen, se arrepientan, abjuren del comunismo y se conviertan al cristianismo, aunque sea cuando estén a punto de morir.

Medinilla dijo todo eso de un tirón, estaba claro que se lo había aprendido de memoria, y a mí me pareció que, mientras lo decía, seguía también él pisoteando con mucha saña a don Ireneo y a doña Milagros. Me dio mucha

pena y mucha rabia. Y todo para beatificar a alguien.

—¿Y a quién hay que beatificar? —le pregunté a Medinilla, y se me tuvo que notar el coraje que me daba.

—A don Alonso, claro.

—¡Pero está vivo! Para que el Papa te beatifique tienes que estar muerto.

—Ya lo estará —dijo Medinilla—. Mi madre dice que don Alonso lo tiene todo calculadísimo.

Y ya no sentí pena ni coraje, sentí fatiga, como cuando me hacían comer sangre frita con tomate porque, según Antonia, tenía mucho hierro, pero a mí me daba tanto asco que acababa siempre devolviendo.

Aquella tarde, cuando llegué a casa de don Ireneo y los vi a los dos como si llevaran media vida ahogándose agarrados el uno al otro, decidí dos cosas: no aprender jamás a hacer raíces cuadradas para que don Ireneo y su madre contaran siempre con el dinero que mi madre les pagaba y así no tener nunca que confesarse y arrepentirse y abjurar del comunismo y abrazar el cristianismo y terminar haciendo beato a don Alonso, y no volver a hablarle en mi vida al imbécil de Medinilla. Cuando se lo dije a Elena y a Toni, ella se estiró todo lo larga que era, como si hubiera ganado algún concurso, y Toni me miró como si tuviera que pensárselo mucho antes de perdonarme por haberles dejado tanto de lado a cambio de dejar que Medinilla me calentase las orejas.

Aquella noche no pude dormir y pensaba que el infierno no tiene más remedio que existir.

Ahora, al cabo de los años, pienso en todo lo que aprendí en aquellas clases particulares con don Ireneo, y no solo que algunas señoras de verdad también roncan. Aprendí también que hay buena gente que aguanta por dignidad lo que haga falta, que hay mala gente que no tiene ningún empacho en amargarle la vida y pisarle la cabeza contra el suelo a quien ya no puede defenderse, que hay quien presume de ir derecho a la beatificación a costa de estrujarle el alma a quienes menos tienen y lo primero que necesitan es salvarse en esta vida. Aprendí que la caridad siempre es asquerosa y siempre empieza por uno mismo. Y aprendí que uno siempre puede poner su granito de arena, aunque sea negándose en redondo a aprender cómo se hacen las

raíces cuadradas.

Alguien quiso rescatarnos

Toni no tardó mucho en perdonarme. Y no es que me dijera que sí, que me perdonaba, que no iba a tenerme en cuenta tanta intimidad con Medinilla y que su nombre, y todo lo que él me contaba, no se me cayeran de la boca. Pero un día me preguntó:

—¿Quieres que nos fuguemos una tarde los dos solos a Malandar?

Yo dije que sí con la cabeza, con mucho entusiasmo, y sonreí como si estuviera adivinando que pronto fuera a pedirme que me casara con él o algo por el estilo. Luego, por la noche, empecé a darle vueltas a cómo se las apañaría Toni para irnos los dos a Malandar sin Elena, si pensaría estrangularla o dejarla grogui con un certero golpe en el occipucio —Antonia no sabía lo que era el occipucio, pero lo decía mucho desde que lo leyó en *El Caso*— o descuartizándola y metiendo después los pedazos en una nevera con mucho hielo. Antonia sabía contar los casos de *El Caso* tan bien por lo menos como lo haría Matilde Conesa, que nos dejaba embobados muchas tardes por la radio.

Pasó una eternidad antes de que Toni volviera a mentar lo de fugarnos él y yo solos a Malandar, a lo mejor para el resto de nuestra vida. Yo solo se lo recordé dos veces, pero él las dos veces me miró como si le estuviera obligando a cometer un crimen sin tenerlo todo bien calculado, de modo que no se lo pregunté más. Y ya se sabe que cuando uno deja de mentar algo es como si eso acabara borrándose del todo de su cabeza y termina olvidándolo. Por eso me pilló en órsai cuando un domingo, en la playa de El Espadero,

cuando ya incluso habían quitado las casetas y los sombreros, me dijo:

—El jueves nos vamos.

—¿Adónde?

—A Malandar, no seas tonto —y no hizo falta que le preguntara más, porque añadió—: Elena tiene que hacer algo con su madre.

Fueron tres días de muchos nervios, al menos para mí, porque Toni estaba tan tranquilo como leche en biberón. El miércoles por la tarde le pregunté que qué teníamos que llevarnos, y él me dijo que yo, nada.

—Tú solo tienes que estar el jueves a las cinco de la tarde en el puerto de la lonja. Apáñatelas.

Por la noche no paré de pensar en cómo iba a apañármelas, y me levantaba una vez y otra para ir a orinar, hasta que mi madre se despertó por culpa del ruido que yo hacía sin querer, y eso que no tiraba de la cadena del retrete cada vez que orinaba, pero el cuarto de baño estaba entre mi dormitorio y el de mis padres y muchas veces las puertas que daban a las habitaciones las dejaban abiertas. Mi madre, medio sonámbula, me preguntó que si me dolía o me picaba algo para ir tantas veces al baño, y cuando yo le dije que no, que solo estaba soñando que me hacía pipí sin parar, mi madre se fue al cuarto de Antonia, que estaba al lado del mío, la despertó y le dijo de muy malos modos que a ver para qué se pensaba ella que la tenía ajustada de interna, para dormir como una marmota o para estar atenta por si a mí me pasaba algo, que ella ya tenía bastante con las malas noches que le daba mi hermana, que solo tenía meses y dormía en una cuna en el dormitorio de mis padres. Antonia entonces, después de que se acostara mi madre, me dijo, también medio sonámbula y también con muy malos modos, pero con la voz muy amarrada por dentro, que si no podía aguantarme la angurria que me meara en la cama, o ya se encargaría ella de cortarme la picha de un tijeretazo y de taparme después el agujero con alquitrán hasta que el meo me saliera por las orejas. Ese método de tortura seguro que también lo había aprendido en *El Caso*.

La víspera me oriné en la cama como si todavía tuviera seis años y a mi madre casi le da un miserere, pero la que tuvo que lavarlo y desinfectarlo todo fue Antonia, que para eso estaba ajustada como interna, como niñera y

para el cuerpo de casa.

En el colegio no di pie con bola, ni en clase de geografía ni en la de gramática y literatura, que eran mis favoritas, y almorcé muy poco y con mucha fatiga, pero sin fiebre, aunque mi madre se empeñaba en que tenía que tenerla y me puso el termómetro como cinco veces, hasta que yo comprendí que algo debía inventarme para que luego me dejaran salir a las cuatro y poder encontrarme a las cinco en el puerto de la lonja con Toni.

—Quiero dormir una buena siesta —dije.

A mi madre le pareció de perlas, y además dijo lo que yo sabía que iba a decir:

—Pero solo tres cuartos de hora, que si no te levantas con el cuerpo cortado y no habrá quien te aguante durante el resto del día.

Luego, le encargó a Antonia que me despertase sin falta a las tres y cuarto y yo calculé que tendría tiempo de sobra para levantarme fenomenal, como si don Alonso hubiera hecho un milagro que también contase el doble para su futura beatificación. Ya me encargué, por supuesto, de dejárselo a mi madre bien claro a los diez minutos de que Antonia me despertase.

—Como nuevo —le dije a mi madre—. He soñado que don Alonso me hacía la señal de la cruz y se me pasaba todo, y luego me decía que tengo que dar un paseo a eso de las cuatro para que el remedio me dure.

A mi madre le entró un frenesí con chicharos, como decía Antonia —y yo la comprendía estupendamente— y prometió ir aquella misma tarde a misa de siete para contarle a don Alonso mi sueño y el resultado fenomenal que había tenido, y para que lo apuntase de cara a su impenable beatificación, pero también se empeñó en que yo el paseo lo diera con Antonia. Tuve que amenazarle con que entonces el milagro de don Alonso no iba a durar ni media hora porque él en el sueño me había dejado bien claro que el paseo tenía que darlo solo, que era una prueba que yo tenía que superar, y que además a mí ya me daba vergüenza salir de paseo con una niñera. Mi madre no tuvo más remedio que aceptarlo, aunque bajó a despedirme a la casapuerta con mucha preocupación y una retahíla de recomendaciones, como si yo fuera a irme al frente de Teruel, que era un frente que mi padre mentaba mucho. El paseo lo di muy deprisa, como si don Alonso y mi madre se

hubieran puesto a perseguirme para pegarme latigazos por mentir, y a las cinco menos cuarto estaba en el puerto de la lonja, junto a la estatua de Magallanes, mi ídolo, el primero que dio la vuelta al mundo, esperando a Toni. A cabo de un rato largo vi que Toni se acercaba caminando con todo su cuajo, y cuando se puso a mi lado eran las cinco en punto, Toni me lo enseñó en su reloj.

—Vamos a pasar a la otra banda en la barca de Tomás el Chico —dijo.

Yo sabía, porque se lo había oído decir una vez a Eulogio Ríos, que aquel tal Tomás el Chico se había puesto a hacerle la competencia a Salvador y su *Mi Carmiti* en el negocio de llevar y traer gente para cruzar la desembocadura, y que Salvador estaba que trinaba, con toda la razón del mundo, según Eulogio Ríos.

—¿Ir a la otra banda en la barca de Tomás el Chico no cuesta dinero? —le pregunté a Toni.

—Claro que cuesta dinero —me contestó él, y me miró como si no solo se me estuviera secando la médula espinal, sino también pudriéndoseme el cerebelo de tanto tocarme donde no debía—. Yo traigo.

Toni había empezado a ayudar a su madre en el almacén y, los fines de semana, según el negocio que hubieran hecho, le daba una paguita más o menos rumbosa que él ahorraba para gastos extraordinarios. Además de dinero, Toni traía una bolsa con la tartera para la merienda cena. Luego, para el desayuno de la mañana siguiente, y de ahí para adelante, nos tendríamos que apañar como los náufragos que van a parar a islas desiertas.

—Yo no he traído nada para merendar —le dije, pero es que habría sido de tontaina con bocina, como decía Antonia, haberle pedido a mi madre que, además de darme permiso para irme a caminar solo, me preparase un tapergüer, como habían empezado algunas señoras a llamar a aquellas fiambreras de plástico tan elegantes, con emparedados de queso y jamón de York.

—Ya te dije —me contestó Toni— que no tenías que traer nada, yo traigo para los dos —y sonrió como si estuviera tirando la casa por la ventana por mí.

Era fundamental, me dijo también, que Salvador no nos viese, por eso

esperamos junto a la estatua de Magallanes hasta que *Mi Carmiti* salió con bastantes pasajeros, y luego nos fuimos derechos a buscar a Tomás el Chico que salía siempre media hora después de Salvador, para evitar complicaciones y hasta mascazos, según el guapetón y elegantísimo padre de Elena.

La barca de Tomás el Chico se llamaba *La Gaviota*, y era más pequeña pero más nueva que *Mi Carmiti*. Encontramos a Tomás el Chico enseguida y Toni le pidió tres billetes para que nos llevase lo más cerca posible de Malandar, y yo estuve a punto de meter la pata y decirle a Toni que no éramos tres, sino dos. Pero Tomás el Chico se me adelantó y enseguida le preguntó si íbamos a subir solos, pero Toni tenía preparada la respuesta y le explicó que estábamos esperando a mi padre, pero queríamos comprar los billetes para la barca cuanto antes para no quedarnos sin sitio. Entonces comprendí por qué había pedido billetes para tres pasajeros, que yo al principio pensé que lo había hecho por la costumbre de contar siempre con Elena. Luego, Toni le vendió el billete que nos sobraba a una familia con niños, y al final Tomás el Chico no echó cuenta de si subíamos a la barca los dos solos o con mi padre.

Aquella temporada se había puesto de moda cruzar a la otra banda y acercarse a Malandar a ver cómo la puesta de sol ponía el cielo en tecnicolor y cinemascopio por encima de las dunas. Iban parejas, familias con chiquillos, abuelos con sus nietos, algunos forasteros con sus cámaras de fotos último modelo, como la de Eulogio Ríos, y hasta novios recién casados que se hacían allí las fotos para el álbum de la boda. El Ayuntamiento acabó poniendo en las dunas a dos vigilantes para que se respetase a rajatabla lo que ponía aquel cartel que lo prohibía todo. Los vigilantes echaban de la zona sin contemplaciones a los gamberritos o los metepatas que se pensaban que podían hacer lo que quisieran. Toni, en cuanto desembarcamos, me dijo:

—Vamos para los pinares.

En ninguna parte ponía que hacer eso estuviera prohibido. Así que le seguí, y menos mal que Toni no quiso que nos metiéramos demasiado entre los pinos, porque a mí de pronto empezó a darme miedo lo que Toni quisiera hacer. Pero él se sentó muy tranquilo encima de una especie de almohada de

arena que el viento había formado al pie de uno de los árboles, y dio una palmetada en el suelo, a su derecha, para señalarme que me sentara a su lado. Desde allí, sin que nadie nos molestara, vimos cómo la puesta de sol llenó el cielo entero de brochazos rojos y azules y fucsia y amarillos y morados, y luego se fueron mezclando todos aquellos colores y la mezcla se fue suavizando conforme se alejaba de Malandar y parecía que se iba disolviendo en la desembocadura y terminaba escondiéndose río arriba. La gente aplaudió como si unos trapezistas hubieran hecho un triple salto mortal en un circo, o como si los costaleros acabaran de levantar de un estirón el paso de una Virgen de Semana Santa, y enseguida empezaron a desperdigarse por la playa de la otra banda, y los niños empezaron a jugar y las parejitas a acaramelarse y los forasteros y las parejas de novios recién casados se hacían fotos como si aquello fuera lo más bonito que habían visto en su vida, que yo creo que, si no le era, le faltaba poco, y todos, entre unas cosas y otras, hacían tiempo hasta que las barcas de Salvador y de Tomás el Chico, con media hora de diferencia, los llevaran de nuevo al puerto de la lonja, al otro lado de la desembocadura. El último viaje de *La Gaviota* era a las ocho y media, ya casi de noche, pero Toni me dijo:

—De aquí no nos movemos.

Entonces me di cuenta de que hacía frío. Se había levantado el viento del sur, que es un viento muy pegajoso, y además adiviné que, a nuestras espaldas, todo estaba muy oscuro y nos íbamos a quedar solos allí. Nadie iba a echarnos de menos en el último viaje de *La Gaviota*. Podíamos haber vuelto en algunos de los viajes anteriores y seguro que Tomás el Chico ni se acordaba de nosotros. Estuve a punto de levantarme y tirarle a Toni del brazo y pedirle que por favor corriéramos para llegar a tiempo a la barca. Pero me quedé muy quieto, sentado a su lado, sintiendo que él me miraba de vez en cuando de reojo.

—Anda —me dijo, y me echó su brazo por encima de los hombros—, vamos a salir de aquí y vamos a cenar en medio de las dunas. Ya nadie va a vernos.

Me imaginé a mi madre con la preocupación partiéndola por la mitad, como ella decía cada vez que le entraba un agobio pelicularo por culpa de los

disgustos que le daba. Seguro que quedarnos allí solos toda la noche, toda la semana, toda la vida, era muy peligroso. A lo mejor ya no veía más a mis padres, a mi hermana, a Elena, a Antonia. No quería tiritar, pero empecé a tener unos temblores que me subían desde el estómago y que no era capaz de aguantar. Toni se dio cuenta y, mientras caminábamos ya por la arena de las dunas, volvió a pasarme el brazo por los hombros, y eso que era más bajo que yo, y me apretó un poco contra su cuerpo, y no sé por qué sentí de pronto que aquella aventura era menos peligrosa de lo que me pensaba. Malandar estaba muy oscuro, pero al fondo, al otro lado de la desembocadura, se estaban encendiendo todas las luces de La Algaida, pero ya no quería pensar que mi casa, mi habitación, mi cuarto de baño, la habitación de Antonia, la casa de Elena, estaban al alcance de la mano.

—Aquí mismo —dijo Toni, y se sentó de pronto en la arena, y yo me senté a su lado. Fue como sentarse en un sofá duro, oscuro y destemplado.

Toni trasteó un poco dentro de la bolsa que llevaba y sacó la tartera, la abrió y me pidió que cogiera aquel bocadillo que me estaba ofreciendo.

El bocadillo era de tortilla francesa, y la tortilla estaba fría, pero a mí me gustaban mucho los bocadillos de tortilla francesa fría, muchas tardes mi madre me los daba de merienda cena. Así que de pronto era como si estuviéramos en casa. Una casa rara para Toni y para mí solos, una casa que en cuanto amaneciera íbamos a empezar a construir. Vi que se acercaba, desde mar abierto, un barco encendido en medio de la noche. Ya empezaba a hacer frío de verdad. Me apreté contra Toni. Él dejó el bocadillo en alguna parte y me abrazó de una manera rara, de lado, como yo había visto que se abrazaban a veces las parejitas en los cines. Al cabo de un rato, cuando se imaginó, supongo, que yo había entrado en calor, recuperó el bocadillo y, al morderlo, se puso a masticar arena. Yo le di el mío.

—No tengo más ganas —le dije, y él no se hizo el remolón, porque él no era nunca de los que se hacían los remolones, y se zampó mi bocadillo de dos bocados. A mí casi se me saltan las lágrimas por haber hecho algo por él.

El barco ya pasaba por delante de nosotros, navegando como cardenal bajo palio, como decía mi madre cuando yo hacía con mucha parsimonia las cosas que me mandaba. Era un barco enorme de pasajeros, como un bloque

de pisos altísimo pero tumbado de lado y con todas las ventanas de los camarotes encendidas. A mí hasta me pareció ver algunos pasajeros asomados a los ojos de buey de sus camarotes, como me explicó Toni que se llamaban aquellas ventanas.

—Ellos no pueden vernos —añadió Toni.

—Menos mal que no es un barco de guerra —dije—. Si no nos ven, podrían tirar aquí la bomba atómica.

—No seas tonto —dijo él—. Ni que estuviéramos en Japón.

—¿Cómo será Japón? —le pregunté, como si fuera un país en el que algún día podríamos escondernos.

—Algún día, tú y yo estaremos juntos en Japón —dijo él, muy serio, y yo le creí a pies juntillas, como si lo hubiera dicho el Papa.

El barco pasó y se perdió por una vuelta que hacía el río por la parte de Bonanza. A mí me estaba entrando mucho sueño, pero sabía que no iba a conseguir dormirme. Al cabo de un rato que a mí me pareció larguísimo como unos ejercicios espirituales, Toni se puso a hacerse el dormido respirando profundamente, pero yo sabía que era un paripé, y eso que Toni no era de los que hacían el paripé por cualquier cosa. Se había tumbado de espaldas sobre la arena y tiró de mí para que me tumbase a su lado. La arena ya se había enfriado pero el cuerpo de Toni estaba templado, tranquilo y olía bien: olía a Toni. Puse mi brazo sobre su cintura, pero no le abracé, no quería que se molestase. Él me cogió la mano y luego fue subiendo su mano por mi brazo hasta el hombro, y me abrazó muy fuerte, sin preocuparse de que a mí me pareciese bien o mal. Yo no tenía ya ninguna gana de dormirme. Pero me pareció que Toni sí empezaba a dormirse de veras.

Entonces le pregunté algo que a lo mejor no debí preguntarle.

—¿Tú crees que alguien vendrá a rescatarnos?

Él tardó en contestar, como si necesitara tiempo para espabilarse. Tardó tanto que llegué a pensar que no me había oído. Por fin dijo:

—Eso me temo. Seguro que alguien quiere rescatarnos.

Lo dijo como si aquello fuera un fracaso. Yo me abracé más a él. De pronto, tampoco yo quería que nos descubriesen nunca.

Pero no pudo ser. No sé cuándo, porque creo que en algún momento me

dormí de verdad, pero en medio de la noche escuché el motor de un helicóptero que nos despertó, y un chorro de luz que nos deslumbró. Escuchamos también el ruido de barcas a motor. Y gritos.

—Ya están aquí —dijo Toni.

Y luego me dio un codazo para que espabilara y viera cómo, en medio de un chorro de luz que salía de una barca, mi padre y Eulogio Ríos, y otros hombres detrás de ellos, venían corriendo hacia nosotros.

Pecados

Mi madre sentenció que Toni era para mí una mala influencia y que, como la caridad bien entendida empieza por uno mismo y por sus seres queridos, como don Alonso efectivamente le había confirmado cuando fue a confesarse de querer perder de vista a Toni para siempre, lo mejor para todos era que Toni y nosotros dejásemos de vernos. Ese «nosotros» éramos yo, Elena, mi madre y mi padre, Antonia, Rocío, Eulogio Ríos, la pobre Carmen y yo creo que hasta Medinilla. Yo estaba de pronto tan asustado por lo que habíamos hecho que no fui capaz de protestar. Estaba más asustado que mientras pasábamos los dos solos la noche casi entera en Malandar, a lo mejor porque ahora Toni no estaba conmigo y ya no podía pasarme el brazo por los hombros, o a lo mejor porque uno no se da cuenta de las cosas peligrosas que hace hasta después de haberlas hecho, como cuando la pelota verde da goma maciza que regalaban con los zapatos Gorila se me embarcó en el canalón que había al final del tejado de mi casa, y yo repté por el tejado para recuperarla.

A Toni ni siquiera pude avisarle. Simplemente, Elena y yo dejamos de pasar por el almacén de doña Ángela a la salida del colegio, y Antonia ya no iba a recogerle a su casa para que se viniera con nosotros a La Victoria, porque también dejamos de pronto de ir a la playa y empezamos enseguida con los jueves por la tarde y los domingos, después de misa de doce, en el parque. La Victoria ya no era la misma si Toni no estaba allí con nosotros, y no teníamos ganas ni ilusión de ponernos a cazar trenes sin él.

Antonia le contó un día a mi madre que se había encontrado en la calle a doña Ángela y que se cruzaron por la misma acera sin ni siquiera mirarse, pero que ella notó que de pronto doña Ángela se paraba en seco, se daba la vuelta y le clavaba la mirada en el occipucio. Yo estaba escuchando, pero sin apartar la vista de un tebeo de *Roberto Alcázar y Pedrín*, y entonces me pareció adivinar lo que era el occipucio, algo que tenemos todos por detrás y donde pueden clavarnos cosas. Luego, según Antonia, doña Ángela había dicho:

—A mi hijo nadie le hace tanto daño sin que lo pague.

Según Antonia, ella había seguido su camino sin darse por aludida, porque a fin de cuentas ella no le había hecho nada al hijo de la almacenera, pero a mi madre se le arremolinaron los chícharos y dijo que había que ir enseguida al cuartelillo de la Guardia Civil a denunciar a la madre de Toni por amenazas de muerte y que, por supuesto, nada de comprar ya ni un papelillo de pimentón en ese almacén, porque aquella bruja podía envenenarnos a todos hasta con un perejil. A mí, de toda aquella retahíla solo se me quedó agarrado en el pecho, como si me hubiera tragado una pelota de zapatos Gorila que no me dejaba respirar, saber que a Toni le habíamos hecho tanto daño, y eso que Antonia dijo:

—Más daño le ha hecho a ese cencerro con patas el sinvergüenza de su padre y, que yo sepa, el prenda no lo ha pagado de ninguna manera.

Muchas noches soñaba con Toni haciendo cosas muy raras hasta ponerse en peligro de muerte sin que yo pudiera ayudarle porque él no se dejaba ayudar, y Antonia decía que me despertaba llorando al retortijón, como si me hubiera quedado huérfano de repente. Otras veces soñaba con Tomás el Chico y con sus hijos, que eran como cuatrocientos, según él, y con su mujer, que era clavada a Antonia —aunque eso era imposible, porque la mujer de Tomás tenía que ser mucho mayor—, porque Tomás el Chico se plantó una tarde en mi casa y le preguntó a gritos a mi madre si no nos daba vergüenza o si teníamos todos la conciencia podrida por haberle dejado sin su barca y su oficio y sin poder darles a sus chiquillos de comer. Y es que mi padre y Eulogio Ríos fueron al cuartelillo de la Guardia Civil a denunciarle y volvieron diciendo que no había hecho ni falta, que ya habían actuado de

oficio, que a saber lo que era eso.

De todas maneras, lo peor de todo aquello fue que, como Toni no estaba, volví a caer en brazos de Medinilla. Así lo decía Elena, con esa manera de decir las cosas de las protagonistas de las novelas que leía Rocío, su niñera. Elena me echaba la culpa de todo lo que había pasado con Toni, decía que seguro que era a mí a quien se le había ocurrido pasar la noche sin ella en Malandar, y además le daba mucha fatiga Medinilla, no quería verlo ni en pintura. Mi madre era la única que de pronto me animaba a juntarme con aquel otro niño que sí que era educado y que hablaba tan bien, como un locutor de radio —ya no decía que hablaba igualito que la cursi de su madre—, y muchas tardes se empeñaba en que le invitase a merendar a la salida del colegio. Medinilla siempre entraba en casa preguntando por doña Mati para saludarla con más pamplineo que un reverendo con plumas de avestruz, como decía Antonia.

Jugar con Medinilla era una mortificación. A él todo le parecía aburrido, cansado, cochino o pecado mortal. A él solo le entretenía charlar. Prefería siempre que nos quedásemos en el cuarto de estar de casa, tumbados como artistas de cine en el sofá que mi madre había llenado de cojines alegres para disimular lo anticuado e historiado que era aquel trasto con florituras que había sacado del cuarto de los tientos de la casa de la abuela, pero en cuanto mi madre nos veía así nos echaba del cuarto sin contemplaciones y nos mandaba a jugar a la azotea. En la azotea, jugar a charlar, como quería Medinilla, era un purgatorio del malo, como decía Antonia —sufrir por culpa de un novio era, según ella, un purgatorio del bueno—, así que el que se aburría en un periquete era yo. Entonces, me ponía a jugar solo con una de aquellas pelotas de goma que mi madre siempre conseguía que Bernardo, el de la zapatería, me regalase, aunque no comprásemos unos Gorila. Es que mi madre también se ponía muy zalamera con Bernardo, según Medinilla, y por eso a él le daba remordimiento jugar con aquellas pelotas.

Un día, la pelota botó demasiado y en mala dirección. Pasó por encima del muro de la azotea, rebotó una vez en el tejado, y luego se fue rodando tejado abajo hasta quedar embarcada en el canalón que había al final.

—Adiós pelota —dijo Medinilla, y yo le noté lo esponjado que se ponía.

Desde la azotea se veía la pelota en el canalón, verde, casi nueva, y a mí me daba mucha rabia que Medinilla se alegrara tanto. Dije entonces lo que sabía que Toni habría dicho:

—Voy por ella.

—Te vas a matar —dijo Medinilla, y cualquiera diría que estaba de pronto en el circo, dispuesto a disfrutar con un equilibrista a punto de resbalar y caer desde treinta metros de altura y aplastarse contra el suelo con todas las tripas fuera y en medio de un enorme charco de sangre.

Pero yo sabía que tenía que hacerlo. Salté al tejado, me puse primero de rodillas y después boca abajo contra las tejas, que eran muy ásperas y estaban muy calientes, y empecé a reptar tejado abajo, como los indios en las películas de vaqueros, sin pensar en nada, solo en coger la pelota, sin asustarme, sin querer escuchar a Medinilla que decía sin parar que iba a matarme, pensando, no sé por qué, solo en Toni. Cuando llegué al final del tejado vi, en el fondo, tan en el fondo como no lo había visto nunca, el patio de casa, la fuente de azulejos sin una gota de agua, pero brillante porque le daba de lleno el sol, y tuve que cerrar los ojos porque no quería marearme, no quería ver nada, no quería saber dónde estaba, solo quería coger la pelota, y con una mano me agarré con todas mis fuerzas a una de las tejas y con la otra empecé a tantear por el canalón, muy despacio, con mucho cuidado, para que si rozaba la pelota no se me fuera más lejos, y de pronto la rocé y me quedé muy quieto, como si no quisiera asustar a la pelota, como si no quisiera espantarla, como si la pelota no fuera una pelota sino un pájaro o una lagartija, y de pronto di un manotazo y agarré la pelota, y acerté, tenía agarrada la pelota y no podía soltarla, no podía abrir los ojos, no podía moverme, y oí a Medinilla diciendo que iba a matarme, pero me puse a pensar en Toni, que me pasaba el brazo por los hombros, que me abrazaba, como si estuviéramos en Malandar y fuera de noche, como si me ayudara a reptar de nuevo por el tejado pero al revés, igual que hacían a veces los indios en las películas de vaqueros si tenían que recular, cada vez más separado del borde del tejado, cada vez más lejos del canalón, sin soltar la pelota, apoyando ese puño cerrado para empujarme, hasta que pensé que a lo mejor ya estaba fuera de peligro y era como si tuviera pegados los ojos y por eso me

costó abrirlos, pero los abrí, y solo estaba a mitad del tejado, pero ya no veía el patio, no veía la fuente, no veía más que las tejas y sentí que Toni todavía me pasaba el brazo por los hombros y que estaba a salvo.

Una vecina que lo había visto todo desde su azotea se lo contó luego a mi madre, horrorizada, y eso que yo solo tenía unos arañazos en las rodillas, en los codos y en las manos.

—¡Este niño, por Dios! —dijo mi madre, y empezó a llorar con retortijones, como decía Antonia que yo lloraba cuando me despertaba en medio de una pesadilla en la que Toni se ponía en peligro sin dejar que le ayudase.

Luego, prometió que se iba a desmayar, pero no se desmayó. Me dijo que me iba a poner un castigo para que escarmentara para toda mi vida, pero se le olvidó ponérmelo. Me dijo que tenía que prometerle que no iba a volver a hacerlo nunca, nunca, nunca, pero yo me eché a llorar y no se lo prometí y ella no se dio cuenta. Dijo que podía haberme matado, por Dios, y yo me acordé de Medinilla y me acordé de Toni, y por eso dije:

—Toni estuvo conmigo y me salvó.

A mi madre casi se le rompen las cuerdas vocales:

—¿Ese dichoso niño ha estado aquí?!

Llamó a Antonia a gritos y le preguntó, sin dejar de gritar, lo mismo.

Antonia juró por todos sus muertos que no, que aquel dichoso niño no había vuelto a pisar la casa. Y mi madre le dijo entonces que yo le había dicho que ese dichoso niño me salvó. Y Antonia dijo que yo era un embustero con alevosía. Y mi madre se agachó y se puso conmigo como una loca de película. Ahora pienso que mi madre a lo mejor habría preferido que me matase a que volviese a ver a Toni. Por eso dijo, cuando yo le contesté que Toni no había estado en casa ni en la azotea ni en el tejado, pero que me lo había figurado porque yo no podía dejar de pensar en Toni:

—¿Que no dejas de pensar en Toni? ¿Sabes lo que te digo? Eso es pecado.

Luego, lo único que se le ocurrió fue mandarme a mi cuarto, castigado. Y en mi cuarto, al cabo de un rato, yo me puse a pensar. Era pecado no dejar de pensar en Toni. Y no era pecado hacerle a Toni tanto daño ni dejar a Tomás

el Chico sin barca, sin trabajo, sin poder darle de comer a sus niños. Claro que a lo mejor mi madre se había confesado de eso con don Alonso y don Alonso le había puesto unas cuantas avemarías de penitencia y ella se había quedado en paz con el Señor. Yo nunca me iba a quedar en paz con el Señor. Yo nunca me confesaría de no poder dejar de pensar en Toni.

Dejé de comulgar, porque cuando se está en pecado no se comulga. Dejé de confesarme, porque no tenía la más remota intención de arrepentirme de pensar en Toni, no tenía ni el más mínimo propósito de enmienda. Dejé de pensar en la condenación eterna y en las penas del infierno porque prefería mil veces condenarme y entrar en el infierno para toda la eternidad a dejar de pensar en Toni, a dejar de querer estar con Toni, a dejar de querer tocar a Toni.

El hombre de las camisas modernas

Hizo falta que se descubriera el misterio del hombre de las camisas modernas para que Toni dejara de ser una mala influencia para nosotros. La pobre Carmen lloró todo lo que se puede llorar, ella decía que por Elena, y acabó diciéndole a todo el que la quisiera oír que Toni sería un niño, pero se había portado como todo un caballero, que habíamos cometido con él un contradiós, si no un pecado mortal, al tratarlo como si fuera un apestado y que ella en persona, sin que se le cayeran los anillos, se pasaría cualquier día por el Almacén de Ultramarinos Manuel Gurrea para pedirle disculpas de corazón a doña Ángela. A mi madre le dijo que, si en vez del cargante de Medinilla, Toni hubiera estado conmigo aquel día en la azotea, yo no habría llegado a verme en peligro de muerte.

Mi madre le había cogido tanta tirria a Medinilla cuando le dije que él solo quería que me matase, le había entrado por su culpa tanta ardentía que, cuando por fin un día le pregunté si podía ir a ver a Elena a su casa, ni siquiera me preguntó si también Toni estaba con ella. Una semana después, mi madre me pidió que invitara a Elena a merendar y yo le dije que seguro que estaba con Toni, y mi madre dijo que también viniera Toni, faltaría más, como en los buenos tiempos, que a ella aquel chiquillo siempre le había caído fenomenal y que, además, la pobre Carmen no dejaba de ponerlo por las nubes. Yo ese día terminé por convencerme de que mi madre trataba los pecados, incluso los míos, con mucha soltura y con un estilazo fenomenal.

—Además, mejor que estéis en casita que en cualquier otra parte, con

tanta gente rara como anda ahora suelta por ahí —añadió mi madre, y yo sabía que estaba pensando en el hombre de las camisas modernas.

Desde hacía meses, mis padres, los padres de Elena, Antonia y Rocío, Medinilla, y yo creo que todo el mundo en La Algaida, no hablaban de otra cosa. La tarde noche del último viernes de mes mi padre dijo:

—La policía lo busca por todas partes, pero es más escurridizo que una anguila.

Yo pregunté qué significaba escurridizo y él, que no se había dado cuenta de que yo estaba allí, en el cuarto de estar, leyendo *Hombrecitos*, me contestó que aquella era una conversación para personas mayores y que me dejase ya de tanto leer y me fuera a jugar con los niños. Mi padre me había traído *Hombrecitos* de un viaje que hizo a Madrid por cosas de trabajo, porque él sabía que leer me gustaba mucho, así que algo misterioso tenía que estar pasando para que de pronto me riñese por estar leyendo y me mandase a jugar con Elena y con Medinilla, que eran los únicos niños con los que entonces yo me trataba, y con Medinilla ya solo de vez en cuando.

Todos los últimos viernes de mes, Eulogio Ríos y la pobre Carmen, Paco Gutiérrez y Lola Sancho, y mis padres se reunían a cenar en casa, porque Antonia sería un poco cafre, decía mi madre, pero cocinaba fenomenal y, además, como en casa de uno no se cenaba en ninguna parte. Los segundos viernes de mes, Paco Gutiérrez y Lola Sancho invitaban a los otros dos matrimonios a cenar en el Náutico, y mi madre siempre se quejaba de que en el Náutico todas las noches se acababa cenando lo mismo y, encima, la cuenta era una ruina. Los terceros viernes, Eulogio Ríos y la pobre Carmen reservaban para cenar mesa para seis en El Bogavante, el restaurante más caro de La Algaida, y mi madre también se quejaba porque no le encontraba ninguna elegancia a un sitio como aquel. Los primeros viernes de cada mes, descansaban de cena.

Cenar en casa también tenía la ventaja, decía mi madre, de que los niños podíamos vernos y jugar hasta un poco más tarde de lo corriente, porque los sábados no había que madrugar tanto. Elena siempre venía a regañadientes y con mala cara porque Toni no estaba y, para colmo, aquel día sí estaba Medinilla, aunque a la madre de Medinilla, la cursi de Yeye Castillo, mi

madre no la invitaba nunca. Mi madre decía que invitar a una viuda a una cena de matrimonios era como meter a una gata en un chiquero. De eso no sé si luego se confesaba.

Eulogio Ríos y Paco Gutiérrez tampoco madrugaban los sábados, porque Eulogio no iba al despacho en Osborne por su santa voluntad, decía mi madre —y siempre añadía «pobre Carmen»—, y Paco presumía de que un registrador de su categoría bien podía permitirse tomarse libres todos los fines de semana. El que no podía cogerse todo el sábado libre era mi padre, que, aunque fuera licenciado en Ciencias Químicas, trabajaba en las oficinas de una fábrica de botellas también los sábados por la mañana. Mi madre juraba, con mucha desenvoltura, que a mi padre no le importaba trasnochar un poco una vez por semana. Los sábados, los niños entrábamos en el colegio una hora más tarde y, cuando los matrimonios cenaban en casa, Rocío era la encargada de recoger a Elena a las diez en punto y también, si estaba Medinilla, de acompañarlo a su casa, ella siempre con cara de mucho asco. Antonia se libraba de eso porque, además de cocinar, tenía que servir la cena.

—Ha dicho mi padre que al hombre de las camisas modernas no hay quien le eche el guante —dije en cuanto entré en el cuarto de jugar—. Dice que es como una anguila.

—Ecurrizado —aclaró el cargante de Medinilla.

—Pues mi madre dice que ese hombre no existe —dijo Elena—, que es un invento de la policía de La Algaida para demostrarle a Franco que están ocupadísimos. A Franco no le gusta nada que los policías estén todo el tiempo cruzados de brazos.

—¿Y cómo puede llevar camisas modernas un hombre que no existe? —pregunté yo.

Medinilla intentó explicármelo, pero a mí todo lo que me dijo me pareció un lío a la remanguillé, como decía Antonia cuando no entendía algo. Además, a mí Medinilla ya hacía tiempo que había dejado de parecerme más listo que yo, y mi madre decía que la madre de Elena, la pobre Carmen, había veces que desvariaba. Así que el hombre de las camisas modernas existía, vaya si existía, no era ningún invento, dijese la pobre Carmen lo que dijese.

—De todos modos —dijo Medinilla—, un hombre como Dios manda no

se pone ropa moderna.

Yo me puse rojo como un tomate. El día anterior, en el colegio, Medinilla dijo en el recreo que todos teníamos que enseñar los calzoncillos para demostrar que eran calzoncillos de hombre, de los de tela que llegaban hasta medio muslo, y no esos eslips que se habían puesto de pronto de moda y que eran para mariquitas porque se parecían a las bragas de las mujeres. Yo me negué a enseñar nada, con el argumento de que ir por ahí enseñando los calzoncillos sí que era de mariquitas, aunque la verdad era que yo llevaba eslips, pero no quería que lo viese nadie. Según mi madre, los eslips eran mucho más cómodos, más decentes y más higiénicos que los calzoncillos de toda la vida, por mucho que mi padre no estuviese dispuesto a ponérselos ni a tiros. Medinilla, que nunca dejaba de ser una penitencia arremetía, como decía Antonia, adivinó la verdad y se puso a burlarse de mí, pero cuando él enseñó los calzoncillos yo le dije que, al ser tan anchos, seguro que no eran calzoncillos, sino un viso, y él entonces, rabioso, empezó a desabrocharse el pantalón para demostrar que llevaba calzoncillos de hombre. Menos mal que entonces apareció el hermano Gerardo y Medinilla tuvo que aguantarse y yo me salvé por los pelos de tener que bajarme también los pantalones.

—Seguro que tu padre no se pone cosas modernas —le dijo Medinilla a Elena—. Tu padre tiene muchísimo gusto. Mi madre dice que las cosas modernas no es que sean modernas, es que son feísimas.

—Tu madre es muy elegante y muy clásica —le dijo Elena, y no sé si Medinilla le notó el recochineo—. La mía también dice que hay cosas modernas que no le gustan ni un pelo, como el bikini. Donde esté un buen maillot, que se quite esa cosa tan fea, dice.

—Pues mi madre —se me escapó a mí— estrenó el otro día un bikini muy chic para ir a la playa.

—Es que a tu madre —y Medinilla se retorció un poco para decirlo—, con el fachón y el estilazo que tiene, hasta lo más moderno seguro que le sienta fenomenal.

Casi siempre daba fatiga escuchar a Medinilla.

Ya casi era verano y empezaba a oscurecer tarde. De todas maneras, habíamos encendido la luz del cuarto de jugar, por la ventana solo se veían

sombras que se iban juntando poco a poco, como si el reflejo de los cristales de la bombilla encendida las empujase. De repente lo vi. Seguro que lo vi. Y me quedé tan quieto y con tanta cara de susto, aguantando la respiración como si me hubieran hundido de un tirón en una alberca, que Elena enseguida se dio cuenta y me preguntó:

—¿Y a ti qué te pasa?

—Acaba de pasar por ahí —dije yo, con una voz que a mí mismo me costó oírmela.

—¿Qué dices? ¿Quién acaba de pasar por ahí? —Elena no parecía asustada, solo dispuesta a llevarme la contraria.

—El hombre de las camisas modernas.

Durante unos segundos, hasta Elena se quedó petrificada, como decía mi madre cada vez que le contaban algo que no podía creerse. Luego, Elena se acalabró una barbaridad y salió corriendo a contarle a su padre lo que yo había dicho.

Todas las personas mayores vinieron muy descompuestas al cuarto de jugar, y mi madre me dijo que hiciera el favor de no bromear con esas cosas, y yo le prometí que no bromeaba, que era verdad, aunque en realidad solo había visto la camisa. La madre de Elena —pobre Carmen— se puso muy nerviosa y muy desagradable, y dijo que ya estaba bien de darle tanta importancia a un hombre que no existía, y luego dio órdenes de general en jefe, como dijo luego mi madre, para que nos fuéramos despidiendo, que ya era hora de volver cada uno a su casa. Mi madre decía que a la pobre Carmen a veces le salía la marimandona que se llevaba aguantando toda la vida. Mi padre y Paco Gutiérrez dijeron que, de todos modos, irían a echar un vistazo a la azotea, que era el único sitio por donde podía escaparse aquel delincuente asqueroso. Yo estuve a punto de preguntarle a mi padre por qué era un delincuente asqueroso el hombre de las camisas modernas, pero me aguanté las ganas de preguntar y me dije que a lo mejor era asqueroso por ser escurridizo como una anguila, porque a mí las anguilas siempre me habían dado bastante repelús.

—Y ahora os ponéis a pensar en otra cosa, que luego no podéis dormir —ordenó mi madre.

Mi madre tenía razón. Yo no pude ponerme a pensar en otra cosa y aquella noche me la pasé entera sin dormir, y aguantándome las ganas de ir al cuarto de baño para que mi madre no se pusiera a alborotar a las tantas por mi culpa.

Lo que no me esperaba era que el lunes, en el colegio, todo el mundo dijera que había visto a aquel delincuente asqueroso merodeando por nuestra calle.

—A mí me lo ha contado Medinilla —decían todos.

Yo estuve la semana entera pensando en el hombre escurridizo. Iba por la calle y me ponía a mirar a todos los hombres con muy poca educación —Antonia me reñía—, pero todos los hombres iban vestidos casi igual, como si todo el año fuese cuaresma. Los hombres no llevaban otra cosa que pantalones y chaquetas grises o marrones, aunque, a pesar de que ya casi no hacía calor, se veían también algunas saharianas de color gabardina y hasta algunas guayaberas, todas blancas o beis. Claro que también llegué a pensar que el hombre que no se dejaba echar el guante quizás se vistiese como todo el mundo menos para hacer sus perrerías, y que se ponía las camisas modernas para fastidiar un poco más a la policía, para que la policía solo se fijase en las camisas y no en su cara. Igual que los calamares, que sueltan la tinta para escabullirse, solo que el hombre escurridizo no soltaba tinta, sino camisas modernas.

El miércoles de esa semana apareció un gato muerto en la puerta del colegio.

—Bueno, un gato entero no —me dijo Medinilla, que se sabía todos los detalles—. Solo la cabeza y dos patas, las de delante. Como si lo hubieran descuartizado y se hubieran llevado más de la mitad del gato.

Medinilla sabía contar mejor que nadie las cosas truculentas, las contaba incluso mejor que Antonia, daban más asco, pero Antonia era mucho más graciosa contando crímenes e historias de perversos.

—No había sangre. —Medinilla disfrutaba contando cosas así—. La policía dijo que era como si lo hubieran descuartizado en un quirófano, con un bisturí de primera, y le hubieran puesto después en todas partes agua oxigenada y mercromina y lo hubiesen lavado con lejía, y por eso la cabeza y

las dos patas estaban como una patena. Mi madre dice que seguro que lo ha hecho el hombre de las camisas mamarracheras.

Aquella historia me dejó un mal cuerpo que no solo no se me fue aliviando a lo largo del día, sino que se me puso peor cuando, por la noche, me metí en la cama y apagué la luz del cuarto. Las cortinas de la ventana no estaban echadas del todo, pero no me atrevía a levantarme porque veía de vez en cuando luces raras, como chispazos que parecía que rebotaban en los cristales. Por una parte, me moría de ganas de llamar la atención del hombre escurridizo, que a lo mejor seguía merodeando por nuestra calle. Pero también tenía miedo. Me picaba la garganta, pero no quería toser, hasta que ya no pude más y tosí. Dos chispazos de luz se pegaron a los cristales de la ventana. Los cristales crujieron, como si alguien los arañase con aviesa intención, así lo habría dicho Antonia porque así lo leía ella en *El Caso*. Entonces vi, lo juro, la cabeza de un gato gris sin cuerpo y con solo dos patas que me miraba como si lo estuvieran descuartizando.

Del grito que pegué se despertó todo el mundo. Antonia fue la primera en entrar en mi cuarto con cara de sonámbula y con la voz estropajosa me puso como los trapos por ser tan cobardica y por armar aquella escandalera. Mi madre apareció alarmadísima y con la mano en el pecho, como si estuviera a punto de salirse el corazón, y yo no quería contarle lo que había visto, hasta que vino mi padre y a él sí se lo conté. Mi padre dijo que no había sido más que una pesadilla y que, para que yo me tranquilizase, iba a abrir la ventana, así podría ver con mis propios ojos que era imposible que un gato pudiese llegar hasta allí, sobre todo si solo tenía la cabeza y dos patas. A mí, en cambio, me parecía que precisamente por eso, por ser un gato tan raro, seguro que podía llegar a los sitios más imposibles.

—Anda, hijo, asómate —dijo mi padre, y yo me asomé porque él estaba a mi lado—. Por esta pared tan lisa no puede trepar ni un gato ni nadie.

—¿Y eso qué es? —le pregunté yo, y casi no me salen las palabras porque se me había subido el corazón a la boca.

A mí me dio vértigo cuando vi a mi padre sacar casi medio cuerpo fuera de la ventana para coger el trozo de tela enganchado en el canalón que bajaba pegado a la pared desde el tejado. Era un trozo de una cuarta de largo y como

cuatro dedos de ancho, de tela azul con estampado de colorines.

—Será de una colcha o de un mantel o de un trapo de cocina —dijo mi padre, mientras lo agarraba con dos dedos, como si temiera contagiarse algo—. Se le volaría a alguien en una ventolera y se enganchó ahí.

—O un pedazo de una camisa moderna —dije yo

Mi madre, encampanada, me preguntó si estaba loco. Antonia dijo que sí, que yo era majara de nacimiento. Mi padre, más tranquilo, dijo que no podía figurarse de dónde sacaba yo aquellas tonterías, por más que los profesores me tuvieran por un niño con mucha imaginación, que aquello era de una colcha o de un mantel o de una cortina o de un trapo de cocina, que no había más que verlo y, de todas maneras, que a ver si me pensaba yo que los hombres volaban. Yo me acordé entonces de la pelota embarcada en el canalón del tejado, pero no dije nada. Sí que dije:

—Los hombres escurridizos a lo mejor vuelan.

—Claro —dijo mi madre, y puso cara de desesperación—. Y, además de volar, nadie los ve, nadie se fija en ellos, como si un hombre hecho y derecho no abultase, como si un hombre volador fuese lo más natural del mundo.

Tragué saliva antes de decir lo que estaba pensando:

—Es que a lo mejor de ese hombre lo único que se ve es la camisa, como a ese gato solo se le ven la cabeza y dos patas. Y, claro, si ves una camisa volando lo único que piensas es que se ha soltado de un tendedero.

Mis padres me miraron como si me hubieran pillado leyendo uno de aquellos tebeos verdes que una vez encontré escondidos en un armario de casa de mis abuelos y que eran del tío Ramón, el hermano balarrasa de mi madre. Antonia se llevó el dedo a la sien y empezó a atornillárselo para dejar claro que yo estaba amajaretado de verdad. Mi madre me puso, muy teatrera, la mano en la frente porque si no estaba majara, tendría calentura.

—Más vale que estés destemplado —dijo, como si tener décimas pudiera salvarme del manicomio o de la condenación eterna—. Estás tiritando, por Dios. Anda, vuelve a la cama y tápate bien. Y duerme. Si sigues pensando en esas cosas, acabarás poniéndote enfermo de verdad.

Me echó una manta encima de la colcha, como si ya estuviéramos en pleno invierno.

—Vas a dormir. Prométemelo.

Como si uno pudiera dormirse como quien le da a la llave de la luz y la apaga.

—No sé —no quería darle a mi madre falsas esperanzas, que era casi peor que mentirle, como decía el hermano Gerardo—. No hago más que pensar en ese hombre.

—Ay, por Dios, por Dios, no digas eso —oyéndola, cualquiera diría que no poder dejar de pensar en aquel hombre era más pecado mortal que no poder dejar de pensar en Toni—. Por Dios, hijo, por Dios, ese hombre es un cochambroso.

A mí se me puso carne de gallina. A lo mejor mi madre tenía razón y estaba poniéndome enfermo. Cerré los ojos. Me di cuenta de que de pronto también yo quería dormirme, que no era por darle a mi madre falsas esperanzas. Tuve un escalofrío. El hombre de las camisas modernas podía estar en la esquina de la calle, esperando que se apagase la luz de la ventana de mi cuarto para volver a trepar, o a levitar o a volar hasta allí.

—Anda, duerme —susurró mi madre, y me dio un beso en la frente.

Luego, oí cómo corrían las cortinas de la ventana y cerraban despacio la puerta que daba al pasillo, no la que daba al cuarto de baño.

Me quedé mucho rato inmóvil, con los ojos cerrados, casi sin respirar. Al otro lado de la ventana se oía el viento, o a lo mejor había empezado a llover, o a lo mejor el gato que solo tenía cabeza y dos patas había vuelto para arañar los cristales, o el hombre de las camisas modernas había trepado o levitado o volado hasta la ventana, respirando, vigilándome, esperándome.

Estuve a punto de echarme a llorar cuando se me ocurrió que el hombre de las camisas modernas a lo mejor no era un héroe o algo así, sino un cochambroso. Y aquello no se me fue de la cabeza durante más de una semana, y estaba deseando que la policía le echara el guante, por escurridizo que fuera.

Hasta que llegó el segundo viernes de mes.

—Les he pedido a los Gutiérrez y a los Ríos —dijo mi madre un día, mientras estábamos comiendo —cambiar el turno y que ellos vengan a casa el viernes que viene, y que traigan sin falta a los niños, claro, para que nos

entretengamos todos, sobre todo tú —y me señaló a mí—, que buena falta te hace.

Yo había vuelto a ver al hombre de las camisas modernas. Bueno, la verdad es que al hombre no lo vi, solo vi su camisa, en el pinar de Jaramar, enganchada en una retama. Era jueves y mi madre le mandó a Antonia que no nos llevara más a la playa, que ya no hacía tiempo de playa, pero tampoco de ir a La Victoria hasta que no hiciera un poco más de frío, mi madre a veces se hacía un poco de lío con las impertinencias del clima. Se vinieron Elena y Rocío, su niñera, y Medinilla, que seguía pegándose a nosotros como una lapa en cuanto nos descuidábamos. Estuvimos un rato jugando a los bolindres con piñones que cogíamos allí mismo, de las piñas que caían al suelo, y cuando nos aburríamos nos quedamos sin saber qué hacer hasta que Medinilla, que tenía el retorcimiento pegado a la lengua, según Antonia, dijo:

—Yo creo que ese delincuente cochambroso puede estar por aquí. Mi madre dice que lo han visto por la estación de trenes, y por el parque de La Victoria, y por las dunas, espiando a los hombres y a los niños cuando orinan.

A mí me entraron inmediatamente unas ganas horribles de orinar.

—¿Y les hace algo si los ve orinando? —le pregunté en voz baja, porque sabía que era mejor que Antonia no me oyera.

El hermano Gerardo nos había explicado que orinar en la calle estaba feísimo y que era un atentado contra la pureza y la higiene, y que Franco debería poner unas multas grandísimas como escarmiento a los que pillaran haciéndolo, antes de que alguien a quien le orinasen cualquier día en la casapuerta de su casa se tomara la justicia por su mano. También dijo que entrar a orinar en el retrete de un bar era peligroso si no ibas acompañado de tu padre, así que lo mejor era orinar siempre en el cuarto de baño de casa, y entonces yo me acordé del váter de casa de don Ireneo y de que mi madre también me había mandado no entrar allí a orinar.

—El otro día mataron a un muchacho de un navajazo en la barriada de El Palmar —dijo Medinilla en voz bastante alta, y Antonia enseguida pegó la oreja, porque a lo mejor ese crimen salía en *El Caso*—. Mi madre dice que, según la policía, el asesino puede ser ese hombre tan escurridizo.

—A lo mejor ese muchacho había orinado en la casapuerta o en el cierra

del hombre escurridizo —dijo Antonia— y, como la policía no está haciendo nada, el hombre se ha tomado la justicia por su mano.

Ya no podía aguantarme las ganas de orinar, ni siquiera si apretaba mucho los puños y pensaba que el hombre escurridizo podía estar por allí. Hasta hacía poco, yo siempre decía hacer pipí, hasta que Medinilla me dijo que eso era de niños chicos, de solteronas o de mariquitas, y que los hombres decían orinar.

—Me estoy orinando —le dije a Medinilla— y no quiero hacérmelo encima.

—Te acompaño, si quieres —me dijo él—. Ese cochambroso no se atreverá con los dos.

Nos alejamos un poco de los demás con mucho cuidado y mirando para todas partes, y, cuando ya pensábamos que no nos veía nadie, me arrimé a un pino, me saqué el bienmesabe, como decía Antonia, por el pernil del pantalón corto y tardé mucho en empezar a orinar, creo que por culpa de Medinilla. Él me miraba y, después, miraba para todas partes, dijo que era mi guardaespaldas. Un guardaespaldas muy churri, porque no vio nada, por mucho que después presumiera de haberlo descubierto él. Fui yo el que lo descubrió. Estaba allí, a menos de veinte pasos, escondido detrás de una retama, porque solo pude ver su camisa con estampados de colorines.

Me quedé petrificado y me puse perdidos los muslos, las pantorrillas, los calcetines, los zapatos. Medinilla enseguida se dio cuenta.

—¿Qué te pasa?

—Mira —dije, tan nervioso que a lo mejor ni me oyó, y señalé con la cabeza hacia donde había visto la camisa del hombre.

La camisa seguía allí. Medinilla también se quedó petrificado, aunque después presumiera de haber reaccionado como un machote y haberse lanzado como una flecha hacia el objetivo —Medinilla decía cosas así—, con unas ganas feroces de darle a aquel cochambroso su merecido. En realidad, estábamos a punto de echar a correr para juntarnos con los demás cuando yo me di cuenta de que la camisa no se movía.

—Solo está la camisa —dije.

Medinilla me cogió de la mano y a mí me dio un repelús.

—A lo mejor el hombre se toma una pócima —dijo Medinilla—, o se mete en una máquina prodigiosa, o se hace él mismo un experimento y se vuelve invisible y está ahí, aunque no lo veamos. Puede que sea un científico loco.

Yo me moría de ganas de que Medinilla me soltase la mano, pero tampoco quería que me la soltase.

—O a lo mejor ha salido corriendo y ha dejado la camisa para burlarse de la policía —le dije yo—. Es una cosa que hacen mucho los asesinos.

Antonia decía que algunos asesinos que salían en *El Caso* hacían eso, iban dejando rastros para que los detectives se murieran de rabia, o porque en el fondo querían, según Margarita Landi —Antonia tenía que estar enamorada de Margarita Landi, la reportera audaz, de tanto como la veneraba, eso decía mi madre—, que la policía les echase el guante.

—Puede que sea eso —admitió Medinilla—. Como es un cochambroso, irá solo en camisa, sin pantalones ni calzoncillos ni nada, y le gusta dejar la camisa y escaparse desnudo. Si no fuera invisible, todo el mundo le vería en cueros vivos y la policía lo arrestaría en un periquete.

Medinilla me apretó la mano un poco más. Su mano estaba muy sudada y a mí me entró mucha fatiga.

—¿Te atreves a acercarte? —me preguntó.

Era como si no pudiera remediarlo. Me moría de miedo y me moría de ganas de ver a aquel hombre. Me imaginaba que él me tocaba con una mano invisible y me entraban escalofríos, pero no quería echar a correr. Medinilla echó a andar muy despacio, y yo le seguí. La camisa, cada vez más cerca, no se movía. No podía moverse porque estaba enganchada en la retama. ¿Y si era un anzuelo y el hombre estaba escondido muy cerca y se echaba por sorpresa encima de nosotros?

De pronto, eso no me importaba. Solo quería saber cómo era aquel hombre. Di una zancada y adelanté a Medinilla y me solté de su mano. Quería ser el primero en ver al hombre, a lo mejor estaba desnudo. Pero no vimos más que su camisa, una camisa muy moderna y muy bonita, aunque la madre de Medinilla dijese que era imposible que algo fuese moderno y bonito a la vez. Una camisa enganchada en una retama, y huellas de zapatos en la

arena.

Medinilla lo contó después como si él fuera el Capitán Trueno y me hubiera salvado de una muerte segura a manos de un sanguinario asesino. Nos habíamos llevado la camisa como trofeo, y yo me empeñé en guardarla, aunque Antonia se puso a hacer morisquetas de asco y después mi madre dijo que ni hablar, que aquello era una porquería, que había que quemarla. Casi me pongo a llorar al ver cómo ardía, en un cubo viejo de hojalata que había en el lavadero, aquella camisa tan moderna y tan bonita.

Por la noche volví a tener muchas pesadillas. Un cuchillo enorme iba flotando por en medio de nuestra calle, como si lo llevara un asesino invisible. Alguien me quitaba la almohada de debajo de la cabeza y después yo la sentía contra mi cara, a punto de asfixiarme por su cuenta, como si tuviera vida propia o la agarrase un hombre al que nadie podía ver. O estaba al borde de un precipicio y el viento me empujaba, o eso pensaba yo, hasta que me daba cuenta de que no era el viento, era alguien que quería que me despeñase, y no podía librarme ni revolverme, pero al fin lo lograba y entonces una camisa rara, moderna, bonita, salía corriendo sin que yo pudiese ver al hombre que la llevaba puesta. Por eso mi madre había querido cambiar el turno de la cena, quería estar conmigo aquel viernes, eso le dijo, según Elena, a Lola Sancho y a la pobre Carmen.

Antonia le contó a Rocío, la niñera de Elena, y Rocío le contó a Elena, y Elena me contó a mí que, durante la cena, mi madre había dicho que yo la tenía preocupadísima, que una cosa era que yo tuviese mucha imaginación y otra que estuviese obsesionado con aquel hombre. Lola Sancho le había dicho a mi madre que debería llevarme al médico, pero, según mi madre, Lola Sancho era fanática de los médicos, por Dios. Paco Gutiérrez había dicho que la culpa era de la gente, que la gente siempre habla más de la cuenta, y que aquel hombre, en el fondo, no era más que un desgraciado. Según Antonia, cuando Paco Gutiérrez dijo eso, el señorito Eulogio se rio una cosa mala, pero a Antonia se le antojó que era una risa más falsa que un milagro de los tres pastorcitos de Fátima, en esas cosas Antonia era una hereje. La pobre Carmen habló poquísimo durante toda la cena.

Yo también le había preguntado a Antonia por la cena, pero ella me contó

muchísimas menos cosas de las que le había contado a Rocío. Lo que sí me dijo fue:

—El señorito Eulogio llevaba una corbata preciosa. Muy moderna.

En cuanto vi a Elena le pregunté cómo era aquella corbata que se había puesto su padre para la cena en mi casa.

—Huy —dijo ella—, mi padre tiene montones de corbatas. Mi madre dice que algunas son muy atrevidas, que a mi padre, con lo elegante que ha sido siempre, no le pega nada hacerse ahora el yeyé.

Pobre Carmen, pensé yo.

Y pobre Elena.

Cuando la policía le echó por fin el guante al hombre de las camisas modernas, aquello fue el escándalo del siglo en La Algaida. Salió hasta en *El Caso*, pero Antonia dijo que cómo se notaba que aquella crónica no la había escrito Margarita Landi, faltaban montones de detalles, deberían haberla entrevistado a ella. A mí la noticia me la dio Medinilla en el colegio el miércoles por la mañana. El martes había notado que mi madre estaba muy rara cuando me despertó para ir al colegio. Estaba tan descompuesta que se puso a meterme unas prisas que no venían a cuento, porque era tan temprano como siempre, ni a ella ni a mí ni a Antonia se nos habían pegado las sábanas. Y, de repente, hizo algo que me dejó petrificado. Dejó de apurarme, como si hubiera echado el freno de golpe —como hacía montones de veces Eulogio, que, según mi madre, era el más guapo y el más elegante, pero conducía fatal—, se sentó en mi cama, se tapó la cara con las manos, igual que hacía cuando estaba agotada o harta de todos nosotros, y respiró hondo. Me miró como si no supiera qué hacer conmigo, y dijo:

—Hoy no vas a ir al colegio. Ya escribiré una nota para que se la lleve Antonia al hermano Gerardo.

No consintió en darme más explicaciones. Estaba claro que algo grave había pasado. Me mandó que me levantase de todos modos y que, después de desayunar, hiciera los deberes, pero ya los tenía hechos. Mi madre tampoco tenía tiempo ni humor para hacerme un dictado, así que me buscó una página de problemas en el libro de matemáticas y dijo que, hasta que no los resolviera todos, no comería, ni merendaría, ni cenaría. Yo no había hecho

nada malo, me parecía a mí, pero mi madre quería castigarme como si yo tuviera que pagar el pato por lo que hubieran hecho otros. Luego, se olvidó de examinarme y comimos, merendamos y cenamos como todos los días.

También mi padre, cuando volvió del trabajo, estuvo muy callado y puso la mar de empeño en terminar de leer el periódico. Llegué a pensar que se había muerto el abuelo o alguna de las dos abuelas o alguien de la familia, pero ni mi padre ni mi madre se habían puesto de luto, así que eso no era. Estuve todo el día intentando no perderme detalle, por eso pude oír muy bien lo que mi padre le dijo a mi madre:

—La policía se ha presentado en la fábrica. Me han dicho que tendré que ir a declarar.

—¿Yo también? —me di cuenta de que mi madre tenía unas ojeras horribles.

—De ti no han dicho nada.

Mi madre vio entonces que yo estaba escuchando y se rebobinó un poco y, como si por eso yo le diera un poco de grima, me dijo:

—Hay que ver la manía que tienes de andar cerca de las personas mayores.

Eso era verdad. A mí siempre me había gustado escuchar a las personas mayores y cada vez me gustaba más. Solo que esta vez a mi madre se le pasó mandarme al cuarto de juego a jugar a tonterías.

—Esto es catastrófico —dijo, y a partir de ese momento un montón de cosas empezaron a parecerles catastróficas a mi madre—. A ver quién se lo explica a los niños.

Medinilla fue el que me lo explicó.

—El lunes por la noche la policía le echó el guante a Eulogio Ríos. ¿Por qué pones esa cara? En el colegio ayer no se hablaba de otra cosa. Claro que como tú no viniste...

A mí solo se me ocurrió decirle:

—Elena nunca me dijo que el hombre de las camisas modernas se hubiera orinado en su casapuerta y que su padre se hubiera tomado la justicia por su mano.

Medinilla sonrió como si estuviera hablando con el tontito del barrio y me

dijo:

—Eulogio Ríos era el hombre de las camisas modernas.

No sé por qué dije:

—Yo lo sabía.

Medinilla se quedó kao y le costó trabajo arrancar.

—Le pillaron en los retretes de la estación —dijo por fin, con la lengua medio estropajosa—, mirando a un policía camuflado que estaba orinando. Dicen que han encontrado montones de camisas modernas en un ropero secreto que tenía en el despacho de su casa. ¿También sabías eso?

No le contesté.

También me dijo que la casa de la pobre Carmen y de Elena estaba cerrada a cal y canto, pero eso no era verdad. Yo pasé por delante de la casa y la caspuerta estaba abierta, como siempre, y detrás de la cancela se veía aquel patio que, según mi madre, era la envidia de toda La Algaida.

Al llegar a mi casa, le pregunté a mi madre si era verdad que Eulogio Ríos era el hombre de las camisas modernas, escurridizo como una anguila.

—¡Vete ahora mismo a tu cuarto! —me ordenó ella, la mar de descompuesta—. Y como vuelvas a preguntar esas cosas, de tu cuarto no vas a salir hasta el día del Juicio Final.

A ella no volví a preguntarle nada, pero sí a Antonia, el primer día que volvimos al parque de La Victoria, sin Elena y sin Toni. Yo estuve el día entero muy lacio y pensé que a mí tampoco me merecía ya la pena cazar ningún tren si no podía irme en uno de ellos con Eulogio Ríos, a pecar con él por todo el mundo, porque Eulogio Ríos estaba en la cárcel y a saber cuándo le dejaban salir.

Antonia se salió por la tangente cuando la freí a preguntas, pero sí me contó lo que había hecho Toni:

—Rocío me ha contado que Toni se presentó en la casa pidiendo a gritos ver a Elena. Dice que parecía un capitán general o el gobernador civil dando órdenes. Al final Elena bajó a verle y por lo visto estuvieron abrazados un montón de tiempo. Habría dado la mitad de mi vida por haber estado allí, abrazando a los dos.

Se me saltaron las lágrimas, pero me aguanté para que Antonia no metiera

más palito en candela, como ella decía, y, encima, se chufleara de mí.

Completo

No podríamos volver a Malandar. No iban a dejarnos, no podíamos ni siquiera contar con el nuevo barquero que había empezado en el negocio de cruzar gente a la otra banda en lugar de Tomás el Chico. Seguro que había escarmentado en cabeza ajena, por eso se había buscado un ayudante que, por dos perras gordas como mucho, o eso decía Toni, lo controlaba todo, quién subía a su barca y con quién, sobre todo los menores de edad. Además, ya no estaba Eulogio Ríos para convencer a todo el mundo, sobre todo a la madre de Toni, para que nos dejasen embarcarnos con él. Eulogio Ríos salió de la cárcel muy pronto, porque no hay como tener buenas conexiones en las altas esferas para escaquearse de pagar lo merecido, según Medinilla, aunque eso no era del todo verdad, porque Eulogio Ríos no pudo volver a La Algaida, Franco lo condenó a vivir lejísimos. En la casa de la calle Infantas, casi frente a la nuestra, se quedaron la pobre Carmen y Elena, aunque tuvieron que despedir a Rocío porque ya no se podían permitir una niñera y, además, Elena ya no era una niña, y menos mal que los padres de la pobre Carmen, que tenían un negocio buenísimo de pañería y sedas de importación, se hicieron cargo prácticamente de todo. Eso lo hablaron una noche mi madre y mi padre en el cuarto de estar, sin importarles ya que yo lo escuchara.

Algunas tardes, Elena, Toni y yo nos íbamos a la playa de El Espadero, ya sin Antonia y sin echar cuenta de que fuera invierno. Tampoco nos achicaba que la gente pudiera decir cosas de nosotros, sobre todo de Elena. Al principio, ella solo salía de casa para ir al colegio y cuando Toni insistía

mucho con la pobre Carmen, aunque Toni cada vez tenía que insistirle menos para que dejase a Elena venir con nosotros. Toni, según la pobre Carmen, ya digo, era un encanto y un hombre hecho y derecho. Yo creo que a mí la pobre Carmen ahora me soportaba por caridad.

Alguna vez, alguien se nos quedaba mirando, sobre todo a Elena, y un día Toni le plantó cara a un niño de mierda que hizo un aspaviento de asco al reconocerla:

—Te voy a arrancar la cabeza de un mascazo como no te quites de en medio ya mismo.

El niño ni rechistó.

Toni había crecido bastante menos que yo, pero era fortachón, ancho de hombros y tenía unas manos grandes que daban miedo si se ponían peleonas. Elena bajó la cabeza como si intentara vaciarla de algo, pero de pronto empezó a llorar y Toni la abrazó por los hombros y ella se acurrucó apoyada en él. Como Elena iba siempre entre Toni y yo, para que pudiéramos defenderla, Toni ya no podía pasarme a mí un brazo por los hombros.

Cuando llegamos a la playa, los tres nos quedamos muy serios mirando el mar. Estaba subiendo la marea y había olas que iban creciendo y enfureciéndose conforme se acercaban a la orilla, como si quisieran hacerle daño a alguien. En aquel tiempo, a las siete ya era de noche y Malandar empezaba a no distinguirse. Toni se sentó en la arena, muy cerca de donde rompían las olas, y Elena y yo hicimos lo mismo, con Elena siempre entre los dos. Toni dijo:

—Un día vamos a cruzar a la otra banda a nado. Así que ya podéis espabilar.

Para eso nos habíamos hecho los tres socios del Club Náutico y nos habíamos apuntado a las clases de natación.

Yo había tenido que convencer a mi padre de que convenciera a mi madre para que nos hiciéramos socios del Náutico toda la familia, como lo habían sido siempre Paco Gutiérrez y Lola Sancho y los padres de Elena. A la pobre Carmen y a Elena parece que estuvieron a punto de borrarlas como socias después del escándalo de Eulogio Ríos, pero Paco Gutiérrez intervino con todo su prestigio y consiguió que no las echaran, sobre todo después de que

los padres de la pobre Carmen se comprometieran a seguir pagando los recibos. Para la pobre Carmen fue un alivio enorme, sobre todo por Elena, eso dijo mi madre. A mi madre, en cambio, la cuota de inscripción y los recibos le parecían un robo con todos los agravantes y no veía ninguna necesidad y ninguna ventaja en que yo aprendiera a nadar según el reglamento y en una piscina que tampoco era nada del otro jueves, cuando podía nadar gratis y a mi aire en la playa todo lo que quisiera. Menos mal que mi padre la convenció con el argumento de que el nuevo director de la fábrica de botellas, un señor que a mi madre le había parecido a primera vista incluso más guapo y más elegante que Eulogio Ríos, lo primero que hizo fue apuntarse al Náutico.

En el Náutico había cursillos de natación, un equipo de fútbol infantil y otro de niños de entre catorce y dieciocho años, un equipo de baloncesto para mayores de dieciocho, un campeonato de ajedrez infantil y otro para mayores, clases de danza española para niñas, y campeonatos de bridge y de canasta para las señoras —mi madre se apuntó al de canasta— y de póquer para los caballeros. Toni se apuntó solo a natación, Elena a natación y —por darle gusto a la pobre Carmen— a danza española, y yo a natación y, al cabo de unos meses, en cuanto cumplí los catorce años, al equipo de fútbol, porque me dio por hacer una prueba, más que nada para que Toni me envidiase un poco, y al entrenador le dio por decir que yo tenía madera de fino estilista. Toni odiaba el fútbol, y la verdad es que, si alguna vez jugaba, era un tarugo y lo hacía fatal, siempre de defensa leñero y siempre a patadón va y patadón viene.

El cursillo de natación lo empezamos enseguida, porque se inauguró uno a los pocos días de entrar Toni y yo por primera vez en el Náutico. Elena, que ya había ido algunas veces al club con sus padres, nos hizo de guía y fue la que descubrió que podíamos ya aprender a nadar de manera reglamentaria. De los cuatro estilos —crol, braza, espalda y mariposa—, Toni y Elena eligieron solo el crol y yo elegí los cuatro. El entrenador, en cuanto me vio nadar un poco, dijo que yo tenía un físico perfecto para hacer los cuatro estilos y que sería un delito que desperdiciara mis cualidades innatas. Por culpa de eso, tuve que dedicarme a nadar muchas más horas que Toni y

Elena, y a Toni le faltó tiempo para reñirme por dispersarme. Elena le daba la razón.

—En cuanto sepamos nadar como campeones, cruzaremos hasta Malandar sin que nadie tenga que darnos permiso —dijo Toni aquella tarde en la playa, frente a toda la otra banda desdibujada ya por ese raro gris apagado que lo emborriona todo cuando está a punto de hacerse de noche.

Yo cerré los ojos. No podía calcular bien cuánto nos llevaría llegar nadando a Malandar si salíamos de la playa de El Espadero.

—Mejor con marea baja —dije, calculando que sería más corto.

—Y nadando crol —me dijo Toni.

Me molestó.

—Cada uno que nade como quiera —dije—. Me apuesto a que voy más rápido que tú, aunque nade a braza o a espalda o a mariposa.

—No me lo imagino —dijo Toni.

—¿Qué es lo que no te imaginas?

—Verte cruzando la desembocadura haciendo florituras —se refería sobre todo al estilo mariposa.

Toni ya me había dicho alguna vez que el crol era con mucho el estilo más rápido —y, desde luego, más de hombre— que cualquiera de los otros, pero el entrenador me tomaba todo el rato los tiempos y me demostraba que nadando braza iba más rápido que nadando crol, y más rápido que Toni y Elena que solo nadaban eso. Pero yo prefería el estilo mariposa, era más difícil y más vistoso. «Bueno, tiene florituras», decía Toni, como si eso fuera un desperdicio. Lo discutimos un día delante de Elena y yo dije lo que una vez me dijo mi entrenador de natación: «Eres un nadador completo». «Eres un artista», dijo Antonia, que a veces me había visto nadar en el Náutico cuando mi madre la colaba y, según ella, siempre se quedaba embelesada. «Eres como Esther Williams.» Yo sabía perfectamente quién era Esther Williams, pero Antonia nos explicó a pesar de todo que era una artista de cine americana que nadaba divinamente, una sirena. Antonia había empezado a cansarse de *El Caso* y ahora leía sobre todo una revista con muchas fotos de artistas y gente elegante que se llamaba *Semana*, y a veces me la prestaba porque a mí también me gustaba leerla. Toni dijo que seguro que un delfín

nadaba más rápido que cualquier sirena, y Elena estuvo de acuerdo con él. También dijo que, en aquel momento, había visto a *Mi Carmiti*, la barca de Salvador, volviendo de Malandar con los últimos excursionistas, pero eso era imposible. Ya estaba a punto de hacerse de noche, solo se veían en el mar las luces de las boyas, y teníamos que volver a casa.

—Me gusta estar así —dijo Toni—. Oyendo el mar sin verlo.

Yo me levanté, di unos pasos hacia la orilla que apenas se veía, levanté los brazos y me puse a moverlos como se hace en el estilo mariposa. Me imaginé nadando así hasta Malandar y llegando antes que Elena y Toni. Oí que Toni decía:

—Venga, Esther Williams, tenemos que irnos.

Me volví. Elena y Toni se habían levantado y él la abrazaba a ella por la espalda. Elena había cerrado los ojos y sonreía, a lo mejor porque le había hecho gracia que Toni me hubiese llamado Esther Williams. Para consolarme, pensé en mi entrenador y en cómo me alborotaba el pelo cuando me decía que yo era un nadador completo.

Las calenturas de Elena

Mirábamos el mar liso y transparente, y después nos acostábamos en la arena o junto a la alberca vacía de Vera del Mar, cerrábamos los ojos y escuchábamos aquel rumor y yo notaba en la frente, en toda la cara, en la boca, en el pecho, en el estómago, en las piernas, en los pies el calor del sol como una camisa y unos pantalones de tergal —lo último en ropa aquel año era el tergal—, que se me fueran pegando cada vez más y se fueran humedeciendo poco a poco. Yo me imaginaba que los tres estábamos en una playa del Caribe, un paraíso con playas paradisíacas, como decía muchas veces Antonia desde que solo leía revistas ilustradas llenas de gente rica que veraneaba en el Caribe o en la Costa Azul o en pueblos pintorescos y maravillosos de la costa de Italia y en otros paraísos paradisíacos por el estilo.

De pronto, Elena pedía:

—Un beso.

Toni siempre se me adelantaba y le daba un beso en los labios y yo siempre decía:

—El próximo, yo.

Otros años, el mar estaba siempre alterado y turbio por culpa de la draga que escarbaba día y noche en la desembocadura para poner a punto el canal, el fondo por lo visto se había ido llenando de arena y era ya un peligro para los buques. Pero aquel verano, menos los labios de Elena, todo se mantenía limpio y en calma. Era como si alguien de buenas a primeras se hubiera

entretenido cambiando los cielos, los vientos, las corrientes y a nosotros, en La Algaida, nos hubiera tocado el cielo azul tirante y la brisa suave y el mar turquesa de una playa paradisiaca del Caribe.

Nos gustaba apartarnos de todo el mundo, pasar por debajo de la alambrada de Vera del Mar —una finca enorme con un chalé que parecía un convento, con su campanario y todo—, refugiarnos debajo de una higuera cuyas ramas llegaban casi hasta el suelo y formaban una especie de cueva verde en la que siempre se estaba fresquito, o tumbarnos a tomar el sol, con Elena siempre en medio, junto a la alberca, siempre vacía y con las paredes y el suelo llenos de jaramagos.

Cuando Elena volvía a pedir un beso, yo tragaba saliva, aspiraba hondo, pero con mucho cuidado para que ella no lo notase, y esperaba y no esperaba que Toni se me adelantase, pero él siempre respetaba a rajatabla mi vez, y yo por fin me lanzaba y la besaba en la mejilla como un colibrí. A Elena, aquel verano, le habían salido en los labios calenturas.

—Qué mal besas —protestaba Elena—. Deja que ahora te bese yo.

Elena besaba en la boca y como si le estuviera sorbiendo el zumo a una naranja cortada por la mitad. Pegaba los labios como esponjas que no dejaban ni un resquicio por donde pudiese entrar el aire. A mí se me atascaba la respiración y empezaba a sacudir la cabeza como si estuvieran estrangulándome, hasta que Elena se daba por vencida. Toni se reía.

—Me vas a asfixiar, Elena —me quejaba y no me quejaba yo—. No me extraña que te hayan salido esas calenturas.

Toni decía que Elena estaba guapísima con las calenturas y, cuando yo se lo decía a mi madre, ella le daba la razón a Toni, sobre todo si la pobre Carmen estaba delante.

—Un día te voy a enseñar cómo se besa —me había anunciado Toni, pero nunca se decidía a enseñarme.

Mi madre, para poner las cosas en su sitio, en cuanto nos quedábamos a solas añadía que, de todos modos, La Algaida y toda la provincia de Cádiz estaba llena de niñas guapísimas y que la pobre Carmen tenía uso de razón suficiente para distinguir entre lo que se dice bajo palabra de honor y lo que se dice para hacer una obra de caridad. Mi madre, además, no paraba de

decirme que Elena y Toni hacían una pareja fenomenal, pero que a mí me pegaba más salir con una chiquilla con otro pedigrí. Yo sabía que con lo del pedigrí se refería a Eulogio Ríos.

Cuando Elena apareció aquel verano con los labios lleno de calenturas, todo el mundo le decía que tuviera cuidado, no se le fueran a infectar, pero Antonia también dijo que había que reconocer que le favorecían bastante. Las calenturas de Elena eran pequeñas, lisas y de color caoba, como las pipas de algunas sandías. Carlitos Uribe, que era cinco o seis años menor que nosotros, pero a veces hablaba como si tuviera seis años más, decía:

—Dan ganas de arrancárselas a mordiscos.

Al oírle decir eso a aquel renacuajo a mí me daban tiritonas.

Los Uribe tenían la caseta de playa pegada a la nuestra, y Carlitos y un amigo suyo que se llamaba Jesús y era una cría de cochino, según Antonia, siempre nos llevaban las cuentas exactas del tiempo que habíamos estado Elena, Toni y yo bajo la higuera o junto a la alberca de Vera del Mar.

—Hoy habéis estado más de media hora —decía Carlos, o decía Jesús, o decían los dos a la vez.

Y no solo nos lo decían a Elena, a Toni y a mí, también se lo contaban a mi madre y a la pobre Carmen cuando venían con nosotros a la caseta, y a cualquiera que se pusiera a tiro, y yo creo que al final no había nadie en toda La Algaida que no supiera que el niño de Mati Ayala, el hijo de la almacenera de la calle Calvo Sotelo y, claro, la niña de Eulogio Ríos se pasaban una barbaridad de tiempo escondidos los tres juntitos en Vera del Mar. Los demás niños, mientras, se bañaban si la marea estaba llena, o jugaban a la pelota con palas de pimpón o tomaban el sol en la orilla, con la bajamar. Al día siguiente, todos se daban codazos y soltaban risitas cuando Elena llegaba a la playa con Toni y con los labios llenos de calenturas.

—Son como grosellas —dijo Aureliano Montero, un día que apareció en la playa con su mujer, María Teresa Plá, y enseguida se fijó en los labios de Elena y en sus calenturas.

Aureliano y María Teresa habían sustituido a Eulogio Ríos y a la pobre Carmen en las cenas de matrimonios de los últimos viernes de mes, en mi casa. La pobre Carmen renunció a seguir yendo a esas cenas voluntariamente,

sobre todo después de haberle oído a mi madre decir tantas veces que invitar a una viuda a una cena de matrimonios era como meter a una gata en un chiquero, y ella, a todos los efectos, se consideraba más viuda que nadie. Aureliano Montero había llegado a La Algaida hacía poco a dirigir o algo así una bodega y María Teresa era del grupo de canasta de mi madre en el Náutico y se llevaban la mar de bien. Los Montero eran de Valladolid, así que no sé si Aureliano sabía mucho de bodegas, pero los dos hablaban como en el NODO, el mejor castellano de España, según él.

—¿Qué son grosellas? —le pregunté.

Ni Elena ni Toni ni yo sabíamos lo que eran grosellas. Aureliano nos explicó, mientras no dejaba de mirar las calenturas de Elena como si estuviera a punto de escribirles un verso, que las grosellas —aunque yo creo que se refería en realidad a las calenturas de Elena— eran como uvas pequeñas y de color vino oscuro que tenían un sabor agridulce. A mí entonces me pareció que había dado en el clavo.

—Como las acerolas —dije.

—Más pequeñas. Y más suaves —dijo Aureliano.

—Entonces, como las azofaifas.

—Más blanditas. Y se dice azufafas —me corrigió Aureliano, pero en realidad parecía que le estaba corrigiendo las calenturas a Elena.

María Teresa, que metía un ojo una barbaridad, pero era muy simpática y muy dispuesta, dijo que ella compraba en una pastelería de Valladolid unos milhojas de nata con una capita de grosellas que estaban riquísimos, ni en Pozo, la celebrada pastelería de La Algaida, habían encontrado ellos exquisiteces así. Cuando dijo «ellos», comprendí yo que se refería sobre todo a Aureliano. Entonces Aureliano, que además de saber más o menos de vinos, escribía versos —y, según mi madre, estaba predestinado a dar algún año el pregón de las Fiestas del Río y la Vendimia—, dijo que los labios de Elena llenos de calenturas eran como pastelitos de milhojas cubiertos de grosellas.

En días sucesivos, las calenturas de Elena fueron, según Aurelio Montero, como una cestita de mimbre llena de moras, como una bandejita de barro con aceitunitas marrones en aliño, como un bizcochito con gotitas de chocolate con leche. Todas las señoras que le escuchaban decían: «Precioso, precioso,

precioso», y aplaudían como si estuvieran en unos Juegos Florales celebrados en la intimidad. Antonia decía: «Más cursi que una bicicleta con sombrilla».

Aquel verano, como ahora lo recuerdo, estaba lleno de luz y la arena de la orilla, conforme la marea iba bajando, tenía el color tostado de los labios de Elena. Poco a poco, oscuras y palpitantes como las calenturas de los labios de Elena, iban apareciendo las piedras dispersas por la arena mojada, las rocas de los corrales de La Rijerta, aquella escollera en semicírculo en la que no solo se quedaba alguna pesca, sino que se refugiaban los camarones y los cangrejos moros, grandes como tanques, según Antonia. Muchos días íbamos a coger cangrejos moros con mi padre y Paco el Corralero, armados con varillas de retama o varillas de paraguas, con un choco amarrado en uno de los extremos y con una cangrejera o zalabar, que de las dos maneras se decía, en la que los cangrejos caían como oscuras y desesperadas arañas gigantes. Cuando la marea iba creciendo, llegaba el momento en que solo se veían las puntas de las rocas más altas de los corrales, y luego las barcas de los pescadores que empezaban a flotar como si se atrevieran a navegar solas. Allí, bajo la higuera o junto a la alberca vacía de Vera del Mar, con Elena y Toni, yo miraba las calenturas de Elena y eran como barcas recostadas en la arena de la bajamar o como barcas que podían soltarse en cualquier momento de sus labios y empezar a navegar por su cuenta y llegar hasta la otra banda, hasta la punta de Malandar.

Pero también llegaban, muchas noches, las pesadillas. En sueños, las calenturas saltaban de los labios de Elena como burgaillos, como alúas, como grillos, como pitijopos, como muergos, incluso como helicópteros de combate idénticos a los que los americanos mandaban a la guerra de Vietnam y que amenazaban con descuartizarme no solo los labios, sino la cara entera, con sus aspas feroces. Después, salía Elena pidiendo un beso y yo quería y no quería dárselo.

Empapado en sudor y con el corazón desatado, tenía que levantarme y subir a la azotea, procurando no hacer ruido para no despertar a nadie, pero mi madre siempre se despertaba y yo le decía que a lo mejor algo en la cena me había sentado regular, o que quizás no había respetado bien todas las horas de la digestión antes de bañarme. Mi madre se me quedaba mirando las

ojeras que, según ella, me llegaban ya hasta las clavículas, y seguro que pensaba con mucha preocupación en mis pecados por culpa de Toni o de Elena, o de los dos.

Toni me dijo muchas veces que teníamos que respetar a Elena, que él estaba dispuesto a respetarla a rajatabla siempre. Y a protegerla, después de lo que había pasado con su padre. Eso me lo decía, desde luego, si estábamos los dos solos, alguna vez, en Vera del Mar, en la azotea de casa, o en el almacén de su madre si no había clientes y su madre necesitaba descansar un rato en el sofá que tenían en la trastienda, y yo cerraba los ojos y de pronto le pedía, entre bromas y veras:

—Un beso.

Toni, muy serio, decía siempre:

—Anda, vamos a respetar a Elena —y siempre me cogía la mano y me la apretaba, como si así quisiera consolarme.

Menos mal que aquel mismo verano coincidí con Beltrán Miranda en el equipo de fútbol de cadetes del Náutico.

Entrenamiento

Parrúa no se llamaba Parrúa, sino Beltrán Miranda, que era un nombre de artista de cine. Pero en cuanto empezamos a jugar en la liga de cadetes de la provincia de Cádiz con el equipo del Náutico Algaida, todo el mundo empezó a llamarle Parrúa porque un hermano de su madre había jugado, hacía años, en el Algaida FC de Tercera División con ese mote, horroroso para mi gusto. Antes, en la liga de alevines, cuando él jugaba con el equipo de los jesuitas, a Beltrán Miranda todos le llamábamos Beltrán. Y el caso es que el mote Parrúa le venía que ni pintado, las cosas como son, le sentaba como un guante al aspecto varonil y el estilo recio de nuestro hombre en el centro de la zaga. A mí, cuando por fin me consolidé como extremo izquierda, decidieron llamarme, para espanto de mi madre, Finito, porque yo era un fino estilista del balón, tal como había descubierto el primer entrenador que tuve.

—Estás bien de velocidad y de desborde y eres un hacha del regate y del pase largo —me dijo Calatayud, el míster del equipo de cadetes—, pero te falta contundencia en el disparo a puerta. Eso lo vas a tener que entrenar.

La verdad es que, en cuanto Calatayud empezó a sacarme de titular, hubo aficionados de gusto futbolístico más bien mostrenco que empezaron a crearme fama de no saber rematar las jugadas.

—Este Finito —decían— tendrá mucha rapidez, mucho quiebro y mucha finura, pero no la mete ni con calzador.

Una vez, Elena y Toni fueron a verme jugar ya como titular, y ella se peleó sin miramientos con un cateto barrigón y muy ordinario que me

llamaba a gritos, todo el tiempo, pamplinas o pamplinero. Ni Elena ni Toni consintieron en volver a un partido, e hicieron bien, porque yo no iba a conseguir librarme, ni haciéndome el harakiri, de aquellos gritos tan desagradables, ni siquiera si trezaba una jugada de oreja, rabo y vuelta al ruedo. Luego, los cronistas deportivos de todas las revistas a ciclostil, que eran un montón, escribían, eso sí, que yo tenía un tobillo izquierdo prodigioso.

En las entrevistas que me hacían de vez en cuando —incluso me hicieron una en el *Diario de Jerez* como «cadete con futuro», y mi madre compró como cincuenta ejemplares y recortó las entrevistas y las enmarcó y las colgó por toda la casa y les regaló un montón a sus amigas y hasta una a don Alonso para que la pusiera en la prioral—, yo decía que lo mío no era rematar la jugada, sino adivinarla, prepararla, desbordar y ponerle los goles en bandeja a Jesulín, que para eso era nuestro delantero centro. A mí, lo de no saber culminar me parecía hasta elegante.

—Pues no saber culminar es un defecto, lo mires como lo mires —me dijo un día Beltrán a la cara, noblote como él era—. Y lo tienes que corregir o nunca vas a ser un futbolista completo.

Me gustó mucho que me lo dijera, porque Beltrán —yo nunca le llamaba Parrúa, ni siquiera en las charlas de equipo con el míster, y todos me miraban como si también en esto hiciera filigranas— quería que yo fuera completo y no como Toni, que solo quería que estuviera especializado en lo que a él le diera la gana.

El caso es que, en principio, yo no tenía el menor interés en ser un futbolista completo —ya tenía bastante con ser completo en natación—, me sentía de lo más satisfecho y colmado con mi velocidad y mis virguerías, con mi juego limpio y mi habilidad para poner de rodillas o a cuatro patas o sentar de culo, con un par de regates de salón, a todos los defensores que me salían al paso hechos unos cafres. Luego, le ponía la pelota en el sitio justo a Jesulín y nuestro delantero centro unas veces acertaba y la metía y otras no, pero esa ordinariez ya no era asunto mío.

—El fútbol está lleno de finos estilistas echados a perder —me advertía Beltrán, y me daba unos golpes muy cariñosos en el estómago y, algunas

veces, un poquito más abajo—. Culminar, para un delantero, aunque sea extremo izquierda, es fundamental. Si quieres, quedamos por la noche los dos solos, en cualquier sitio, y entrenamos. Ya verás cómo te enseño a darle con fuerza y puntería.

Elena y Toni empezaron a quejarse mucho porque el nombre de Beltrán no se me caía de la boca, y porque a veces quedaba con él a dar una vuelta o a charlar un rato y no les avisábamos, y en el Náutico hacíamos un aparte y comentábamos los partidos y la marcha de la liga de cadetes los dos solos, entre otras cosas porque Elena y Toni no sabían nada de fútbol y se aburrían muchísimo y siempre se enfadaban, sobre todo Elena, porque Beltrán y yo no sabíamos hablar de otra cosa, o al menos yo no sabía hablar de otra cosa mientras estaba con Beltrán. A veces, Beltrán me pedía que fuéramos juntos, sin nadie más, algún domingo por la tarde al Cine Macario, un cine en el que siempre se iba la luz dos o tres veces mientras echaban la película, y entonces todo el respetable se ponía a cantar: «¡Macario, enciende la luz que me mareo-eo-eo!». Pero a ir al cine solo con Beltrán, yo no me atrevía. No quería que Elena y Toni se enfadasen por eso. No quería por nada del mundo poner en peligro nuestras tardes de cine, con Elena siempre sentada entre Toni y yo, yo impaciente por que empezara el NODO, por que terminara, por que arrancara la película, el momento en que Toni le pasaba el brazo a Elena por los hombros y me ponía la mano en el hombro a mí, y yo entonces también pasaba el brazo por los hombros de Elena, aunque en realidad lo pasaba por encima del brazo de Toni, y aquello podía durar más o menos tiempo, hasta que Toni me cogía la mano y era la señal para que yo retirase mi brazo, por respeto a Elena. Contado así, cualquiera diría que éramos unos contorsionistas, pero la verdad es que todo era muy sencillo, muy emocionante y me dejaba siempre muchas ganas de repetir lo antes posible.

Un día, de sopetón, Beltrán me dijo:

—Esta noche, tú y yo vamos a colarnos en el campo de fútbol del Algaida, así podremos entrenar los dos solos en un campo de verdad. Lo tengo todo perfectamente estudiado.

Fue la primera noche que me dejaron salir solo, con un permiso muy trabajado de mi madre. Mi padre tuvo que echarme una manita y le recordó a

mi madre que yo ya estaba a punto de cumplir dieciséis años. Me obligaron a prometer que volvería a casa antes de las diez, y yo lo prometí por todos los santos del santoral.

El campo de fútbol del Algaida estaba rodeado por una tapia bastante endeble y de apenas dos metros de altura, facilísima de saltar, así que los días de partido se colaba todo el que quería. Aquella noche también nosotros nos colamos sin ninguna dificultad. Además, Beltrán se subió luego al tejadillo del vestuario y aflojó con mucha habilidad, y con los guantes de guardameta puestos, tres de los cuatro focos que desde allí iluminaban el campo en cuanto se hacía de noche. Así, me dijo, entrenaríamos con mayor intimidad. Yo tuve que advertirle de que ya eran más de las nueve y teníamos menos de una hora para entrenar. Así que enseguida nos dedicamos a entrar en calor con ejercicios cuerpo a cuerpo, que eran fundamentales para Calatayud, el míster. Pecho contra pecho y flexiones de rodillas, espalda contra espalda, con los brazos enganchados por detrás, y flexiones de cintura para soportar bien sobre los riñones el peso del otro, cadera contra cadera y empujar a la vez para poder meter el cuerpo sin hacer falta. Beltrán también improvisó un ejercicio cuerpo a cuerpo que consistía en rodar por el suelo, pegados como lapas el uno al otro. Luego, Beltrán se puso en la portería, con sus guantes y su visera del revés, y, cuando me acerqué a él para empezar a medir los pasos hasta el punto de penalti, me dijo:

—Relájate. El secreto está en colocar bien el cuerpo. No te agarrotes —y me puso la mano en la cintura para darme ánimos.

Yo le dije que estaba nervioso.

—Hay que empezar por lo básico —me explicó él con mucha paciencia, y abrazándome por los hombros como me abrazaba Toni cuando no teníamos que respetar a Elena—. Ya verás, en cuanto le cojas el tranquillo no vas a parar de culminar.

Yo le dije que culminar no me parecía tan imprescindible, pero él estaba emperrado en que yo culminase aquella misma noche.

—Culminar es la leche, de verdad —insistió él—. Seguro que al final lo haces de dulce. Tú ten en cuenta que esta posición no es la mía habitual, pero por eso me gusta entrenar, hay que ser polivalente.

—Completo —dije yo.

—Pues sí.

Luego, él dijo:

—Venga, me pongo en posición y tú coloca bien el cuerpo, ya sabes. No te cortes.

Beltrán se puso en posición. Beltrán era guapo y fuerte, casi tan fuerte como Toni y casi igual de guapo. Yo coloqué bien el cuerpo. Beltrán sonreía, pero estaba muy concentrado. Me concentré. Respiré hondo tres veces. Tenía que hacerlo. Lo haría bien. Nadie volvería a llamarme pamplinas o pamplinero. Tenía que ponerlo todo de mi parte. Resoplé. Afiné. Disparé. Beltrán se estiró como una pantera, pero culminé.

Esa fue la primera vez que metí un penalti.

Eso que salí ganando

La última vez que Elena, Toni y yo quisimos ir a Malandar, antes de que yo me fuera a Madrid a comerme el mundo, fue cuando el Ayuntamiento, para celebrar la inauguración del Polideportivo que había construido al final de la playa de El Espadero, convocó la Primera Travesía de la Desembocadura a Nado y nos apuntamos los tres. También se apuntaron otros del Club Náutico, y gente que vino por libre o de otros clubs de natación, y no solo de La Algaida sino de Cádiz, El Puerto, Rota y otros pueblos costeros de la provincia. Según la publicidad del Ayuntamiento, los premios para los tres primeros en llegar —sanos y salvos, claro, como dijo Antonia, llegar ahogado se supone que no vale— eran suculentos.

Beltrán Miranda no sabía nadar, así que no pudo apuntarse, y la verdad es que yo no me llevé por eso el disgusto del siglo. Beltrán se había resignado ya a dejar de darme la lata para que nos viéramos todos los días a todas horas, pero, como yo también quería ser polivalente, me puse a darle largas para moverme con libertad por todo el campo y por toda La Algaida. Elena y Toni ni siquiera se alegraron mucho de que Beltrán no pudiese nadar con nosotros. Eso sí, Elena me advirtió:

—Ni se te ocurra sacarte de la manga a algún otro amiguito que no sepa ni flotar. Yo no tengo ninguna necesidad de que nadie se ahogue por mi culpa.

Yo pensé que, en cualquier caso, si algún amiguito mío, por ser amiguito mío, se echaba al agua sin saber ni siquiera flotar y se ahogaba, sería por mi

culpa, no por culpa de Elena, pero ella era así de acaparadora en materia de admiradores. Ni a Toni ni a mí eso nos molestaba.

Desde que le metí el primer penalti a Beltrán —después le metí bastantes — me aficioné tanto a culminar las jugadas, o a encargarme de los castigos desde los once metros o desde una cuarta, si se terciaba, que Calatayud terminó por confiar en mí y me alternaba con Jesulín para ejecutar las penas máximas. Es verdad que, durante algún tiempo, seguí utilizando a Beltrán para poder salir sin Elena y Toni y moverme a mi aire, pero poco a poco empecé a hacerlo al revés, utilizar a Elena y Toni para poder salir y moverme sin Beltrán. Ninguno de ellos estaba contento, pero tampoco muy enfadado, entre otras cosas porque ya me las arreglaba yo para hacer de vez en cuando algunas cosas con Elena y con Toni —sin faltarle nunca al respeto a Elena, claro— y a veces, aunque cada vez menos, saltaba con Beltrán la tapia del campo del Algaida para entrenar un poco, hacer ejercicios de calentamiento y, no siempre, culminar. Con Beltrán empecé también a beber alguna caña o algún tinto de verano. Nunca he fumado.

En La Algaida, en la Calzada de la Paz —un precioso y ancho paseo de albero que va desde la plaza donde estaba la Comandancia de Marina hasta la playa—, había un enorme cine de verano, el Gran Cinema, en el que lo menos importante era la película que echaban. La gente se pasaba todo el tiempo alborotando, cambiándose de sitio, haciendo corrillos con las sillas para ponerse de tertulia, llamando a gritos a Salido, el de las chucherías y las gaseosas, y hasta pidiéndole al de la cabina que bajara un poquito el sonido de la película, que con aquel griterío que se traían los actores no se podía charlar tranquilamente. Muchas veces, el entretenimiento principal era chuflearse del Mangoli, el acomodador, que se ponía frenético tratando de poner orden en aquel guirigay, y se pasaba el pobre la sesión entera teniendo que soportar las tomaduras de pelo del respetable o el grito que se escuchaba cada dos por tres: «¡Mangoli, maricón!». El cine era tan grande que, a pesar de todo, si te ponías en las primeras filas —desde la que estaba siempre reservada, y casi siempre sin ocupar, hasta el primer pasillo de los que atravesaban el cine de lado a lado— podías ver la película sin demasiados contratiempos, salvo un poco de dolor de cervicales por tener que levantar

demasiado la cabeza. Por el fondo, donde estaban los servicios y una barra de bar que no se utilizaba, había tantos recovecos que las parejitas, del tipo que fuesen, podían ponerse de morado y oro sin que nadie les molestase salvo, muy de vez en cuando, el bueno del Mangoli, que tampoco es que pusiera demasiado empeño en defender la moralidad, según él porque no daba abasto, según la gente porque le gustaba mirar. Naturalmente, por allí era por donde no paraban de gritarle «¡Mangoli, maricón!». Yo me moría de ganas de que alguna vez el Mangoli me pillara faltándole al respeto a Beltrán, o a algún amiguito de los que no sabían ni flotar, o, en mis ensoñaciones, a una niña de la Compañía de María que empezó a gustarme, más que nada por fastidiar un poco a Elena y porque era feíta, con una barbilla como la de Imperio Argentina —eso me dijo Antonia un día que la vio, a ella Imperio Argentina no le parecía nada guapa—, y con una sonrisa bonita y triste que parecía pedirme con mucha dulzura que la respetase, y que la protegiese, sobre todo cuando yo conseguía seguirla camino de su colegio —la esperaba en la esquina de la calle Franco con la calle San Sebastián— y ella me miraba de reojo si me acercaba más de la cuenta. Yo iba muchas noches solo al Gran Cinema y me pasaba bastante tiempo dando vueltas y vueltas, y una vez me vi, casi sin buscarlo, en medio de eso que, con el tiempo, aprendí que se llama orgía y que está bien, pero en ocasiones es incomodísimo, sobre todo si todo el mundo tiene que estar de pie o encorvado o de rodillas. Aquel día me vio Merche, una criada que por fin había ajustado la pobre Carmen para el cuerpo de casa, que me amenazó con contárselo a mis padres si no les invitaba a una limonada a ella y al soldado con el que estaban faltándose al respeto, el uno al otro, una cosa mala. Un día, Merche descubrió que estaba preñada, y Antonia, que lo sabía todo sobre ella porque se pasaban horas cuchicheando de sus cosas, dijo que aquel niño iba a tener que llamarse Gran Cinema.

Con nadie más que no fueran Elena y Toni me habría apuntado yo a la Primera Travesía de la Desembocadura a Nado. Con nadie. Tampoco con los camperitos de la Colonia, que eran jóvenes y fuertes, pero seguro que la mayoría no sabía ni flotar. Ni siquiera con los pescadores del barrio marinero —que a saber también cómo flotaban—, a los que yo algunas noches faltaba

al respeto, o ellos me lo faltaban a mí, aunque hubieran ido al cine con unas novias a las que yo veía a veces de refilón y que se quedaban viendo la película en las primeras filas del Gran Cinema. Elena podía estar tranquila.

Además, el Ayuntamiento había organizado aquella Primera Travesía a lo grande. Había jueces de toda la provincia con mucho conocimiento y experiencia, boyas con banderas verdes y rojas para señalar por dónde había que nadar, y un batallón de barcas a remo y a motor que se tenían que encargar de recoger a los nadadores que no aguantasen. Por orden de inscripción, nos colocaron a todos en filas de a diez, y Elena, Toni y yo quedamos en la fila sexta, con bastantes filas por detrás de la nuestra. Elena llevaba un maillot rojo con solo un volante a modo de faldita y, según Toni, era la más guapa de todas. Toni y yo nos habíamos puesto unos bañadores minúsculos de competición, muy apretados, y a mí Toni también me pareció el más imponente de todos, pero no se lo dije por respeto a Elena. Toni me miró de arriba abajo, sonrió como Aureliano Montero delante de un dulce de hojaldre con nata y grosellas, y no hizo falta que dijera nada. Por un altavoz nos dieron miles de instrucciones, la fundamental que, en cuanto nos sintiéramos cansados o mareados o con calambres o cualquier tipo de fatiga o descomposición, levantáramos un brazo y lo moviéramos mucho para que nos recogiesen, y que no intentáramos aguantar más de la cuenta. No dijeron nada de que fuera necesario nadar a crol. Luego, con un silbato, nos iban mandando meternos en el agua, fila por fila.

—Ánimo —dijo Elena, que estaba entre Toni y yo y nos cogió un momento a los dos de la mano, un segundo antes de que nos tocara zambullirnos.

Al principio, todo el mundo nadaba con mucho frenesí y casi nadie se iba quedando atrás. Toni nos había ordenado que nos lo tomáramos con calma desde el primer momento, así que no tenía que importarnos que algunos, los más acelerados, nos adelantasen. La clave estaba, según él, en llegar a la mitad del recorrido, ya en medio de la desembocadura, sobrados de fuerzas. Pero Elena no aguantó tanto. Ya empezaban a estar muy desperdigados todos los participantes, aunque Elena, Toni y yo nos manteníamos muy juntos y, por orden de Toni, sin perder de vista el coto, sin mirar en otras direcciones

y, sobre todo, sin preocuparnos del resto de los nadadores. De pronto, Elena se frenó, se puso a mirar a todas partes, empezó a poner caras de desesperación y a tragar agua y, justo cuando Toni consiguió cogerla por la cintura, cerró los ojos, dejó de pelear contra el agua y yo pensé que se hundía. Levanté el brazo y lo moví con todas mis fuerzas, y a los dos minutos teníamos al lado una barca de motor, con unos socorristas muy profesionales que tuvieron que ordenar a Toni que se apartara de una vez y les dejase hacer su trabajo. Cuando vi a Elena desmayada en la barca, envuelta en una toalla y acariciada por otras dos chicas a las que habían tenido que recoger antes que a ella, lo primero que pensé fue que Malandar iba a ser para Toni y para mí solos.

—Vamos. Por Elena —me dijo Toni, con mucha rabia, pero yo me di cuenta de que había gastado muchas fuerzas en ayudarla.

Estábamos casi a la misma distancia de la playa de El Espadero que de la otra banda. A nuestra izquierda, ya solo había mar, todo el Atlántico, y yo sentí una punzada de vértigo al pensar que, de pronto, una corriente imposible de resistir me arrastraba entre las barcas de salvamento sin que nada ni nadie pudiera impedirlo y sin que ya pudieran recogerme y ponerme a salvo. Menos mal que me acordé de la orden de Toni y me puse a mirar solo la otra banda, los pinares del coto, los viejos polvorines ya en ruinas y que cada vez se veían mejor, gente que había cruzado en barca para ver cómo llegaban los ganadores a la meta —por allí tenía que estar Antonia con un novio boxeador que se había echado y con el que ya estaba dispuesta a casarse—, y volví a nadar crol con todas mis fuerzas. Adelantaba a otros nadadores, pero no quería pensar en ellos, tampoco en Toni, solo pensaba en llegar a la otra banda sano y salvo.

—¡Bravo, Miguel! ¡Tú vas llegar!

Tardé un poco en darme cuenta de que eran Elena y Toni los que me animaban a gritos. Toni tampoco había aguantado. No quería girar la cabeza para buscarlos, para saber dónde estaban. Delante de mí solo iban tres nadadores, pero me di cuenta de que a mi lado, o un poco por detrás, iban otros que en cualquier momento podían adelantarme.

—¡Ánimo, Miguel! —era el grito de Toni.

Uno de los que iban delante de mí, el de en medio, aflojó y vi cómo se dejaba llevar por la corriente, aunque de vez en cuando intentaba seguir nadando, y escuché los gritos de los socorristas pidiéndole que solo flotase, y creí que a mí me iba a pasar lo mismo, así que decidí ponerme a hacer filigranas.

Primero pasé a nadar braza, pero conservando la calma, ahorrando fuerzas.

—¡Ánimo, Miguel! —era el grito de Elena.

Tenía que controlar la respiración. Empecé a braccar mucho tiempo con la cabeza debajo del agua. Cuando la sacaba, respiraba hondo y tranquilo. Después, de nuevo bajo el agua y avanzando a brazadas, soltaba el aire lentamente, dejando que los pulmones se relajasen. Enseguida volvía a sacar la cabeza, pero sin atolondrarme.

—¡Ánimo, Miguel! —eran Toni y Elena.

Para dar otro juego a los músculos, pasé a nadar espalda. El sol me daba de lleno en la cara y yo dejaba que el pequeño oleaje me la refrescase todo el tiempo.

—¡Ánimo, Miguel! —un montón de voces se había unido a las de Elena y Toni.

Me sentí con fuerzas para hacer una exhibición. Giré el cuerpo como si el mar fuese una alfombra brillante, esponjosa y azul y pasé a nadar mariposa. Escuché aplausos. Cuatro nadadores iban ahora delante de mí, no pude evitar verlos.

—¡Crol, Miguel, crol! —gritó Toni.

Le hice caso. Me olvidé de los cuatro nadadores que me estaban adelantando, fijé la mirada en la gente que aplaudía en la playa de la otra banda y me puse a nadar crol como si toda la otra banda y el coto entero y Malandar fueran a esfumarse si yo no llegaba sano y salvo.

De los ciento veintiocho inscritos en la Primera Travesía de la Desembocadura a Nado, solo diecisiete acabamos la prueba. Sanos y salvos, quiero decir. Yo llegué tercero. Los jueces fueron muy estrictos para impedir que nadie nos ayudara hasta haber salido por completo del agua. Antonia y su boxeador estaban allí, a dos metros, con unas ganas locas de echarme una

mano. Por fin, cuando los jueces decretaron que ya podían ayudarme, por poco me asfixian en la arena seca. Todo el mundo aplaudía a todo el mundo. Iban llegando las barcas con los nadadores a los que habían tenido que recoger durante la travesía. Al abrazo y el beso que me dio Toni le faltó poco para ser una falta de respeto a Elena. Ella me abrazó llorando como si acabara de parirme, según Antonia. La organización empezó a repartir entre los participantes bocadillos y, como aclaró Antonia, agua potable. Encima, no iban a darnos agua salada, Antonia, le dije. Yo solo quería agua potable, tenía el estómago engurruñado.

El boxeador, que había desaparecido durante un rato, llegó de pronto, muy acalambrado, contando que los familiares del que había llegado el cuarto pedían a los jueces que me descalificasen. Según ellos, yo no había nadado reglamentariamente todo el tiempo.

—Dicen que lo que tú has hecho no es nadar, es hacer monerías.

Toni se puso hecho una fiera y se fue con el boxeador a armar la marimorena donde estaban los familiares del que había llegado cuarto discutiendo, como unos energúmenos, con los jueces. Hasta que los jueces se hartaron y los mandaron a todos a hacer gárgaras, según el boxeador.

Todos estábamos muy nerviosos cuando anunciaron la entrega de premios. El primer premio lo ganó un muchacho de Huelva, grande y guapo, al que no me habría importado nada faltarle al respeto allí mismo. El segundo, una chica del Club Náutico de El Puerto que se parecía un poco a la niña de la Compañía de María que a mí me había gustado tanto.

—El tercer clasificado —anunció unos de los jueces por el altavoz—... ¡Miguel Durán!

Los familiares del cuarto clasificado protestaron una barbaridad, para nada. Elena, Toni, Antonia y su boxeador me acompañaron, jaleándome, hasta el estrado donde se entregaban los premios. El suculento premio para el tercer clasificado consistía en unos prismáticos último modelo.

—Con estos prismáticos —me dijo Elena— podrás ver Malandar desde la Conchinchina.

Dieron premios especiales al nadador más veterano, al más joven y al más completo. El premio al nadador más completo también me lo dieron a mí, por

haber utilizado con habilidad y calidad todos los estilos de la natación, según los jueces. Los abucheos de los familiares del cuarto clasificado era el maullido de un gato afónico en medio de los aplausos del respetable y, por supuesto, de los aullidos de entusiasmo de Elena, Toni, Antonia y su boxeador. Toni volvió a darme un abrazo muy poco respetuoso, mientras Elena se dedicaba a descubrir las maravillas de los prismáticos.

Luego, por el altavoz, la organización empezó a organizar el regreso a la playa de El Espadero de todos los nadadores. Toni me dijo:

—Nosotros tres nos vamos a quedar un rato en Malandar.

Pero Malandar estaba demasiado lejos de donde habían puesto la meta, y yo estaba agotado. Al final, Antonia y su boxeador nos convencieron de que volviésemos con ellos en *Mi Carmiti*, la barca de Salvador. Salvador no se atrevía a mirarnos, como si se avergonzara de algo.

—Vamos a volver pronto —dijo Toni.

No sé por qué, a mí me pareció que no era tan fácil, pero lo teníamos que hacer, lo teníamos que conseguir, tarde o temprano. Hicimos todo el viaje de vuelta sentados los tres juntos en el banquillo de popa de *Mi Carmiti*, con Elena entre Toni y yo cogiéndonos de la mano a los dos, viendo los tres cómo se alejaba Malandar. Yo ya tenía decidido cazar un tren e irme a la capital en septiembre del año siguiente, a estudiar periodismo y escribir como Margarita Landi en *El Caso* —eso fue lo único que me pidió Antonia—, y a comerme el mundo, en cuanto hubiera cumplido dieciocho años. Toni tenía decidido proteger y respetar a Elena durante el resto de su vida. Siguió respetándola a rajatabla mientras yo me iba haciendo cada vez más y más polivalente y me iba a veces por sitios, según Antonia, nada recomendables.

A mí no me respetaba nadie. Eso que salí ganando.

La nieve

Los primeros que saltaron del tren fueron los legionarios. Echaron a correr pegando gritos, como si el tren fuera a estallar, como si Toni nos hubiera estado esperando toda la noche, escondido detrás de una adelfa, y le hubiera disparado a la locomotora y le hubiera acertado en todo el centro de la caldera y nada pudiese evitar ya que el tren entero reventase. Los legionarios gritaban como niños. Iban dejando dos hileras de pisotones amarillentos en la nieve, como si dos culebras casi transparentes fueran avanzando a trompicones en medio de un paisaje tan blanco. Los legionarios gritaban como escolares a la salida del colegio, parecía como si de pronto los dos acabaran de cumplir doce años. Empezó más gente a saltar del tren. Todos, hombres y mujeres, gritaban como si todos acabaran de cumplir doce años, como si todos estuvieran a punto de zambullirse para cruzar a nado la desembocadura. El legionario mulato se agachó, cogió un puñado de nieve y se lo tiró con todas sus fuerzas al otro legionario. Culminó, le dio en toda la bragueta. Todo el mundo empezó a dispararle bolas de nieve a todo el mundo. Cada vez era más gente la que saltaba del tren, más gente la que parecía de pronto tener doce años, más gente liada en una batalla de nieve. De las tres gachís que viajaban conmigo y con los legionarios en mi vagón, saltaron dos, la otra se quedó conmigo en el pasillo, mirando por la ventanilla. El revisor intentaba poner orden en aquel guirigay, pretendía que todos los pasajeros volvieran al tren, se estaba dejando los pulmones a silbatazos. Alguien gritó: «¡Revisor, maricón!». Una pareja joven se abrazó, se tiró abrazada a la nieve, empezó a

rodar abrazada dejando en la nieve una alfombra amarillenta. Los legionarios ya no seguían corriendo, ahora le tiraban proyectiles de nieve a todo el que, hombre o mujer, se le pusiera a tiro. Yo llevaba en la maleta los prismáticos que me dieron por llegar tercero en la Primera Travesía de la Desembocadura a Nado, esperaba que fuera verdad lo que me había pronosticado Elena, que con aquellos prismáticos vería Malandar hasta desde la Conchinchina, si en aquel momento los hubiera tenido a mano habría visto hasta dónde llegaba la nieve. Había gente haciéndose fotos, Eulogio Ríos les habría hecho fotos de uno en uno, de dos en dos, de tres en tres, como la primera vez que Elena, Toni y yo estuvimos en Malandar. El legionario mulato echó a correr de nuevo y, cuando ya no tenía a casi nadie cerca, se abrió la portañuela, se sacó la tapioca, como también la llamaba Antonia, y se puso a orinar mirando la luna. La nieve hervía y se ponía amarillenta conforme el legionario mulato le orinaba encima. Eulogio Ríos, con una camisa moderna, miraba cómo orinaba el legionario. El Mangoli miraba la tapioca del legionario mientras orinaba. Un hombre que parecía pariente del que llegó cuarto en la Primera Travesía de la Desembocadura a Nado gritó: «¡Mangoli, maricón!». Yo tenía ganas de orinar, pero me daba repelús ir al retrete del tren, seguro que era peor que el retrete de la casa de don Ireneo. Un muchacho empezó a jugar en la nieve con un balón de fútbol. Toda la nieve alrededor del tren se iba poniendo amarillenta y llena de tolondrones. Mi madre y sus amigas del Náutico se ponían a jugar a las cartas encima de la nieve, mi madre se iba a confesar de aquel pecado con don Alonso el domingo, antes de misa de doce. Otro muchacho jugaba en la nieve con una pelota verde de zapatos Gorila, le dio una patada tan fuerte y tan desviada que embarcó la pelota en el techo del tren. Qué vértigo. El revisor empezaba a echar sangre por la boca de tanto pegar silbatazos, salpicaba toda la nieve de sangre.

Cogí de la mano a la chiquilla que estaba a mi lado, caí en la cuenta de que la boca me sabía mucho a arenque. Eché a correr por el pasillo, la chiquilla me seguía dando muchos traspiés. No encontraba la puerta del vagón. La encontré de pronto. Salté a la nieve, la chiquilla ya no me seguía. Eché a correr. Elena y Toni corrían conmigo. La gente empezaba a volver al tren. La locomotora pitó una, dos, tres veces. Yo corría en dirección contraria

a todo el mundo. Corrí hasta más allá de donde había orinado el legionario mulato. Me agaché y cogí un puñado de nieve y me puse a mirar la luna. La nieve que tenía en las manos estaba limpia, nadie la había manchado. La locomotora volvió a pitar una, dos, tres veces. Me di la vuelta y me puse a correr gritando hacia el tren, como si la nieve sobre la que corría, tan amarillenta, fuera a estallar.

Fui el último en subir al tren. El tren casi arranca sin mí. Me quedé en el pasillo. La nieve que tenía en las manos empezó a derretirse. Yo no quería que se derritiera. Quería mirarla como si no pudiera derretirse. Quería mirarla para no olvidarme de cómo era la nieve la primera vez que la vi.

SEGUNDA PARTE

Viajes de ida y vuelta

Kiwis

Cuando Paquito Lobón se hizo cargo de la frutería de sus padres, prometió tener frutas raras y exóticas.

La Frutería Lobón estaba en la calle Pagador —una perpendicular de la calle Infantas, donde Elena y yo vivíamos—, muy cerca del almacén de la madre de Toni. Muchas tardes, al volver del Colegio Tartessos —Toni y yo terminamos allí el bachillerato—, y si Antonia estaba ocupada o se hacía doña despistes, mi madre me mandaba a la Frutería Lobón a comprar naranjas o manzanas reinetas, según la época del año. El primer día que Paquito Lobón, ya con mando en plaza, me despachó tres manzanas reinetas, yo había tomado por la mañana, en clase de geografía, la firme decisión de irme a Madrid a estudiar para periodista audaz y, luego, conocer el planeta entero.

Paco Lobón, el padre de Paquito, era un hombre gordo y entusiasmado con el porvenir de aquel hijo que se había embarcado muy jovencito, como ayudante de cocinero, en un mercante que daba una vez al año la vuelta al Globo Terráqueo, como decía él. De acuerdo con el entusiasmo estrafalario del frutero, su hijo llegaría a ser, el día de mañana, capitán de corbeta. Por eso, cuando Paquito Lobón comunicó a sus padres, al regreso de uno de aquellos prodigiosos viajes alrededor del mundo, que quería quedarse en tierra, en La Algaida, para hacerse cargo de la frutería el día de mañana, Paco Lobón enfermó precipitadamente de los nervios, perdió las ganas de vivir y, desde luego, de atender la frutería, y pasaba días enteros muy achicado y,

según su mujer —la buena de Encarnación, como empezó a llamarla de pronto mi madre—, empeñado en no salir de la cama. Mi madre decía «la buena de Encarnación» como si sintiera una intrigante solidaridad con aquella mujer flaca y medio destartalada que ocupaba menos que un dedo meñique de su marido. Mi padre decía que mi madre hablaba siempre con tanto cariño de la buena de Encarnación por hacer una obra de caridad.

La verdad es que yo tardé un poco en enterarme de por qué mi madre era tan caritativa con la madre de Paquito Lobón. Se lo pregunté a mi padre millones de veces, hasta que él se cansó de salirse por la tangente y me explicó que, aunque siempre había tenido un ramalazo, Paquito había vuelto de su último viaje alrededor del mundo hecho un escándalo. Entonces empecé a fijarme y caí en la cuenta de que era verdad. Paquito Lobón era muy dicharachero, muy gracioso, movía las manos de un modo exageradísimo, congeniaba divinamente con las clientas, se ponía camisas floreadas y pantalones muy apretados y, a veces, hasta se echaba un poquito de rímel en los ojos. Cuando, conforme había prometido, empezó a vender a precio de oro aquella fruta rarísima que, según él, le traía directamente un querido amigo y antiguo compañero desde Nueva Zelanda, todo el mundo empezó a llamarle la Kiwi. Elena se quedaba muy seria si nos oía llamar así al frutero. Mi madre decía que solo por caridad le compraba a Paquito algún kiwi, aunque a ella no le gustase nada aquel exotismo. En realidad, se lo compraba cuando yo me ponía muy jartible, porque a mí el kiwi me gustó muchísimo en cuanto lo probé.

Tal vez por eso me acuerdo tanto de Paquito Lobón. Durante un tiempo, a algunas de sus amigas más caritativas les dio por llamar a mi madre «la buena de Mati», pero ya casi todo el mundo ha vuelto a llamarla Mati a secas. Y es verdad que ni Javier ni yo éramos dicharacheros, graciosos, fantasiosos a la hora de vestirnos o atrevidos con los potingues faciales más allá del *aftershave*, pero, cuando ya llevábamos seis meses juntos, se vino un verano conmigo a La Algaida, y una de las primeras cosas que hicimos fue pasar por la frutería de Paquito Lobón a comprar kiwis, no sé si del tiempo o de invernadero, y pudimos comprobar que ya era una fruta que se vendía bien.

Ahora el kiwi es una fruta corriente.

La bruma

El primer año que viví en Madrid, solo volví a La Algaida en navidades. Las vacaciones de verano de los dos años siguientes las pasé ya con Bill, viajando, después rompí con él —o quizás él rompió conmigo— y tuve aquella experiencia delicada y perturbadora con Pirko, la chica finlandesa, y, a los dos meses de que ella regresase para siempre a su helada ciudad natal empecé una larga temporada flotante y polivalente. Hasta que conocí a Javier Ortuño en la redacción de la revista medio clandestina que habíamos empezado a publicar, e inicié con él una historia que me pareció lo bastante sólida y graciosa como para llevarlo a casa de mis padres en agosto. Me costó más trabajo pedirles a Toni y a Elena que dejaran a Javier venir con nosotros a Malandar.

La última vez que Elena, Toni y yo habíamos intentado recuperar Malandar para nosotros tres fue en aquellas navidades del primer año que yo pasaba en Madrid, cuando aún no había conocido a Bill ni a Pirko ni, mucho menos, a Javier. El invierno había llegado a La Algaida puntual y espeso, con una niebla persistente que rara vez rompía antes de la hora del almuerzo. Anochecía pronto y los viajes en barca a la otra banda estaban prácticamente suspendidos hasta la llegada del buen tiempo. Cuando a Elena se le ocurrió la idea de avisar a Salvador y contratarlo para que nos llevase en *Mi Carmiti* a la otra banda, lo más cerca posible de las dunas, Toni y yo opinamos que no parecía un viaje muy seguro con aquel enorme cuajarón de niebla que lo escondía todo, y que, además, Salvador se negaría en redondo. Como mucho,

dijo Toni, podríamos ir algún día a la playa de El Espadero y llevarnos los prismáticos, por si con ellos distinguimos al menos algo del coto. Yo me había llevado a Madrid mis prismáticos —los que me regalaron por llegar tercero en la Primera Travesía de la Desembocadura a Nado— y me los había dejado allí. Alguna vez me acordaba de lo que me había dicho Elena y me llevaba los prismáticos a los ojos y miraba como si con ellos, desde Madrid, que no era la Conchinchina, pudiese ver Malandar. Seguro que Toni estaba decidido a conservar toda su vida los prismáticos que le había regalado Elena aquel cumpleaños.

Toni estaba dejando pasar en blanco el año entero, pese a su propósito de estudiar alguna carrera en Sevilla. En una carta de las que nos escribíamos de vez en cuando, me había contado que seguía indeciso sobre qué carrera estudiar, se le había pasado el plazo para matricularse en cualquiera, y su madre le necesitaba cada vez más para que le ayudase en el almacén. Elena no había hecho nada. Había terminado también el bachillerato —ella, en el Isabel Terán, un colegio de chicas— y seguía formando parte del grupo de danza española del Náutico, eso era todo. Su madre no quería quedarse sola en aquella casa demasiado grande y demasiado cara de mantener de la calle Infantas, y tampoco quería irse a vivir con sus padres, en el caso de que Elena también decidiese por fin estudiar algo. Iban a tener otro problema dentro de pocos meses, cuando Merche, la muchacha del cuerpo de casa que pagaban los padres de la pobre Carmen, tuviese su niño, al que por lo visto quería llamar Rosendo, como el supuesto padre de la criatura —elegido un poco al tuntún; el padre, digo, no el nombre—, del que, desde luego, Merche no había vuelto a saber nada. Le dije a Elena que teníamos que hacer lo imposible para que Merche cambiase de idea y llamase por fin a su hijo Gran Cinema. Elena me preguntó que si Madrid había empezado a volverme psicótico.

Yo llegué aquellas navidades contando cosas extraordinarias de la capital, cosas que no eran del todo ciertas. Contaba que vivía en un hostel lleno de gente de todas las partes del mundo —eso era aproximadamente cierto, aunque la gente iba y venía—, que el sitio se llamaba Hostel Sigüenza y era de primerísima categoría —por supuesto, solo lo primero era verdad—, que

ya había pasado un fin de semana en la nieve, en Navacerrada, con un grupo indonesio de música moderna que se hospedaba en el Hostal Sigüenza y que se llamaba muy propiamente Los Indonesios, y que había dormido dos noches con ellos, en medio de la nieve, en su furgoneta para las giras —eso era cierto—, y que en la facultad había gente muy loca que resultaba, con diferencia, la más interesante. A Elena estuve a punto de decirle que desde mi habitación del Hostal Sigüenza no se veía Malandar con mis prismáticos fabulosos. No se lo dije porque ella habría sido capaz de responderme que la culpa era de la niebla apelmazada que lo borraba todo en La Algaida, y yo habría sido incapaz de decirle que eso era otra majadería.

El Hostal Sigüenza estaba en el tramo más decente de la calle del Desengaño, antes de hacer esquina con la calle de la Ballesta, en la que había un montón de clubes cutres de alterne y unas cuantas mujeres sueltas que se buscaban la vida a partir del otro tramo de la calle, por las traseras del Sepu. Un par de chicas de uno de aquellos clubes eran estables en el hostel y salían todos los días, a las seis de la tarde, vestidas, pintadas y perfumadas como si estuvieran a punto de conocer a un jeque árabe. El Hostal Sigüenza ocupaba dos pisos, el segundo derecha y el cuarto izquierda, de un edificio achacoso pero de cierta prestancia. Las chicas del club, los dueños del hostel, el hijo pálido y pánfilo de los dueños —que tenían además una hija ya casada con un tipo muy pálido y con un hijo tan pálido como toda la familia, una familia lánguidamente feliz que se reunía todos los domingos a comer en aquel hogar tan raro—, un par de señores mayores, también huéspedes estables, y algún huésped de una sola noche que tenía la mala suerte de que le adjudicaran allí el cuarto, ocupaban el segundo derecha. En ese piso estaban también la cocina y el comedor, donde todos desayunábamos, almorzábamos y cenábamos en turnos y con compañeros absolutamente aleatorios, rodeados de carteles turísticos de Sigüenza. El otro piso, el cuarto derecha, era otra cosa. Aquella Navidad, yo les dije a Elena y Toni que el Hostal Sigüenza estaba a dos pasos de la avenida de José Antonio, la calle más céntrica y animada de Madrid —eso era cierto—, que mi piso era un jolgorio constante de estudiantes españoles y extranjeros —eso era medio cierto, porque también había un golfo alicantino muy guapo, muy moreno, con mucho pelo

rizado, levemente cojo y que salía completamente desnudo todas las mañanas, enseñando todo su esplendor, que era enorme, para ir a ducharse en uno de los dos cuartos de baño que compartíamos todos, además de algún huésped de una o dos noches, siempre jóvenes, y una limpiadora de la misma Sigüenza, la ciudad natal de los dueños, claro, hermosota y guapetona y que se maquillaba como Nati Mistral, y a la que el golfo guapetón le faltaba al respeto todo lo que podía, en pelota picada y en medio del pasillo, y ella lo aceptaba encantada de la vida y riendo mucho y como Nati Mistral, apretando los dientes—, y que aquel piso cuarto derecha era muchísimo más entretenido que mi casa de la calle Infantas, que la casa de Toni, que la casa de Elena, y que cualquier otra casa como Dios manda en la que yo hubiera entrado hasta entonces.

Todo eso se lo contaba a Elena y a Toni siempre que nos veíamos los tres solos, y no me importaba repetirme las veces que hiciera falta, entre otras cosas porque ni ella ni él me pidieron nunca que dejara de una vez de contarles siempre lo mismo, así que también se las conté aquel día, con más detalles, ciertos o inventados, en orden o en desorden, camino de la playa de El Espadero. Casi nos confundimos de camino, ya cerca de la playa, por culpa de la niebla.

Por culpa de la niebla no habíamos visto la altísima chimenea de ladrillo de la fábrica de botellas en la que trabajaba mi padre como licenciado en Ciencias Químicas —eso siempre lo subrayaba mi madre—, ni las tapias ni las terrazas del Club Náutico, ni mucho menos el muelle del que salía a media mañana, si no había niebla, el vapor de Cádiz. Ni siquiera se veían bien los eucaliptos enormes que bordeaban la carretera que llevaba a la playa. Ya por el callejón de El Espadero tuvimos que ir pegados a la tapia del chalé Montesión, para no desorientarnos.

En cuanto empezamos a pisar arena seca, Toni dijo que era mejor que nos sentáramos allí mismo. La arena estaba fría y yo tuve la impresión de que llevaba horas empapada de niebla. Toni se las había arreglado bien para que Elena se sentase entre él y yo. De pronto, como si tuviera diez años menos, me entró miedo de que un desconocido se nos acercara por la espalda, me cogiera del brazo y me llevara secuestrado a cualquier parte. Así que, para

espantar aquella niñería, me puse a pensar en el joven camionero de Baracaldo que llegó una noche, muy tarde, al Hostal Sigüenza, y, como no había ninguna habitación libre y el chico tenía que madrugar para ir a un hospital para que le mirasen un hombro que le había quedado maltrecho por un accidente, la dueña, doña Brida —aunque su nombre real era doña Librada, un nombre muy de Sigüenza, según ella—, me preguntó si no me importaba que, por aquella noche, metieran en mi habitación, que era enorme, una cama mueble para que el pobre muchacho tuviese ya un sitio donde dormir. Dije que no me importaba en absoluto, y luego el camionero y yo nos estuvimos hasta las cuatro de la madrugada discutiendo sobre el concepto de fidelidad conyugal —la cama mueble era un suplicio para el hombro del chico, así que le invité a meterse en mi cama como camaradas y él aceptó de mil amores—, y yo defendía, con todos mis improvisados y marrulleros recursos dialécticos y con todos mis arrestos, que un revolcón pasajero no significaba nada en un matrimonio si había verdadero amor y respeto a las necesidades pasajeras del otro, y el camionero, que estaba rico de dar mareos y, al parecer, recién casado, acabó comprendiéndome perfectamente.

A mi lado, Elena había apoyado la cabeza en el hombro de Toni y hablaban entre ellos en susurros, hasta que Elena levantó la voz y dijo:

—Me estoy viendo los pies.

Era verdad. Yo también me veía ya mis pies, y veía los de Elena, y los de Toni. La niebla empezaba a levantar. Volví la cabeza y, en el cielo gris como el mercurio de los termómetros, se distinguían ya, por la parte de la plaza de toros, una especie de desconchones de color azul pálido que a mí me pareció que le iban ganando terreno a la niebla. Por aquella zona de La Algaida, empezaban a distinguirse algunas torres y las azoteas más altas. Después miré hacia donde sonaba el mar. Empezaba a aclararse la arena de la playa, la orilla, quizás el oleaje.

—Los prismáticos —le dije a Toni.

—Aún es pronto para que se vea algo —dijo él—. Miguel, no seas agonía.

—Es que quiero asegurarme de que Malandar sigue ahí.

Toni se rio como se reía el hermano Gerardo cuando alguno de nosotros

contestaba, a cualquier pregunta que él hubiera hecho, una patochada.

—Claro que sigue ahí —dijo.

—¿Donde siempre?

—Seguro.

—¿Estará esperándonos? —pregunté, y enseguida me arrepentí de haberlo hecho porque ni Toni ni Elena dijeron nada.

Durante un rato ninguno de los tres volvió a hablar. La niebla iba levantando muy deprisa y ya era fácil reconocer toda la playa de El Espadero, también la desembocadura. A la derecha, a lo lejos, las nuevas barriadas de La Algaida, más allá de la lonja, asomaban poco a poco como enormes gatos cautelosos. A la izquierda, el mar abierto. La niebla se iba evaporando como el humo de los trenes que pasaban por La Victoria y se escapaban sin un rasguño. Toni sacó los prismáticos.

—Ya se ve algo del coto —dijo—. No muy bien.

Sin que yo le pidiera nada, alargó el brazo por delante de Elena y me pasó los prismáticos. Ella no protestó.

A pesar de los prismáticos, la otra banda, el coto, la punta de Malandar apenas se distinguían. Cualquiera diría que a Malandar le estaba costando mucho trabajo volver a ser como era. Una bruma como un enorme oso grisáceo y medio transparente parecía dispuesta a no dejarla escapar.

—La bruma todavía se quedará mucho por ahí —dijo Toni.

Yo temí de pronto que la bruma no se fuera nunca.

Pirko en cuerpo y alma

Pirko Nieminen era alta, muy alta. Rubia, muy rubia, un poco demasiado rubia. Tenía ojos azules, pero de un azul mate, raro. Y pequeños. También tenía tetas pequeñas, extraordinariamente pequeñas para lo grande que era ella. Caderas potentes. Piernas largas, fuertes, poderosas. Un culo de hombre con buen culo. De cintura para abajo, Pirko era espectacular. De cintura para arriba había en ella un cierto desequilibrio que hacía que pareciese frágil, muy frágil. Juan, el golfo alicantino, sabía perfectamente lo frágil que era Pirko.

Tras romper con Bill —o quizás él rompió conmigo— volví al Hostal Sigüenza. No tenía dónde meterme. Al año de estar con Bill, él me pidió que me mudase a su casa, un apartamento perfecto para una persona, demasiado pequeño para dos. Yo no quería mudarme a su apartamento, me resistí todo lo que pude, con todas las excusas posibles. El apartamento de Bill estaba cerca de las estafalarias Torres Blancas, por la avenida de América. El doble de lejos de la facultad que el Hostal Sigüenza. Muy a trasmano de la avenida de José Antonio, la calle más importante, más céntrica, más entretenida de la capital. Bill lo tenía abarrotado de chamarilería mucho menos adorable que las enormes y pésimas reproducciones de fotografías de Sigüenza que, cuando volví al Hostal Sigüenza, me encontré desperdigadas por todas las paredes del piso cuarto izquierda. Doña Brida, o su marido, don Aquilino, o los dos, se habían esforzado en que el cuarto izquierda tuviera un aire más hogareño a costa de Sigüenza. Los huéspedes habían cambiado, claro, ya no

había indonesios, había tres o cuatro colombianos, de Cali, que estaban en Madrid, según ellos, para estudiar. Paloma, la limpiadora guapetona, seguía allí, cada vez más parecida a Nati Mistral. Para mi sorpresa, también seguía Juan, el golfo alicantino. Durante mi primera estancia en el Hostal Sigüenza, Juan nunca pagaba a tiempo, muchas veces pagaba con dos o tres meses de retraso. Pero allí seguía. Palomita no quiere que me vaya, me dijo el muy golfo, muy achulado, muy simpaticón, muy desvergonzado, en cuanto habló conmigo por primera vez después de mi regreso, una noche.

—Hay una finlandesa que quita el hipo —me dijo otra noche, en la cena.

Bill también era nórdico. Sueco, no finlandés. Se llamaba Birger Bergman, como Ingrid, como Ingmar. A él le gustaba que todo el mundo le llamara Bill, entre otras cosas porque ningún español o española de entonces era capaz de pronunciar bien Birger. Yo me empeñé en llamarle, desde el primer día, Birger, y lo pronunciaba fatal. Acabé llamándole Bill, pero lo pronunciaba como todos los españoles y españolas de la época: Bil. Bill había sido el bailarín principal de un ballet moderno, pero lleno de plumas y pedrerías, propiedad de un italiano, Aldo no sé qué. Aldo salía, en los millones de fotos que me enseñó Bill, esforzándose mucho en ser clavado a Rodolfo Valentino. Bill me decía a todas horas que Aldo fue hasta el día de su muerte un hombre guapísimo. Yo me miraba en todos los espejos de marco rocó que había en el apartamento de Bill y me deprimía bastante. Aldo era, además de propietario, director y coreógrafo del ballet Aldo No Sé Qué. Bill había sido durante años el amante de Aldo y, por consiguiente, el primer bailarín de todas las coreografías de Aldo. El día que comprendí, al cabo de tres años, que ya no podía más, se lo dije todo: que Aldo era un cursi, que sus coreografías eran absurdas y cabareteras, que había envejecido fatal —Aldo, no Bill—, que solo con verle en las fotos bailando —a Bill, no a Aldo— quedaba clarísimo que, de no haber sido el amante de Aldo, jamás habría llegado a ser el primer bailarín de su compañía —la compañía de Aldo, no de Bill— ni de ninguna otra, por bueno que estuviera y que seguía estando —Bill, no Aldo—, y que ya era hora de que se pusiera a régimen, con aquella barriga que estaba echando. Bill, hecho una basilisca, gritó que él no tenía barriga, tenía estómago, y me mandó a mudar ya. En cuanto me vi en

la calle, con el maletón en el que había metido todo lo que tenía —sobre todo, libros—, me pregunté: ¿Y ahora adónde voy? Menos mal que el Hostal Sigüenza seguía abierto.

Pirko salía del hostel temprano, muy temprano, y volvía tarde, muy tarde, demasiado tarde para mi costumbre, estrenada cuando volví al Hostal Sigüenza, de acostarme casi todos los días a las diez de la noche, sobre todo por ahorrar. Eso quería decir que rara vez aprovechaba la agitada vida nocturna de la avenida de José Antonio, pero la agitada vida diurna de la calle más céntrica y entretenida de Madrid, que era gratis, me ocupaba mucho tiempo. Uno de los primeros que me ocupó bastante tiempo fue el fabricante de una fábrica barcelonesa de ropa interior para caballeros que me convenció, con suma facilidad y mil pesetas de las de entonces, para que posase con destino a su catálogo de calzoncillos, en la habitación de su hotel. El fabricante de calzoncillos y camisetas tenía buena planta, pero metía mucho un ojo, a lo mejor por eso me obligó a cambiarme de calzoncillos un montón de veces, tocaba todo el tiempo para asegurarse de que todo quedaba en orden, y se decidió por fin para la foto por unos eslips blancos dos tallas menos de la que a mí me quedaba cómoda. Yo estaba a punto de terminar la carrera y, mientras vivía y viajaba a todas partes y en cualquier época del año con Bill, les había dicho a mis padres que no hacía falta que me mandasen más dinero. Bill tenía una boutique para señoras por Diego de León. Un amigo de Bill, mexicano y feo, muy feo, en cuya casa de Rodeo Drive —un sitio muy horterera para mi gusto y, para mi gusto, muy a trasmano de Los Ángeles propiamente dicho— pasamos una semana en navidades —aquel año les di a mis padres el disgusto navideño de sus vidas, según mi madre—, me ofreció ser el corresponsal en España de una revista en español, *Hermanos*, del que era propietario. Me mandaba todos los meses un cheque que me permitía alimentar una cierta sensación de independencia y, a cambio, yo le mandaba todos los meses unos reportajes básicamente turísticos y no necesariamente madrileños. Yo mismo hacía las fotos con una máquina estupenda que tenía Bill. Cuando rompí con Bill —bueno, cuando él me mandó a mudarme ya—, tuve que agenciarme una máquina de fotos de segunda mano y mirar con lupa el presupuesto para cada viaje, de modo que

los reportajes pasaron a ser básicamente madrileños. Moisés Ripstein, el dueño de *Hermanos*, no protestaba. En la puerta de un hotel de la avenida de José Antonio, a mediodía, rodeada de turistas inconfundiblemente nórdicos, vi por primera vez a Pirko.

Al volver al hostel por la tarde, después de patearme la avenida de José Antonio una y otra vez, me encontré al golfo de Juan magreándose junto a la puerta de uno de los cuartos de baño con una chica alta, muy alta, y rubia, muy rubia, demasiado rubia. La finlandesa. La reconocí enseguida. La chica de la puerta del hotel. Yo aún no sabía que se llamaba Pirko. La chica se reía, se ponía muy seria, se resistía, a mí me dio la impresión de que hacía todo eso a la vez. Juan interrumpió su tarea para hacer las presentaciones.

—Pirko, con k —dijo.

Luego me presentó a mí a Pirko.

—Miguel, el reportero audaz. Un fenómeno. Guapito, ¿no?

Pirko sonrió, se puso seria, se quejó, intentó escapar de aquel pulpo llamado Juan, me miró pidiendo ayuda, me miró pidiéndome que dejase ya de molestar, se dejó llevar. Yo pensé que la chica debería probar en un circo haciendo todo aquello a la vez. También me di cuenta en ese momento de las tetas tan pequeñas que tenía Pirko.

—Vamos los tres a tu cuarto —me propuso Juan, el muy golfo, al cabo de no más de una semana de aquel primer encuentro.

Yo los había visto muy poco durante esa semana. Pirko era guía para una agencia de viajes española que trabajaba con grupos de turistas finlandeses en España y, si se terciaba, que se terciaba poco, con grupos de turistas españoles en Finlandia. Pirko hablaba un español fenomenal, como habría dicho mi madre en los tiempos en los que para ella todo era fenomenal. Pirko se hospedaba en el Hostal Sigüenza porque, además de ser fenomenal, el hospedaje salía de su sueldo y el hostel era barato y caía muy cerca del hotel Atlántico, donde la agencia alojaba a sus turistas finlandeses, en el centro de la avenida de José Antonio. La noche en la que el golfo de Juan me dijo que nos fuéramos los tres a mi cuarto yo subía del segundo derecha de cenar y me los encontré en el pasillo magreándose sin demasiado entusiasmo, y Pirko se reía menos, se ponía menos seria, se resistía menos, se dejaba llevar más,

pero con menos dramatismo, me miraba con menos convicción para que le ayudase, para que dejase de molestar, todo a la vez.

No hizo falta que yo dijese nada. Ellos me siguieron y, en cuanto abrí la puerta, Juan me echó a un lado para que Pirko entrase primero, galante él. No solo mi habitación era grande, también mi cama era grande, era la mejor habitación de todo el hostel, me había dicho doña Brida, también la más cara, y yo había hecho cálculos mentales instantáneos y me lo podía permitir. La habitación de Juan era la peor de todo el hostel, y ya podía darle gracias a Paloma, la limpiadora. La de Pirko era una habitación corriente con una cama corriente, demasiado corriente para lo grande que ella era.

—Ella, en medio —ordenó Juan.

Juan apagó la luz raquíica de la habitación y abrió un poco las contraventanas del balcón para que entrase la luz raquíica de las farolas de la calle. Pirko y él se desnudaron en un santiamén. Yo me desnudé como si me hubieran pegado con pegamento Imedio, sucesivamente, el jersey, la camisa, la camiseta, los pantalones, los calcetines y, sobre todo, los calzoncillos. En cuanto logré arrancarme los calzoncillos, me metí a toda prisa en el lado de la cama que ellos habían dejado libre, boca arriba, a la izquierda de Pirko, y me tapé con las sábanas. Pirko me pidió:

—Dame la mano.

Yo le di la mano. Di por supuesto que con la otra mano le había cogido a Juan la mano, o lo que fuese. Pensé en Elena entre Toni y yo, tomando el sol junto a la alberca de Vera del Mar, cogidos de la mano. No tenía que pensar en eso, me sacaba de situación. Pirko preguntó:

—¿Nadie va a darme un beso?

A Juan le faltó tiempo. A Pirko también, la verdad. Pirko era una chica nórdica, moderna, liberada, libre de cuerpo y alma. Me gustaba Pirko. Juan no olía muy bien, desprendía un olor acre, seco, sin duda afrodisiaco. Afrodisiaco para Pirko, digo. Ella no olía a nada. Ella era elástica, gimnástica, higiénica. Ella hacía el trabajo duro. Se movía con mucha energía, con mucho ritmo. Juan le susurraba obscenidades en inglés. Juan era cumplidor, gruñidor, machacador. A veces, Pirko se reía. Juan gruñía cada dos por tres. Aquello duró lo que dura una discusión entre dos que de repente

tienen ganas de dejar de discutir. Y de pronto fue como si a la bicicleta de Induráin se le rompiera la cadena en pleno descenso del Tourmalet, y los dos suspiraron a la vez.

Sin dejar de jadear, Juan dijo:

—Ahora le toca a Miguelito.

Miguelito. Miguel Durán. Yo. Y Pirko.

Ella se hizo cargo de mí con mucha delicadeza, con el ritmo justo. Aquella chica era prodigiosa. Yo no era nada prodigioso. Yo estaba de repente extraviado, desubicado, descolocado. Ella me suplicó que me tranquilizara. Yo no me tranquilizaba. Yo no acertaba. Yo la acariciaba por todas partes, pero ella me suplicó que no la estrujara. Yo la acariciaba por todas partes menos por una. Menos por aquello. Yo tanteaba. Yo no sabía por dónde caía aquello. Más abajo del ombligo, ¿no? Yo me entretuve en su ombligo, no sé por qué, necesitaba tomarme mi tiempo. La pobre Pirko me pidió que dejara de escarbarle en el ombligo. Yo había visto mujeres desnudas en las revistas de mujeres desnudas que escondía mi tío Ramón en el armario de su cuarto, en casa de los abuelos. Trataba de acordarme. No me acordaba de nada. No me había fijado. No en aquello. No me había fijado mucho, quiero decir. Tanteaba. No me había fijado casi nada. Nada. Ella quería guiarme, pero, en cuanto empezaba a guiarme, yo aflojaba. Y estrujaba. Yo estaba sudado. Perdido, confundido, aturdido. Agobiado. Empecé a gemir sin ton ni son. Ella nunca se rio, bendita sea.

Estuvimos abrazados un rato largo, sudados, muy quietos. Ella me acariciaba. El pelo, la espalda. El golfo alicantino dijo:

—Nena, conmigo otra vez. Me habéis puesto a mil.

En cuanto Pirko empezó a despegarse de mí, yo dije, muy bajito, a toda prisa:

—Lo siento. Ha sido la primera vez.

Pirko no se rio. Podía haberse reído. Me acarició. Muy delicada. Tan grande y tan delicada. Yo lo había intentado por primera vez, ¿no? Eso era lo que debí decir.

Pirko y el golfo alicantino culminaron otra vez en cinco minutos. Menos. Pirko estaba deseando culminar. Se notó mucho. También ella se había

puesto a mil. Solo fue eso. No acabaron acariciándose. Pirko dijo:

—Vuelvo con Miguel.

Solo tuvo que girarse para volver conmigo. Pirko era maravillosa. El golfo alicantino se durmió y empezó a roncar. Olía fatal. Pirko me acariciaba. No lo intentó otra vez, bendita sea. Yo la acariciaba. Yo no quería dejar de acariciarla, ella no quería dejar de acariciarme. Al día siguiente, Juan les dijo a sus amigos que yo, de maricón, nada, que me había zumbado dos veces seguidas a la finlandesa. Los amigos de Juan, que me habían visto alguna vez, le habían dicho a Juan que yo era maricón, seguro. A partir de ese día, los amigos de Juan, mis amigos, los turistas finlandeses de Pirko, los camioneros de Baracaldo de paso por Madrid, los fabricantes de ropa interior para caballeros, todos los estables y viajeros del Hostal Sigüenza, todas las chicas callejeras de los alrededores de la calle Ballesta, todos los transeúntes de la avenida de José Antonio empezaron a vernos a Pirko y a mí de la mano, contentos.

Una tarde, en Morrisson, una cafetería enorme y sobrada de consonantes de la avenida de José Antonio, Pirko me dijo:

—Me voy a mi país, Miguel. Estoy embarazada. Tengo que arreglarlo.

—Pirko, yo... —tragué saliva, estaba asustado, estaba contento—. Aquí me tienes.

Pirko se rio. Bendita sea.

—No seas bobo. Sería un milagro.

—¿Vas a tenerlo?

—No creo.

—Tienes que tenerlo.

—¿De verdad?

—Claro. Tienes que tenerlo y llamarlo Hostal Sigüenza.

Casi me salta un ojo de la torta desviada y cariñosa que me dio.

Toro, torero y viceversa

Entonces lo hacíamos así, en la calle. Le echabas el ojo, le aguantabas unos segundos la mirada, no mucho, por si se reviraba y te llevabas un revolcón de oreja y rabo, caminabas unos pasos gustándote, te volvías, comprobabas si él también se había vuelto, tal vez adivinabas que estaba a punto de volverse y, si efectivamente lo hacía, le dejabas caer una sonrisa quedona, pero sin exagerar, y luego te parabas, firme, con los pies bien clavados en el suelo, frente al escaparate más cercano, aunque fuese de lencería femenina o de disfraces para fiestas infantiles, que entonces había una tienda muy conocida de disfraces en una de las bocacalles de la Gran Vía, antes avenida de José Antonio. La calle más importante, más céntrica, más entretenida de Madrid había cambiado de nombre. En la bocacalle de la Gran Vía que hacía esquina con el cine Avenida, o con el Palacio de la Música, estaba aquella tienda. Él podía dudar un momento, desconfiado, y a lo mejor se daba media vuelta y te dejaba caliente y mojadito, así que lo que había que hacer era buscarle la cara por derecho y entrar a matar: te mecías un poquito de cintura, te abarcabas un segundo la portañuela, con una sola mano, le mirabas ya descaradamente a través del cristal del escaparate, te mordías los labios, seguías con un racheado tranquilo de lengua y ya solo tenías que esperar a que él se arrancase.

—Hola —dijo.

Tenía una voz oscura, como apretujada, como si se la estuvieran aplastando con algo.

—Hola —dije yo, sobrado, mandando—. ¿Tienes sitio?

Eso era lo primero que preguntábamos entonces. Otra cosa que se preguntaba siempre enseguida era: ¿Qué te gusta? Yo no lo preguntaba nunca. Ni lo uno ni lo otro. Yo no quería llevar a nadie a mi apartamento y, por otro lado, era polivalente, como en la natación, como en el fútbol.

—Tengo sitio —dijo él, guasón—. La plaza de toros de Las Ventas.

—¿Cómo?

Se rio más con el estómago que con la garganta, en sordina, y con esa parsimonia con la que se ríen quienes están seguros de controlar el momento.

—Bueno, sí —añadió—, la plaza de toros de Las Ventas también, pero estoy en un hotel aquí al lado. ¿Vienes?

Eché a andar sin tomarse el trabajo de gustarse un poco y alargar la faena de capote o el tercio de varas, y le seguí. Enseguida me puse a su altura para caminar a su lado. Era una cuarta más alto que yo y la verdad es que no tenía andares de torero, pero se movía bien, con pisadas contundentes, gracias a unos muslos y un culo rotundo que estaba pidiendo a gritos salirse del pantalón. Sonreía. El fulano sonreía, no el culo. Bueno, el culo también. El tipo tenía un perfil y una sonrisa de actor latino de los mejores años de Hollywood. Y sin embargo, de pronto, mientras le observaba por el rabillo del ojo, me dio por pensar que era clavado a Stephen Boyd, el Mesala de la película *Ben-Hur*. Sentí un pellizco en el estómago, y luego un pellizco en la punta del estoque, y por fin un pellizco en el corazón. De pronto, estaba claro que él controlaba la situación y que yo era ya un manojo de nervios. ¿Dónde estaba de pronto mi bravura de hacía cinco minutos? El cabestro me había llevado a su terreno en un santiamén, con mucho temple y mucho poderío, y yo estaba entrando a la muleta con una nobleza digna de la mejor ganadería, y encima, sin venir a cuento, me acordaba de Stephen Boyd, que no tenía nada de latino ni de torero, pero habría sido el hombre de mi vida de haber tenido la ocasión de hacerle una tiente cuando rodó *Ben-Hur* con Charlton Heston. A todos los chicos de, digamos, mi peña taurina les gustaba más Heston, con aquella jeta cuadrada y aquellos hombros como aeropuertos, pero yo perdía el temple por el otro, por el que hacía de Mesala, el malo de la película, que era clarito y de labios rellenos y tenía un hoyuelo en la barbilla

y los ojos verdes. Aquel hombre que me llevaba como un cabestro a un hotel de la Gran Vía, antes avenida de José Antonio, también tenía los ojos de color uva.

—Aquí es —dijo, pasada ya la Red de San Luis, pero aún caminó unos pasos hasta pararse frente a un portal enorme y oscuro y de paredes amarillentas y descascarilladas en el que se anunciaban dos hostales, uno de más categoría que el otro, y una academia de idiomas. Yo pensé: «Este no pasa de banderillero». Como no había ascensor, subió las escaleras medio mugrientas delante de mí y yo no podía apartar los ojos de aquel culo que me sonreía cada vez más, de aquellos muslos que amenazaban en cualquier momento con estallar los perniles del pantalón, de aquellos andares que eran como la carrera de las cuadrigas de *Ben-Hur* —o por lo menos a mí me causaban el mismo efecto—, y ya me daba lo mismo que aquel pedazo de hombre fuera el que abría la puerta de los toriles de Las Ventas o el mismísimo Asombro de Triana.

Llegamos al primer descansillo y el primero derecha era la academia de idiomas, y el primero izquierda, el hostel de más categoría, lo que no dejaba de ser tranquilizador para mi amor propio. Porque él llamó al timbre de aquel hostel, se volvió y me dijo:

—Me llamo Jenaro. Con jota.

Entonces no caí en la cuenta de que seguramente no ha habido ni habrá jamás en el mundo ningún torero que se llame Jenaro, pero saber su nombre me dio confianza y aplomo, aunque la verdad es que yo le mentí, me llamo Ramón, le dije, y él también podría haberme mentido.

—Pasa —dijo, y solo después de decirlo, visto que nadie abría, sacó una llave del bolsillo del pantalón y se tomó su tiempo, un tiempo que yo aproveché para embraguetarme un poco y arrimarle a la cadera el sexto mandamiento, que ya se sabe que el roce hace el cariño, y estaba claro que a él se le antojó lo que le arrimé digno de prolongar el trance. Lo que le arrimé ya estaba exigiendo la vuelta al ruedo, la verdad.

La entrada del hostel de más categoría me pareció la entrada de un hostel de categoría pésima, pero tampoco es que yo estuviera acostumbrado a torear siempre en plazas de primera. Hasta entonces, había toreado solo una vez en

el Ritz, y dos veces en el Palace. En el Ritz, con un mexicano bigotudo que enseguida quiso llevarme a su rancho de Cuernavaca y darle así a su rancho sabor de hogar, plan que se me antojó de lo menos apetecible, pese a que el mexicano me enseñó fotos de una casa fenomenal y otras fotos en las que se le veía controlando un ganado de reses bravas a caballo, como en las películas del Oeste. En el Palace, toreé por primera vez con un bailarín soviético al que había tomado por un atleta de élite, espigado y fibroso, y que enseguida me propuso que me fuera con él de gira por toda Latinoamérica — yo le corregí: Hispanoamérica—, para darles a todas las habitaciones de todos los hoteles un cierto aire de hogar —qué manía con el hogar—, lo que me pareció muy cansado; la segunda vez, con un futbolista del Zaragoza que tenía fama, por lo que decían los de mi peña taurina, de ser el terror de todos los botones de los hoteles de cinco estrellas en los que se alojaba en su tiempo libre, y ya debía de haber despachado a todo el cuerpo de botones del hotel porque se fijó en mí como un verdadero depredador del área nada más verme en los alrededores del Museo del Prado, una zona, por aquel entonces, de mucha tauromaquia para turistas. El futbolista no me propuso nada, entre otras cosas, ahora que lo pienso, porque estaba casado y era padre de dos hijos y lo del hogar lo tenía resuelto. Con ese, lo que son las cosas, no me habría importado lo más mínimo convertirme en su masajista particular a tiempo completo, o irnos juntos al Polo Norte a criar pingüinos, o incluso, ya puestos, a montar un hogar en un iglú.

Hablando de plazas de tercera, la entrada del hostel de más categoría era tristísima, con las paredes enteladas con pretensiones de gabinete imperial del año de la polca, un sofá comprado sin duda en alguna almoneda costrosa del Rastro, y un mostrador de segunda o tercera mano que en aquel momento estaba desatendido.

—Por aquí —me ordenó Jenaro, y yo le obedecí sin rechistar.

El pasillo era tan agobiante y destemplado como el que hay en cualquier plaza de toros entre los chiqueros y los toriles, pero tenía dos ventanas entreabiertas que daban a un pringoso patio interior. Por las ventanas se colaba la música de alguna radio y en aquel momento sonaba, muy oportuno o muy inoportuno, lo de torito bravo, ay, no me mires de esa manera. Yo me

hice a la idea de que me lo estaba cantando el culo de Jenaro, así que no me entró ninguna depresión precoito.

—Un momento —dijo él, frente a la puerta de la habitación número seis. Luego, golpeó tres veces la puerta con los nudillos.

—¿Es que hay alguien ahí dentro? —se me escapó, y enseguida comprendí que un diestro que tenga lo que hay que tener nunca puede hacer esa pregunta, y mucho menos en el tono en el que yo la hice, porque si hay que enfrentarse a seis miuras, se enfrenta uno a seis miuras, seis. Alguien, desde dentro de la habitación, quitó el pestillo de la puerta.

—¿Jindama? —me preguntó Jenaro en voz muy baja, pero con más guasita de lo que una figura del toreo de calle, como yo, debería consentir.

—Ninguna —le aseguré, y me quedé muy a gusto con la firmeza y el temple de mi contestación. Además, aproveché para embraguetarme y restregarme otro poco y que él se diera cuenta de que no se me había bajado ni un centímetro el cuajo.

—Entonces, adelante —dijo Jenaro—. Y abrió la puerta.

Yo entré receloso, como los toros que de verdad llevan peligro, con todo de punta, con ganas de enganchar cualquier cosa que se me pusiera por delante. Solo que una sorpresa como la que me esperaba no la aguanta sin trastabillar ni el miura con más casta. La habitación era enorme y estaba en penumbra. Debía de dar a la calle, porque era la hora de la siesta y los hilos de luz que se colaban por las rendijas de las contraventanas eran brillantes y afilados. Sobre una de las camas, sobre las sillas, sobre un butacón tapizado de cretona, sobre un sofá de dos plazas con un armazón de madera que quitaba las ganas de sentarse, colgados de percheros de pie o de percheros de pared, había trajes de luces de todos los colores: granate, azabache, todos los tonos del verde, celeste, violeta, rosa, azul marino, y con muchos bordados y filigranas en plata y oro. También había capotes, muletas, estoques, monteras. Aquello parecía la sección taurina de una sucursal para adultos de la tienda de disfraces que había en aquella bocacalle de la Gran Vía y cuyos escaparates daban mucho juego para el tercio de varas.

—Ponte cómodo —dijo Jenaro.

—¿Dónde?

Él me tocó el hombro y me aclaró:

—Quiero decir que te vayas desnudando.

Me parece que desnudarse de torero tiene un tufo mucho más trágico que vestirse de torero, y no sé si me explico. Yo solo era un incipiente periodista por libre que, en sus horas de asueto, como habría dicho Antonia, se desnudaba todo lo que podía para pasárselo bien, pero desnudarme de torero se parecía mucho a jugarme la vida con un joven astado de color vainilla y hambriento de gloria. Por eso, me quité la cazadora y fue como si me quitara el agua del bautismo. Me quité la camisa, y fue como si me quitara la primera comunión. Me quité los zapatos y los calcetines, y fue como si me quitara la confirmación. Me quité los pantalones, intentando no perder la compostura, y fue como si me quitara todas las confesiones, todas las absoluciones y todas las penitencias de mi vida. Me quité, de un tirón, los calzoncillos, y fue como si me quitara la partida de nacimiento. No me quedé como vine al mundo, no me quedé como Adán y Eva antes de ser expulsados del paraíso, me quedé como un toro de lidia recién nacido, el más noble de los animales que hay sobre la tierra, cuyo inmejorable destino, al parecer, es morir mortificado y acuchillado y ensangrentado a las cinco en punto de la tarde, como dicen los poetas engominados y los gordinflones y gelatinosos cronistas de la milenaria escabechina en que consiste la milenaria vileza del toreo. Eso decía Toni. Yo estaba en aquel momento en plena vileza.

—Qué blanquito —observó Jenaro.

—Es que soy rubio —me justifiqué yo, repentinamente inseguro, y noté que me ruborizaba.

—No te achares, picha —dijo él, cariñoso—. Estás muy rico.

No me tocó. No me puso un dedo encima. Estuvo un buen rato mirándome de la cabeza a los pies, y la verdad es que tanto miramiento me sirvió para recuperar un poco la casta, porque, con el ajetreo del estriptís y la inseguridad, la bravura se me había quedado morcillona. Y eso que de pronto me di cuenta de que Jenaro no me miraba con pecaminosa delectación, como decía el hermano Gerardo que no había que mirar a las mujeres, o al menos no quería que yo le notase la delectación pecaminosa, porque sentirla seguro que la sentía. Me miraba como seguramente mira un apoderado los

ejemplares que le han tocado a su pupilo en el sorteo de la corrida. Luego, se dio la vuelta con bastante empaque, se dirigió a una puerta de color blanco roto, como se dice ahora, que sin duda era la puerta del cuarto de baño de la habitación, y volvió a avisar tres veces golpeando el blanco roto tres veces con los nudillos. Se retiró unos pasos hacia la izquierda, y la puerta del baño se abrió muy despacio.

La luz del cuarto de baño estaba encendida y en la puerta se recortó la figura canela y oro, ceñida, esquemática, pinturera, muy torera de un muchacho a todas luces demasiado joven para mis gustos de entonces. Pensé que, por culpa de la penumbra de la habitación, quizás él no me viese con la misma nitidez con la que yo le veía.

Jenaro, entonces, anunció con taurina solemnidad:

—¡El Asombro de Barbate!

Yo ya había decidido que al Asombro de Barbate le faltaba, para mi gusto, un hervor y le sobraba pinturería, así que mi bravura empezó a resentirse de nuevo a un ritmo alarmante. Y eso que el Asombro de Barbate se fue acercando a mí con un garbo muy cabal, gustándose mucho, recreándose en la parte del encele, cimbreando las caderas, sacando bulto, ofreciéndose, deleitándose. Valiente mariconada, pensé yo. De modo que a mi bravura le faltaba cinco minutos para quedar definitivamente engurruñida, pero el Asombro de Barbate siguió con su ballet torero, con su danza telúrica de la seducción, con su desafío ondulante y desprotegido, y se adentraba ya en un territorio temerario, a una cuarta de mí, a un palmo de mi embestida, y me fue rodeando con mucha parsimonia y mucho riesgo, con mucho quiebro de cintura, con mucha ebullición de pelvis, con mucha gracia de bailarina balinesa, con mucha gracilidad flotante de geisha agitanada, con cadencia de hetaira egipcia, con la tentadora suavidad coreográfica de una virgen ofreciéndose a los dioses. Qué mujer, me dije.

—Maestro —dijo Jenaro, y cualquiera diría que tenía delante al mismísimo Cristo de los Faroles—: ¡Son las cinco en punto de la tarde!

El Asombro de Barbate dio un estirón, sacó pechera, se dio la vuelta con mucho garbo y mucha torería, puso el culo como sandía en bandeja, giró la cabeza para mirarme a los ojos pese a la incomodidad de la postura, y me

retó:

—¡Je, toro! ¡Embiste!

Yo me quedé empantanado durante unos segundos.

—Embiste, coño —me urgió Jenaro con muy poca consideración y, para aliviar el desplante, me guiñó un ojo.

El guiño de Jenaro tuvo la virtud milagrosa de ponerme de pronto como una barbacoa, porque lo tomé como una promesa de que en cualquier momento podría contar con él, y embestí.

El Asombro de Barbate sabía moverse. Yo sabía moverme. Él intentó dibujar una verónica de quitar el sentío y yo le enganché por los sobacos. Olía a Agua Brava. La chaquetilla del traje de luces salió volando como una avutarda endomingada. El Asombro de Barbate era estrecho de pecho, estrecho de hombros, estrecho de cintura, estrecho de culo, pero tenía los brazos fuertes y todo eso lo movía y lo restregaba y lo agitaba y lo subía y lo bajaba con un frenesí que no habría manera de meterle el cuerno por el píloro por falta de puntería. Además, el cuerno se me estaba quedando en nada por culpa de tanta agitación. El Asombro de Barbate se desabrochó él solito la camisa emborrachada de almidón y atiborrada de tirasbordás y la camisa voló como una cigüeña alborotada. El Asombro de Barbate llevaba tan ceñido el pantalón del traje de luces que no había manera de arrancárselo a tirones. Y mira que yo lo intentaba. Porque el culo del Asombro de Barbate gritaba: «¡Libérame!». Jenaro me susurró al oído: «Ten cuidado, que el traje cuesta una fortuna». Yo aproveché para agarrar a Jenaro por el cuello y para dejarle aquella boca igualita a la de Stephen Boyd pegada a mi oreja, y enseguida me di cuenta de que él por nada del mundo quería que le soltase. El Asombro de Barbate se puso a balancear aquel culo de odalisca calenturienta y, pese a que el diestro barbateño no era mi tipo, la bravura se me volvió a animar a tirones, seguramente porque Jenaro me metía ya la lengua hasta los tímpanos, primero por una oreja y después por la otra. Solté el cuello de Jenaro porque ya no había peligro de que se escapase. El Asombro de Barbate dibujó entonces un volapié de postal, qué arte, y se me plantó de frente y empezó a cuadrarse de la cabeza a los pies. Con lo que a mí me gusta que me mordisqueen las tetillas. Con lo que a mí me excita que me recorran el

estómago con una lengua calentita y mojadita. Con lo que a mí me excita que se metan en la boca mis sonajeros, primero uno, después el otro. Con lo que a mí me excita que se traguen mi bravura durante la corrida, y después de la corrida. Ese era el trabajo del Asombro de Barbate. Con lo que a mí me excita que me babeen toda la espalda, desde las cervicales al coxis, y desde el frunce de un sobaco al frunce del otro. Con lo que a mí me excita que se vayan abriendo paso con la lengua por el husillo. Con lo que a mí me excita que se pongan a asfixiarse en la boca misma del pozo. Ese era el trabajo de Jenaro. Luego, con un solo muletazo de mucha categoría, me dieron la vuelta, y el trabajo que estaba haciendo uno lo empezó a hacer el otro, y viceversa. Yo entré con aquellos prolegómenos en tal clase de éxtasis que, cuando vine a darme cuenta, los tres estábamos revueltos en el ruedo, con el albero como una sábana de poliéster, y me percaté de que la piel del Asombro de Barbate era de color canela y estaba cuajadita de oro de tantas medallas y tantas cadenas como le colgaban al chiquillo del cuello, y también de que el maestro acostumbraba a tomar el sol en cueros vivos, porque el color canela era homogéneo desde la frente a los empeines. También el color canela de la piel de Jenaro. Y eso que a Jenaro lo veía peor, porque enseguida se hizo cargo de mi retaguardia, mientras el culo del Asombro de Barbate se ocupaba de mi vanguardia, y el Asombro de Barbate se arrancó a tararearse un pasodoble a sí mismo, y Jenaro volvía a llenarme los tímpanos de lengua salvaje, de saliva tibia y de palabras guarras, y los tres salimos a la par por la puerta grande, y aquello sí que fue digno de que lo dieran en el telediario, y desde entonces me muero por merendar sándwiches de cualquier cosa, rebozándome en el albero o desde la barrera, a ser posible con mucha canela, pero incluso sin canela.

Cuando estuvimos ya para el arrastre, los tres tumbados boca arriba, el Asombro de Barbate se incorporó, pasó todo el cuerpo canela y oro por encima de mí, y besó en la boca, con mucho gusto y regusto, a Jenaro.

—Gracias, hermano —le dijo.

—Gracias a ti, maestro —dijo Jenaro, pero no conseguí distinguir si se lo decía al Asombro de Barbate o me lo decía a mí.

Yo me sentí en la obligación de quedar a la altura de las circunstancias.

—Gracias, maestro —le dije al Asombro de Barbate—. Gracias, hermano le dije a Jenaro.

Jenaro se echó a reír.

—Somos hermanos de verdad —susurró, con aquella sonrisita igualita a la de Stephen Boyd en *Ben-Hur*, con aquella voz oscura, como apretujada, como si se la estuvieran aplastando con algo.

Di un respingo.

—¿Cómo?!

—Hermano de padre y madre —apuntaló Jenaro.

A modo de demostración, Jenaro se incorporó, pasó todo su cuerpo por encima de mí, y besó al Asombro de Barbate, fraternalmente, en la mejilla. Luego, se puso a comerme la boca hasta dejármela como una breva en agosto.

—¿Qué hora es, hermano? —preguntó, medio desmayado, el Asombro de Barbate.

Jenaro hizo un alto en la comilona y dijo:

—Maestro, siguen siendo las cinco en punto de la tarde.

El poniente

Las dunas de Malandar se habían desplazado metro y medio hacia la costa de Huelva, eso me dijo Toni. La culpa era del tenaz y violento levante que había soplado durante casi todo el año.

Aquel año cambiaron muchas cosas en mi vida. A mediados de marzo, murió mi padre. A mi vuelta a Madrid, tras los funerales y los días que dediqué a acompañar a mi madre, Gonzaga Urrutia y yo decidimos que ya era hora de publicar una revista sobre vida, cultura y derechos de colectivos alternativos, pero dedicamos cuatro meses solo a ponerle nombre. En junio, después de casi un año de vida hogareña con Javier Ortuño en un apartamento que alquilamos en la calle de la Estrella, también a espaldas de la Gran Vía, rompí con él —o quizás él rompió conmigo— y yo me quedé con el apartamento, porque él no habría podido afrontar solo las mensualidades del alquiler. En octubre, Pirko me envió a la dirección del Hostal Sigüenza una foto de un niño muy rubio y una nota en la que me decía, según ella para mi tranquilidad, que comprobase que la criatura no se parecía nada a mí. A finales de diciembre fui a pasar las navidades con mi madre y con mi hermana, y en la playa de El Espadero, un día limpio y templado, frente a Malandar, con el viento de levante soplando a rachas, Toni y Elena me anunciaron que se casaban. Allí fue donde Toni me juró que Malandar se había alejado de nosotros. Exactamente, dijo, metro y medio.

La muerte de mi padre fue inesperada y extrañamente consoladora. Cayó fulminado por un infarto sobre la mesa de su discreto despacho en la fábrica

de botellas, y todo el mundo se puso a elogiar su lealtad a la empresa, su dedicación inquebrantable pero tranquila y muy cariñosa a su familia, su socarrón sentido del humor, su humildad y su falta de sentido competitivo, su formalidad como marido y su comprensión como padre; supongo que, al decir esto último, la gente pensaba en mí. Yo, en cambio, por alguna razón que aún no logro explicarme del todo, tuve durante mucho tiempo la sensación de que mi padre había sido muy generoso con todos, menos conmigo. Fue siempre un padre respetuoso y rebosante de afecto, y además me enseñó a mariscar camarones y muergos y cangrejos moros y a hacer en la playa castillos de arena y a practicar correctamente el triple salto, me llevaba al fútbol y me enseñó lo que significaba órsai, faut, córner y penal cuando, siendo yo muy pequeño, me colaba en los partidos del Algaideño. También se empeñaba en que le acompañase a cazar tórtolas, y siempre le costaba perdonar mis escrúpulos y mi resistencia y mi negativa, porque sin duda se avergonzaba un poco de mí, cuando me ordenaba estrellar las tórtolas malheridas contra el suelo para rematarlas. Sabía calmarme cuando tenía pesadillas y felicitarme y animarme con el entusiasmo justo cuando hacía bien algo. Siempre se escabulló como una anguila cuando mi madre insinuaba lo de mis pecados y trataba de convencerme de que me olvidase de Toni y de Elena y me encaprichase de verdad de alguna niña monísima de La Algaida, o de las que iban a La Algaida a veranear. Una vez le dije a mi madre, con mi padre delante, que a mí no me gustaban nada las niñas monísimas, que las prefería un poco feítas y un poco asustadas y un poco tristes, y ella me dijo que eso era casi más pecado que lo otro. Mi padre no dijo nada, pero sonrió con delicadeza. Paco Gutiérrez fue el encargado por mi madre de telefonarme para darme la mala noticia, pero llamó al apartamento y yo no estaba en casa, así que el recado lo recibió Javier y él me lo dio a mí con una brusquedad que, más que hacerme daño, me irritó. No quiso ir conmigo a La Algaida, al velatorio, al entierro, al funeral, con el pretexto de que su presencia a mi lado solo iba a ser motivo de incomodidad y chismorreos. Me negué a echarle de menos. Antes, durante todo el largo viaje nocturno en tren, durante toda aquella interminable noche desvelada, estuve intentando negar la realidad, convencerme de que tenía que ser una

equivocación, una pesadilla, y que seguro que en el andén de la estación estaría él, impecable, burlón y cariñoso, preparado para consolarme de aquel mal sueño. Con el tiempo, he descubierto cuánto debí amar a aquel hombre, cuánto le amaba sin acertar a reconocerlo —ojalá él hubiera sido a veces menos escurridizo—, y cuánto le amo ahora que ya no está desde hace tanto.

Le pedí a Toni ir algún día de nuevo con Elena a Malandar, antes de volver yo a Madrid. Toni no lo aceptó ni lo rechazó, pero al día siguiente volvimos a vernos y entonces me dijo que prefería que fuésemos a la playa de El Espadero para ver desde allí las dunas de la otra banda. Me pareció raro y hasta un poco desaprensivo que rechazara mi propuesta, por mucho que el levante persistente pudiera hacer la excursión incomodísima, pero lo pensé bien y entendí que no estaba en condiciones de imponerles a ellos algo que yo mismo había optado por interrumpir, primero cuando me fui a Madrid y tardé en volver por La Algaida y, después, cuando ellos no aceptaron, de entrada, que Javier viniera con nosotros a Malandar y yo me negué a ir si Javier no nos acompañaba. Así que acepté quedarnos en la playa, pensando que era una venganza un poco infantil de Toni —o, quizás, de Elena, o de los dos—, y convencido de que, solo por aceptar esa vez sus exigencias, conseguiría que a ellos se les pasara el resquemor.

Aquel día de finales de diciembre la atmósfera estaba templada por un sol decidido y por tantos meses de viento cálido del este. La línea del coto, al otro lado de la desembocadura, se dibujaba con nitidez bajo un cielo limpio y sorprendentemente compacto, y la punta de Malandar parecía cercana y accesible. Las oscilaciones del levante no llegaban a emborronarla. Toni había conseguido que Elena volviera a sentarse entre él y yo, aunque él y Elena enseguida se cogieron de la mano y yo no busqué la mano de Elena. Entonces fue cuando Toni dijo:

—Las dunas se han desplazado metro y medio.

—Es raro —dije.

—Está comprobado —dijo él, y pareció ofendido por que yo lo pusiera en duda.

A simple vista, las dunas no se habían movido. No podían haberse movido. Me dio la risa —una risa suave e inocente— al imaginarme a Toni

sobre el terreno, comprobando con una cinta métrica el desplazamiento exacto de las dunas. Quizás me estaba defendiendo de algo. Toni se lo tomó mal.

—¿He dicho algo gracioso?

Elena me cogió la mano. Preferí no mirarla. Yo usaba lentillas desde hacía algún tiempo y creí que se empañaban. Tuve la impresión de que todo Malandar perdía de pronto consistencia y temblaba un poco, como un espejismo en medio del desierto. Sin soltar la mano de Elena, con la mano libre me restregué con cuidado los ojos. Toni estaba muy suspicaz.

—¿Te ha entrado arena en los ojos? ¿O sigues sin creerme?

Decidí que no tenía por qué andarme ya con demasiadas contemplaciones con Toni.

—Las dos cosas —dije, y volví a reír, en un intento un poco ingenuo de despejar su evidente malhumor.

—¿Cómo te va con ese tal Javier? —preguntó, y me pareció que por alguna razón que se me escapaba quería relacionar de pronto mi historia con Javier con mi incredulidad.

—Me temo que regular tirando a mal —fui sincero—, aunque todavía no lo hemos hablado en serio.

—Lo siento —él no era sincero en absoluto, o quizás lo que lamentaba era que Javier y yo, por falta de sinceridad o de coraje, no nos hubiéramos enfrentado aún a nuestros problemas.

—Además —añadí—, ha habido una chica.

—¿Qué? —Elena me soltó la mano y me miró como si acabara de aplicarle un pellizco de monja para que dejase de estar en tierra de nadie.

—¿De verdad? —ahora fue Toni el que se rio. Cualquiera diría que quería vengarse de mi incredulidad sobre el desplazamiento de las dunas.

El levante se estaba calmando. El ambiente se volvía cada vez más seco y de pronto parecía que iba a ser imposible aliviarlo. Me revolví incómodo.

—¿Te portaste bien? —era una pregunta irritante, pero decidí no darle a Toni el gusto de mostrarme ofendido.

Sonreí, y procuré que la sonrisa me quedase refinada, mundana.

—Me porté con mucho estilo —dije.

—El exceso de estilo está reñido con la eficacia —dijo él, y me pareció una notable majadería—. ¿Hubo consecuencias?

—¿Para quién?

—Para ti, claro

La buena de Pirko, aquella chica extraordinaria, nunca le importaría nada a Toni. No pude evitar acordarme de ella con un borbotón de pesadumbre.

—Ella dice que no. Yo a veces pienso que sí.

Eso era cierto. Incluso después de recibir aquella foto del chiquillo, en muchos momentos no conseguía quitarme de la cabeza la idea de que aquella criatura quizás era mía, se parecía mí. Entonces, era incapaz de recordar con precisión la foto del niño. Repasaba mentalmente las peripecias inaugurales y laberínticas del cuerpo a cuerpo con Pirko aquella noche, y siempre acababa casi convencido de que tal vez, al final, había culminado, y no precisamente en el ombligo. Podía ser una fantasía reconfortante, y dolorosa, y consoladora, y torturante, todo a la vez. Desde luego, me resistía a admitir que la criatura podría parecerse sin asomo de duda al golfo alicantino, igual de moreno, con el mismo pelo negro y rizado, con el mismo olor desabrido y misteriosamente sexy. Entonces sí miraba la foto.

Elena preguntó:

—¿Qué ha sido de ella? —había algo de anhelante en la pregunta, quizás a Elena le preocupase de verdad el destino de Pirko, o quizás solo su paradero, si estaba cerca o lejos, si aún me interesaba o no, si alguna vez podría volver.

—Está en Finlandia —dije—. Es finlandesa.

—Qué moderno —dijo Toni, cada vez más desagradable.

—Es verdad —admití, e intenté evitar el sarcasmo, habría sido muy injusto con nosotros tres—. Vosotros, en cambio, sois una feliz pareja de las de toda la vida, para toda la vida. ¿Para cuándo la boda?

Por la reacción hosca de Toni y por la sonrisa socarrona de Elena comprendí que, sin haberlo calculado en absoluto, había acertado. Eso lo explicaba todo.

—En primavera —dijo Toni, y de repente su expresión de entusiasmo parecía sincera, y su alivio, también—. Pensábamos contártelo ahora.

Yo también fui sincero:

—Qué bien.

Toni pasó su brazo sobre los hombros de Elena, y yo pasé mi brazo sobre el brazo de Toni, y Elena nos cogió la mano a Toni y a mí. Qué bien, de verdad. El viento de levante había desaparecido por completo, pero el calmón no resultaba más llevadero aquel día de principios de invierno.

—¿Quién te lo ha contado? —Elena parecía contenta de que la noticia ya circulase por La Algaida, como si se tratara del compromiso matrimonial del príncipe de Gales.

—Nadie. He acertado por casualidad.

En realidad, aquello explicaba que Toni hubiera estado tan incómodo, que hubiera manejado la situación tan mal y, desde luego, que no quisiera que fuéramos los tres juntos a Malandar. Por respeto a Elena, por respeto a nosotros, por respeto a Malandar y a nuestro proyecto de construirnos allí una cabaña, una casa, un chalé, un palacio, el hogar más raro y más hermoso del mundo.

—Seré el padrino, ¿no?

—Ya hablaremos —dijo Toni.

Nos reímos. Toni se sintió obligado a aclarar:

—Tengo recortado un artículo serio que habla del metro y medio que se han desplazado las dunas de Malandar. Mañana te lo dejo.

—No hace falta, Toni. Nunca lo puse en duda.

Nos reímos otra vez. Me acordé de la primera tarde que pasamos en Malandar, con Eulogio Ríos:

—Seguro que, en cuanto empiece a subir la marea, salta el poniente. Y seguro que aguanta como un jabato. Y seguro que, poco a poco, gracias al poniente, Malandar vuelve a estar donde estaba.

—Seguro —dijeron Elena y Toni a la vez, y nos reímos. Porque no podía ser de otra manera.

Te llamarás Demetrio

Gonzaga Bustinduy —el Busti— era alto, muy alto, desconsideradamente alto. Pálido, casi incoloro. Tenía el pelo habitualmente rubio, pero cuando le daba el sol de cierta manera se le volvía muy suavemente anaranjado y adquiría una intensidad, incluso una densidad, de las que carecía el resto del tiempo. Me refiero al pelo. Él, en sí mismo, era intenso y denso a tiempo completo. Era navarro —él decía vasconavarro—, maricón y marxista-leninista: las tres cosas las anunciaba de corrido, con una altanería y una temeridad muy graciosas, en cuanto se le presentaba la ocasión, o incluso si no se le presentaba. Era castrista. El más castrista de nuestra generación, lo que es mucho decir. Era listo, culto, pobre por su casa, como él decía, y alborotador. Tan alto y tan alborotador causaba siempre —en cualquier reunión, en cualquier asamblea, en cualquier manifestación— un efecto eléctrico. Hicimos toda la carrera juntos y, cuando terminamos, me propuso fundar una revista alternativa sobre colectivos alternativos. Fundamentalmente, sobre maricones, me aclaró sin ninguna necesidad. Una revista muy marica, muy política, muy tocapelotas. Tardamos cuatro meses en encontrarle un nombre que le gustara a él y que yo aceptara, aunque fuera a regañadientes.

Me desligué de otra revista alternativa —a la postre, incolora, inodora, insípida, pero que a veces conseguía pagarme— en cuya puesta en marcha también había participado, y en la que conocí a Javier Ortuño, que finalmente se me reveló como nada alternativo, nada político, poco tocapelotas —solo lo

era en privado, quiero decir—, incluso poco maricón, pero muy marica: quería que asentáramos nuestra relación como una pareja normal, decía él—, como la de sus padres, como la de los míos, como la de sus abuelos, como la de los míos—, pero se negó a acompañarme en el sepelio y en el duelo por mi padre para no dar que hablar. El Busti me dijo que aquel capullo no me merecía. Todo eso al final no se lo conté a Toni, a fin de cuentas él había decidido casarse con Elena. O lo había decidido Elena. O lo decidieron los dos, al parecer esas cosas pasan.

No pude prescindir, por razones de supervivencia, de la estrambótica corresponsalía de la publicación californiana en español *Hermanos*, y eso me costaba incendiarios reproches por mi venta al capitalismo gringo por parte del Busti, pero estaba claro que de la revista alternativa, marica, política y tocapelotas que teníamos que fundar, y mantener viva y guerrera a saber cómo, no íbamos a sacar ni un duro, así que tendría que buscar otra fuente de ingresos que no fuera extenuante ni me diera demasiada vergüenza. Me puse a ello sin una pizca de ansiedad, y eso que, en aquel momento, pedirle alguna ayuda ocasional a mi madre viuda quedaba por completo descartado.

—Tiene que ser un nombre que, de entrada, despiste, para no alarmar — argumentaba Busti, y yo no entendía que, de entrada, no quisiera alarmar con la revista, cuando él se pasaba la vida alarmando.

—Koala —improvisé yo.

—Repíte, por favor. —Busti abrió muchísimo aquellos ojos celestes y acuosos que él tenía, como si acabara de escuchar, en una madriguera de jemerres rojos, «Negra sombra», de doña Rosalía de Castro, en su versión coral de monjas de un convento de clausura.

—Podría llamarse Koala —insistí—. La revista, digo, no el travesti que venga a limpiar el despacho, cuando lo tengamos.

—Koala —repitió él, y cabeceó como si acabaran de darle en el occipucio, como decía Antonia, con el muelle de una grapadora gigante.

—El koala es un bicho entrañable, adorable, como de peluche —le expliqué—, pero dicen que, si le molestas, se convierte en un verdadero hijo de puta. A uno de esos aventureros famosos, ahora no me acuerdo de cómo se llama, un koala le arrancó de cuajo los testículos.

—Eso me gusta —dijo Busti—. De hecho, es lo único que me gusta de ponerle a la revista Koala. A mí me suena a guardería.

—Una guardería de niños diabólicos —sugerí—. ¿No te parece lo bastante molotov?

—Muy molotov —admitió—. Pero el enemigo es venenoso. Nos acusarían de pederastia.

Esas eran palabras mayores, así que tuve que arriar bandera. Busti ya había hecho un montón de maquetas para el número cero, con un optimismo casi enternecedor dado que al final tendríamos que conformarnos con el ciclostil. También había confeccionado una especie de índice con los títulos de los primeros artículos de lanzamiento, literalmente hablando. Me refiero a lo de lanzamiento. Aquello era molotov en marcha de cabo a rabo. «Fantasía marica: todas las iglesias ardiendo», se titulaba el de apertura. «La guillotina marica», se titulaba el de cierre, contra la monarquía. En medio, un batiburrillo de noticias desordenadas, algunas aparentemente inofensivas, pero todas con muy breves y muy insolentes comentarios a pie de página. Por ejemplo: el gobierno socialista, después de su antiguo «OTAN, de entrada, no», estaba ahora empeñado en mantener a España dentro de la Alianza Atlántica, como había pasado a decir, y andaba dándole vueltas y vueltas a cómo hacérselo tragar a la ciudadanía. Al pie de la noticia sobre aquellos enjuagues, Busti había escrito en mayúsculas: DE ENTRADA, SÍ: POR EL CULO. Yo le hice ver que aquello, en el fondo, suponía estigmatizar la sodomía dando a entender que era una guarrada, pero él me contestó:

—Es que lo es, políticamente lo es. Y no hay manera de dignificarlo, cariño.

—Vale. Si hay que entrar, que sea dando por culo, ¿no?

—No exactamente. Me refiero a por dónde nos entran.

—Bueno, ya me lo explicarás. ¿Y lo de la fantasía marica?

—Marica y pirómana. Hay que satisfacer la piromanía intrínseca y justificadísima de todas las maricas, convenciéndolas para que se pongan a quemar iglesias y conventos ya.

—¿Y lo de la guillotina?

—También ya. Si no somos las maricas las que guillotinemos todo lo que

huela a Borbón, nunca habrá quien lo guillotine.

—Muy bien. Pero si todo eso lo tenemos que hacer ya, urge encontrarle un puñetero nombre a la incendiaria y afilada revista —dije.

Así que continuamos durante días buscando nombres, y todo era un desatino.

—Alpha, con ph —decía él

—Por Dios —protestaba yo—, aunque ya sé que Dios no tiene nada que ver con esto. ¡Alpha con ph, como Raphael! Implica un mensaje letal, da a entender que, en cuanto nos aprieten un poquito las tuercas, cantamos lo que haga falta. Eso es lo que piensan los comunistas de las maricas, ¿no?

—No seas burra, mi vida —decía él—. Alpha, como el planeta inventado por Asimov, donde se iniciaría la humanidad. Una humanidad nueva.

—Y castrista —precisé yo.

—Por supuesto.

—¿Y tú no has pensado que, en una humanidad castrista, a ti te quitarían la humanidad en un santiamén mediante fusilamiento, por maricón?

—Lo he pensado —dijo, un poquito grandilocuente— y estoy dispuesto. Todos castristas, y si me tienen que fusilar, que me fusilen.

Nos reímos. Busti se hacía el fusilado con mucha gracia.

Al cabo de unas horas, o al día siguiente, o después de una semana, uno de los dos volvía a la carga.

—Pantera Rosa —decía yo—. Aúna agresividad y refinamiento.

—Y plagio y pereza mental —protestaba él—. Por no mencionar que es demasiado obvio.

Me costaba entender aquella reticencia a lo demasiado obvio, cuando él era completamente obvio las veinticuatro horas del día.

—Ya lo tengo —decía él—. Fideguá.

—¿Cómo!? Eso es una paella de fideos.

—No, perdona. Digo Fideguá, no Fideuá. Ya sé que despista. Mucho. Pero ahí está la gracia. En realidad, es una síntesis de Fidelistas y Guarretes. ¿Lo captas?

—Claro. Un engendro.

—Tienes razón —admitió él.

Yo terminé acudiendo, en días y semanas sucesivos, a los consabidos nombres clásicos:

—Queronea —decía yo.

—Mono —decía él—. Es verdad que aquellas ciento cincuenta parejas de maricones tebanos del Batallón Sagrado fueron unos valientes, solo que hicieron con ellos una escabechina precisamente en Queronea, y no se trata de eso, cariño. Se trata de que los maricones hagamos una escabechina con los fascistas, los curas, las monjas y los Borbones. Ah, y los banqueros.

—Vale. Antinoo —proponía entonces yo.

—Ni hablar. Esa nena era una pánfila, ya podría por lo menos haber aprendido a nadar, mira que ahogarse como la tonta de mi pueblo, en un charco... Ahí el que tenía lo que hay que tener era Adriano.

—Pues Adriano, entonces.

—Tampoco. También nos acabarían acusando de pederastas.

—Joder.

Un día, mientras estábamos remirando por enésima vez el supuesto número cero, todavía anónimo, de la revista y discutiendo sobre sus contenidos, Busti dijo sin ningún énfasis, como si lo tuviera ya muy pensado:

—Demetrio. La revista se llamará Demetrio.

—Pues parecerá el nombre de una ferretería —dije yo, dispuesto ya a ceder a regañadientes—. Ferretería Demetrio. Hay una en mi pueblo. En montones de pueblos hay alguien que se llama Demetrio.

Busti se limitó a buscar entre los papeles que había sobre la mesa un folio con un breve texto escrito a máquina, y me lo pasó. Era una cita nada menos que de la *Vida de Demetrio*, de Plutarco. He vuelto a buscarlo en Google y dice:

Era Demetrio en estatura más bajo que su padre sin embargo de ser alto, pero de una figura y belleza tan extraordinarias y admirables que ni escultor ni pintor alguno pudo sacarle semejante: reunía a un tiempo lo festivo y lo grave, lo fiero y lo bello, y con lo juvenil y osado se veía mezclada una inimitable apacibilidad y majestad heroica y regia. Pues por el mismo término sus costumbres reunían también lo terrible y lo gracioso; porque siendo muy

amable y el más jovial y voluptuoso de los reyes mientras estaba dado al regalo, a la bebida y las francachelas, tenía, por el contrario, cuando los negocios lo requerían la mayor actividad, suma vehemencia e infatigable constancia.

—Muy impresionante —dije yo, después de leerlo—. Una descripción casi perfecta de lo que quiere ser la revista, ¿verdad? Y digo casi porque, después de todo, el tal Demetrio era rey, de Macedonia, ¿no?, así que, tarde o temprano, el castrismo de la propia publicación lo acabará guillotinando, ¿verdad?

—Primero que dé guerra y gane batallas —dijo Busti— y, después, si hay que guillotinarlo, se le guillotina.

—Perfecto —acepté, y mi actitud no habría servido precisamente para definir el entusiasmo.

—¡Estupendo! —a Busti el entusiasmo se le suponía—. ¡Levantemos el puño, pongamos la otra mano sobre la maqueta, y asignémosle el nombre!

Lo hicimos todo, y Busti proclamó:

—¡Te llamarás Demetrio!

Con ese nombre absurdo, con infinidad de dificultades de índole práctica, tardando tres años en pasar del ciclostil a la impresión más básica, con periodicidad imprevisible, pero con un creciente prestigio subterráneo de publicación audaz y gamberra, *Demetrio* aguantó seis años y medio. El día del 23-F, mientras Tejero y sus rumberos montaban aquella zarzuela peligrosa en el Congreso, Busti había impreso en ciclostil, en su casa, a toda prisa, un puñado de ejemplares de un panfleto, avanzadilla muy anticipada del futuro *Demetrio*, con un único artículo que él solito improvisó, lleno de maricones y travestis que invadían la calle insultando a los golpistas y desafiándolos a que se dejaran de pistolas y se fueran con ellos a explorar nuevas alternativas lúdicosexuales; temerario él, se echó a las calles de un Madrid prácticamente desierto, a repartir por debajo de las puertas aquel panfletillo mucho más divertido que el legendario número extra de *El País*. Ese fue, años después, el espíritu de *Demetrio*. Busti escribió contra la Movida, esa panda de chapuceros que no querían la revolución sino solo

divertirse, decía él, y, ya casi al final, contra los de la Radical Gay, demasiado teóricos, sin el menor interés en pasar a la acción, así ya se puede ser radical, se indignaba. Le encantaba escribir contra todo lo que parecía lo más moderno o lo más disolvente, achacándoles siempre flojera burguesa o adicción a lo inútil. Nos divertíamos y nos costaba dinero. Una noche, años más tarde, a las dos de la madrugada, Busti se presentó en mi casa, aparentemente sobrio de todo, y me pidió pasar el resto de la noche allí. Yo le señalé el sofá. A los tres minutos, estaba en mi dormitorio, en cueros vivos. Parecía un ángel famélico e impaciente, metralla pura. Sin pedir permiso, se metió en mi cama. Se quedó boca arriba, inmóvil. Dijo:

—Miguel, cariño, con lo que nos queremos y nunca hemos follado.

Yo me reí con pocas ganas, él tuvo que notar lo.

—Busti —le dije—, follar no lo es todo en la vida.

—Mira quién fue a hablar. Pero tienes razón, Adán y Eva follaron un par de veces y los hijos les salieron pésimos.

Siguió sin moverse y durmió toda la noche como un bendito. Yo dormí fatal. Aún no le había confesado que me habían ofrecido ser redactor jefe de una nueva revista gay, muy opulenta, y había aceptado. Puse como condición seguir ayudando a Busti, de vez en cuando, en la suya y me lo consintieron. En la redacción de la nueva revista conocí en carne mortal a Ernesto Méndez, la firma estrella de la publicación. A *Demetrio* lo guillotinamos un año más tarde, tres años antes de que Busti muriese.

A mí me avisaron del hospital a las siete de la mañana del 28 de septiembre de 1999. Había muerto de madrugada. Yo había ido a visitarle la tarde anterior. Tenía un aspecto terrible y conmovedor. Sonrió al verme, y yo tardé mucho en conseguir que cicatrizara el recuerdo de aquella mueca voluntariosa, desafiante, empujada por un último resto de energía. En un momento de aquella conversación llena de tropicónes y con frecuencia inconexa, Busti susurró:

—Este virus es un invento del castrismo —y levantó con extrema dificultad el dedo gordo de su mano izquierda, en señal de victoria.

Yo hice el mismo gesto y le sonreí. Busti debió de haber pensado en algún momento: batalla ganada.

Busti murió de sida. «Reunía a un tiempo lo festivo y lo grave, lo fiero y lo bello. Sus costumbres reunían lo terrible y lo gracioso, y siendo el más jovial y voluptuoso mientras estaba dado al regalo, a la bebida y a las francachelas, tenía también suma vehemencia e infatigable constancia.» Le hicimos un homenaje muy sentido en mi nueva revista. De Busti aprendí, escribí, que pelear a favor de los maricones era también pelear a favor de todos, y junto a todos. Él lo hizo con mucho estilo.

La ruta Lobón

Cuando entré en aquel despacho, casi me da una privación con bombillitas, como decía Antonia —lo había sacado de los bocadillos de los tebeos cuando a alguien lo dejaban grogui de un estacazo—, y solo acerté a decir:

—¡Medinilla!

La recepcionista me lo había anunciado, el señor Medinilla le espera, pero ni en pleno empacho alucinógeno se me habría pasado por el colocón que pudiera ser «aquel» Medinilla. Lo era. Medinilla de pies a cabeza. Medinilla en carne mortal; pero mortal, mortal. Muy delgado, bastante amarillento. Medinilla vestido y adornado como la cursi de su madre, con una cierta intención masculina, quizás. Grandes gafas con montura de carey y de diseño aerodinámico. Americana beis de piel de camello. Camisa rosa sin corbata, pero con un pañuelo de seda, con estampado de amebas de colores, adornándole, o protegiéndole, u ocultándole la garganta, como si acabaran de ejecutarle una traqueotomía. Pantalones de franela gris abrochados por encima del ombligo y con tirantes de color burdeos. Zapatos marrones con muy buena pinta y calcetines rosas; sí, rosas. Un sello de oro en el dedo índice de la mano izquierda, con una especie de escudo nobiliario grabado. Un figurín. Un cuadro. La mejilla derecha la tenía mordisqueada por las cicatrices de un acné mal curado.

—Medinilla —repetí, y procuré disimular que me estaba tambaleando de la impresión.

—El mismo, Miguel Durán, el mismo —dijo él, y dejó escapar una

sonrisilla; cualquiera diría que estaba dispuesto a vengarse de algo—. ¿Cómo estás?

—Buscando trabajo, ya ves.

—Sí, ya veo. Anda, siéntate.

Hacía al menos veinte años que no le había visto. Y al menos ocho que no sabía nada de él, creo que desde la boda de Elena y Toni. Naturalmente, no le habían invitado, pero me parece que fue en algún momento del convite, en el Náutico, cuando alguien me preguntó qué sabía de Medinilla. Nada, absolutamente nada. Por lo visto, parecía lógico que supiera algo, Medinilla se había ido a estudiar a Madrid y allí se había colocado en una empresa de la que no supieron darme más señas, pero seguro que en alguna parte nos habríamos encontrado, hay gente que piensa que Madrid es como el centro de La Algaída. Y tarde o temprano resulta que tiene razón. Allí estaba Medinilla, en su despacho de categoría media, pero con ventanal a la calle Princesa. Sentado en un buen sillón al otro lado de una mesa de medio pelo, bien ordenada. Tenía sobre la mesa una foto de Yeye Castillo, la cursi de su madre, en un marco digno de estar sobre una consola del piso de Sarita Montiel. Así que le pregunté por ella —por su madre, no por Sarita— y me dijo que estaba muy bien, viajando muchísimo. Me preguntó por mis padres y le dije que mi padre había muerto —lo sabía— y que mi madre seguía fenomenal y viviendo en la misma casa de siempre; también lo sabía. A Toni y a Elena ninguno de los dos los mencionó. Me informó, como si llevara veinte años rabiando por hacerlo, de que don Ireneo y doña Milagros habían muerto, con apenas año y medio de diferencia, en un asilo de monjas. Seguro que al final las monjas lograron convertirlos, dijo, y se permitió una risita respunteada y detestable. Solo de pensar en una conversión de don Ireneo y de doña Milagros por pura desesperación, por no quedarse en la puta calle, casi me echo a llorar y tuve que bajar la vista y aguantar como pude. Lo único que acerté a decir, procurando que se me notara mucho el asco que me daban aquel comentario y aquella risita, fue que ya lo sabríamos cuando llegara la beatificación de don Alonso, el cura de la prioral. A ninguno de los dos, claro, se le ocurrió preguntarle al otro si estaba casado y tenía hijos. Medinilla decidió que ya estaba bien de tiritos cruzados, abrió una carpeta y

sacó un folio mecanografiado, con una foto de fotomatón grapada en la esquina superior izquierda. Era el currículum que yo había enviado.

—Esta foto no te hace justicia, Miguel —dijo, sin levantar la vista, y movió suavemente la cabeza en señal de compasiva desaprobación—. Estas cosas hay que cuidarlas, hombre.

Repasó en diagonal el texto mecanografiado.

—El currículum es divertido, sí —murmuró, pero viéndole solo la expresión de la cara nadie habría deducido que realmente le divirtiera lo más mínimo lo que estaba leyendo.

Yo había intentado ser ingenioso, eso era verdad, no podía imaginar que aquello iba a ser valorado por Medinilla. La nueva revista en la que ejercía de redactor jefe me ocupaba solo las tardes —en aquella redacción nadie aparecía antes de las dos, todos con la cara descompuesta por la traspasada, y nadie salía de allí hasta la medianoche—, resultó que Busti se las manejaba solo bastante bien con *Demetrio*, y un día, cenando con Ernesto Méndez en el drugstore de Velázquez, o de Fuencarral, él me preguntó si conocía a alguien, dentro de la profesión, interesado en echar unas horas por libre en la asociación de empresas en la que él llevaba ya un montón de años trabajando, mañana y tarde. Le pregunté cuándo demonios escribía las novelas que publicaba cada dos años, más o menos. De noche, me dijo, y a veces en el despacho. Comprendí que aquello no iba a ser como ir a galeras, así que al día siguiente le llamé y le dije que yo mismo podía estar interesado. Solo por las mañanas, claro.

—Hay un trámite que cumplir —me informó—. Aquí han tenido la ocurrencia de confiar la selección a una empresa especializada, miembro de la Asociación. Te mando el anuncio que han publicado en prensa. Pero yo tendré la última palabra.

Ernesto me explicó por encima a qué se dedicaba aquella Asociación y a qué clase de empresas agrupaba —a mí me pareció que ni él lo sabía demasiado bien—, yo se lo expliqué por encima a Busti, y él sentenció: «Eso es la CIA».

La empresa de selección estaba en la calle Princesa, cerca de la esquina con Marqués de Urquijo. Yo había decidido escribir un currículum chispeante

porque me pareció la única manera de salvarlo un poco, mi experiencia laboral no era exactamente arrebatadora, pero sí curiosa y se le podía, con un poco de salero, sacar algún partido a mi trabajo en *Hermanos*, a nuestras alegres locuras con *Demetrio*, a mi incipiente jefatura de redacción en la nueva revista y a algunas piezas sueltas que había logrado colocar, o me habían pedido muy ocasionalmente —casi siempre sobre lo mismo: colectivos alternativos, digamos—, en periódicos o semanarios de información general. No hice la menor mención a mi especialidad más destacada —la mariconería, según Busti—, y me aguanté a duras penas las ganas de citar mediante bromas indirectas lo de quemar iglesias y restaurar la guillotina, claro —y mira que me tentaba gamberrear un poco con aquello, después de todo la última palabra la tendría Ernesto—, pero de pronto caí en la cuenta de que Medinilla podía saber de mí mucho más de lo que yo sabía de él. Y se estaría dando cuenta de que empezaba a ponerme nervioso.

—Tendrás que hacer un test —me dijo—. Ahora vienes conmigo a un despacho que está libre y tienes una hora. Tú mismo te administras el tiempo y vienes a verme cuando lo termines, nadie te avisará.

El despacho que estaba libre era un cuchitril sin ventanas, de cuatro metros cuadrados como mucho y con una de las paredes cubierta por una estantería metálica abarrotada de carpetas con aspecto de no haber sido consultadas en meses. Había una mesa de baquelita con patas de aluminio y una silla de plástico, y la única iluminación procedía de un tubo fluorescente pegado al techo.

—Acogedor —dije—. ¿Qué carrera estudiaste, Medinilla?

—Psicología, Durán, Psicología.

—Ah. Se me había ocurrido que estudiaste Ciencias de la Tortura.

Intentó con muy poco acierto aparentar que le parecía simpático mi comentario. Dijo:

—Te dejo la puerta abierta.

El test era una majadería llena de preguntas absurdas cuya traviesa intención psicológica de primero de primaria era diáfana. Me llevó apenas media hora contestar el cuestionario y cuando salí a buscar a Medinilla la recepcionista me dijo que estaba reunido, pero que podía esperarle allí

mismo, en el sofá de recepción. Le dije que yo también tenía cosas que hacer y que, por favor, le dejase mi cuestionario encima de su mesa.

Medinilla no me llamó ni se puso en contacto conmigo por ningún otro medio. Quien me llamó, al cabo de casi un mes, fue Ernesto Méndez y me dijo que, entre las tres únicas solicitudes finalistas que la consultora les había mandado para que ellos eligieran, no estaba la mía.

—Pero ¿tú no podías decidir por tu cuenta? Te entendí eso.

—Lo voy a intentar.

Malo. O Ernesto Méndez me había mentido para dárselas de directivo con mando en plaza, o le habían cambiado sobre la marcha las reglas del juego. En el fondo, lo único que me daba verdadero coraje era que Medinilla se estuviera regocijando como una lombriz en el husillo de su señora madre, como decía Antonia. Sin embargo, cuando ya tenía claro que me había comportado como un panoli, Méndez me llamó y me pidió que fuera a verle el día siguiente a su oficina, a las once de la mañana, si para mí no era demasiado temprano. Lo era, pero procuraría no dar una impresión pésima. En cuanto entré en su despacho, mucho mejor que el de Medinilla, me dijo:

—¡Hecho!

La explicación que me dio sobre cómo lo había logrado me convenció de que aquella oficina no era exactamente un campo de trabajos forzosos. Méndez se había limitado a pedir a la consultora todos los currícula que habían recibido, todos los test que los aspirantes habíamos cumplimentado, y todos los apuntes del responsable de la selección. Despreció a los tres finalistas y me eligió a mí. A la Junta Directiva de aquella especie de albérchigo de la Bernarda que parecía aquella Asociación, le dijo que se había guiado por el instinto y que, sin duda, a pesar del dictamen de la consultora, yo era el mejor candidato. Nadie había protestado.

—¿Tampoco Medinilla? —le pregunté.

—¿Quién es Medinilla?

—Un sapo venenoso. De La Algaida, como tú y como yo, pero que trabaja en esa mierda de consultora. Él se encargó de entrevistarnos.

—¿Debería conocerle? —En ese mismo momento, yo también me lo estaba preguntando—. Vaya bicho. A ver si conseguimos que lo echen.

—Mafia gay —dije yo. Y nos reímos.

Sobre la marcha, llamé a su despacho al director financiero y allí mismo firmamos el acuerdo. Ernesto ya lo tenía redactado. Yo ya llevaba algún tiempo dado de alta como autónomo.

—¿Te parece bien el dinero?

—Para empezar, aceptable —bromeé.

El director financiero puso cara de perro apaleado, obligado encima a estar contento.

—Empiezas mañana mismo, si te parece —sugirió Ernesto—. Te pagamos al final de cada mes, como a todos. Ya te haremos el prorrateo por los días que vas a trabajar este mes. ¿Oído, Roberto?

Roberto era el perro apaleado y contento.

Ya había intuido que Roberto era un fanático de la puntualidad. De la puntualidad y de todas las virtudes de un empleado modelo. Aprende de él, me dijo Ernesto, guasón. Al día siguiente, a las once de la mañana, allí estaba yo, puntual como jamás se me había ocurrido que alguna vez tuviera que serlo, madrugador como una monja de clausura convocada a maitines, para cumplir con mis dos horas de trabajo diarias igual que un becario aplicado, pero descaradamente mejor pagado.

Me necesitaban para escribir un artículo al mes relacionado con la consultoría, fuera eso lo que fuese. Un artículo sobre, por ejemplo, la importancia de armonizar plantillas para lograr y optimizar la motivación, armoniosa naturalmente, de todos los trabajadores de una empresa, clave de la excelencia y la productividad de la empresa en cuestión, fabricase aljofifas o se dedicara al montaje y el mantenimiento de centrales nucleares. Me dieron documentación. En tres días, escribí un texto lleno de subordinadas y de la palabra «armonía» y todas sus posibilidades calificativas, adverbiales y verbales en todos sus tiempos —armonioso, armoniosamente, armonizar, armonizando, armonizado—, y Ernesto Méndez, con mucha desenvoltura, lo envió a todas las agencias de prensa y, después, a todos los medios escritos

de información general o técnica. Yo tenía que hacer el seguimiento. Nadie publicó una palabra. No pasó nada. Bueno, sí pasó que una de las empresas de la Asociación —Méndez acabó distribuyendo el texto a todas las empresas miembros— solicitó la cesión en exclusiva del artículo para incorporarlo como anexo de autoridad a una oferta que estaban preparando sobre armonización de plantillas, precisamente. La empresa ganó el contrato y, en navidades, me hizo llegar una caja de vinos acompañada de las tarjetas del director general, del director de márketing y del director de armonización, o algo así, con un abrazo, un saludo o mucho afecto.

Pasados unos meses, yo había escrito cuatro artículos abominables, de los cuales nadie publicó un solo párrafo, y a Ernesto Méndez estuvieron a punto de mandarlo a Bruselas como delegado del sector ante la Unión Europea para defender —y armonizar, supongo— los intereses del sector español de consultoría de *management*, de ingeniería civil, de ingeniería industrial, de ingeniería agrícola y de ingeniería medioambiental —fuera todo eso lo que fuese— en toda Europa. Un despropósito del que se salvó por los pelos. A cambio, le nombraron secretario general de la Asociación, otro despropósito del que no hubo quien le salvara. Ernesto Méndez era escritor, así que, en opinión de casi todos, las actas de Juntas Directivas y Asambleas Generales le salían esplendorosas, un pelín noveleras y algo pitracosas, en mi opinión. Ernesto Méndez era de La Algaida y de mi edad, y se había ido a Madrid, como yo, a comerse el mundo, y lo que fuera, más o menos cuando yo, pero no lo había conocido personalmente hasta el día en que apareció por la redacción de la revista gay en la que yo había empezado a ser redactor jefe. La suya era la gran firma invitada en todos los números de la revista. Toda la gracia, la fluidez y la bulla disidente que brillaban en sus artículos, resplandecían por su ausencia en las actas y otros textos institucionales, correosos y envarados, que se veía obligado a redactar como secretario general. Cada dos o dos años y medio publicaba novelas muy gays y de cierto éxito, pero rebosaba formalidad en las reuniones con representantes de la Administración central y local, representantes del sector empresarial primario y del sector empresarial secundario, representantes de delegaciones empresariales extranjeras en misión comercial por España, y representantes

sindicales. Un desatino detrás de otro. Sobre todo, con los representantes sindicales. Como Méndez era bastante rojo, no podía evitar un cierto síndrome de Estocolmo y siempre acababa poniéndose, no solo en su fuero interno, de parte de los sindicatos. No pasaba nada. En su editorial y en el mundillo literario y el mundillo gay, tenía fama de escritor tarambana, pero de profesional raro, serio y convencional, y en la Asociación y alrededores tenía fama de lo mismo. Allí nadie leía sus novelas ni sus artículos, ni los periódicos en los que aparecía como más gay que nadie y entre gente mucho más roja que él, y si alguien lo hacía se callaba como Tutankamón en su cámara funeraria. Ernesto Méndez y yo nos hicimos amigos y, cuando tocaba, a lo largo de más de veinte años durante los cuales compartimos oficina y nebulosos intereses comerciales, nos íbamos, y lo hemos seguido haciendo, juntos a manifestaciones o concentraciones a favor del aborto, en contra de la guerra de Irak, a favor de la educación y de la sanidad pública y gratuita, en contra de la visita del Papa, a favor de las candidaturas de Izquierda Unida a la Comunidad de Madrid y a la Alcaldía de Madrid, en contra de la reforma laboral, y al Orgullo Gay, un junio o julio detrás de otro, y, naturalmente, a favor del matrimonio igualitario. Con frecuencia, salíamos a cenar, solos o en compañía de otros, y acabábamos en algún tugurio gay en los que él tenía bastante éxito. Y si no lo tenía, se iba a El Ajedrez, un discobar muy especializado, y se agenciaba un chaperero.

Un día, en su faceta de secretario general raro, serio y convencional, me dijo:

—Miguel, voy a tener que delegar en ti muchos de los viajes que yo hacía, a costa de las empresas miembros y del erario público, cuando solo era director de Comunicación, y luego director del Departamento de Estudios, de esta santa casa. No doy abasto con tanta chorradita propia de la Secretaría General. Vaya mierda.

Fue una época fenomenal, fenomenal, fenomenal, como dijo mi santa madre cuando se lo conté. Todos los gastos pagados. A Toni también se lo conté en una carta, para que viera que de verdad empezaba a comerme el mundo. Él solo dijo en su respuesta, a propósito de mis viajes venideros: «Manda postales». Yo les mandaba postales. Me iba a Manila, a visitar el

Banco Asiático de Desarrollo y a recoger información que luego no servía para nada, y de paso me pasaba por Tailandia, Malasia y Singapur, y les mandaba a Toni y a Elena postales. Me iba a Costa de Marfil, al Banco Africano de Desarrollo, recopilando más información sobre concursos públicos que contaban con financiación del Banco, pero exigían financiación de los Estados, y España nunca tenía dinero para cofinanciar esas cosas, todo lo cofinanciaba Francia. Más postales. Una vez, alargué el viaje a Senegal, Camerún, Gabón, Ruanda y Zimbabue, o como se llamasen entonces esos países. En otra ocasión prolongué el viaje a Angola y Mozambique. Postales. En Washington, cumplí mi agenda en el Banco Interamericano de Desarrollo y, ya puestos, me organicé una gira por Centroamérica para contrastar los proyectos financiados por el nada caritativo y dudosamente solidario BID y plantear con mucha imaginación las posibilidades de participación de empresas españolas. Ninguna posibilidad sin cofinanciación. Más papeles y más postales. Dedicaba las mañanas a las visitas profesionales y las tardes, al cancaneo. Y a inventarme algún reportaje aprovechable para *Hermanos*, o a preguntar en las embajadas de España sobre la situación del colectivo gay en el país y montar luego un artículo para la revista gay madrileña, la única manera de que me consintieran todo aquel ajeteo y tantos días sin asomar por la redacción. Con un enviado del ministerio socialista de Obras Públicas, hice una gira por Perú, Ecuador, República Dominicana, Panamá, Costa Rica, Colombia y Venezuela, para estudiar la rehabilitación de fuertes, fortines, fortificaciones, cuarteles, puertos y otros restos de ingeniería civil construidos por los españoles, en caso de que los hubiera. Postales, postales, postales. Cuando la última mañana desperté en el hotel Tamanaco de Caracas, no sabía dónde estaba ni qué iba a ser de mi vida. De momento, me esperaba un nuevo viaje a Singapur. En el viaje de regreso desde Singapur, el avión de KLM, abarrotado de pasajeros, se vio obligado a hacer un aterrizaje de emergencia, con uno de los motores en llamas, en Karachi, y allí estuvimos tres días con sus tres noches, esperando otro avión o un motor de repuesto o solucionar la avería, en un hotel enorme y costoso que, al amanecer, se llenaba de salmodias musulmanas. Yo era el único español. Nadie me echó en falta esos tres días. Nadie. A mi vuelta, Ernesto y yo decidimos dejar de escribir y

distribuir artículos que nadie publicaba, y empecé a archivar, un par de horas cada mañana, documentación internacional que seguía sin interesar a nadie. Seguían pagando bien. Muy bien. Con el tiempo, con la precrisis, con la crisis, con la debacle, todo aquello fue desapareciendo. Desapareció. La patronal de consultoría se tuvo que poner seria y ahorrar. Yo me dije: Se te acabó el mamoneo, Miguel Durán. Me deprimí. Un poco, unas horas como mucho, pero me deprimí. El recuerdo de aquella variante de la ruta por los mares y tierras de todo el planeta que hacía Paquito Lobón, antes de dedicarse a despachar kiwis, era para seguir abriéndole a cualquiera el apetito por comerse el mundo.

Por suerte, Ernesto Méndez tuvo una ocurrencia bárbara. Organizar eventos. Muchos eventos. A fin de cuentas, también él se jugaba el estado del bienestar.

El cercado

Han cercado Malandar, me había dicho Toni.

Doña Ángela había muerto, en casa de Toni y Elena, mientras yo volaba de Santo Domingo a Ciudad de Panamá, de Ciudad de Panamá a Lima, de Lima a Quito, de Quito a Guatemala City, de Guatemala City —en el hotel había un grupo de militares americanos enormes que daban miedo y hacían soñar— a San José de Costa Rica, de San José a Bogotá y a Cartagena de Indias —un vergel de chicas y chicos bonitos y alegres; me acordé de mis colombianos del Hostal Sigüenza— y de allí a Caracas, al hotel Tamanaco. En el vestíbulo del hotel Tamanaco, cuando bajé a desayunar, me crucé con Sarita Montiel convertida ya en una mesa camilla —me acordé de Medinilla y me entraron arcadas—, a menos que no fuera Sarita Montiel y yo aún siguiera alucinando y sin saber dónde estaba. Era Sarita, vaya que si lo era. Intenté que eso me animara un poco. Días antes, en el hotel de los miedos y los sueños libidinosos de Guatemala City, había recibido una llamada de Ernesto para decirme que un tal Toni, de La Algaida —¿lo conozco?, me preguntó—, había llamado y preguntado por mí para comunicarme que su madre había muerto. Yo telefoneé a Toni en ese mismo momento. Tuve que sujetarme la emoción en la garganta, como se sujetaba Medinilla la traqueotomía con un pañuelo de seda estampado de amebas, mientras hablaba con Elena y con Toni de doña Ángela y de nosotros. Les prometí que iría a verlos en cuanto volviera.

Durante todo el vuelo de regreso a Madrid me estuve acordando, en

duermevela, de los domingos en el parque de La Victoria, del paso de los trenes, de nosotros, escondidos detrás de una adelfa, disparando con escopetas imaginarias, con flechas imaginarias con la punta untada de cicuta, o mejor de narcóticos, de calmantes, para que los trenes cazados se quedaran adormilados, dóciles, y pudiéramos cabalgarlos como si fueran caballos salvajes o bisontes en estampida, ahora domados, para que nos llevaran al fin de mundo, o solo a Madrid, para que Toni fuera en busca de su padre. Me acordaba de doña Ángela y su mirada triste, cautelosa, en el almacén, custodiando a Toni, dejándose cuidar por Toni, temerosa, seguro, de que Toni pudiera no volver después de ir con nosotros y con Antonia y con Rocío a La Victoria, al pinar de Jaramar, a la playa de El Espadero, a mi casa, y apurada, avergonzada, cuando venía a casa a recoger a Toni. Trataba de imaginarme a doña Ángela la noche que Toni y yo nos quedamos solos en las dunas de Malandar, dispuestos a pasar allí, juntos, el resto de la noche, el resto del año, el resto de la vida. Trataba de imaginarme la expresión de su cara, su mirada, el día que se cruzó en la calle con Antonia y le advirtió de que nadie le hacía daño a su hijo sin pagarlo caro. Por una vez, desafiante. Me acordaba de doña Ángela y de Toni. Todo el vuelo. Del Toni de entonces. Como si no hubiéramos crecido, como si yo no me hubiese ido nunca de La Algaida, como si nunca nos hubiésemos separado.

Después de casarse con Elena, Toni y ella se fueron a vivir a un piso de una urbanización nueva, construida frente al Club Náutico, y a los pocos meses, Toni decidió encargarse del almacén. La pobre Carmen se había mudado con sus padres, porque por fin había decidido vender su casa de la calle Infantas, con aquel patio que era la envidia de toda La Algaida. Toni convenció por fin a doña Ángela para que se fuese a vivir con él y con Elena. Allí, sentada en un cierro que daba a la calle y le permitía ver lo animada que se había puesto la nueva urbanización, murió tranquila, una tarde de invierno, casi sin enterarse. Cuando Toni me lo contó, yo me acordé de don Ireneo y de doña Milagros, que habían muerto casi al mismo tiempo en una residencia de ancianos, al cuidado de unas monjas que a lo mejor habían celebrado, con pastitas y gaseosa, la quizás desesperada conversión de madre e hijo. Doña Milagros había seguido día a día, hasta que una ambulancia fue a sacarla de

su casa, en su cierra del piso de la calle Cielo, y don Alonso, el retorcido párroco de la prioral, se había retirado a un seminario de Almería, en el que ya recogían también a sacerdotes ancianos, y había entrado en un delirante proceso de beatificación prematura que, según él, tenía que ejecutar el penúltimo, y ya entonces difunto, Papa de Roma. Toni había comprado un viejo taller mecánico que lindaba con el almacén, había hecho obras, había ampliado, reformado y modernizado el local, el viejo Almacén de Ultramarinos Manuel Gurrea —solo que ahora ese letrero estaba escrito en letras muy pequeñas, como un discreto homenaje a su abuelo y a su madre, en una plancha de metacrilato muy bien diseñada, con un nombre nuevo, moderno, antiguo, divertido, sexy, El Capazo, escrito en letras de mucho mayor tamaño y caligrafía nueva y original, sobre el letrero de toda la vida—, y, a partir de ahí, había diversificado sus negocios, todos relacionados con la alimentación, y se había convertido en un vistoso y próspero comerciante, muy bien casado a pesar del ya casi olvidado Eulogio Ríos, perfectamente integrado en la más o menos buena sociedad de La Algaida.

Aquella tarde de invierno, cuando fui a visitarles, en aquel piso nuevo, en el salón con vistas a la desembocadura y a la curva del coto opuesta a la de Malandar, bajo un cielo brillante y un helador viento del norte, Elena iba y venía, traía el café, las pastas, unos sándwiches salados y minúsculos, exquisitos, un té para ella, una jarra de agua y vasos de una cristalería buena, su mirada traviesa, coqueta, su sonrisa fresca e invariable, porque seguramente era, a pesar de todo, la mujer más feliz del mundo.

—Vamos una tarde a Malandar —propuse.

—No sé si ya merece la pena —dijo entonces Toni—. Están cercando las dunas.

—Claro que merece la pena —dije—. Hace mucho que no vamos.

—No será a pesar de que tú hayas puesto, todos estos años, muchísimo empeño —me reprochó suavemente Toni. Yo decidí tomármelo con deportividad. Además, él tenía razón.

—¿De verdad las están cercando?

—Las habrán cercado ya del todo, supongo. Con tablones. Y alambradas en algunas zonas. No creo que viéramos mucho si nos acercamos por la otra

banda.

—Vamos entonces a la playa. Los tres juntos. Un día de estos, antes de que me vaya.

Elena dijo que le haría ilusión, muchísima ilusión.

Yo dejé que Toni lo aceptara. Con Elena de mi parte, solo era cuestión de tiempo. Poco tiempo. Volví a dejar que mi vista resbalase al otro lado del ventanal del salón, mi mirada igual que un camaleón receloso, como si también toda mi piel fuera a cambiar de color si mi vista se demoraba en el verde apaciguado del coto, en las aguas confusas de la desembocadura, en el arenal de la otra banda enturbiado por el viento del norte, en el cielo brillante, en la adivinación sentimental de Malandar, a la izquierda de donde estábamos, invisible desde allí. De pronto me di cuenta, vi, noté encerrado en el salón, que el viento giraba, que pasaba a poniente corto y, enseguida, a sur, un viento pegajoso.

—Está bien —dijo Toni—. Yo podría el jueves por la tarde.

—Perfecto.

—Yo el jueves he quedado a merendar con Lourdes Valdés —dijo Elena, nada contrariada—. No importa, chicos, la llamo y quedo con ella otra tarde.

El jueves, a primera hora de la tarde, pasé por su casa y fuimos en el coche de Toni a la playa de El Espadero. Persistía, ya durante tres días seguidos, el viento del sur que emborronaba el cielo con nubes grises y densas. La humedad hacía que todo lo que alcanzaba la vista pareciera más pesado, encallado, plomizo. Elena tomó la iniciativa y decidió sentarse en la arena entre Toni y yo, como tantas veces. Ni Toni ni yo nos habíamos llevado los prismáticos. Elena, previsora, se había abrigado con una gabardina forrada, pero así y todo se quejó:

—Hace frío —dijo.

—Humedad —la corrigió, en un tono cariñoso, Toni—. Mucha.

—Malandar apenas se distingue —dije, y eso que hacía años que me había operado la miopía y veía de lejos con mucha precisión.

—Se pueden ver los tablones del cercado —dijo Toni.

Pese a saber que se lo estaba inventando, le pregunté:

—¿Sigue aquel cartel que lo prohibía todo?

—Seguro.

Luego, nos quedamos los tres en silencio. Elena tenía los brazos cruzados, se había quedado un poco encogida intentando defenderse del frío, de la humedad, quizás de otros tiempos.

—¿Estás ahora con alguien? —preguntó de pronto Toni, y no acerté a distinguir si lo hacía porque se sentía incómodo con el silencio, por cotillear un poco, por reprocharme algo otra vez, por querer espantar la inseguridad acerca de lo que yo pudiera responder.

—Bueno. Algo hay. Nada serio.

—¿Chico o chica? —preguntó Elena con mucha naturalidad.

—Chico.

—Qué bien —dijo ella, y tampoco acerté a distinguir si lo dijo porque se alegraba por mí. O porque un chico hacía que sintiera protegida su relación conmigo, a pesar de todo. Como si un chico, gracias a ella, fuera menos peligroso que una chica para la relación de nosotros tres.

—¿Lleváis mucho tiempo? —Toni daba la impresión de pronto de estar de verdad molesto, tal vez enfadado.

—Desde que volví de Filipinas —dije, y no me di cuenta de que era una respuesta absurda por imprecisa, Toni no tenía por qué recordar, ni siquiera gracias a las postales, cuándo había hecho yo aquel viaje.

—¿Tiene el chico algo que ver con Filipinas? —Toni se había puesto de mal humor, sí.

—No, no. Perdona. Casi dos años. Llevamos casi dos años.

—Bastante —dijo Toni, como si yo estuviera ya cometiendo una falta grave.

La verdad es que yo mismo me sorprendí por haber utilizado como referencia del tiempo que llevaba con Luis mi viaje a Filipinas. Pero enseguida supe por qué lo había hecho. No lo había pensado, no había sido premeditado, pero sabía por qué lo había hecho. Entonces decidí contarles lo que me había pasado durante aquel viaje.

En un bar de travestis delicadísimos de Makati City, un altivo barrio de negocios de Manila con algunas sorpresas para divertirse, conocí a Kevin. Alto, fuerte, risueño, encantador. No se travestía, solo estaba al acecho. Hijo

de norteamericano que estuvo alguna vez por allí de paso y filipina melancólica. Muy atractivo aquel contraste entre aquella excelente colección de músculos y aquel rostro añorado, entre californiano y asiático. Entre aquellos modales casi siempre desenfadados y, a veces, suavemente ceremoniosos. Aquella expresión entre fanfarrona y atenta. La primera noche fuimos en el coche que alguien le dejaba a un motel de citas que, al parecer, se esmeraba en proteger, desde el acceso de los vehículos al garaje, la identidad de sus clientes, pero Kevin me obligó a agacharme en el asiento para que nadie pudiera ver con quién entraba. A partir de esa noche, ya iba a mi hotel. Una noche se presentó con su chica. Imelda. O su socia, nunca me lo aclararon del todo. Se me antojó un poco pretencioso que se llamara Imelda. Espigada, muy bella, muy tranquila, muy dulce. Vestía bien. Ambos se dedicaban a entretener a clientes, preferentemente hombres o mujeres de negocios, juntos o por separado. Pero querían salir de Filipinas. A Estados Unidos, a Europa. A España, por qué no. Apenas me resistí. Resultaron ser cuidadosos, ágiles, con reflejos, muy habilidosos, muy coordinados. Kevin, a solas conmigo, era brusco en ocasiones, cuando adivinaba que había llegado el momento de serlo. Si estábamos con Imelda, también. Brusco conmigo, quiero decir, nunca con la chica. Entonces me acordaba de Parrúa, el chico al que por primera vez le marqué un penalti. Luego, nos quedábamos los tres acurrucados, relajados, aplacados. Horas así. En ocasiones, la noche entera. Yo dormía bien, confiado. Pero poco. Dormía pocas horas. Desvelado, comprobaba cada diez, cada quince, cada veinte minutos si era verdad lo a gusto que estaba. Mucho. Una punzada de emoción calmada, divertida, en algún momento. Alguna vez, si Kevin me acariciaba, quizás dormido, pasando el brazo sobre Imelda, o si yo lo acariciaba a él, me acordaba de Toni. Alguna vez, si me acariciaba Imelda, si yo la acariciaba, me acordaba de Elena. Aquella cama de aquel hotel. Un hogar de paso. La chica, entre Kevin y yo. Me acordaba de Toni y Elena, los tres juntos. En La Victoria, en los pinares, en El Espadero, junto a la alberca vacía de Vera del Mar. Nunca así. Cogidos de la mano. Inolvidable. A mi regreso a España, empecé a recibir cartas suplicantes de Kevin, quería que le sacara de allí, quería estar conmigo, vivir conmigo. Sin Imelda. Yo no estaba seguro de querer traerme a

Kevin. A Kevin solo. A Kevin con Imelda. No quería. No quise.

La humedad había crecido y se había concentrado tanto que llegué a temer que no hubiera conseguido hablar en voz alta, que Elena y Toni no me hubiesen escuchado.

—¿Estás húmedo? —me preguntó Toni, desabrido.

Me reí.

—Toni, aquí todo está húmedo en cien kilómetros a la redonda.

—Quiero decir si te has puesto cachondo y si hacía falta que nos lo contaras.

—Claro que sí —reaccionó Elena, y me dio un beso en la mejilla—. Qué bien. Qué vida más interesante, qué vida más loca. No como la nuestra, cariño.

Toni se levantó. Se sacudió sin miramientos, en nuestras narices, la arena húmeda de los pantalones. Se sacudió las manos.

—Venga, hay que irse. Demasiada humedad.

Yo entonces dije que prefería volver a casa, a casa de mi madre, caminando, me vendría bien hacer un poco de ejercicio. Despejarme. La atmósfera suspendida y estancada del avión, el paso nervioso de los trenes. Dejé que subieran al coche. Elena me besó con muchos arrumacos. Toni me estrechó la mano. Eché a andar camino de casa, de alguna casa, antes de que el coche arrancara. Me adelantaron enseguida. Ninguno de los dos sacó el brazo por la ventanilla para despedirse otra vez. Me pareció que iban discutiendo.

La humedad era ya como una atadura de goma. Me costaba respirar. Como si yo fuese el que estaba cercado.

Cítricos Morató

Poco después de romper con Luis Maduro, estuve unos meses con un hombre, Fernando Fernández, por el que llegué a extremos a los que jamás pensé que llegaría. Por él me hice la permanente, qué más se puede decir.

—Relaciones públicas —me dijo, cuando yo me interesé por su trabajo.

Perfecto. Yo solo estaba intentando entretenerme un poco.

Luis y yo lo habíamos dejado en primavera —supongo que él me dejó a mí— y la ruptura fue tranquila y estuvo llena de buen humor. Pocos meses antes de dejarlo, él me había convencido para mudarse a mi piso de alquiler y alquilar, a su vez, el piso que le habían dejado sus padres. Se trajo, como es natural, sus objetos personales, sus fotografías personales, las fotos de todos sus exámenes, casi tan numerosos como los míos. Me convenció para colgar todas aquellas fotos en la habitación que uno de los dos usaría cuando nos peleásemos, me dijo. Son nuestra verdadera familia, se justificó, nuestros amigos son, al final, nuestra auténtica familia. Aquello era una estafalaria galería con los retratos de sus antepasados. Pretendía que yo también los considerase mis antepasados. Una familia elegida, aumentada y consolidada con el paso de los años, insistía. Por lo visto, todos sus amigos habían sido, en algún momento, amantes suyos. Los auténticos antepasados de Luis, mis auténticos antepasados políticos, allí, en decenas de fotografías de diferente formato, de diferente calidad. Bastante inaguantables casi todos. Aquellos parientes digo, no las fotos. Cualquiera de ellos podía presentarse en casa sin avisar. Podía quedarse a comer y a dormir sin avisar. Desastroso. Una familia

sofocante. Mejor lo dejamos, ¿no?, me dijo un día Luis, después de una bronca que acabó desganada. Ningún drama. Volvió a la casa que le habían dejado sus padres. No había logrado alquilarla, pedía un dineral, por menos no merece la pena, argumentaba. Volvió a su casa y colgó todas sus fotos familiares, colgó a todos sus antepasados, yo incluido, en la habitación de huéspedes. Yo, en la mía, tuve que pintar aquella especie de panteón sentimental ajeno que se había quedado con las paredes llenas de pequeñas alcayatas desnudas. Fue como desinfectarla. Un entretenimiento más cómico que otra cosa. Al cabo de unos días, llamé a Toni. Le pregunté cómo se encontraban. Se encontraban perfectamente, lo dijo como si él mismo fuera su médico de cabecera. Le conté que lo había dejado con Luis y él me dijo que eso era cosa mía. Le pasó el móvil a Elena. También a ella le conté lo de la ruptura. Ella dijo: «¡Qué bien!». Nos reímos. En ese momento decidí no contarles, nunca, nada del hombre por el que una vez me hice la permanente.

—¿En tu casa o en la mía? —bromeábamos muchas veces, después de cenar y de tomar una copa en cualquier sitio. Cualquier sitio de moda, por supuesto.

Lo preguntaba cualquiera de los dos, y el otro siempre contestaba:

—En la mía, por favor.

A veces, Fernando me decía, sin necesidad de que yo le preguntase nada:

—Hoy no va a poder ser, mi amor. Tengo jaqueca. Perdón, tengo trabajo.

Siempre le reía aquella broma penosa. Era hermoso y rubio como la cerveza —yo, a veces, solo en casa, canturreaba coplas—, no muy alto, con un poco de sobrepeso, con un perfil bárbaro, con un cabello envidiable, con una boca sensacional. Estaba bien aquello de alternar dos hogares. El suyo era un desorden permanente. «Desorden permanente», me parecía un título estupendo si alguna vez se me ocurría emprender la penosa tarea de escribir mi autobiografía. La broma de la jaqueca la hacía, sobre todo, después de recibir la llamada de alguien mientras estábamos cenando fuera. Ocurría con cierta frecuencia, un par de noches al mes, quizás. Llegó a ser tan previsible que, era sonar su teléfono en el poste, y yo a veces me adelantaba:

—Hoy voy a tener jaqueca, mi amor.

Nos reíamos. Ninguna mención al trabajo. Aquellas noches, su teléfono

siempre sonaba en el postre, muy pocas veces en el café. Cualquiera que fuese quien llamaba debía de cenar a la misma hora que nosotros. Llegué a pensar que lo tenían sincronizado. Me moría de ganas de preguntarle. Muchas veces, él adivinaba que me moría de curiosidad y decía:

—Relaciones públicas, mi amor.

Era ridículo sentir celos. Yo nunca había sido celoso. De Elena, quizás. De Toni, en todo caso. Pero Fernando y yo estábamos ya en mitad de los cuarenta, los dos teníamos ya mucha guerra en el cuerpo. En una ocasión, se me debió de notar más de la cuenta que estaba celoso, aunque fuera ridículo que lo estuviese, y él se levantó, se colocó a mi espalda, se inclinó sobre mi cuello, me dio un beso junto a la oreja, encantado de que estuviéramos en un restaurante de moda, lleno de gente conocida, y me susurró al oído:

—No deberías permitirte enamorarte de mí, Miguel Durán.

Yo le tiré de la corbata, le obligué a inclinarse un poco más, le dije al oído:

—Fernando Fernández, vete a hacer gárgaras —consideré que era una expresión aceptable en aquel restaurante tan fino.

Fernando Fernández. En fin. Una más que dudosa genialidad de sus padres. De acuerdo, en realidad era Fernando Fernández-Pita. Una vez, al principio, mientras él se duchaba, le curioseé en la cartera para comprobar su carné de identidad y era cierto. Fernando Fernández-Pita Reinosa existía. Era él. Pero si yo quería arremolinarle un poco los chícharos, como decía Antonia, le llamaba por su nombre seguido de su apellido convenientemente mutilado. Fernando Fernández. Si no estaba de humor, me decía:

—Imbécil.

Aquella noche estaba de buen humor. Siempre se ponía de buen humor cuando recibía aquellas llamadas. Siempre empezaba él enseguida a llamar a otros. Seis, diez, a veces hasta doce llamadas. Hay que completar el equipo, cariño, decía. Llamaba delante de mí, con mucha naturalidad:

—Hola, Sergio, ¿puedes hoy? Donde siempre, a la misma hora, sí.

Si le respondían que aquella noche no podía ser —era sencillo adivinarlo —, él no se agobiaba, otra vez será, les decía, pero sigo contando contigo, ¿eh? Siempre llamaba a hombres. Yo quizás conociera a alguno, pensaba. Un

modelo cuarentón, guapetón, muy bien conservado, especializado ya en publicidad, muy conocido, al que Fernando y yo nos encontrábamos con frecuencia en estrenos, exposiciones, presentaciones, jolgorios varios, se llamaba Sergio. Cuando alguno respondía un poco despistado, supongo, le aclaraba las cosas pronunciando un nombre misterioso, casi siempre infalible, tal vez una clave, Cítricos Morató, ya sabes. A veces me sonaba grotesco. A veces, inquietante. Cítricos Morató. Un día, a pesar de que me había prometido no hacerlo, lo hice, se lo pregunté.

—¿Cítricos Morató? ¿Qué es eso? ¿El nombre de una frutería especializada en cítricos, el nombre de una empresa distribuidora de naranjas, limones y cosas así?

Él se rio. Me besó como si estuviéramos en un restaurante de moda, lleno de caras muy conocidas. Me dijo:

—Un día te llevaré. No te lo vas a creer.

Solía llevarme a los estrenos, a las exposiciones, a las presentaciones, salvo que a él le hubieran contratado para organizar el acto, para responsabilizarse de contratar y coordinar el equipo de puerta y de recepción de invitados, para seleccionar a los chicos y chicas de relaciones públicas, para controlar el *photocall*. Le ponía nervioso que le viera trabajar. Le gustaba que le acompañase si solo era para que nos vieses juntos, y eso que él era el conocido de la pareja, el elegante de la pareja, el divertido de la pareja, el más guapo de la pareja, incluso. De los dos, el que primero se hizo la permanente. Le sentaba bien. La permanente le sentaba bárbaro. La verdad es que yo no esperaba que alguna vez me llevase con él para descubrir el enigma de Cítricos Morató. Tampoco imaginé que alguna vez aceptara hacerme la permanente. Lo hice. Le acompañé a la peluquería una tarde que no tenía nada mejor que hacer y, mientras le atendían, se le ocurrió desafiarme, que no me atrevía, venga, hazte la permanente. Su peluquero, entusiasmado. Venga, vale, me la hago. No me sentaba mal, pero ahora pienso que aquella permanente, que fue la jocosa sensación entre amigos y conocidos y compañeros de trabajo durante el tiempo que me aguantó, es el origen químico de mi actual devastación capilar. Claro que a lo mejor mi actual devastación capilar es el efecto psicossomático de aquella noche en que

conocí a Cítricos Morató. Por sus dedos en mi permanente.

—Hoy te vienes —me sorprendió, después de que Cítricos Morató llamase y él hiciera enseguida más de doce llamadas—. ¿Quieres? No debe haber secretos entre nosotros —se había puesto un poco campanudo para decirlo, y se rio—. La verdad es que no es para tanto. Bueno, puede que sí.

Me lo advirtió. Simulaba moverme, hablar, reírme con mucha desenvoltura, pero me lo advirtió. Que a lo mejor empezaba yo a tartamudear. Subimos al coche. Tengo que contártelo antes de que lleguemos, y contrólate, no tartamudees. Conocía aquella risita nerviosa. Con un gesto condescendiente le invité, burlón, a que empezase a hablar de una vez. Intentó relajar tanto misterio:

—Venga, ya te digo, no es para tanto. Vamos al Hilton, bueno, al Intercontinental, ahora se llama Hotel Intercontinental, ¿sabes cuál es?

Claro que lo sabía. En el Paseo de la Castellana. El hotel en el que Ava Gardner, aquella irrefrenable señora, puso a media España literalmente patas arriba en los años sesenta.

—Cítricos Morató se llama Anna, con dos enes. Anna Morató Ruiz.

—Ya.

—Es la propietaria de Cítricos Morató y de un millón de empresas más, a ella sí que le tocó un padre de los que merecen la pena —bromeó Fernando, penoso—. Se aloja en el hotel cuando viene a Madrid, dos veces al mes. Nunca avisa con antelación, simplemente llama cuando está aquí y a punto de terminar de cenar. Ya te has dado cuenta.

—Ya.

—Le hago las relaciones públicas, perdón, las relaciones públicas —otro chiste penoso—, en el fondo es eso.

—Ya.

—Hoy te he pedido que vengas porque me ha fallado a última hora uno de los chicos.

No empecé a tartamudear, no enseguida, porque se me quedó la lengua enroscada en alguna parte y no sabía cómo desenroscarla. Además, Fernando soltó un momento las manos del volante para juntarlas en actitud suplicante; por favor, que le dejase terminar de hablar.

—Vienen otros tres chicos, bueno, chicos ya no tan jóvenes. A Sergio lo conoces.

—Ya.

—Naturalidad —me rogó—. Mucha naturalidad, Miguel Durán.

El bar del hotel parecía el de siempre. La Ronda. La escalera, ancha y dramática, que volaba sobre el bar como una gran capa imperial hasta el *mezzanine*, parecía la misma. Cuando llegamos, dos de los chicos ya no tan jóvenes, ocupaban una mesa. La mesa aún tenía el cartelito de «Reservado». Imperdonable en un hotel como este, pensé. Un camarero acudió enseguida para retirarlo. Uno de los chicos ya no tan jóvenes quizás fuera un actor que alguna vez, adolescente, tuvo cierto éxito. El otro tenía pinta de futbolista de tercera regional, un poco más joven, más apetitoso, en mi opinión. Ambos, enchaquetados, encorbatados. Yo también iba enchaquetado, encorbatado, habíamos cenado en un restaurante parecido al salón de audiencias del palacio de la Zarzuela. Al futbolista no le cabían los muslos en el pantalón. Espectacular. Cuando llegó Sergio, se sorprendió.

—Miguel, caramba, ¿qué haces aquí?

—Gorka me ha llamado a última hora, le ha pasado algo a su madre —dijo Fernando, en un tono como de reunión de alto nivel.

—Tranquilo, cariño —me dijo Sergio, y se sentó a mi lado—. No hay peligro de que te pase nada. Creo.

Los otros dos se rieron, parecían aliviados. También Fernando se rio, también parecía aliviado. Yo era el mayor de todos, sin duda, cabía pensar que era demasiado mayor. Fernando miró su reloj. Miró el reloj del bar.

—Está a punto de llegar.

Cítricos Morató era una señora no muy alta, no muy guapa, no muy delgada, maravillosamente vestida, maravillosamente maquillada, maravillosamente peinada. Entre los cuarenta y los cincuenta, seguramente más cerca de los cincuenta, aunque parecía lo contrario. No cogió ninguno de los ascensores del lobby del hotel. Empezó a subir despacio, con mucha clase, la escalera. En un momento dado, echó un vistazo, calmado y firme, a nuestro grupo. Luego, ya con la cabeza levantada y la vista al frente, empezó a subir más deprisa. En el *mezzanine* llamó a los ascensores. Fernando se

levantó sin mirar.

—Vuelvo en cinco minutos —dijo, y se fue a llamar a los ascensores del lobby. Un botones hizo el trabajo duro por él, apretó el botón de subida.

—No pongas esa cara, ahora pareces un representante de lencería de provincias —me dijo Sergio; me acordé del tipo que una vez me había sacado una foto en calzoncillos para su catálogo de ropa interior para caballeros—. Siempre es igual. Ahora, en la habitación, Cítricos Morató le dice a Fernando cuál de nosotros tres quiere que pase la noche con ella. Todo muy discreto, aunque estoy seguro de que todo el personal del hotel lo sabe. A mí ya casi nunca me elige, me tiene muy visto. Pero está bien. A veces, cuando me ve, protesta. A los no elegidos, nos da en mano ciento cincuenta euros. El elegido se llevará mil quinientos. De verdad, no pongas esa cara, nadie diría ahora que eres un hombre de mundo. Nunca he conseguido que Fernando me diga cuánto le paga a él. Supongo que un *fee* mensual.

Un *fee* mensual, un precio fijo al mes que una empresa paga a una compañía o a un profesional de la comunicación o de relaciones públicas para que esté a su disposición. Cítricos Morató le pagaba un *fee* mensual a Fernando por sus labores de tercería. Ingresos fijos para un *freelance*. Conviene cuidar mucho a un cliente así. Entonces recordé que Fernando, cuando Cítricos Morató llamaba, se guardaba la factura de la cena, por lo general las desdeñaba. Seguro que Cítricos Morató nos invitaba siempre a cenar esas noches. A mí, en la Asociación, y no digamos en la revista gay, o en la revista americana *Hermanos*, nunca me pagaban los gastos, salvo cuando viajaba por encargo de ellos. Acumular y ordenar las facturas para pasarlas a contabilidad era siempre una mortificación.

Fernando volvió con cara del Prendimiento. Se sentó. Sacó tres sobres elegantes, de buen papel, discretos, y entregó uno a Sergio, otro al actor, otro al futbolista de tercera regional. No tuve apenas tiempo de reparar en la cara de estupor que se les quedaba, porque Fernando enseguida me miró y me dijo:

—Quiere que subas tú.

Me negué a tartamudear.

—¿Qué dices?

—Quiere que suba el del traje príncipe de Gales y la corbata burdeos. Ese eres tú.

Me puse a mirar a un lado y a otro, a las otras mesas del bar, al lobby, a ver si había algún caballero joven pero no tanto, con un traje príncipe de Gales y una corbata burdeos. Me pareció una reacción divertida. Sergio empezó a aguantar la risa, pero era una risa con mala retranca. Me dio tanto coraje que me levanté, le puse la mano a Fernando en el hombro, le pregunté:

—¿Habitación?

Respondió Sergio por él:

—La tres catorce. Siempre la misma.

La habitación tres catorce. Tercera planta, claro. Me acordé de Pirko, la chica finlandesa. Me acordé de Imelda, la chica filipina. Me acordé de Elena. En el pasillo de la tercera planta me crucé con un botones muy almidonado y enguantado que llevaba un carrito del servicio de habitaciones. Tranquilo. Ánimo. Saldrá bien. Cítricos Morató necesitaba compañía, necesitaba hablar, necesitaba delicadeza, necesitaba tacto, necesitaba que yo pusiera un poquito de atención en lo que hacía, que no me atolondrase, que no me dispersara. Algo quería decir, pensé, que me hubiese elegido a mí. Criatura.

Tardó cinco segundos en abrirme la puerta.

Cítricos Morató me recibió con un whisky con soda en la mano, maravillosamente vestida, maravillosamente maquillada, maravillosamente peinada, un peinado muy juvenil, muy moderno. Solo estaba encendida la lámpara de una de las mesillas de noche. Me indicó que me sentara frente a ella, en butacas gemelas, junto al balcón que daba al Paseo de la Castellana. Debía de tenerlo estudiadísimo, con aquella luz de la calle y la de la mesilla de noche, a su espalda, cualquiera diría que aún no había cumplido los cuarenta. Me preguntó mi nombre. Miguel, dije. Anna, dijo ella. Hablamos del tiempo maravilloso que hacía en Madrid aquel otoño, todos los otoños. Estaba cansada, demasiadas reuniones de trabajo, necesitaba relajarse. Hablamos de cine, de teatro, de un libro que acababa de leer y que yo no había leído, pero le dije que sí, que era estupendo, bárbaro. Todo muy apacible, muy suave, muy fácil. Se levantó y fue a sentarse en el borde de la cama. Me alargó la mano para que fuera a sentarme junto a ella. Se quitó los

zapatos. Le ayudé a quitarse la chaqueta, la blusa. Me ayudó a quitarme la chaqueta, la corbata burdeos, la camisa. Ella adoraba las corbatas burdeos con un traje príncipe de Gales. Yo adoraba un traje príncipe de Gales con una corbata burdeos. Ella sabía recostarse en la cama como si alguien la estuviera protegiendo.

En la penumbra, mientras la acariciaba, ya había cumplido los cincuenta. Pero se cuidaba. Mucho. Era evidente que se cuidaba mucho. Le dejé que me guiara. Sabía guiarme, como si me estuviera enseñando a flotar en el agua. Un mar tibio y meciéndose, un perfume, un colchón flotador que se extendía o encogía con cada giro del cuerpo, de los cuerpos, de las piernas. Me gustaba que hundiera sus dedos largos, finos, elegantes en mi pelo, mi permanente. Los dedos, las uñas maravillosamente pintadas, aquel cosquilleo. Le gustaba que le acariciara los hombros, los brazos. Le gustaba acariciarme la cintura, las nalgas. Le gustaba que doblara las piernas para acariciarme los muslos. Te cuidas, me dijo. Le gustaba acariciarme las manos, que le rodeara con las manos los senos, el cuello, la cara. Algo se había hecho en el cuello. Tranquilo, me dije, no seas mariquita, no te distraigas, no te disperses. Besaba bien, mordisqueaba bien, susurraba bien. Respiraba bien. Medía bien las pausas. Le gustaba sonreír mientras me besaba el pecho. Llevó su mano, con una cautela perfecta, a donde tenía que llevarla. Ánimo, me dije. Me llevó la mano, sin ansiedad ninguna, a donde tenía que llevármela. Tuve la mala ocurrencia de bromear:

—¿Esto es el ombligo?

Le hizo gracia. Una risa amortiguada, lenta, extendida poco a poco desde mis clavículas hasta mi ombligo. No ha sido tan mala ocurrencia, me dije. Fue bien. Abrazaba bien. Se corría bien. Nunca me hubiese imaginado que algo como aquello podría salir tan bien.

Por la mañana, llegué a mi casa muy temprano, Cítricos Morató tuvo que madrugar porque tenía un avión a las ocho. Fernando no estaba en casa, claro. Le llamé. Simuló que estaba profundamente dormido y le había despertado sin ninguna necesidad. No era verdad. Nada lo era. No era verdad que hubiera dormido profundamente, que le hubiese despertado, que no tuviera ninguna necesidad de que le despertarse. Se espabiló del todo para

preguntarme:

—¿Te ha pagado?

—Por supuesto —le dije, le mentí—. Elige un restaurante con muchas estrellas Michelin, te invito a cenar.

—Sí. Pero pago yo. Y nunca más, ¿eh?

Era el momento de decirlo; con buen humor, por supuesto:

—¿Quién era el que tenía que evitar enamorarse del otro?

—Imbécil.

Nos reímos. Era el momento de preguntarlo. Naturalidad, mucha naturalidad.

—¿A ti cuánto te paga?

—Tres mil euros todos los meses —se esforzaba por aparentar profesionalidad, mucha profesionalidad—. Me hace una transferencia el día 2 de cada mes.

Cítricos Morató se gastaba un dineral. En compañía, en conversación, en delicadeza. En recostarse en la cama como si alguien la estuviera protegiendo. Y en que, al final, todo saliera bien, claro.

Bodyshopping

El gurú era grande, muy grande, enorme. Perfectamente holandés. Rubiasco, seriate, precavido, puntual, tiquismiquis. Cuarentón. Fui en el coche oficial de la Asociación, con el chófer oficial de la Asociación, a recoger al gurú al hotel Villa Magna. El gurú había sido contratado, a precio de estrella del rock, para inaugurar el evento con una conferencia magistral y presidir la clausura, en la que debería tener una intervención de no más de diez minutos sobre Zonas de oportunidades de negocio de la Consultoría en Europa, en compañía del secretario de Estado de Tecnología del Ministerio de Industria. El presidente no ejecutivo de la Asociación y el secretario general de la Asociación, Ernesto Méndez, recibirían al gurú en la sala de recepción de personalidades del Gran Casino de Madrid, donde se celebraba el evento. Alquilar tres días dos salas —una para conferencias y otra para comedor, con el correspondiente servicio completo de cáterin— en el Gran Casino de la calle Alcalá costaba más o menos lo mismo que alquilar el Estadio Santiago Bernabéu para un concierto de una enorme estrella del rock. De hecho, Ernesto Méndez y yo bromeamos sobre la posibilidad de contratar el Estadio Bernabéu para el evento, e incluir como amenidad, en lugar de la actuación de un prestigioso cuarteto de cuerda o un humorista con buen gusto, una visita de los inscritos y sus señoras, y naturalmente el equipo organizador, a los vestuarios mientras la plantilla madridista se duchaba. El director de la empresa organizadora de eventos que contratamos, una marica muy atildada y muy dispuesta, llegó a sopesar la alternativa B, de Bernabéu. Ernesto y yo

no dábamos crédito. Ernesto Méndez, con la caritativa colaboración de las empresas miembros de una de las comisiones que se habían ido constituyendo en el seno de la Asociación, que echaron el resto, consiguió el patrocinio en exclusividad de una gran operadora de telefonía extranjera que se estaba promocionando en España. La operadora de telefonía aprobó el presupuesto sin rechistar. Yo creo que incluso habría aprobado lo del Estadio Bernabéu. Eran los años de la opulencia, previos a la precrisis, la crisis y la debacle. Eran los años en los que la palabra «evento» empezaba a aparecer por todas partes. El precio de la inscripción en el evento, incluido el programa especial para acompañantes, era ruinoso. El evento sobre Consultoría de calidad para una economía globalizada se celebró en la primera quincena de marzo de 2004, con una nutrida participación nacional e internacional y con conferenciantes y ponentes de primerísimo nivel nacional e internacional, más un importantísimo cuadro de participantes en mesas redondas, todos del mismo nivel nacional e internacional, según la fenomenal nota de prensa que le preparé a Ernesto Méndez. Todos los medios invitados a mesa y mantel —un redactor y un fotógrafo por cada medio— publicaron la nota de prensa tal cual, y una foto del gurú entre el presidente no ejecutivo de la Asociación y Ernesto Méndez.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó Ernesto durante el opulento desayuno de recepción del evento.

—¿Qué? ¿Quién?

—El gurú.

—No está mal. Demasiado grande, quizás. Demasiado corpulento, quiero decir.

La lección inaugural del corpulento gurú sobre Consultoría, Calidad y Evaluación de Oportunidades en una Economía Globalizada fue muy elogiada por todos los asistentes, nacionales e internacionales. El gurú solo volvió a aparecer por el Gran Casino, ceremonia de clausura aparte, para los almuerzos del primer y el segundo día del evento, porque las cenas eran libres y a cargo de los inscritos y sus acompañantes —encima— y el tercer día, viernes, tras la clausura, no dimos más que un opulento aperitivo que fue un fracaso porque casi todos los inscritos y sus acompañantes, nacionales e

internacionales, salieron como cohetes para las estaciones de tren y para el aeropuerto.

El segundo día, jueves, el evento salió bárbaro, pero Ernesto Méndez y yo estábamos ya de Consultoría, Calidad, Economía Globalizada, Evaluación de Oportunidades de Negocio y, en definitiva, evento, hasta el mismísimo albérchigo. Y agotados. Había que despejarse. Así que, después de ducharnos y cambiarnos cada uno en su casa, quedamos para cenar, tarde, muy tarde, sin duda demasiado tarde en un restaurante en Chueca, horroroso, que estaba de moda y cerraba tardísimo. Salimos de allí pasada la una de la madrugada y decidimos que el tugurio perfecto para terminar de despejarnos sin miramientos y acabar, a ser posible, culminando, normalmente de pie o de rodillas o en cuclillas en el cuarto oscuro, era el Eagle, un bar *leather* recién abierto en el tramo final de la calle Pelayo. Había una larga cola esperando para entrar, pero también había ya gente que salía. Ernesto me dijo:

—Vámonos. No tengo el cuerpo para colas, de la clase que sean. Acabo de darme cuenta de que estoy a punto de morir.

—No te pongas en plan secretario general. Y deja de agonizar. Seguro que tardamos menos de diez minutos en entrar y arrasas.

Al cabo de diez minutos, habíamos avanzado exactamente metro y medio. Pero seguía saliendo gente. Algún cowboy de imitación, algún bombero de imitación, algún fontanero de imitación, algún policía de imitación, y gente más corrientita. Ernesto y yo llevábamos vaqueros y camisas de leñador de imitación.

—Coño —dijo de pronto Ernesto el Agonizante.

—¿Qué?

—¡¡¡Coño!!! —la agonía había cedido terreno y Ernesto me dio un codazo muy *bondage* en pleno michelín.

—¿Qué?!

—¡El gurú!

Efectivamente, el gurú. Salía en aquel instante del Eagle. *Total leather look*. Gorra de visera de cuero, un pendiente enorme de cuero y metal en la oreja izquierda, chaleco de cuero, pantalón de cuero, dos cadenas colgándole del cinturón de cuero, muñequeras de cuero con pinchos metálicos, botas de

cuero, un pañuelo rojo sangre asomándole del bolsillo trasero izquierdo del pantalón, o del bolsillo derecho, siempre me he hecho un lío con ese lenguaje de los pañuelos en los bolsillos traseros. El gurú, al pasar por nuestro lado, también nos vio.

—¡Miguel! —dijo, y parecía encantado.

—¡Hola! —dije yo. No iba a decirle: «¡Gurú!».

—Hola, Aart —Ernesto se sabía el nombre propio del gurú, pero había sido incapaz de aprenderse el apellido.

—Hola, Ernesto —chapurreó el gurú, y parecía divertido.

El gurú dijo, en inglés, que allí dentro no había nadie. Le entendí. Le pregunté a Ernesto que, si dentro no había nadie, qué hacía tanta gente fuera, en aquella cola enorme. Márquetin, dijo Ernesto, en español. El gurú le entendió, claro. Es decir, con la gente amontonándose fuera, haciendo cola, dijo Ernesto, todo el que pasara pensaría que entrar en el Eagle tenía que ser una experiencia que nadie se podía perder, pero los encargados iban a tener que controlar bien el márquetin para que aquello no se convirtiera en una pésima estrategia de negocio. El gurú debió de entenderlo porque dijo:

—*Sure*.

En aquel momento, los porteros del Eagle estaban dando permiso para entrar a más de la mitad de la cola. Yo le hice un gesto al gurú para que se animase a volver a entrar, con nosotros. El gurú me miró con mucha intensidad, me sonrió, me puso una manaza muy sensual en mi hombro de leñador de imitación, y dijo:

—*Sure*.

Ernesto aprovechó tanta intensidad visual, tanta sonrisa, tanta manaza sensual, tanto *sure* para decir que él se largaba a su casa a agonizar con más comodidad, que al día siguiente había que madrugar y rematar el evento.

Entramos el gurú y yo. Dentro ya había gente, pero aún debía de ser pronto para el cuarto oscuro. Entró el gurú. Entré yo. El gurú encendió un mechero de gas, supuse que de cuero. Nadie. Vacío. Nosotros dos. El gurú me puso otras cosas muy sensuales por todo el cuerpo, y a mí se me escapó un entrecortado «Aart...». Supongo que lo pronuncié fatal, porque el gurú, sin dejar ni un segundo de ponerse sensual, susurró en mi oído derecho, en un

español chapurreado, que le llamara Arnold, como Arnold Schwarzenegger, aquel hombretón de llorar, Aart era Arnold en neerlandés, y luego preguntó:

—¿Nos vamos al hotel? —y aprovechó el susurro para meterme la lengua hasta al oído interno, y entonces me di cuenta de que en la lengua se había clavado una bolita de acero.

Nos fuimos. Al Villa Magna. El Villa Magna era un hotel enorme y nuevo, muy nuevo, quizás demasiado nuevo —allí todo olía a recién puesto— y la habitación del gurú era grande, grandísima, y la cama, además de grandísima, era mullida, muy mullida, demasiado mullida. Allí nos hundimos el gurú y yo, arremolinados, y, entre tanta mullición, nos desnudamos —lo único que no se quitó el gurú fue las muñequeras de cuero con clavos metálicos y el pendiente de cuero y metal de la oreja—, y entonces descubrí que el gurú tenía argollitas en las clavículas, argollas grandotas en las tetillas y en el ombligo, un *cock ring* en la base del mandado y otra bolita de acero en la punta del capullo, otras dos en el frenillo, dos cilicios de cuero con clavos metálicos en cada muslazo, más bolitas de acero, más argollas, y hasta candados mínimos y coquetones en los tobillos. Yo pensé que el gurú parecía la sucursal holandesa de la Ferretería Demetrio de mi pueblo. Me acordé de Busti. Me acordé de la santa madre del gurú, que a lo mejor lo había traído con todo aquello a este perro mundo. Cada vez que toda aquella chatarrería, una a una o en compañía de otras, me arañaba, me pinchaba, se me hundía, se me clavaba, yo gritaba:

—¡Aart! —o algo parecido.

El gurú me rogaba, susurrante, que no gritara, que iba a despertar a todos los huéspedes de la planta, a todos los huéspedes del hotel. Pero aquello era como unas maniobras militares en un descampado de Afganistán lleno de minas. De minas de racimo. Y de verdad que yo intentaba no gritar, intentaba que no me saliera un berrido castrense, ¡Aart!, firmes, izquierda, derecha, al frente, alto, firmes otra vez, descansen, por favor, descansen, y aunque el gurú me metía en la boca todos sus dedazos llenos de anillos de cuero y metal —se me habían olvidado—, yo gritaba: ¡¡¡Aaaaaaart!!!

Al final, resultó que el gurú no era nada polivalente, él quería lo que quería. Menos mal que en su enorme despacho oval, muy perfumado, no se

había puesto cerraduras, cerrojos, candados, pestillos, *piercings*, argollas, bolitas de acero o cremalleras, solo se puso un pegotón de Kai W y todo culminó con sensual fluidez y naturalidad. Mientras culminaba, sí que se me escapó un sensual, alargado, gustoso Aaaaart...

A la mañana siguiente, llegué tardísimo y con cara de mártir, según Ernesto Méndez, al evento. Él tuvo que sustituirme como presentador, que no moderador, de las dos últimas mesas redondas. Yo alegué un cólico nefrítico nocturno. En el *break* de media mañana, Ernesto y yo renunciemos al café, los minicruasanes, los refrescos, el cava, el vino y los canapés, nos encerramos en el baño de caballeros y, en uno de los cubículos, le enseñé las marcas de la invasión. Moretones, arañazos, rasgaduras, pinchazos. Ernesto se reía mucho. Alguien golpeó con los nudillos la pared de metacrilato opaco que nos separaba del cubículo vecino. Algún inscrito. Algún cliente del Gran Casino. No sé si nos pedía que nos estuviésemos quietos y calladitos o que le permitiéramos mirar.

Durante el acto de clausura, mientras el gurú hablaba a trompicones sobre Zonas de oportunidades de negocio de la Consultoría en Europa, yo no paraba de pensar en todo lo que aquel hombre llevaba bajo el blazer azul, la camisa celeste, la corbata burdeos, el pantalón gris marengo, los calcetines a rayas con los colores de la bandera holandesa —rojo, blanco, azul—, y recordaba su despacho oval, y me daban respingos. Ernesto, sentado a mi lado, intentaba inútilmente aguantar la risa, hasta que el presidente no ejecutivo de la Asociación, que se sentaba a su otro lado, le miró con muy mala cara y Ernesto por fin lo consiguió.

Por aquellos días, Toni me llamó para decirme que por fin iban a tener un hijo. Elena y él estaban felices.

La Asociación organizó otros eventos antes y después de aquel, pero aquel fue el más memorable. Luego, llegaron sin contemplaciones la precrisis, la crisis y la debacle, y los eventos ya fueron de medio pelo y sin gurús tan entretenidos, que yo supiera.

Volver solo a casa, una noche tras otra, una mañana tras otra, era agradable. Ni Fernando ni yo habíamos superado las llamadas de Cítricos Morató, su insistencia en que yo fuera esas noches al bar del Intercontinental, su elegancia para amenazar, su transferencia mensual de tres mil euros, su manera de recostarse en la cama como si alguien la protegiera. Al cabo de los años, sigo sin saber si alternar dos hogares había sido una buena idea. Tenía su lado bueno y su lado malo. Como todo. A veces, iba a La Algaida a ver a mi madre y nunca encontraba el momento para llamar a Toni y Elena, para ir con ellos a Malandar.

Un pobre diablo. Un pobre diablo con brillantina. Con brillantina y con ricitos en el cogote. Maduro, muy maduro, demasiado maduro para un puesto como aquel. Si estaba quieto, los setenta no se los quitaba nadie. Si caminaba, aunque fuera dos pasos, nadie le quitaba los setenta y cinco. Buena planta para su edad. Buen pelo, bien cuidado. Hasta guapo a sus setenta y tantos, pese a las manchas de color tabaco en la frente. Bien vestido. Trajes buenos, camisas buenas, pasadores buenos, zapatos buenos. Las corbatas —buenísimas, clásicas— se las anudaba, angelito, de tal manera que siempre dejaba a la vista la marca. Dior, Loewe, Salvatore Ferragamo. Cántabro, pero recordaba un poco a José Luis de Vilallonga, marqués, Grande de España, escritor, actor —bueno, lo de actor es un decir, estaba todo el rato envarado, casi empalado, haciendo de brasileño, el brasileño más soso de toda la historia de Brasil, en *Desayuno con diamantes*—, el *playboy* más chic que ha dado España en toda su historia. El pobre diablo se daba un aire a Vilallonga, de acuerdo, aunque sin, fuera de la pantalla, la ironía, el desparpajo, el *savoir faire* de Vilallonga. Ni de lejos. Una pinta bárbara, dijo mi madre cuando un día le enseñé una foto del pobre diablo en un periódico. Mi madre, a pesar de los años, aún estaba bárbara, decía bárbaro o bárbara todo el rato, para ella de pronto todo era bárbaro. Un cretino con farolillos, habría dicho Antonia.

Clasista. Racista. Xenófobo. Homófobo, naturalmente. Numerario de la Obra o algo así. Facha. Ese fue el ejemplar que decidieron fichar como

director general en la Asociación, cuando la Asociación se convirtió en Federación. La Asamblea General de la Asociación había aprobado por una mayoría bárbara, con solo dos abstenciones, la fusión con una asociación muy selecta y restrictiva de empresas de servicios tecnológicos y tecnología de la información. Gran movida. Ernesto Méndez redactó un acta muy barroca y llena de subrepticio resentimiento. Nombre nuevo para la nueva Federación. Logotipo nuevo. Color corporativo nuevo. Papel nuevo. Sobres nuevos. Folleto institucional nuevo. *Merchandising* nuevo: bolígrafos, llaveros, unos catetísimos pisacorbatas. Morralla. Un puñado de relojes de postín, con el nuevo logotipo grabado discretamente en el reverso, como regalo institucional para caballeros importantes. Un puñado de pañuelos de seda, sin logotipo de la Federación, pero con el logotipo bien visible de Dior, de Loewe, de Salvatore Ferragamo, para regalar a señoras y señoritas de cierta importancia. Para el pobre diablo no había señoras o señoritas importantes. El propio pobre diablo se empeñó en encargarse personalmente de la elección de relojes y pañuelos. No se fiaba del criterio ni del gusto de Ernesto Méndez, no se fiaba del gusto ni del criterio de la secretaria de dirección. Convencidísimo de que nadie tenía mejor gusto que él, sobre todo en materia de pañuelos de lujo para señoras y señoritas. Ni mejores fotos. Un surtido variado y carísimo de fotos del nuevo director general para distribuir a la prensa. Salía muy favorecido en prensa el director general.

Frustrado. Rencoroso. Envidioso. Desconfiado. Suspica. Correvedile. Cotilla. Cizañero. Liante. Nada más aterrizar, le dijo por el pasillo a una secretaria que también acababa de entrar, seleccionada por Ernesto Méndez:

—Señorita, tendrá que vestir mejor. Esos vaqueros y esa camiseta de mercadillo no son de recibo.

La chica, dolida y encorajinada, se le encaró:

—Mire, yo no tengo dinero para permitirme un fondo de armario como el de su señora. Lo que llevo está muy limpio.

El pobre diablo no paró de martirizarla hasta que la chica, abrumada, prefirió volver al paro, del que tanto costaba ya salir, y dejó el trabajo voluntariamente al cabo de un mes.

El pobre diablo había tenido una pequeña empresa de consultoría en

materia de defensa militar que se mantuvo aceptablemente gracias a dos altos cargos del Ministerio de Defensa, correligionarios del pobre diablo en asuntos religiosos. Una de las grandes multinacionales del sector había decidido diversificar en España su oferta de servicios, alguien se fijó en aquella empresita de resultados aceptables, y la multinacional se propuso comprarla como punto de partida de una división de Consultoría para la Defensa. La compró. El pobre diablo se embolsó un bonito dinero y, además, exigió la incorporación a la multinacional como directivo en plantilla. Coló, pero a medias. En el organigrama de la multinacional tuvo que contentarse con que le integraran en el nivel profesional de gerentes. Gerente sénior, eso sí, faltaría más. Luego, como director general de la Federación, a lo largo de un trimestre, cada vez que llamaba a alguien o alguien le llamaba, siempre se encargaba de subrayar, dándose mucho pisto almidonado, como habría dicho Antonia:

—Me acaba de fichar como director general la Federación —como si le hubiera seleccionado un prestigiosísimo *head hunter* entre un montón de primeros espadas, como decían ellos.

En realidad, el pobre diablo llevaba más de cinco años envenenado y envenenando la multinacional. Su objetivo había sido escalar en un santiamén a la categoría de socio de la multinacional en España, pero todos los comités internos para promoción a socios le habían rechazado sistemáticamente. Iba por los pasillos de las oficinas de la multinacional, entraba en todos los despachos de la multinacional, se enfrentaba a los clientes con los que debía tratar, enfermo de rabia, de rencor, de bilis, de pus. Criticaba, protestaba, intrigaba, amenazaba. Se estaba marchitando —más— como gerente, se estaba eternizando como gerente sénior, se estaba estancando como la antigualla mal conservada de todos los gerentes del mundo, todos entre veinte y, como máximo, cuarenta años. Su acuerdo con la multinacional caducaba y no había llegado a socio. No podía seguir así. Por su supuesto prestigio profesional, por su autoridad familiar, por su vanidad personal, por su dignidad social. Era ambicioso sin materia prima para ser ambicioso. Era antiguo, rancio, arrogante, despectivo, faltón. No podía aparecer ante sus supuestos colegas, ante su señora, ante sus hijos, ante sus amigos, ante sus

enemigos, ante sus vecinos, ante sus conocidos, ante los dos generales de su misma secta, ante el Papa de Roma —todo lo tenía, incluido el ordenador personal, perdido de fotos del Papa de Roma—, no podía presentarse ante todos como un fracasado, como un jubilado sin honores, como un *middle class* ya sin ingresos ni ahorros para mantener su nivel de vida, su chalé en una urbanización pretenciosa en Pozuelo de Alarcón, los anteojos de su señora, los caprichos y las fanfarronadas de sus hijos, su personal de servicio. Planteó algún tipo de ultimátum a la multinacional en España. Chantaje, tal vez. Extorsión, quizás. Sabotaje. No sé. A Ernesto Méndez se lo había contado un excompañero del pobre diablo que había trabajado con él en la multinacional. Hartos de aguantar, el comité de dirección de la multinacional en España encargó a uno de los socios buscarle a aquel mamarracho engreído e incapaz, pero experto en malas artes, alguna salida. Un centro de día, una parroquia, un bingo, la cárcel. No sé. El socio se esmeró y, dado que era el representante de la multinacional en la Asociación y en la Federación, propuso a la Junta Directiva contratar un director general muy ejecutivo, para impulsar el perfil proactivo de la Federación y sus dos asociaciones federadas, para solucionar las lógicas carencias comerciales del secretario general —tan intelectual, tan original, tan majo—, y él tenía el candidato perfecto. La Junta Directiva compró la idea, compró la propuesta, contrató al pobre diablo como director general. A Ernesto Méndez le bastó una primera conversación con el nuevo director general para hacerle un retrato con purpurina, como decía Antonia cuando presumía de calar a un gachó o a una gachí a la primera. Ernesto me dijo:

—Este es un creído, un panoli, un ignorante, un inculto, un inepto y un fantasma.

El director general y el secretario general se llevaron como Isabel I y María Estuardo desde el minuto uno. El pobre diablo se llamaba Francisco San Sebastián y Ernesto Méndez jamás —ni en las reuniones de alto nivel, como decía el pobre diablo cada dos por tres, ni en las reuniones en confianza, ni en el día a día— le llamó Francisco ni Paco ni Pacote ni Paquirri, siempre le llamó San Sebastián.

Llegaba por la mañana el pobre diablo a la sede de la Federación, se

cruzaba por el pasillo con el secretario general, y el secretario general le decía, cantarín, con mucha sorna:

—Buenos días, San Sebastián —parecía el locutor de una radio local en castellano emitiendo desde Donosti para Donosti.

El pobre diablo se ponía ya de mal humor y contestaba, sin ninguna sorna:

—Buenos días, Méndez.

Lo primero que hizo el pobre diablo fue reclamar las competencias y funciones ejecutivas del secretario general. Lo planteó en su primera reunión de Junta Directiva, y la Junta se lo consintió. Ernesto Méndez ni rechistó. A partir de ese momento, Ernesto Méndez se limitó a convocar las reuniones, redactar y enviar las actas, escribir la Memoria Anual de Actividades —las funciones clásicas de un secretario general— y echarle en cara sin contemplaciones al pobre diablo sus desprecios al personal, sus malos modos con las secretarías, sus exigencias absurdas a los proveedores, su absoluta falta de tacto y sus fullerías con los representantes de los sindicatos que intentaban firmar algún convenio sectorial, sus impertinencias incluso con los miembros de la Junta y con los miembros de las distintas comisiones y con el lucero del alba. Ernesto Méndez se aprovechaba de que, en los Estatutos, el único cargo obligatorio y reconocido era el de secretario general, y el único órgano que podía destituirle era la Asamblea General, a propuesta de la Junta Directiva y por una mayoría de dos tercios.

Un día, hablando del socio de la multinacional que le había conseguido aquella salida y entrada escandalosamente bien pagada, nos dijo al secretario general y a mí:

—El gitano no es de fiar.

Ernesto y yo nos miramos sin entender.

—Servando Amaya es de raza gitana. Gitano. Servando Amaya Heredia, a ver. Y miradle la cara que tiene. Mejor no darle nunca la espalda, te clava el cuchillo cuando menos te lo esperas.

El pobre diablo era, además de racista, desagradecido, traicionero, maleducado, necio, repugnante. Otro día, en medio de una reunión de trabajo interna para exigirnos alguna iniciativa y una actitud proactiva —decía

«proactivo» o «proactiva» sin parar—, y mientras hojeaba el periódico, leyó la noticia de la elección como presidente de la Comunidad Judía en España de un expresidente no ejecutivo de la antigua Asociación. Nos leyó el titular de la noticia y dijo:

—El muy judío siempre se las ha arreglado muy bien.

Se tuvo que reír él mismo de su apestoso juego de palabras.

Se le ocurrieron un par de pamplinas proactivas para intentar justificar su escandaloso sueldo, ambas con resultados catastróficos. Se empeñó en rechazar y no pagar un estudio sobre Posicionamiento de la Consultoría en un mercado en transición, o algo así, que la Junta había encargado a una empresa, miembro de la Asociación de consultoría, especializada en ese tipo de misteriosos estudios; la empresa abandonó la Asociación, llevó a la Federación a los tribunales especializados, el pobre diablo se negó en redondo a llegar a un acuerdo extrajudicial, a pesar del consejo persistente de Ernesto para que lo hiciera, perdió el juicio, la Federación tuvo que pagar el estudio y las costas, y el pobre diablo despotricó mucho contra la empresa y contra la justicia, y no pasó nada. Filtró a un periodista, al que se camelaba con filtraciones generalmente inanes, la decisión en firme de la Federación de no firmar un convenio sectorial, que toda la negociación que se estaba llevando a cabo, y que parecía a punto de resolverse, había sido y seguía siendo, por parte de la Federación, puro paripé de la patronal. La protesta de los sindicatos fue sensacional. Organizaron una concentración de dos horas con pancartas, mucha percusión casera, gritos airados y jocosos —y con furgones llenos de policías para mantener el orden— frente a la sede de la tramposa, traidora patronal, con el consiguiente escándalo de todo el vecindario, porque la sede de la Federación estaba en un piso de un edificio muy representativo de una calle muy elegante del barrio de Salamanca. A Ernesto Méndez y a mí nos entraron ganas de bajar y hacer piña y bulla con los sindicalistas. No pasó nada. El pobre diablo se dejó de tanta proactividad y dedicó el tiempo a ponerle motes a las secretarías.

Descolgaba el teléfono, llamaba a Ernesto, le ordenaba:

—Dile a la Pelos que venga a verme.

La Pelos era como el director general llamaba a la responsable de

contabilidad, porque la chica tenía una hermosa melena morena ahuecada de rizos. Ernesto le dijo al pobre diablo:

—Yo no soy tu secretario, San Sebastián. Soy el secretario general. Y debería darte vergüenza llamar así a una trabajadora. Llámala tú, y respetuosamente.

El pobre diablo colgaba con el diablo en el cuerpo. Pero no escarmentaba. Llamaba al secretario general y le ordenaba:

—Ven a mi despacho, tenemos que ver una cosa del acta de la última Junta. Y avisa a la Tacones para que me traiga un café.

La Tacones era como el director general llamaba a la recepcionista. La chica vestía a gusto del director general, incluidos unos zapatos de tacón bastante escandalosos, la verdad, en cuanto la chica se movía de su sitio. Ernesto le dijo al director general:

—Si quieres un café, pídeselo tú. Pero que conste que no tiene ninguna obligación de llevártelo.

Seguro que el director general deseaba entonces con todas sus fuerzas que al secretario general le cayera encima, en aquel mismo momento, una lluvia de café ardiendo. Pero la recepcionista acababa siempre llevándole el café. Criatura. En cambio, parecía increíble, pero el pobre diablo insistía, un mes tras otro —las reuniones eran mensuales—, en convocar al secretario general a su despacho para ver cosas del acta. Siempre era para exigir alguna corrección. Ernesto, con mucha guasa, me dijo alguna vez que, por supuesto, no tendría inconveniente en aceptar alguna corrección menor, y desde luego, corregiría de mil amores cualquier improbable error o improbable olvido que él hubiese podido cometer. Pero San Sebastián nunca exigía correcciones menores ni reparar improbables errores o improbables despistes del secretario general, quería correcciones sustanciales que le protegieran, le permitieran escaquearse de algún *to do*, como decían ellos, impuesto por la Junta Directiva, o que le beneficiaran. Ernesto Méndez siempre se negaba en redondo, mes tras mes, a aceptarlas. Y amenazaba con poner aquellas presiones en conocimiento de la Junta Directiva en la próxima reunión. San Sebastián lograba, a duras penas, quedarse impávido mientras tenía delante a Méndez, pero una vez, después de que Ernesto saliera del despacho,

escuchamos cómo destrozaba algo al estrellarlo contra la pared. Luego, comprobamos que era un pisapapeles muy chic de cristal.

Un ambientazo. Teniendo en cuenta que, en la sede de la Federación, además de un montón de salas de reuniones, eran tres jefes, un autónomo experto en finanzas y cursos de formación subvencionados, cuatro secretarías, más servidor dos horas mañaneras al día, el ambientazo lo mascaba en el aire cualquiera que pusiera un pie en la recepción, incluidos carteros y mensajeros.

Una mañana, San Sebastián llamó a la recepcionista para que me dijera que me estaba esperando en su despacho. Adiós a mis dos horas bien pagadas, me dije. Pero no.

—Tenemos un problema con Méndez —dijo San Sebastián, sin preámbulos ni circunloquios, en cuanto me senté frente a él.

Yo parpadeé.

—¿Tenemos? Yo no tengo ningún problema con Ernesto.

—La Federación tiene un problema con Méndez.

—¿De verdad? —me esmeré para que la expresión de incredulidad fuera un clamor.

San Sebastián se impacientó:

—Bueno, yo tengo un problema con Méndez —una lumbrera, San Sebastián.

Luego, se embarcó en una grosera, ofensiva, ridícula, torpe maniobra de halagos y promesas. Yo le parecía un profesional serio, competente, responsable, discreto, sin veleidades políticas ni familiaridades con los subordinados. Un lince, San Sebastián. Había pensado en la posibilidad de incorporarme a la plantilla, con un contrato a tiempo parcial, claro, y con tres horas más de trabajo. Cinco horas diarias. Se me pagaría más, bastante más, por supuesto.

—Estaría bien —dije yo, naturalmente.

Entonces me hizo un encargo miserable.

—Antes, voy a pedirte un favor —dijo—. ¿Conoces a nuestros abogados? Has visto a alguno por aquí alguna vez. Tienen el bufete aquí al lado, en Ayala. Yo los llamaré para avisarles de que irás a verles. Vas a decirles que el

presidente de la Federación y yo mismo estamos interesados en saber cómo podríamos legalmente prescindir de Méndez. ¿Razones? Tú sabes que Méndez es comunista y gay. Lo sabías, ¿no? —ni pestañeé—. Como comunista, no puede trabajar en una patronal, siempre se pondrá del lado de los sindicatos, aunque lo disimule, que lo disimula. Y al lado de los trabajadores de esta misma empresa, en contra del director general, si hace falta. En los periódicos, siempre aparece en los líos que organizan los comunistas. Y como es gay, se pasa el día cotilleando con las secretarias, o consolándolas, o tranquilizándolas, o animándolas, o qué sé yo, eso no puede ser en una oficina como esta. Que te hagan el cálculo y nos digan cuánto nos costaría —dejé de respirar un segundo—. Lo menos posible, claro.

No sabía adónde mirar. Fijé la vista un momento en la foto de una señora rubia y grande, nórdica, alemana, suiza, algo así. La foto estaba sobre la mesa, de cara al respetable. Había otra foto de un chico y una chica veinteañeros, la chica era clavada a San Sebastián, el chico era clavado a su madre. Al otro lado, una foto del Papa de Roma.

—¿Te has quedado mudo?

Pensé rápido. Lo primero era contárselo a Ernesto.

—Piénsatelo —añadió San Sebastián, antes de que yo dijese nada—. Eso sí, dime algo antes del viernes. Y no tengo que advertirte de que esto es estrictamente confidencial.

—Claro —dije.

Imbécil. Cantamañanas. Altanero. Indocumentado. Imprudente hasta la temeridad. Debía de estar convencido de que ser comunista y gay resultaba incompatible con trabajar en cualquier parte y, sobre todo, con trabajar con él. Debía de opinar que a los comunistas y gays, mejor fusilarlos. Cretino. Ni se le pasaba por la cabeza el zurriburri que Ernesto Méndez le podía organizar. A él personalmente, y a la Federación. Y no solo en la magistratura de Trabajo. Ernesto Méndez era un escritor conocido, un hombre de izquierdas conocido, un gay conocidísimo. Era la firma estrella de una revista gay cada vez más reconocida. Colaboraba como columnista atrevido y gracioso en un periódico especializado en denuncias clamorosas. Participaba dos días por semana en una tertulia política de televisión. Tenía voz. Caía

bien. Tenía apoyos. En veinticuatro horas era capaz de montar frente a la sede de la Federación una zambomba, con mucho maricón enfurecido y provocativo, muy telegénicos ellos, que dejaría en pañales la de los sindicatos.

—Hazlo —me dijo Ernesto, un poco más nervioso de lo que pretendía aparentar, cuando se lo conté—. Vete a ver a esos dos. Así tendremos testigos, si nos hacen falta.

Lo hice. Los dos abogados, muy atildados y muy de derechas, se frotaron los ojos ante lo que acababan de oír. Me preguntaron si se habían vuelto locos en la Federación. También me preguntaron por qué San Sebastián no les había hecho la consulta personalmente. Ellos mismos se respondieron. San Sebastián no está dispuesto a rebajarse hablando con nosotros de una cosa así, dijo uno. Pretenderá protegerse, no es capaz de dar la cara, dijo el otro. También aquellos dos lo tenían calado. Vaya individuo, dijo uno de los dos. Un capullo indecente, dije yo.

Cuando volví a la oficina, le dije a San Sebastián que los abogados lo estudiarían y le llamarían ellos. Yo estaba inquieto. Semanas atrás había recibido una carta de un americano, para mí absolutamente desconocido, que me comunicaba con estricta formalidad que Moisés Ripstein, el dueño de la revista en español *Hermanos*, había muerto hacía dos meses —y yo sin enterarme, la revista muchas veces ni me llegaba—, y que su familia había decidido cerrar la publicación. *Yours sincerely*, nada más. Ni una palabra, claro, sobre si me pagarían el último reportaje que les había enviado. También el dueño de la revista gay había hecho cuentas y, pese que en todos los otros medios se hablaba ya de la revista por sus llamativas portadas, en las que salía del armario algún famoso o gente con profesiones muy poco propicias a facilitar gestos de gallardía de ese tipo —un militar, un sacerdote, un político—, decidió que tenía que recortar los sueldos del equipo de redacción y las retribuciones de los colaboradores. Me estaba planteando mudarme a un apartamento más barato que me alquilaba un amigo. Había pasado a necesitar de verdad aquellas horas, bien pagadas, en la Federación.

Ernesto no se quedó quieto. Pidió una entrevista con el presidente no ejecutivo de la Federación y le dijo a la secretaria que era urgente. Se vieron

enseguida y Ernesto no se anduvo con rodeos. Le dijo que no quería hacerle perder el tiempo y le preguntó si él había acordado con San Sebastián echarle por comunista y gay. El hombre, según Ernesto, se convirtió de pronto en doña alarmada y le juró una, dos, tres veces que no. Ernesto no salió de aquel despacho muy convencido, y eso que el presidente no ejecutivo de la Federación, CEO de una empresa de consultoría miembro, tenía como asesor muy considerado a un tipo muy inteligente y muy simpático y con una pluma que desataba un huracán en el aire de cualquier habitación en la que entraba. Pero ya se sabe: «Es maricón, pero es nuestro maricón.»

Ernesto decidió apostar fuerte. Una mañana entré en su despacho y me encontré, encima de su mesa, de cara al respetable, una foto primorosamente enmarcada del novio que él tenía entonces, un morenazo brasileño monumental y monísimo de cara, la envidia de todo el colectivo gay. Foto de medio cuerpo. Camiseta blanca muy muy ajustada. Musculatura perfecta. Sonrisa irresistible.

—Coño —dije, boquiabierto.

—¿Eso qué es? —preguntó San Sebastián, que acababa de entrar en el despacho de Ernesto.

Señalaba la foto, pero decidió tantear el terreno.

—Mi chico —dijo Ernesto, demasiado desafiante para mi gusto, habría sido preferible un poco más de naturalidad.

—Ah —titubeó San Sebastián—. No sabía que tuvieras un hijo tan desarrollado.

—No es mi hijo, San Sebastián. Es mi chico. Mi novio.

San Sebastián se esfumó. Todavía no me explico cómo lo hizo.

Durante bastantes semanas, el despacho de Ernesto estuvo visitadísimo. Las secretarías entraban con cualquier pretexto, aunque fundamentalmente para alegrarse la vista con aquel prodigio enmarcado, y siempre alababan el buen gusto de su secretario general. Advertidos por San Sebastián, sin duda con el propósito de escandalizarlos y soliviantarlos, los miembros de la Junta Directiva, el presidente no ejecutivo de la Federación, los vicepresidentes, los miembros de las distintas comisiones de trabajo, los representantes de las empresas que por cualquier motivo pasaban por la Federación, entraban en el

despacho del secretario general y todos comentaban:

—Vaya ejemplar.

—Mi novio —decía Ernesto, ya muy natural—. Seguro que tú tienes la foto de tu mujer, o de tu novia, encima de la mesa de tu despacho.

Todos sonreían con más o menos naturalidad, y todos salían del despacho medio aturrullados. Las más naturales, divertidas y hasta cariñosas eran las mujeres, y todas reconocían que, en efecto, encima de la mesa de su despacho tenían una foto de su marido, de sus hijos, de su novio, incluso —alguna, traviesa— de su amigo especial. Ninguna reconoció tener en su despacho la foto de su novia.

Un ambientazo, ya digo. Un poco de buen humor y entretenimiento entre desconsideración y desconsideración del pobre diablo, entre torpeza y torpeza del pobre diablo, entre fanfarronada y fanfarronada del pobre diablo. Entre corbata y corbata del pobre diablo. Cada uno a lo suyo, por fortuna. Yo a lo mío. Ernesto a lo suyo. Y las secretarias. Todos, menos el pobre diablo, nos esmerábamos en hacer nuestro trabajo lo mejor posible. Y respetando a rajatabla el *timing*, como decía el pobre diablo. En poco tiempo, conseguimos que los carteros y mensajeros que pasaban a la recepción no masticasen la alta tensión que reinaba en tiempos peores. El director general parecía por fin desactivado.

—Miguel —me dijo Ernesto un día, mientras tomábamos un café en un bar cercano a la sede de la Federación—, no quiero ponerte en un compromiso, pero ¿tú estarías dispuesto a declarar en un juicio sobre toda esta mierda, si hiciera falta?

—Por favor, Ernesto, la duda ofende, y más esa duda. ¿Qué te crees que soy?

—Yo sé que ahora necesitas más lo que te pagamos aquí.

—Pues sí —reconocí—. Pero si vuelves a insinuar lo que ahora estás insinuando, me largo de este antro ya mismo y no vuelvo a hablarte en la vida.

No hizo falta que me largara. Por lo visto, en una de las reuniones periódicas del director general con el presidente no ejecutivo de la Federación, el presidente se acordó de pronto de la visita de Ernesto y decidió

preguntarle al director general qué era aquello de querer despedir al secretario general por comunista y por gay. No sé qué contestaría el director general. Me imagino que le preguntaría al presidente quién se lo había dicho. El director general, a pesar de todo, no era tan lerdo como para no deducir que a Ernesto se lo había contado yo. Ni se le pasó por la cabeza comprobar si no se lo habrían contado los abogados. No sé cómo salió de la empresa del presidente sin reventar de furia divina. Sé lo que hizo en cuanto volvió a la sede de la Federación. Le ordenó a la recepcionista que me dijera que fuese inmediatamente a su despacho.

—Recoge tus cosas —me dijo—. Acabo de reunirme con el presidente y de revisar con él los presupuestos. No podemos permitirnos seguir contando con tus servicios.

Rata, cobarde, hipócrita, cínico, ruin. En una ocasión le acompañé, en pleno invierno, a una reunión en la CEOE sobre información y comunicación corporativa y, en el momento de pasar por el escáner los objetos metálicos, se sacó del bolsillo del abrigo y colocó en la bandeja, junto al móvil y las llaves y algunas monedas, un crucifijo del tamaño de una licuadora.

Ernesto no sabía cómo pedirme disculpas, no acertaba a expresar cuánto lo sentía. Había entrado en su despacho para despedirme, y él se quedó de pronto sin reflejos ni corporales ni verbales. Por fin, acertó a levantarse y me dio un abrazo y solo acertaba a balbucear:

—Perdona, perdona, perdona, perdona.

—Nada que perdonar, Ernesto. Has hecho bien. Yo sé que no has sido tú el que me ha señalado. Lo has hecho muy bien.

—Lo voy a solucionar ahora mismo. Espera un momento.

—No quiero que lo soluciones. No me interesa. De verdad.

—Te ayudaré a encontrar algo. Voy a hablar de ti en el periódico.

—No te preocupes. Me arreglaré.

—Estoy muy jodido. No hago más que darle vueltas. Me estoy planteando dimitir.

Pegué un respingo.

—Ni se te ocurra. No lo hagas.

—No sé cómo voy a aguantar, Miguel.

—Vas a aguantar.

—Estoy muy jodido, de verdad.

—No tienes por qué. Yo estoy muy orgulloso. De ti, de mí, de nosotros.

—Esto es una mierda, Miguel.

—Es una batalla que tenemos que ganar. Que vas a ganar. Que vamos a ganar. Y ya lo hemos hablado muchas veces, esto es lucha política. Y no solo a favor de los maricones.

Me acordé de Busti. Ernesto no protestó. Siempre protestaba cada vez que yo decía «maricón». Él siempre decía «gay».

Ernesto Méndez nunca dimitió.

Se portó como un señor. Me consiguió una modesta indemnización que me propuse ahorrar contra viento y marea. Habló de mí en el periódico y me aceptaron como *freelance*, aunque con muchas horas de redacción, a tanto la hora, y me iban encargando reportajes sueltos, a tanto la pieza. Elena me había llamado en su momento para invitarme al bautizo de la niña, Angi, Ángela, pero tuve la impresión de que lo hacía sin que Toni la supiera. Me mandó una foto de un bebé de pocos meses que se parecía a Toni. Ni él ni Elena volvieron a llamarme más. Publiqué un reportaje sobre el cierre del cine Carretas, durante tantos años un hogar cochambroso, clandestino, fugaz, protector para tantos gays. Ernesto, como apoyo a mi reportaje, escribió una columna atrevida y emocionante. Nos hemos seguido viendo todos estos años. Seguimos quedando, casi siempre para cenar y para ir juntos a algún tugurio en busca de buena compañía. En busca de un hogar provisional, aunque sea un hogar de una sola noche. Siempre me han parecido muy acogedores. Cada vez me costaba más encontrar días libres para ir a ver a mi madre —siempre los encontraba, claro, a veces poco más de veinticuatro horas—, sacar tiempo para ver a Toni y Elena, para volver a Malandar.

—¿Qué ha pasado con el gran cretino?

—Lo intentó. Pobre diablo.

Intentó ser presidente ejecutivo nada menos, me dijo Ernesto, muerto de risa. Tomábamos una copa a primera hora de la noche, en una discoteca gay y muy especializada que se había puesto de moda. La Federación quería fichar, para presidente ejecutivo, a un primerísimo espada —ellos seguían hablando así—, con buena agenda, con excelentes contactos en la Administración central, en las administraciones autonómicas, en las administraciones locales, con acceso fácil a los primeros niveles del Gobierno, ministros incluidos. *Lobby* era la palabra sagrada. Hacer *lobby*. Una palabra que había que disfrazar, eso sí, la legislación en España no contemplaba —un verbo distorsionado que ellos usaban cada dos por tres— el *lobby*. Ernesto siempre se negaba rotundamente a usar ese verbo, con ese sentido, en sus actas, en su Memoria Anual de Actividades, en cualquier texto que escribiese para la Federación. Se manejaron nombres de mucho tronío, exministros, expresidentes de grandes corporaciones, un par de expresidentas de dos grandes multinacionales. Con un presidente ejecutivo, el director general sobraba. San Sebastián sobraba. San Sebastián entró en ebullición. Habían seleccionado como finalistas tres nombres rimbombantes y le encargaron la evaluación final a un rimbombante *headhunter*. San Sebastián, sin el menor sentido del ridículo, le consultó a Ernesto, con el que en los últimos meses intentaba llevarse bien, si le parecía buena idea, y viable, que él, Francisco San Sebastián, se postulara. Ernesto, que enseguida empezó a relamerse con la idea de que se estrellase, que se desintegrara como se había desintegrado años atrás la nave espacial Columbia, le dijo que por supuesto, que se postulase, magnífica idea, incuestionablemente viable. San Sebastián expuso, en una Junta Directiva, su deseo de que se le incorporase al grupo de finalistas. Para no perder el tiempo desarrollando las razones en contra de sus descabelladas pretensiones, el presidente no ejecutivo propuso que se votara a mano alzada. San Sebastián exigió votación secreta. Se aceptó. Se votó. San Sebastián no recibió ni un solo voto a su favor. Goleada, susurró alguien. Media Junta lo escuchó. Hubo risitas.

Al final de un proceso interminable y muy complicado, se fichó, con una

remuneración monumental, a un exministro con fama de íntegro, de buena gente, con buena mano para solucionar conflictos y problemas de competencia, con buen talante, con buena disposición proactiva, faltaría más. San Sebastián consiguió de la Junta una indemnización monumental a la que de ninguna manera tenía derecho. A saber cómo lo hizo. Chantaje, quizás. Extorsión, tal vez. Se llevó un dineral y se dedicó enseguida a meter cizaña, con la ayuda del periodista al que se seguía camelando con promesas de más filtraciones bárbaras, contra la Federación. El nuevo presidente ejecutivo se lo tomó con reconfortante tranquilidad y lo primero que pidió fue un saneamiento del sector.

La precrisis, la crisis, la debacle habían obligado a muchas empresas del sector a rebajar su nivel de exigencia, de calidad, de rigor, como única manera de sobrevivir. Lo primero que hizo el nuevo presidente ejecutivo fue constituir la Comisión de Ética y Buenas Prácticas, y nombró a Ernesto Méndez coordinador de la comisión. Había que dignificar el cargo de secretario general. Había que potenciar la imagen de las empresas de la Federación como garantes de una consultoría de calidad y con alto valor añadido, como decían ellos. Había que erradicar, por ejemplo, el *bodyshopping*.

—¿Qué demonios es eso, Ernesto? Suena a perfumería litri.

—En corto —dijo Ernesto—, compraventa de carne de tercera a precio de carne de primera. Charcutería barata vendida como charcutería gourmet. Solo que, en lugar de mortadela, se despachan informáticos.

—¿Y eso es legal?

Ernesto se puso muy formal mientras pedía su segunda botella de agua con gas. Ernesto solo bebía agua con gas, incluso en las discotecas.

—No, claro que no. De hecho, lo prohíbe el Estatuto de los Trabajadores. Pero hay montones de empresas que lo hacen. Montones. Las llaman, en el argot del sector, empresas charcuteras. Charcuteras, cariño. Contratan personal informático sin experiencia, le aplican contratos basura, y lo revenden, al revoltijo, sobrevalorado, a terceras empresas como si fueran profesionales altamente cualificados y con gran experiencia. Fraude. Explotación laboral. Lo peor.

Ernesto parecía de pronto poseído por la nueva dignidad de su cargo de secretario general. Por su nueva responsabilidad como coordinador de la Comisión de Ética y Buenas Prácticas. Por un repentino y profundo y ruidoso compromiso con la consultoría en general, y con la consultoría informática, en particular. Ojo, me advirtió, no confundir con la asistencia técnica en casa de la empresa cliente. A ver cómo te lo explico.

Lo intentó y se hizo un lío, claro. Pero empezaba a entrar en un estado de exaltación alarmante en defensa de la limpieza y calidad de la consultoría tecnológica. De la justicia laboral en el sector. Parecía a la vez patronal y sindicato. Ese era mi Méndez, más de cinco años después de que yo saliera de la Federación.

—¡Fanática! —exclamó de pronto, como si el agua con gas se le estuviera subiendo a la cabeza, muy pocas veces le oía hablar en femenino—. Me estoy volviendo fanática de la buena consultoría. ¡Abajo el bodyshopping!

—¡Abajo! —brindamos, yo con mi gintónic y él con su agua con gas.

—¡Abajo las malas práctica en el sector!

—¡Abajo! —como si a mí ya me importara algo el dichoso sector.

—Huy —dijo de pronto Ernesto, con la lengua ya un poco enrevesada por el gas.

—¿Qué pasa?

Volví la cabeza hacia donde él estaba mirando. En ese momento bajaba por la escalera de la discoteca un tipo cincuentón, adicto sin duda al gimnasio para ejercicios de mantenimiento, calvo, con gafas de montura metálica, enchaquetado, encorbatado, entallado. Aquella discoteca estaba especializada en tipos maduros, enchaquetados, encorbatados, y en sus *chasers*. Papaítos y cazadores de papaítos. Cazadores de excelente aspecto y cuidada presencia que iban pasando de mano en mano. Algunos, con su tarifa pegada a la boca.

—Romero Trías —dijo Ernesto.

—¿Quién?

—Nuestro Savonarola contra el bodyshopping. Un crack.

Ernesto me dijo su cargo, importante, y la empresa en la que trabajaba, importantísima. Era miembro, representando a la importantísima empresa en la que trabajaba, de la Comisión de Ética y Buenas Prácticas de la

Federación, aquella comisión ya empezaba a dar un poco de miedo. Romero Trías, por lo visto, era implacable, incluso con las empresas de la Federación que hacían bodyshopping encubierto, encalado, disfrazado. Era, decía Ernesto, atronador. Una bomba.

No lo perdimos de vista en toda la noche. Él parecía no haber visto a Ernesto. No se separaba de la barra. No movía un músculo al ritmo de la música, a veces un poco verbenera. Bebía whisky sin hielo y sin agua. A veces, muy circunspecto, le daba cuerda a algún *chaser* que acababa desistiendo. Hasta que dejó que un cazador le apuntara a la portañuela, al despacho oval, al corazón.

—Ese *chaser* ya lo tiene en el zurrón —dije.

—¡Viva Savonarola! —gritó Ernesto, ya empapado de agua con gas.

—¡Viva!

Algunos clientes que estaban cerca de nosotros nos miraron estupefactos.

De pronto, nos dimos cuenta de que Savonarola pagaba y se iba con su chico tarifado. Ernesto le salió al encuentro. Al cruzarse con él, sin mirarle, le dijo:

—Romero Trías, buen bodyshopping —y continuó su camino, sin volverse. Así se perdió la expresión de susto de Romero Trías.

Cuando Ernesto volvió a mi lado, le dije, riendo:

—No me dirás que de pronto tu Federación está infestada de maricones.

—No, mujer —cacareó él—. Pero haberlos, haylos.

—¡Abajo San Sebastián! —grité yo.

—¡Abajo San Sebastián! —me secundó él.

Por allí no había en ese momento, creo, donostiarras.

El ministro de Defensa se parecía a mi padre

Los mismos ojos azules, el mismo pelo castaño, abundante y un poco ondulado y sin apenas canas, la misma nariz muy levemente aguileña, la cabeza quizás demasiado grande para su estatura —también le pasaba a mi padre—, las facciones muy parecidas a las de mi padre si se consideraban una a una, aunque la cara en su conjunto, de manera un poco sorprendente, no era un calco exacto de la cara de mi padre. De todos modos, cada vez que veía al ministro de Defensa en los periódicos, o en televisión, o incluso —alguna vez — en persona, veía a mi padre.

Era guapo aquel ministro de Defensa. Quiero decir, guapo a su manera, a la manera de los actores de los años cuarenta o cincuenta, una belleza masculina muy clásica, muy engominada, muy replanchada, sin pizca de picardía. Mi padre también era así, un guapo de manual, un guapo de provincias, de película neorrealista, sin imaginación para arriesgar un poco, romper moldes y adelantarse a la belleza viril de su tiempo. Mi madre, no, mi madre siempre fue una belleza moderna, no un bellezón, una mujer bonita, exactamente eso. La señora más guapa de La Algaida, según algunos. El ministro de Defensa siempre parecía que acababa de escaparse de uno de aquellos anuncios de fijadores para el pelo que a mí me gustaban tanto —los anuncios, no los fijadores— cuando yo era chico. Mi padre, también.

Aquel ministro de Defensa no era un militar, era un civil. Tampoco mi padre era militar, era químico. En su familia sí había militares, un montón. De hecho, aún me llama alguien de vez en cuando, algún desconocido o,

sobre todo, alguna desconocida, para preguntarme si soy hijo del comandante Miguel Durán, o del almirante Miguel Durán, o incluso del sargento Miguel Durán, no sé cómo alguien se atreve a pensar que mi padre se quedó estancado en un grado castrense tan deslucido. Los desconocidos que me llamaban alguna vez eran todos viejísimos y todos recordaban a mi hipotético pariente con mucho cariño, incluida una señora de Cádiz, viuda de militar, que llevaba seis años sin salir de casa porque en su edificio no había ascensor, pero que se acordaba divinamente del comandante Miguel Durán, a veces como si lo tuviera al lado. Debió de ser un buen tipo aquel Miguel Durán, con muchas virtudes internas y externas inolvidables para sus compañeros y, por lo visto, para las señoras de sus compañeros. O aquellos Miguel Durán, porque he sacado la conclusión de que hubo más de uno, no es posible que el mismo Miguel Durán Eizaguirre —los mismos apellidos que los de mi padre— estuviese por las mismas fechas, y con el uniforme de distintas armas, en Tánger, en Zaragoza, en Madrid, en A Coruña y, por supuesto, en San Fernando, al lado de Cádiz. Yo no soy hijo de militar, pero sí nieto y bisnieto de militares. El ministro de Defensa no sé, la verdad. Yo solo soy un poco conocido por mis artículos y por alguna tertulia de la tele, como Ernesto Méndez —él, bastante menos por sus libros— y esa fugitiva popularidad basta para que constantemente quieran endilgarme un padre almirante, comandante o, en el colmo de la falta de tacto, sargento.

De todas formas, tengo que reconocer que me quedé estupefacto cuando, hace unos años, cierto presidente del Gobierno nombró un nuevo ministro de Defensa. Me dije: «¡Cómo se parece este hombre a mi padre!». Y eso que no era la primera vez que yo veía a aquel hombre, lo había visto muchísimo en los periódicos y en televisión desde que empezó a tener cargos de relumbrón en su partido, pero no caí en la cuenta de su parecido con mi padre hasta que lo vi rodeado de militares, y más en concreto, de oficiales de la Armada. Y es que mi padre, aunque no era militar, se pasaba media vida en el bar de oficiales de la Comandancia de Marina de La Algaída, cuando en La Algaída había Comandancia de Marina, que ya hace años que la quitaron. Yo me acercaba a ver a mi padre algunas tardes, a la salida del colegio, si no podía ver a Toni y a Elena, y mi padre bromeaba cariñosamente a mi costa delante

de todos los marinos:

—Este hijo mío va a ser el primero de todos sus primos en casarse.

Que yo fuera el primero de los primos en casarse tampoco tenía nada de particular, porque soy el mayor de todos, aunque en aquel momento tenía trece años y resultaba un poco prematuro proclamar mis urgencias matrimoniales. Además, en aquella época había decidido ser marino mercante como Paquito Lobón, todo el año de puerto en puerto, y no marino de guerra, porque estaba claro que los marinos de guerra, si no hay guerra, se pasan todo el santo día sin dar golpe en el bar de la Comandancia de Marina de su pueblo. Si eras marino mercante y te casabas era como si no te hubieras casado, te pasabas la vida entera con un amor en cada puerto, como mínimo, y a ver quién puede hacerle ascos a un plan tan fenomenal. Luego, la vida es una rifa en la que te toca lo que te toca, y lo que te toca hay que disfrutarlo, y no amargarse ni torturarse ni confesarse porque le parezca pecado a tu madre o cochambroso a los demás.

Así que los planes casamenteros de mi padre no salieron según sus premoniciones. Mi primo Antonio Durán se casó muy jovencito de penalti — aunque su madre, la tía Leonor, para salvar a cojetadas el honor de su hijo y de su nuera, prometía que de penalti solo se casaban las criadas—, y también se casó prontísimo, a los veintidós años, mi prima Carolina Botín Durán, pero con Dios, porque se metió a monja en las Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad. Según la tía Marcela, la madre de Carolina, las Adoratrices eran unas monjas maravillosas que se ocupaban, sobre todo, de quitarles los niños a las mujeres descarriadas para dárselos a matrimonios cristianos y ejemplares; a mí, lo que hacían las Adoratrices me dio tanto miedo que, durante mucho tiempo, tuve pesadillas en las que yo era hijo de una descarriada fenomenal y, para castigarme, me habían llevado a casa de mi madre. El resto de mis primos y mis primas se casaron conforme les fue llegando la hora, y a unos les fue bien, o de aquella manera, y a otros les fue fatal. Incluso mi primo Juan Antonio Ledesma Galán se casó antes que yo, y eso que, desde chico, ha venido proclamando que él no pensaba casarse hasta tener por lo menos sesenta años, como su tío Juan, un hermano de su padre, que se casó con una costurera la mar de apañada cuando él ya estaba para el

arrastre; ahora, Juan Antonio ya tiene casi sesenta años, está para el arrastre por culpa, según dice todavía mi madre, de la mala vida que ha llevado, y empieza a echarles el ojo a todas las costureras apañadas de la provincia de Cádiz. Hasta mi primo Daniel Galán se casó con Marijose Conejero, y mi prima Manoli Sobrado Galán se casó con Nolito Francés, y tienen los hijos correspondientes, la parejita cada uno, a pesar de que a los dos, Daniel y Manoli, lo que de verdad les gustaba y seguro que les sigue gustando son los pecados estupendos y las ricas cochambrerías. Mi hermana Berta, que es nueve años más joven que yo, nos juró a toda la familia, al regreso de un viaje estrambótico, que se había casado por lo hippy en Katmandú con mi excuñado Brian, un rico y divertido heredero australiano, y ese fue uno de los matrimonios, o lo que fuese, que salió fatal, aunque no hay mal que por bien no venga y ahora Berta acompaña y cuida fenomenalmente a mi madre. A lo mejor mi padre jamás llegó a comprender que yo nunca me casara porque no podía hacerlo con quien de verdad a lo mejor me habría gustado casarme y, ahora que puedo —y bien que lo hemos celebrado casi todos los pecadores y cochambrosos de antes—, creo que no quiero.

Pero, insisto, fue encontrar en los periódicos o en la tele, por primera vez, a aquel ministro de Defensa rodeado de oficiales y suboficiales de la Armada, la mar de democrático el ministro, y percatarme de que mi padre y él habrían pasado fácilmente por hermanos gemelos.

Aquel ministro de Defensa tenía un chorro de hijos, seis o siete por lo menos. Creo que se lo mandaba su religión. El hijo mayor del ministro de Defensa debía de tener, cuando a su padre lo nombraron ministro, unos doce o trece años, o sea, los mismos prácticamente que tenía yo cuando mi padre se pasaba el día rodeado de marinos, en el bar de oficiales de aquel chalé fenomenal que estaba enfrente mismo de la fenomenal calzada del Ejército. Desde las ventanas del bar, al fondo, se veía la playa, la desembocadura, la otra banda, la punta de Malandar. No me habría extrañado nada que el ministro de Defensa, en sus reuniones informales con oficiales y suboficiales de la Armada y de los demás Ejércitos, sacase de pronto la foto de su señora y de sus seis o siete hijos, señalase muy orgulloso al primogénito y dijera:

—Este va a ser el primero no solo de sus hermanos, sino de todos sus

primos, en casarse.

Cuando mi padre decía eso, todos los oficiales se reían con mucha picardía y me felicitaban: «Enhorabuena, chaval». Mi padre se esponjaba de satisfacción. El único que no se reía era el marinero raso encargado de servirles a los oficiales, y a mi padre, la cervecita, el vermú, la copita de manzanilla o el whiskicito *on the rock*, y las almendras de los toros, las patatas fritas y las aceitunas rellenas. El marinero raso, que era medio rubio y tenía los ojos como los de Elizabeth Taylor, solo sonreía. Me sonreía. Con cariño, diría yo. Como si me dijese: «Contigo me casaba yo ahora mismo». A mí no me habría importado, que conste. Supongo que a mi padre, pese a ver cumplido tan pronto su pronóstico, le habría dado una alferecía.

Mi padre era buena gente, simpático sin exageración —más simpático fuera de casa que en casa, la verdad—, cordial, sociable sin ponerse con nadie ni obsequioso ni estreñido. Mi padre no tenía mucho de que presumir y no presumía de nada. Mi madre se encargaba de presumir por él, por cosas que ella siempre adornaba con mucha greca y punto de cruz y mucho pedigrí de fantasía. Lo que sí le habría gustado a mi padre una barbaridad, de seguir vivo, habría sido que aquel ministro de Defensa que tanto se parecía a él le invitase a las recepciones que organizaba en las ocasiones patrióticas.

El primer año de su mandato, el ministro de Defensa me invitó a la misa solemne, a la parada militar y a la recepción que tendría lugar, a las catorce horas, en el Cuartel General del Ejército, plaza de la Cibeles sin número, con motivo del Día de las Fuerzas Armadas. El ministro de Defensa invitaba con un tarjetón grande, de cartulina cara de color crema y, en mi caso, ponía que el ministro de Defensa tenía el gusto de invitar a todo eso a «don Miguel Durán y señora».

Cuando lo leí, volví a escuchar a mi padre diciendo:

—Este va a ser el primero en casarse.

No fui a la misa solemne ni a la parada militar, solo a la recepción, y allí estaba mi padre —perdón, el ministro de Defensa— en compañía de los jefes de las tres armas, y luego se dio una vuelta entre los oficiales, e incluso entre los suboficiales, y entre los invitados. Cuando me vio, justo en el momento en que un soldado raso uniformado de camarero, también medio rubio,

también con ojos como los de Elizabeth Taylor —no podía ser, lo admito, sería la luz de otoño de Madrid— me ofrecía una copa de vino español con una sonrisa irresistible, el ministro me saludó risueño y muy profesional y me dijo:

—Hombre, Durán, tenemos que hablar de su artículo del otro día.

Yo acababa de publicar un artículo entre audaz y jocoso sobre la eventualidad de que saliera del armario algún militar importante. Le dije:

—Encantado, ministro. Cuando usted quiera. Pero haga el favor de decirle a su jefe de gabinete, o a su jefe de prensa, o a su jefe de protocolo, o a quien corresponda, que no me mande más invitaciones a nombre de don Miguel Durán y señora, sino a nombre de don Miguel Durán y su novio. Y, por cierto, me muero de ganas de casarme con mi novio en cuanto, los que vengan después de ustedes, aprueben el matrimonio gay como en Holanda. Que lo aprobarán, no le quepa la menor duda de que lo aprobarán.

No era verdad que yo estuviera impaciente por casarme con mi novio, entre otras razones porque yo por entonces seguía cambiando de novio cada dos por tres, pero el ministro de Defensa y todos los oficiales que estaban en aquel momento con él se rieron de un modo muy deportivo. El soldado raso de ojos, quizás, como los de Elizabeth Taylor, que andaba por allí con su bandeja con copas de vino español, no se rio, solo sonrió, y volvió a sonreír más tarde, cuando le deslicé dentro del guante de su mano derecha —las copas de vino español temblaron en la bandeja como si al chico le hubiera dado un calambrazo— una tarjeta con mi teléfono.

El soldado raso y yo terminamos siendo novios durante una temporada, pero nunca pudimos asistir juntos —ni siquiera yo como invitado y él como camarero— a los festejos de día de las Fuerzas Armadas. Primero, porque lo dejamos antes de que aquel ministro de Defensa dejase de ser ministro y, segundo, porque aquel ministro de Defensa, mientras estuvo en el cargo, seguía empeñado en casarme como Dios manda y seguía enviándome cada año la invitación a nombre de don Miguel Durán y señora.

Como si fuera mi padre.

Temporada

A lo mejor mi padre lo habría pasado mal en la boda de Toni y Elena. Mi madre, no sé. Toni y Elena no habían invitado a mis padres, con el pretexto cochambroso de que querían una boda lo más íntima posible, solo me invitaron a mí. Luego, en aquella iglesia y en aquel convite en el Náutico, hubo al menos doscientos convidados, y yo no pude evitar decirle a la pobre Carmen que a mis padres les habría encantado asistir a la boda de su hija con Toni, y ella solo acertó a poner cara de pena. Al final, yo no fui el padrino, el abuelo de Elena no lo consintió, o él era el padrino o no había boda. Doña Ángela, muy poco animosa y con una mantilla que daba fatiga ver cómo la llevaba, fue la madrina. Ahora me alegro de no haber sido el padrino, me habría sentido muy raro. Fue una boda perfecta pero moderada, con un aperitivo y un almuerzo perfectos pero moderados. Elena y Toni abrieron el baile con mucha soltura y encanto mientras un grupo especializado en bodas tocaba un vals. Hacían una pareja perfecta y tal vez moderada o tal vez no muy moderada, yo prefería no mirarlos mientras bailaban. El resto de la tarde fue desordenada y aceptablemente inmoderada, como deben de ser la barra libre y el baile libre de todas las bodas, de mañana o de tarde.

Mis padres, no sé, pero Antonia —que se había casado con su boxeador y ya tenían tres chiquillos— se lo habría pasado mejor que una mona en una platanera, como ella decía, en la boda con una descarriada impresentable de uno de los muchos novios que ha tenido a lo largo de su vida Ernesto Méndez. Aquel novio de Ernesto Méndez era rumano, tenía una cara de

anuncio de gafas y un cuerpo de anuncio de trajes de baño, se dedicaba a hacer estriptís en una sala exclusiva para mujeres que estaba en los bajos del complejo Azca. La novia frecuentaba aquella sala, no se merecía un marido como el novio de Ernesto, pero el novio de Ernesto necesitaba papeles, la descarriada impresentable se moría de ganas de casarse con un ejemplar espectacular como el novio de Ernesto, el novio de Ernesto —bueno, en realidad, Ernesto— le pagó un dinero a la descarriada por casarse con él, y la boda y el convite, a los que Ernesto me rogó que le acompañara, fueron memorables. La boda, en el Registro Civil de la calle del Pradillo. El novio, de esmoquin. La novia, de blanco radiante, sin que le faltara un requerimiento —algo nuevo, algo usado, algo prestado—, un modelo nupcial comprado a saber dónde. El novio grandote, cubano y emperifollado de la emperifollada madre de la novia se pasó la ceremonia civil inmortalizando, con un tomavistas del tamaño de una grúa, la boda de la hija descarriada de su novia y el novio estríper y rumano de Ernesto Méndez. Ernesto Méndez se negó a ser uno de los testigos, lo fueron una amiga y una prima de la novia, las dos emperifolladas. El convite, en un autoservicio cercano. La novia, el novio, la madre de la novia y su novio cubano, las testigos, Ernesto Méndez y yo, cada uno con su bandeja, cada uno eligiendo a su voluntad un poquito de ensaladilla rusa, para mí unos guisantes con jamón, un muslito de pollito asado con unas patatitas fritas, para mí unos boquerones con nada, un flan de tarrina, para mí un arroz con leche de tarrina. Agua, copa de vino o refresco, a elegir. Ernesto, rumboso, invitó. Al final, al novio y a Ernesto Méndez los llevé en mi coche a casa de Ernesto, la novia se fue con su madre y el novio cubano de su madre no sé si a la casa improbable de la novia o a casa de la madre, las testigos cogieron un autobús que pasaba por la esquina de López de Hoyos con Pradillo y que les venía bien. Una boda digna de ser grabada, en efecto, en un tomavistas del tamaño de una grúa. Pero, a fin de cuentas, una boda es una boda.

También cuando, al cabo de los años, por fin llegaron otras bodas. Al principio, una temporada muy concurrida de bodas.

La de Clara y Sandi. Mi madre y mi padre habrían asistido muy compungidos, creo, a la boda de mis amigas Clara y Sandi, pero fue una boda

muy emocionante. Bajita, enérgica, alborotadora, alegre, así era Clara. Robusta, tímida, muy dulce, siempre un poco asustada, siempre demasiado ajustada, muy guatemalteca. Así era Sandi. Solo llevaban un año juntas, pero Sandi necesitaba sentirse bien, necesitaba refugiarse en alguna parte, con alguna mujer, sin que nadie la maltratase por eso. Clara enseguida estuvo dispuesta a plantarle cara a quien hiciese falta, a lo que fuera preciso, por aquella chica de piel oscura y enormes ojos cálidos que no buscaba más que ser feliz. Yo las conocía porque Clara trabajaba en el equipo de conserjes del periódico y solía distribuir la correspondencia, y un día me preguntó si no necesitaría a alguien que me ayudase en casa. Pues sí, alguien que me ayude a tener el apartamento presentable y que me planche las camisas, le dije. Al día siguiente se presentó en el periódico con Sandi y lo comprendí todo. Se casaron, en cuanto pudieron, también en el juzgado de Pradillo. Las dos iban en vaqueros y con sus mejores chaquetas para lucir bien y abrigarse un poco. Nadie de la familia de Clara. Nadie de la familia de Sandi. Un puñado de amigas y dos chicos que las querían mucho, o que se querían mucho, las dos cosas seguramente, se pasaron la apresurada ceremonia llorando. Me acordé de Fernando: estos son su verdadera familia. Clara le leyó a Sandi unos votos breves, contundentes, conmovedores. Sandi también llevaba un texto escrito, pero entre la emoción, los nervios, la alegría, la tristeza, el acento y algunas palabras misteriosas del español mestizo de Guatemala no se le entendió prácticamente nada. Cuando se besaron, se les entendió todo. Invité a una barbacoa en la azotea del ático —en realidad, un sotabanco minúsculo con una azotea enorme— en el que yo vivía entonces. Fue mi regalo de boda. Unos chicos guatemaltecos que solían actuar en la calle Preciados estuvieron horas, hasta el atardecer, cantando boleros y melancólicas canciones guatemaltecas. Sandi vino a mi casa la mañana siguiente, aunque no le tocaba, y se negó a cobrarme un solo euro por dejarme el apartamento y la azotea como si allí nadie hubiera celebrado nunca nada. Tardó un par de días en disolverse aquella suave pesadumbre por lo que nunca tuve ocasión de celebrar.

Hice un esfuerzo notable para no llamar a Toni y Elena.

En cambio, la que no se habría perdido mi madre por nada del mundo, en

el hipotético caso de recibir la invitación, habría sido la boda de Pato y «er Jairo».

Rodrigo Carvajal de Celis y Mencía Pérez-Montijo, y Baldomero Sánchez Romero y Adoración Frutos Carmona, tienen el gusto de invitarle al enlace de sus hijos Rodrigo y Jairo. Ceremonia civil y convite en la finca y casa de campo de la familia Pérez-Montijo, en las afueras de Tarifa. Pato me llamó para que le preguntase a un amigo mío, paisajista, qué flores eran de temporada a finales de noviembre y, de paso, contarme las amenísimas vicisitudes de la organización del evento. Pato Carvajal de Celis y Pérez-Montijo llamaba evento a su boda. Llámese usted Rodrigo Jacobo Carvajal de Celis y Pérez-Montijo para que, al final, le llamen Pato. Teniente de navío. Descendiente, por parte de los Carvajal de Celis, de una ilustrísima familia de marinos de la Armada, y, por parte de los Pérez-Montijo, de Manuel Pérez Montijo, sin guion intermedio, primer marqués de Cortavientos, dueño y señor de una importantísima empresa agrícola gaditana de gran implantación en el mercado nacional e internacional, al que Franco otorgó el título de marqués de Cortavientos por el nombre del cortijo principal de la familia. Los padres y los hermanos de Pato, que era el primogénito, se mostraban comodísimos con el hecho de que Pato fuese gay y, además, encantados de que se casara con un muchacho tan guapo, tan presentable, tan cariñoso, tan apañado, tan servicial como Jairo Sánchez Frutos, «er Jairo» para toda la familia de Jairo.

«Er Jairo.» Cabo primero de la Armada. Destinado a responsabilidades de mantenimiento en el cuartel de San Fernando.

—Te gotea un grifo —me dijo Pato que decía Mencía a sus amigas—, avisas a Jairo y te lo resuelve en un santiamén.

Un año, los compañeros de Jairo le tentaron para que se presentara a Míster Cádiz, seguro que ganaba de calle, pero Pato le convenció de que no lo hiciera. Ningún otro roce.

—Ahora, de cara a la boda —me confesó Pato, entre risas—, los problemas, por llamarlos de algún modo, ¿eh?, son exclusivamente protocolarios.

Yo conocía a Pato del colegio Tartessos en el que los dos —y Toni—

habíamos estudiado el bachillerato y, más tarde, de algunos tugurios de Madrid, cuando él se escapaba a la capital a vivir experiencias, antes de hablarse seriamente con Jairo. Alguna vez apareció con Jairo en alguna discoteca gay, yo creo que para exhibirlo un poco.

—La que está volada es mi madre —me dijo Pato—. Voladísima.

Mencía Pérez-Trujillo de Carvajal de Celis no sabía cómo resolver todos los detalles de aquella boda igualitaria y, además, no había precedentes. En la Armada aún no había precedentes. En la buena sociedad, que ella supiera, tampoco había precedentes, y, de haberlos, habría sido de tapadillo. En la familia Sánchez Frutos, por lo visto, sí había precedentes —un primo de «er Jairo», peluquero, se había casado en Ámsterdam con un camionero holandés —, pero casi mejor que no los hubiera. Dori, la madre de Jairo, que era de Los Barrios, había llamado a Mencía para recordarle que no se olvidara de las gambas con gabardina en el aperitivo, a su marido le encantaban las gambas con gabardina.

—Mencía, chochete, no te olvides de mis gambas con gabardina.

—¿Cómo va a pedirle mi madre a Alfonso Sandoval, el dueño del cáterin más distinguido de toda Andalucía occidental, que ponga en el aperitivo gambas con gabardina? —me preguntaba Pato, con la risa cada vez más suelta.

—A lo mejor cuando se reponga de que Dori le haya llamado chochete —le dije.

—Fiebre, fiebre le entró a mi pobre madre.

El padre de Jairo era conserje en el Casino de la Marina de Algeciras, y de ahí le vino al chiquillo la vocación de ser marino. Eso a Mencía, me juraba Pato, le parecía precioso. Dado que es tradición inveterada en la Armada contraer nupcias ante la Virgen del Carmen, pero aquella no tenía más remedio que ser una boda civil, ¿no sería lo más adecuado celebrar la ceremonia en el patio de gañanía de la casa, donde había un azulejo con la Virgen del Carmen? Estaba claro que los compañeros oficiales de Pato le harían el pasillo en uniforme de gala y con los sables inclinados en alto, pero ¿dónde iban a poner a los compañeros de tropa de Jairo, que tenían uniforme de gala, vale, pero no tenían sables? ¿Y en el convite? ¿Mezclaban en las

mesas a los invitados de los Carvajal de Celis con los invitados de los Sánchez Frutos, sabiendo que la mayoría de los invitados de los Carvajal de Celis eran más cursis que un serón de croché, como decía Antonia, y todos los invitados de los Sánchez Frutos, más espontáneos que una caseta municipal de feria? Mencía insinuó la posibilidad de sentar en mesas separadas a los invitados de Pato y su familia y a los invitados de Jairo y su familia, pero Jairo, que estaba tan orgulloso de su gente y era tan leal a sus amigos y a sus compañeros de tropa como los Carvajal del Celis de su familia y de sus amigos y compañeros, o más, se negó en redondo, y Pato le apoyó. Ningún Carvajal de Celis rechistó.

Los padres de «er Jairo» y sus hermanos les regalaron a los contrayentes una caja de madera cuajada de conchas de la playa, con una Virgen del Carmen grabada en la tapa, obra de un grabador local que consiguió que la Virgen del Carmen se pareciera a Pocahontas. Preciosa, dijo Mencía, me contó Pato. Rodrigo Carvajal de Celis, padre, que presumía de estirpe y era rico gracias a su mujer, pero más basto que un biberón de esparto, como decía Antonia, les dijo a los contrayentes que él les regalaba el primer hijo, siempre que lo encargaran en California y se aseguraran de que el niño salía Carvajal de Celis cien por cien. Pato y Jairo se indignaron tanto que por poco le arruinan a Mencía la boda.

Al final, todo salió fenomenal. Yo fui a la boda con un novio improvisado que alucinaba. Al menos, la Virgen del Carmen del azulejo que había en el patio de gañanía se parecía a cualquier Virgen del Carmen. En el pasillo que le hicieron a los recién casados, los oficiales, con su uniforme de gala azul y sus sables en alto, se alternaban con los marineros de tropa con su uniforme blanco de gala y los brazos cruzados a la espalda. El beso de tornillo de Pato y Jairo, cuando fueron declarados marido y marido por un concejal amigo, fue un poco como la toma de tierra del huracán Irma en Miami. El primer baile de Pato y Jairo y, sobre todo, cuando «er Jairo», un valiente, sacó a bailar al padre de Pato, han pasado, sin la menor duda, a los anales de la Armada Española. Dori, que era entreverada, como saltaba a la vista —qué divertido, le decían a Mencía sus amigas—, y, por parte de los Carmona, pariente de refilón de la dinastía de los Habichuela, se encargó del grupito

flamenco para la barra libre y el baile mayormente flamenquito, y los gitanos lo bordaron. Eso sí, Dori, vestida por unos Luchino y Visconti, pero con más arte, vecinos suyos, se pasó todo el almuerzo nupcial llamando a los camareros:

—¡Muchacho!, ¿no han quedado gambas con gabardina?

Y a las camareras:

—¡Muchacha!, anda, llévale unas gambitas con gabardina a mi marido. Aquel calvo con tan buen color de la esquina de la mesa.

Casi todo nuevo, casi todo recién estrenado, casi todo diferente de lo que pasaba antes en las bodas de los oficiales de la Armada y en las bodas de los gitanos y los entreverados de Los Barrios.

La caja de madera recubierta con conchas de mar y con una Virgen del Carmen que se parecía a Pocahontas, regalo de la familia de «er Jairo», expuesta en una esquina del salón sobre una consola española de caoba con patas de mármol, fue objeto de la admiración de todos. Rodrigo Carvajal de Celis, comandante de la Armada, le contaba a todo el mundo que su regalo de boda era un hijo comprado en California y que saldría cien por cien Carvajal de Celis. Alfonso Saldoval y sus cocineros tuvieron que freír tres veces gambas con gabardina.

Las flores de noviembre fueron la lavanda de mar, en tonos morado, lavanda, rosa y blanco, y dalias blancas y rojas.

La marea

Había decidido ir solo a la playa de El Espadero. Me sorprendió mucho cómo había cambiado la línea de la marea. Antes, la pleamar llegaba casi hasta el final del callejón que llevaba a la playa, batía contra el muro inclinado, que encalaban todos los veranos, de Montesión, una finca grande, tapiada, llena de eucaliptos como viejos gigantes melancólicos, con una casa antigua, buena, de una sola planta, con enormes habitaciones de techos altos y vigas de madera, y una piscina que se llenaba y vaciaba de agua salada conforme se colmaba o se iba vaciando la marea. Una gran tubería de hierro sorbía el agua de la pleamar y llenaba la piscina, y, en las siete horas siguientes, la piscina se iba vaciando conforme la marea se retiraba. Ahora, la línea de la pleamar, incluso las semanas de mareas grandes, quedaba al menos a cien metros del muro de Montesión, como la marca de un enorme cetáceo lentamente, cautelosamente en fuga, y la tubería oxidada y ya inservible era como la chimenea horizontal de un viejo barco volcado y encallado en tierra firme. Los dueños actuales de Montesión llenaban ahora la piscina de agua dulce. Hay un chiringuito con pretensiones y camas balinesas donde en otro tiempo solo había aquellas casetas desperdigadas de madera, pintadas a rayas azules y blancas, que casi siempre se inundaban a poco impetuosa que fuera la pleamar. No fui capaz de calcular si Malandar caía ahora más cerca o más lejos. Qué estupidez, estaba igual de lejos, o igual de cerca. Más lejos, sin duda. Mucho más lejos. Comprendí que no me haría bien estar allí, yo solo, más de quince minutos, y volví caminando a casa de mi madre. En algún

momento tuve la desapacible impresión de que la marea, indisciplinada, desenganchada de algún lugar del horizonte, me seguía.

Mi madre había tenido un trastorno de salud, quizás sin importancia, pero a su edad un mareo momentáneo y una caída en el baño, aunque fuera sin mayores consecuencias, podían ser indicios de problemas mayores. Mi hermana se asustó. Fui a verlas y los tres acordamos que una señora fuera todas las tardes a hacerles compañía, por las mañanas bastaba con la chica que hacía el cuerpo de casa y cocinaba, pero con una señora por la tarde mi hermana podía quedar con amigas a merendar, incluso ir al cine y a cenar alguna vez, si a la señora de la tarde no le importaba prolongar de vez en cuando su horario. Llegamos a hablar con Antonia por si podía interesarle, pero tenía ya cuatro hijos y los dos menores eran aún demasiado pequeños. Mi madre le dijo que estaba bárbara, y era verdad. Mi madre y Antonia se pasaron la tarde dándose besos y diciéndose piropos. Un joven médico había ido a la casa de la calle Infantas a reconocer a mi madre, le recetó algunos medicamentos —para controlar la tensión, algo descompensada, y para aumentar y fijar el calcio en los huesos— y le mandó hacerse una analítica. Fue una pequeña odisea trasladarla al centro de salud, ayudarla a entrar y a salir del taxi, y entonces me di cuenta de las dificultades de movilidad que ya tenía. Se negó con su carácter de siempre, entre impulsivo y zalamero, una mezcla rara y habilidosa, a utilizar un andador. Berta y yo entrevistamos a unas cuantas mujeres y llamamos a algunas amistades. Lourdes Valdés me dijo que, tras la muerte de su madre, la señora que se quedaba con ella necesitaba trabajo. Era estupenda y estaba acostumbrada a manejar a señoras mayores. La citamos en casa y la contratamos enseguida. Mi madre ya empezaba a quedarse sin dinero para pagar a otra mujer, pero mi hermana, con quien mi excuñado Brian había sido generoso, y yo nos haríamos cargo.

Apenas me quedaban horas libres, esos días, para quedar con Toni y Elena. Pero, probablemente, el tiempo era solo una excusa. No les había avisado de que estaría casi una semana en La Algaida y me daba apuro —o pereza, o las dos cosas— incomodarles, obligarles a improvisar un plan, aunque no fuera más que pasar un par de horas en la playa, después de tanto tiempo. Quizás fuese bueno, o quizás no, volver a El Espadero, otra vez los

tres juntos. No estaba seguro de que fuese una buena idea, incluso si, en el mejor de los casos, o en el peor, la playa, la otra banda, el coto, Malandar apenas conseguían revivir lo que fueron para mí, para los tres, en otro tiempo. Entonces, me llamó Elena.

—Hola, desaparecido. Usted sigue siendo Miguel Durán, ¿verdad? —ni una brizna de resquemor, o desilusión, o cansancio mal parcheado a toda prisa. Mucha naturalidad.

—¡Hola, Elena! ¿Cómo estás? ¿Cómo está Angi? Bueno, no sé, ¿hay nuevos miembros en la familia? Pensaba llamaros un día de estos.

—Claro. He hablado con Lourdes Valdés, me ha dicho que andabas por aquí, me ha contado lo de tu madre. ¿Cómo está? Seguro que Mati Ayala sigue siendo la señora más guapa de La Algaida.

Le resumí el parte médico. A la pobre Carmen, por lo visto, le pasaba algo parecido.

—¿Y Toni? —tenía que preguntar por él.

—De viaje. Ahora viaja más de la cuenta. Vuelve pasado mañana. ¿Por qué no nos vemos mañana tú y yo?

Me cogió desprevenido. Balbuceé:

—Ah, sí, claro. Claro. ¿Dónde?

—En las dunas de Malandar, ¿no?

Mejor, por la tarde. Ella llevaba algo de merienda. Era inútil resistirse. Elena lo tenía todo calculado. Iríamos en su coche hasta el puerto de la lonja, me recogería en mi casa a las cuatro y media, tendríamos que llegar a buena hora para no esperar media hora a *Mi Carmiti II*, una barca más grande, nueva, más moderna que *Mi Carmiti* a secas. El hijo mayor de Salvador llevaba ahora el negocio. Me había negado a correr el riesgo de desanimarme cavilando si la propuesta de Elena era una travesura, un desafío, algún tipo de venganza venial, tal vez. No les dije nada ni a mi madre ni a Berta, solo que aquella tarde estaría tres o cuatro horas fuera, cosas del periódico. Yo también había intentado ser natural, superado el primer sobresalto, cuando le dije a Elena que sería una excursión estupenda. Un día espléndido de principios de verano. Un poniente corto, replegándose. La marea ya se estaba recogiendo, agrandaba la playa de El Espadero, la playa de La Calzada, la

playa del barrio de los marineros, el embarcadero del puerto de la lonja; habían tenido que ampliar el pantalán. El hijo de Salvador era bastante más joven que nosotros y para él solo éramos unos pasajeros más. Un matrimonio con una hija de catorce o quince años. Elena se había presentado con Angi. Angi se moría de ganas de conocerme. Solo conocerme. Se moría de curiosidad, me dijo Elena, y la chica me miró con una franqueza un poco impertinente. Pensaba quedarse apenas una hora en Malandar, había quedado con amigos.

Angi era una muchacha calmada, con un leve desajuste en sus movimientos, supuse que pasajero, propio de la edad. Se parecía mucho a Toni. El mismo pelo espeso y oscuro, una media melena cortada sin mucha gracia que me recordó la de la niña de la Compañía de María de la que estuve enamorado una vez, cuando era niño. Los mismos ojos de color aceituna de Toni. La misma nariz pequeña, los mismos labios, la misma mandíbula. No era una muchacha bonita, pero llegaría a ser, sin duda, una mujer de belleza potente y original. Nos acompañó durante el paseo por la playa de la otra banda, el hijo de Salvador nos había dejado un poco más lejos de Malandar de lo que solía dejarnos su padre. Su padre estaba bien, con sus achaques, nos dijo, le daría recuerdos de nuestra parte. De parte de Elena Ríos y de Miguel Durán, de Elena y Miguel, dije, y de Toni, añadió Elena, no hacía falta que le dijese nada más. Recuerdos de Elena, Toni y Miguel.

Angi subió con nosotros por las dunas hasta el letrero que lo prohibía todo. Las dunas como grandes toldos de lona cruda recién lavados y extendidos para que se blanquearan al sol. En algún momento, habían retirado los tablones y la alambrada del viejo cercado, pero seguían las prohibiciones. Prohibido acampar, montar sombreros o cabañas, pernoctar, hacer fuego, evacuar y dejar desperdicios de cualquier otra clase.

—Esto no ha cambiado —dijo Elena, y parecía divertida.

Angi decidió alejarse un poco, explorar el interior del pinar. Elena se sentó en la arena, muy cerca del cartel, y me indicó que me sentase a su lado. Luego, golpeó la arena a su otro lado y dijo:

—Aquí falta alguien. O a lo mejor no.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí, seguro que aquí mismo, estuvisteis Toni y tú solos casi una noche entera.

Me reí.

—Elena, no lo has olvidado.

—Desde luego que no, cariño. Lo pasé fatal.

Me tumbé en la arena. Era agradable, quizás curativo, aquel sol de una tarde de principios de verano en la cara, en el pecho mientras se caldeaba la camisa.

—Miguel —dijo Elena.

—¿Qué?

—No te duermas.

—Claro que no.

Me incorporé sobre los codos. Elena seguía con la vista fija en alguna zona de La Algaida, al otro lado de la desembocadura. Yo también miré al frente, a la playa de El Espadero, desde allí parecía un poco encogida a pesar de que entre el principio de la arena seca y el final de la arena mojada, con la orilla de la marea cubierta por una sospechosa espuma como una babilla que se va reseca en las comisuras de los labios, había casi doscientos metros.

—Elena —dije, procurando que ella notase que sonreía—, ¿qué más eres capaz de hacer, pedazo de rencorosa, para vengarte de aquello?

—Quedarme aquí contigo, los dos solos, hasta que se haga de noche, hasta que sea de madrugada. Hasta que Angi se asuste y llame a alguien y alguien venga a rescatarnos y se monte un escándalo.

Nos reímos. Angi, desde el borde del pinar, nos preguntó a gritos qué hora era. «¡Las cinco y diez!», le gritó Elena. «¡Me voy!», gritó Angi, ya nos había anunciado, mientras el hijo de Salvador nos dejaba en la otra banda, que se volvería en la barca de las cinco y media.

—Elena, ¿vas a dejar que se vaya sola en esa barca?

—Sí, ¿por qué? No va a ir sola. Ya tiene permiso para salir y entrar, solo la obligamos a estar en casa a las diez de la noche.

—¿Aquí hay cobertura?

—Ni idea —dijo Elena, y no se preocupó de comprobarlo.

Yo, sí. Había muy poca cobertura. En realidad, oscilaba, en cuestión de

segundos, entre muy poco y nada.

—¿Y si Angi necesita algo? ¿Y si te llama Toni? ¿Y si no puede contactar contigo y llama a Angi y ella le dice dónde estamos?

—Será cómico ver cómo pierde la compostura.

Se rio. Solo ella se rio. Vimos cómo Angi caminaba por la playa hacia el lugar donde el hijo de Salvador recogía a todos los que, en cada viaje, querían volver al puerto de la lonja. Caminaba de un modo raro. De pronto, aceleraba, corría unos pasos en zigzag, con los brazos abiertos, decidida, como si estuviera contenta. De pronto, se frenaba, se inclinaba y cogía un puñado de arena, iba soltando la arena poco a poco mientras seguía caminando, despacio, como si estuviera indecisa, como si estuviera preocupada, o triste. Otra vez, de repente, volvía a correr en zigzag, otra vez parecía feliz. Era un poco extraña, un poco imprecisa, Angi.

—Será una mujer guapa —dije.

—Supongo. No muy alta, seguro.

No solo la misma cara, también el mismo tipo de Toni.

—¿Tú crees que se enfadaría?

—¿Quién? ¿Angi? ¿Por qué?

—Angi no, mujer, no te hagas la tonta. Toni. ¿Tú crees que Toni se enfadaría?

—Conmigo, no, seguro —dijo Elena—. Contigo, sí, claro.

Volvió a reír. Demasiadas risas. Pero no daba la impresión de estar nerviosa, parecía despreocupada y alegre. Empezó a dibujar círculos en la arena con el dedo. No miraba lo que estaba haciendo, a veces los círculos se superponían, se mordían unos a otros.

—Lleva años enfadado contigo —dijo, y me di cuenta de que ahora no quería bromear—. A ver, a mí nunca me lo ha dicho. Así, tan claramente, nunca me lo ha dicho. Pero está enfadado contigo, y no se le pasa.

—¿Por qué? —intentaba convencer a Elena y, sobre todo, intentaba convencerme de que yo estaba realmente convencido de que no había ninguna razón para que Toni estuviese enfadado conmigo.

Un revuelo de gaviotas. Picaban en la orilla en busca de comida. Levantaban el vuelo. Planeaban como pequeñas avionetas merodeadoras.

Bajaban de pronto en picado porque habían divisado alguna presa. Un concierto dodecafónico de graznidos de gaviotas hambrientas. Un ballet descoordinado de gaviotas. Elena se quedó un rato observándolas.

—Te escapaste —dijo.

—¿Me escapé? ¿De dónde? ¿De La Algaida? Sí, eso es verdad.

—No. Bueno, sí, de La Algaida también, claro. Pero te escapaste de nosotros.

—Elena...

—Toni ya se quedó enfadado contigo cuando fuiste a despedirte porque, aquella noche, cogías aquel tren a Madrid para comerte el mundo.

Los trenes que pasaban junto al parque de La Victoria. Toni y Elena nunca cazaron un tren. Yo lo hice.

—¿Yo me escapé de vosotros? Vosotros ya habíais empezado a escaparos de mí. Estaba clarísimo que acabaríais casándoos.

—¿Y qué? —alzó la vista, buscando en el cielo una gaviota, lejos de la orilla—. Toni te quería mucho —añadió, e intentó aparentar que no le había costado decirlo—. Está enfadado contigo, pero te sigue queriendo mucho.

—Y yo a él también le he querido mucho. Le quiero mucho, Elena. Seguramente más que él a mí.

—Él te quiere más, te sigue queriendo más, seguro —dijo Elena, y lo dijo como si ella quisiera apuntarse parte del mérito de que Toni me siguiera queriendo tanto. Creí necesario decir:

—A ti también te sigo queriendo mucho, Elena. Y él, no digamos.

—A mí me habéis querido menos —dijo ella, en un repentino tono ligero, cantarín, coqueto.

Hice un gesto de protesta.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Quedarme aquí, ver cómo erais felices sin mí?

—Ver cómo éramos felices contigo.

—¿Conmigo? ¿Vosotros en vuestra casita, con Angi, en vuestro hogar, yo en casa de mi madre?

—¿Por qué no?

—No seas egoísta.

Elena se puso a borrar todos los círculos que había dibujado en la arena, aquellos círculos que se comían unos a otros. De pronto, dejó de hacerlo, se quedó quieta, en silencio. Estuvo un rato mirando cómo, a lo lejos, *Mi Carmiti II* dejaba en la orilla a otro grupo de pasajeros.

—¿Nunca nos has envidiado? —me preguntó, cuando yo ya empezaba a temer que estuviera arrepintiéndose de todo lo que había dicho.

—Nunca —dije—. Os he echado de menos, eso sí. ¿Vosotros nunca me habéis envidiado a mí?

—Yo, mucho. Toni, muchísimo. Seguro.

—A lo mejor por eso está enfadado conmigo.

—A lo mejor.

—Quizás lo que le ocurre es que está enfadado consigo mismo.

—Quizás.

—Quizás por eso ahora viaja tanto.

Elena no dijo nada.

—Perdona —murmuré, pero seguro que ella me podía oír—. No sé lo que habrás entendido.

—Que te echa de menos y te anda buscando por todas partes.

Nos reímos.

A principios de verano los días son largos y las dunas de Malandar seguían brillando como planchas muy flexibles de latón dorado, acostadas unas sobre otras, al sol. Elena se recostó sobre su brazo izquierdo y abrió el bolso que había llevado.

—¿Quieres un sándwich?

—No, gracias. He comido tarde.

—No importa —dijo ella, incorporándose—. Ya llegará la noche.

Yo me esmeré en poner cara de miedo y ella volvió a reír. Le conté que siempre había tenido sobre mi escritorio, en todos los apartamentos que había ido alquilando a lo largo de mi vida, aquella foto de los tres que nos sacó su padre, en aquel mismo sitio, la primera vez que fuimos a Malandar. Traté de explicarle, de explicarme, por qué nunca me había comprado una casa. Por convicción, o por desconfianza, por pereza, por hacerle un corte de mangas a los bancos, porque un hogar puede ser transportable, provisional, innecesario.

Porque me he pasado la vida esperando, bromeé, a construirnos los tres aquella cabaña, aquella casita, aquel chalé, aquel palacio, allí, en Malandar.

—Si Toni ha estado enfadado conmigo tanto tiempo —añadí—, durante bastantes años lo disimuló muy bien.

—No creas. A mí no me engañaba.

—La verdad, solo llegué a pensar que se había enfadado conmigo en serio cuando os conté lo de Filipinas. Aquella aventura, por lo demás tan pasajera, con aquel chico y aquella chica.

Ahora, la sombra del cartel que lo prohibía todo caía justo entre Elena y yo.

—¿Por qué nos lo tuviste que contar?

Toni, malhumorado, me había preguntado exactamente lo mismo aquel día.

Me levanté. Me sacudí la arena de la ropa, de las manos. Le tendí la mano a Elena para ayudarla a levantarse.

—Anda, es mejor que nos vayamos. Vamos a dar un paseo por la playa hasta que llegue la barca de las siete y media.

—Sí —aceptó ella—, me da pereza volver a estar en boca de todos. Y que Toni se empeñe otra vez en protegerme.

Empezamos a bajar las dunas, a caminar despacio por la playa, a desviarnos de vez en cuando del camino natural para inspeccionar un viejo fortín, para buscar conchas en la orilla. Nos inclinábamos para coger puñados de arena seca que íbamos dejando escapar entre los dedos poco a poco. A veces, Elena rompía de pronto a correr con los brazos abiertos, como Angi. De pronto, se detenía, me esperaba con una expresión muy comicon de perrillo avergonzado. Quizás Toni había intentado hablar con ella, había llamado a Angi, ya sabía dónde estábamos Elena y yo. Yo a veces le pasaba el brazo a Elena sobre los hombros, ella me pasaba el brazo por la cintura. Llegamos a las siete y cuarto al punto donde el hijo de Salvador recogía a los que querían volver y continuamos un poco el paseo. Sonó el teléfono de Elena y era Toni, ya había terminado el trabajo, preguntó qué tal le había ido el día, preguntó por Angi, él llegaría al día siguiente a media tarde. Elena no le contó nada.

Hicimos todo el trayecto de regreso —en la barca, en el coche de Elena— casi en silencio. El hijo de Salvador no mencionó a su padre, si le había dado recuerdos nuestros, si nos había dado recuerdos de su parte. Nosotros tampoco le preguntamos. Yo solo le dije a Elena, cuando bordeábamos la playa:

—Me ha impresionado lo de la marea. La línea de la pleamar está ahora a casi cien metros del muro de Montesión.

—Es cíclico —dijo ella, como si lo hubiera pensado antes, como si ya lo hubiera comentado con Toni—. Llegará el momento en que la marea vuelva a estar donde estaba.

Me llevó a mi casa, a casa de mi madre. Antes de entrar, decidí pasarme por la frutería de Paquito Lobón. Él no estaba, sigue malucho, me dijo su sobrina, ella se hacía cargo muchos días de la frutería. Compré kiwis. A mi madre le sentaban bien.

Fruta bendecida

Algunos días, mi madre bendecía la mesa dos veces.

Siempre era ella la que bendecía la mesa. Mi padre la dejaba. Bendecía la mesa antes de que nadie se llevase a la boca ni un pico de aceite, como se hace en cualquier familia cristiana que no se haya vuelto moderna, decía ella. Bendice, Señor, estos alimentos que hemos recibido de tu generosidad, amén. Pero si no tenía apetito, se encargaba de dejarlo claro. Bendice, Señor, estos alimentos que vamos a probar. Como si todosuviéramos la obligación de estar ese día inapetentes. Si eran días de ayuno, se lo recordaba a toda la familia como remedio contra la glotonería, ya desde la bendición. Bendice, Señor, estos alimentos que comeremos hoy moderadamente, como sacrificio para que Tú —remarcaba la mayúscula— remedies toda el hambre que hay en el mundo. Eran órdenes a Dios Nuestro Señor. Si había kiwis de postre, cuando Antonia traía el frutero mi madre daba tres golpecitos con el cuchillo pequeño en el vaso para el agua, exigía silencio, se concentraba y decía, sin apartar la vista de los kiwis:

—Ahora, Señor, bendice esta fruta rara que ha traído mi hijo.

Mi padre y yo nos reíamos con mucho cuidado. Berta, tan pequeña, también se reía. Así, durante años.

Hace tiempo que dejó de hacerlo. Mi madre dejó hace tiempo de bendecir los kiwis, digo. Ya se ha acostumbrado. Además, le sientan bien. Ha aprendido y aceptado que hay tres formas de comer un kiwi, según me enseñó en su día Paquito Lobón. La primera, a bocados, antes se le quita la

piel, claro, y te das cuenta de que tiene casi el mismo color que los higos chumbos después de quitarles la piel y las espinas, y también masticas las pepitas como las tienes que masticar si te comes un higo chumbo a bocados o como sea. La segunda, después de quitarle la piel, se corta en rodajitas como si fueras a comerte un plátano en plan fino, con cuchillo y tenedor. La tercera, cortas el kiwi por la mitad, por su meridiano, me dijo Paquito Lobón, y luego, con una cucharilla de postre, lo vas rebañando igual que rebañas los boniatos o los caquis o los huevos pasados por agua. Ahora, mi madre los prefiere cortados en rodajitas. Se le ha metido en la cabeza que así hacen más efecto. Los kiwis no son como los higos chumbos. Los higos chumbos atascan, los kiwis facilitan el tránsito intestinal. Lo dice así, tránsito intestinal, lo ha aprendido en los anuncios de la tele.

Berta limpió un kiwi —sin piel, como un higo chumbo más suave, más benigno— y lo cortó en rodajas para mi madre. Yo me limpié un kiwi y lo corté en rodajas.

La sonrisa irónica de Elena mientras cogía conchas en la orilla de la otra banda y luego las iba tirando una a una. Aviones que atravesaban las Torres Gemelas y las dejaban en llamas, humeantes, yo acababa de llegar a casa, acababa de encender la televisión. Me estaba desnudando. Cítricos Morató me desnudaba, un cirujano plástico excelente le había operado el cuello, mariquita, concéntrate, una mochila estaba a punto de estallar, debería mirar debajo de la cama. Angi se parecía a mí, el niño de Pirko se parecía a mí, ninguno de los dos se parecía mí. Las odiosas fiestas de la espuma. Una muchedumbre lloraba en la estación de Atocha. Una habitación del palacio de Persépolis como una caja vacía. Tantos viajes de ida y vuelta, ese tren desde mi casa provisional en Madrid hasta la casa de siempre de mi madre en La Algaida, ese tren como si fuera mi casa. Toni malhumorado. Angi con la misma cara de Toni, las mismas hechuras de Toni. El cuarto oscuro más grande de Madrid, de España, de Europa. Un tipo con argollas clavadas por todas partes. Un paradón prodigioso de Iker Casillas, un gol atropellado de Iniesta. Elena mordisqueaba un sándwich de jamón de York y queso, tirando miguitas de pan de molde a las gaviotas, trocitos de sándwiches, un sándwich entero, el sándwich se quedó flotando entero en la orilla, empapándose. La

invitación de boda de Rodrigo y «er Jairo». Banderas en Sol, saltos de alegría en Sol, hombres que besaban a otros hombres, mujeres que besaban a otras mujeres. El dedo pulgar en alto de Busti mientras se moría, mientras celebraba el sida como un éxito de la revolución. Todo aquello. El Asombro de Barbate. Tantos asombros. Un apartamento raquítico en el piso catorce, lleno de humedades, con un balcón que no tenía precio desde el que se veía la Casa de Campo. Toni estrechándome la mano como si acabara de comprarle un ternero. Todo claro, todo movido como una foto movida, en desorden, todo mordiendo todo los demás como los círculos que dibujaba y borraba Elena, aquella tarde, con un dedo, en la arena de las dunas de Malandar.

Todo aquello lo fui recordando, en aluvión, en cuanto recordé la primera vez que mordí un kiwi.

TERCERA PARTE

Viaje de vuelta

Después del incendio

Muchos meses sin una gota de lluvia sobre el coto, sobre la otra banda, sobre Malandar. Antes del incendio, durante el incendio, después del incendio ni una gota de lluvia. Ardieron más de diez mil hectáreas de zona forestal del parque natural, el viento cambiaba constantemente, avivaba el incendio. Un paisaje de pinos calcinados, de matorral reducido a ramas desperdigadas y achicharradas entre masas de ceniza. Los periódicos hablaban del inicio del fuego en una carbonería de Moguer, el viento de poniente arrastró ascuas encendidas a la vegetación, a los pinares, a las dunas del litoral. Los vientos variables desordenaban el fuego, abrían puñados de llamaradas en parajes desasistidos. Hasta que, al cabo de dos días, el viento cambió a levante, se fijó, evitó que el fuego saltara las fronteras del parque natural e invadiera el parque nacional.

Cuando me instalé en Villa Eulalia, a principios de octubre, ya apenas se distinguían desde allí los efectos del incendio, solo la primera línea de pinos, detrás de la playa de la otra banda y de las dunas, mostraban desde lejos una leve tonalidad grisácea. Había alquilado Villa Eulalia, la finca de la familia de Ernesto Méndez, por diez meses. La finca tiene una ubicación privilegiada, pegada a la playa, frente a la desembocadura y la punta de Malandar y el arranque del mar abierto, pero la casa, una construcción antigua de muros gruesos y techos altos, sufre los inconvenientes de su absoluta proximidad al mar. Una fuerte humedad en los meses fríos y nublados, la falta de protección contra el helador viento del norte y el afilado

viento de poniente, una sensación de aislamiento agravada por la playa casi siempre desierta y el mar casi siempre de color arenoso, un color siempre inhóspito, sobre todo en invierno. Las moreras siempre se podan en invierno, el césped siempre se reseca, el transparente alargado y podado que sirve de separación entre la finca y el camino privado al que dan otras casas, muchas de ellas vacías fuera de temporada, se llena de hojas secas y rígidas, indóciles. Dos enormes y venerables eucaliptos, uno junto a la alambrada que da a playa, el otro junto a la casa, invaden de sombra destemplada la parte delantera del jardín, el porche, el salón. Sin embargo, con un poco de cuidado, la casa es fácil de caldear, basta con una simple salamandra, un par de calentadores eléctricos o de gas móviles, y abrir las ventanas de todas las habitaciones los buenos y abundantes días de sol. La cocina y los baños son nuevos, amplios y cómodos. Ernesto me indicó el muy moderado alquiler mensual que pedían y me lo podía permitir. Solo durante diez meses, hasta finales de junio. Los meses de julio y agosto se los reservaban, bien para seguir veraneando allí la familia, bien para alquilar la casa por cuatro o cinco veces la renta que me cobraban. En verano, aquella finca, aquella casa, era casi un milagro en medio del creciente descontrol urbanístico de la zona. Esos dos meses viviría, en principio, en casa de mi madre, eso permitiría que Berta se tomara una quincena de vacaciones y que yo, en algún momento, hiciera algún viaje a algún lugar no demasiado caluroso.

La familia de Ernesto Méndez alquilaba Villa Eulalia porque Beatriz Lacave, ya muy cerca de cumplir noventa y tres años, tenía cada día mayores necesidades y requería más personas que la cuidaran, y lo mismo ocurría con la propia casa y la finca, caras de mantener. En invierno, Beatriz vivía en Jerez con uno de sus hijos, el hermano más joven de Ernesto, y parecía improbable que pudiera seguir aprovechando fines de semana o los días de Semana Santa, tan abarrotado el piso de Jerez de ruidos procesionales, en la casa de la playa. Por mi parte, quería probar otro modo de vida, al menos durante una temporada. Menos ciudad, menos prisas, menos planes culturales a destiempo, menos vida de jubilado urbano. Diez meses me parecía un buen periodo de prueba.

Maravillosas las mañanas radiantes, tristes las tardes nubladas, excitantes

las noches con viento desatado, sofocantes los amaneceres de otoño con luz eléctrica en la cocina hasta más allá del mediodía, muchas horas de lectura, largos paseos por la playa casi siempre desierta, tan distinta la playa bajo el sol temprano y en el atardecer de colores espesos y crecientes, los colores que al final, al borde mismo de la noche, se desvanecen transparentes y debilitados, la playa diferente en la pleamar y en la bajamar, muchas horas sentado en el porche, abrigándome quizás con una manta ligera, saliendo alguna vez en el coche a recorrer las afueras de La Algaida, bajar un par de horas al centro de la ciudad, indeciso a la hora de elegir, algún día, un restaurante, comer pescado un día a la semana, tres días a la semana con mi madre, con Berta o sin Berta, durante dos, tres, cuatro horas. Debería llamar a Toni.

Al bueno de Toni me lo había encontrado, hacía pocos meses, en Madrid, en un lugar que seguramente él consideraba inconveniente, por cómo reaccionó.

Muévete, cariño. Así se llama la discoteca. Buen nombre. Mucho mejor que Baila, Cariño, por ejemplo. Más provocativo, más sexy, más prometedor. Muévete. Era la discoteca nueva de la temporada. Frecuentada, sobre todo, por los cachorros gays de los partidos de derechas. Hay cachorros gays muy de derechas que están estupendos, contra eso no se puede luchar. Público treintañero, con llamativas excepciones por arriba y por debajo de esa edad. Nosotros, sin ir más lejos. Por encima de esa edad, digo, el amigo que me acompañaba, muy de derechas, y yo, muy adaptable. También Toni. Años sin saber de Toni. Años sin verle, adivinando su aspecto al cabo de tanto tiempo. Allí estaba Toni con un tipo un poco más joven que nosotros. Inconfundiblemente gay el tipo que le acompañaba. Inconfundible Toni.

—Hola, Toni.

Se quedó como embalsamado, como si no me reconociera, como si no quisiera reconocermelo y la inmovilidad facial pudiera ayudarle en eso.

—Muévete, cariño —bromeé—. Haz algo, gesticula, pon cara de algo, no sé. Muévete.

El amigo de Toni se rio. Mi amigo se rio. Yo comprendí que no debería reírme. Me reí.

—Pablo —dijo por fin Toni, y señaló al amigo que le acompañaba.

—Yo soy Miguel —me presenté a Pablo, y me pareció inoportuno hacer algún tipo de referencia a la muy antigua amistad entre Toni y yo. A saber lo que entendería Pablo.

Mi amigo se presentó a su vez:

—Hugo.

—Pablo y yo hacemos negocios —explicó Toni—, pero ya nos íbamos.

No quedó muy claro qué tenía que ver el que hicieran negocios con que estuvieran allí y con que se fueran ya.

—Qué bien —dije.

Me acordé de Elena. Qué bien, decía ella en los momentos en los que uno menos esperaba que dijese qué bien. Tuve que hacer un esfuerzo notable para no preguntarle a Toni por Elena. No sabía si el bueno de Pablo conocía el estado civil de Toni. Seguro que el muy retorcido le contaba a Elena que me había encontrado en Madrid por casualidad y que yo no le había preguntado por ella.

—Tienes muy buen aspecto —me dijo Toni.

—Tú también —y eso desde luego era completamente cierto.

—Bueno, nos vamos.

No fui capaz de discernir si Pablo, el amigo de Toni, o el ligue de Toni, o el que simplemente hacía negocios con Toni, estaba deseando salir de allí y largarse con Toni a algún sitio más cómodo, más tranquilo, más íntimo, o si le fastidiaba irse tan pronto y tan de repente. Pero Pablo era perspicaz, así que dijo:

—El bueno de Toni ha estado incómodo desde que entramos. Ha sido un placer.

Me estrechó la mano. También Toni me estrechó la mano. Como si acabara de hacer algún negocio conmigo. Los dos dejaron sus copas a medias.

—Ay —dijo Hugo—, los viejos amores...

Hice un gesto que no quería decir nada. No sabía qué decir. Hugo era un amigo no exactamente íntimo, no me iba a poner allí a contarle lo de Toni, Elena y yo, lo que yo ni siquiera sabía muy bien cómo contar.

Así que, ya instalado en Villa Eulalia, sería bueno que llamase a Toni. O quizás no. Uno de esos días. Uno de aquellos días tranquilos, levemente, maravillosamente tediosos, inconfundiblemente otoñales, lentos como solo puede serlo un día desocupado, un día tras otro, engañosos, cuando fuera a darme cuenta ya habrían pasado los diez meses para los que había alquilado Villa Eulalia, cuando fuera a darme cuenta todo seguiría siendo idéntico, nada seguiría siendo igual, seguro, vivir también es eso.

Tuvo que pasar casi un mes antes de que Toni me llamase a mí.

—No estaba seguro de que este siguiera siendo el número de tu móvil —dijo, en cuanto escuchó mi voz, en cuanto me oyó decir su nombre.

Me estaba reprochando algo, me estaba reprochando todo, quizás. Le gustaría hablar conmigo, dijo. ¿De Muévete, cariño? No estaría preocupado por lo que pudiera pensar yo, ¿verdad? No estaba preocupado, en absoluto. No lo parecía, desde luego. A lo mejor había estado entrenando para no parecer preocupado.

Acordamos quedar el día siguiente, miércoles, por la tarde. Vendría también Elena, claro. Pero Toni no parecía muy seguro de querer que también ella viniese. Decía que sí, pero era sencillo adivinar que él prefería que no. Quizás por eso, apenas una hora después de haber concertado la cita, Toni volvió a llamarme. Un imprevisto iba a impedirle ir a Villa Eulalia el miércoles. Quizás fuera verdad. Podíamos quedar en cualquier otra parte, yo estaba dispuesto a dar todas las facilidades. Pero Toni tenía mucha curiosidad por conocer Villa Eulalia. Sería mejor el sábado. A mí me parecía bien. Por la mañana. Bueno, quizás el día entero. Elena no podría acompañarnos por la mañana, había quedado con Angi para ir de compras. Angi estaba ya preparando su boda. Una boda en marzo, pero no te imaginas lo que supone en estos tiempos organizar una boda, celebrar una boda. Yo podía imaginármelo perfectamente. He disfrutado o padecido un surtido variado de bodas, bodas aburridas, conmovedoras, disparatadas, hilarantes. Bodas de las de siempre y bodas nuevas. Podíamos comer algo él y yo en mi casa. Un

almuerzo de hombres solos. Una comida fría, como máximo podríamos calentar algo en el microondas. Él traería provisiones, qué menos, El Capazo funcionaba maravillosamente. El Capazo era ya un supermercado mediano pero muy exclusivo, muy *cool*. Yo tenía en el congelador un guiso estupendo de lentejas que había guisado Mandy —era incapaz de recordar y pronunciar su nombre lituano, alguna cosa parecida a Mandy—, la chica que venía todos los lunes a limpiar la casa y a cocinar platos sencillos que yo congelaba y de los que podía echar mano a lo largo de la semana. Elena podría incorporarse después de la siesta, Elena no perdonaba la siesta ni por su querido Miguel Durán. Podía darme cuenta, por teléfono, de que Toni sonreía al decir «su querido Miguel Durán», pero no podía precisar si había sido una sonrisa cariñosa, irónica, sardónica, enrevesada. A Toni le gustaría hablar conmigo. A solas.

Se me hizo larguísima la semana. El tiempo, un caprichoso compañero de espera, de vida. El tiempo se alarga, se encoge, desespera, sorprende. De pronto era como si no tuviera que hacer otra cosa que esperar a Toni. En realidad, no tenía que hacer ninguna otra cosa que esperarle. Todo se convertía en esperar a Toni. Disfrutar el desayuno, la mejor comida del día, medio adormilado aún, con el frío todavía suave de la mañana, era empezar a esperar a Toni. Atrasar un poco el almuerzo, un truco estúpido para intentar reducir el tiempo de espera. Leer al atardecer, en el porche, abrigado, una distracción muy imperfecta para dejar durante un rato de esperar a Toni. Tomar un orfidal para dormir, un recurso tramposo para olvidar por unas horas que estaba esperando a Toni.

El sábado, a las once y media de la mañana. Toni tiene ahora un coche espectacular. Se ve de lejos que es un coche carísimo. No entiendo nada de coches, el mío es modesto y práctico. Le abrí la cancela lenta y chirriante para que aparcase dentro de la finca, en una especie de cobertizo de cañas y lonas habilitado como aparcamiento, no era prudente dejar aquel bicho mecánico tan exhibicionista, tan tentador, fuera de la finca, en el camino privado, sin vigilancia alguna, oculto por el transparente. Le acompañé para indicarle dónde era preferible que aparcase. Lo hizo con seguridad, con calma. Después de apagar el motor, permaneció unos segundos sentado al

volante, con la vista baja, como si necesitase controlar la respiración. Luego, bajó y me abrazó como si por fin estuviese a punto de irse lejos, en algún tren.

—Hola —susurró—. Así está mejor, los dos solos.

No fue exactamente una declaración de afecto. Me pareció más bien que me estaba advirtiendo cuidadosamente de algo, contra algo, pero no exactamente contra él, quizás contra nosotros. Fue él quien prolongó aquel abrazo bastante más de lo que yo habría sido capaz de imaginarme. Todas aquellas horas consumidas durante la semana esperando a Toni se me antojaron de pronto malencaminadas, desenfocadas, pero no porque confiase demasiado en un desenlace reconfortante y ahora estuviese decepcionado, sino porque había confiado demasiado poco. Toni jamás, ni en los mejores tiempos, me había abrazado así. Quizás aquella noche en Malandar, cuando me propuso sobre la marcha, o con premeditación y alevosía, como decía Antonia, quedarnos solos en las dunas, fantasear con la idea de que nadie nunca se empeñaría en rescatarnos. Pero aquel abrazo, tan infantil, no fue nada inocente. Este, en cambio, lo parecía.

Me pasó el brazo, con cierta dificultad —no era un hombre bajito, pero medía casi diez centímetros menos que yo—, por encima del hombro, y yo le abracé por la cintura. Cuando nos dimos cuenta de lo que estábamos haciendo, nos reímos.

Le enseñé la casa. Fue un momento al coche en busca de lo que había traído para comer y lo dejó sobre la mesa de la cocina. Embutidos excelentes, quesos excelentes, conservas caras, aceitunas aliñadas que a mí me gustaban tanto. Una caja de bombones, fuerte mariconada. Un frasco de cerezas en aguardiente. Muy viril. Puso en el frigorífico una botella del mejor amontillado de la zona —yo estaba seguro de que no había que consumirlo demasiado frío— y un par de botellas de manzanilla con una fama repentina e inmerecida. Un Pedro Ximénez joven que era preferible, por su edad, servir muy frío, quizás en la merienda. Seguro que Elena llevaba media vida al borde de la adicción sin medida al Pedro Ximénez. Las meriendas de Elena adulta con Lourdes Valdés y otras amigas. Aquellos helados de vainilla empapada en Pedro Ximénez. Las adolescentes calenturas de Elena

endulzadas con unas gotas de Pedro Ximénez. Bizcoletas de la Confitería Pozo con una copita de Pedro Ximénez. A Toni le gustó mucho la casa, mucho más de lo que había imaginado.

—Qué bien se ve desde aquí Malandar —dijo.

Yo sabía que lo iba a decir.

En el porche, a pesar de la sombra de los eucaliptos, el aire era templado, caldeado por un tímido levante en calma. Se habían retirado los esterones que protegían del sol excesivo de las tardes de agosto. Yo había rescatado del trastero unas tumbonas veraniegas que la familia de Ernesto Méndez había decidido guardar por considerarlas, con razón, impropias para el otoño, absolutamente impropias en invierno. Pero eran cómodas, recogían bien el cuerpo y, sobre todo, evocaban los días de sol, el olor del césped tras el riego nocturno por aspersores, las sábanas tendidas y todavía húmedas, el mar evaporándose por encima de la playa que no se alcanzaba a ver desde allí. Aún no era la una del mediodía y nos habíamos servido una copa de amontillado que habría necesitado enfriarse un poco más. Las aceitunas aliñadas eran como un álbum de fotografías de cuando yo era niño. Mi madre, que yo sepa, nunca llegó a bendecir las aceitunas aliñadas que se vendían al peso, en puestos ambulantes, en la trascuesta de la plaza de abastos, en fiambreras que tú tenías que llevar si querías que se conservasen en su agua, como los altramuces y las chufas, porque en cartuchos de papel de estraza se quedarían enseguida sequeronas. También cabía la posibilidad, más chapucera, de que te las sirvieran directamente en bolsas de plástico, con un cazo de su agua incluido. A mí me daban un poco de repelús las aceitunas servidas directamente en bolsas de plástico. Con lo que me gustaban.

—Elena llegará a eso de las cinco —dijo Toni—. Me ha dicho que, si le da tiempo a comprarlos, traerá sandwichitos de jamón de York y queso para merendar.

Nos reímos.

—Te quiero pedir un favor —allí estaba Toni, con su candor perfectamente fingido—. No le digas nada a Elena de aquella noche en Muévete, cariño.

Puse expresión de asombro. Como si nunca se me hubiera pasado por la

cabeza que Toni pudiera pedirme aquel favor.

—¿Aquella noche? Aparte de que te fuiste como si te hubiera pillado cometiendo pecados mortales en el Gran Cinema, y de que te dejaste la copa a medias, ¿pasó algo aquella noche en Muévete, cariño?

—No te hagas el pánfilo. Claro que no pasó nada. Ni después, que quede claro. Ni después. Pablo es solo un tipo con el que hago negocios.

—Gay.

—Sí, gay. Por eso, después de cenar, me propuso conocer Muévete, cariño, por lo visto es lo último en Madrid en ese ambiente. Me pidió que le acompañara. Me pareció bien, nada especial.

—¿Tú crees que Elena se enfadaría si lo supiera?

—Desde luego que no. Pero prefiero protegerla de esas cosas.

—Entiendo. Te has pasado la vida protegiendo a Elena de cosas así, ¿verdad?

A Toni se le alegró la expresión, hay personas a las que la picardía se les sube a la cara cuando menos se lo esperan.

—Bueno —dijo—, no siempre. No siempre.

¿Qué quería decir?

Desde hace algún tiempo, Toni se pasa media vida viajando, me había dicho Elena. La media vida que Toni no podía vivir con ella, quizás. Resultaba tentador intentar descubrir la otra vida de Toni, ese era el nombre del chalé que un heladero se había construido en las afueras de La Algaída. Solo que el heladero —en realidad, el dueño de una fábrica de helados y similares— no se llamaba Toni, se llamaba Pedro. La otra vida de Pedro, semejante nombre le había puesto al chalé. Quizás Toni, en sus correrías por su otra vida, se hacía llamar Pedro. La otra vida de Pedro.

—Claro que no le diré nada, prometido —pensé que no resultaba muy leal con ninguno de los tres prometérselo, pero lo hice—. Además, no veo en qué momento podría contárselo.

—A ver —dijo Toni—. Alguna vez os habéis visto a solas, ¿no?

Allí estaba aquello.

—Ah, eso. Te lo ha contado.

—Elena me lo cuenta todo. Una tarde agradable los dos solos en

Malandar, ¿no? Bueno, con Angi durante un rato. Nada especial, me dijo.

Muévete, cariño le parecía bien. Nada especial.

—Agradable, sí. Muy agradable. Bastante especial, si voy a serte sincero. Incluso emocionante. Y eso que ella se pasó casi todo el tiempo dibujando círculos en la arena y mirando las gaviotas. Y cogiendo puñados de arena seca para ir soltando luego, poco a poco, la arena entre los dedos, mientras paseábamos. Y yo aproveché un rato para tumbarme al sol en las dunas, completamente vestido, por supuesto.

Nos reímos.

—Eso me contó Elena, sí.

Me pareció claro que no se lo había contado todo. No le había contado lo que hablamos, no le había contado que ella me dijo que Toni siempre me había querido a mí, y me seguía queriendo, más de lo que yo jamás le había querido a él. O tal vez sí, tal vez también se lo contó. No, seguro que no. No sé.

—Muy bonita esta casa, cierto —dijo entonces Toni con aquella brusquedad muy encapotada, muy de Toni desde que Toni era chico, una manera muy suya de pedir por favor que dejásemos ya de hablar de algo.

—Alguna vez he envidiado a Ernesto Méndez por haber vivido aquí muchos veranos —dije—. Él ha llegado a confesarme que Villa Eulalia es la única casa que puede considerar su casa. Él es como yo, nunca ha tenido una casa en propiedad.

—Sois raros —Toni parecía tener ese concepto convencional de la rareza que tanta gente aparenta compartir, aunque con frecuencia se mueran por vivir de lleno alguna experiencia rara, desafiante, diferente.

—Afortunadamente, somos raros —afirmé, con un entusiasmo repentino y quizás algo teatral, y enseguida aclaré—: Y que conste que no me refiero, o no solo, a Ernesto Méndez y a mí, me refiero también a ti, a mí y a Elena. Si no fuéramos raros, ahora no estaríamos aquí hablando y esperando a Elena como lo estamos haciendo.

Toni no dijo nada. Se le había quedado una sonrisa que amenazaba ya con convertirse en hueca y mortecina. Alguien estaba intentando abrir el candado del portillo que permitía pasar a la playa desde el camino privado. En el

silencio de mediados de octubre, el sonido del candado y de las cadenas que lo sujetaban era como si algún animal inofensivo se quejara por haber pisado una costilla, una de aquellas viejas trampas endebles para pájaros menudos. Toni levantó la cabeza.

—Mucha gente, desde la carretera, cree que por aquí se puede salir a la playa —dije.

—Pero en la cancela de entrada hay un cartel que advierte de que es un camino privado.

—Ya.

Se sirvió otra copa de amontillado. La tercera copa de aquel amontillado extraordinario. Apenas había comido un poco de caña de lomo y un poco de queso. Sin pan, solo con picos de aceite, solo en La Algaida he visto yo que se vendan esos picos de aceite, los fabrica una panificadora local casi especializada solo en esos colines que tienen la consistencia justa, la suavidad justa, el tamaño justo. Hay veraneantes que, a su vuelta a casa, se llevan todas las bolsas que pueden. El coche lleno de bolsas de picos de aceite. Es barato y un poco ridículo. Menos ridículo, en todo caso, que un avión lleno de ensaimadas.

Yo aproveché para ir a la cocina y llevar al porche más queso, más caña de lomo, jamón, un chorizo que probé y sabía a carísimo y no olía a casi nada, más aceitunas aliñadas. Las latas de ventresca y de melva y de mejillones en escabeche y el tarro de cerezas en aguardiente decidí llevarlos sin abrir. Algunos platos y algunos tenedores pequeños. Toni no hizo el menor intento de ayudarme. Tampoco había ninguna necesidad de que me ayudara. Esperó, con aquella sonrisa desvaída, a que terminara el ajetreo y volviera a sentarme a su lado. Dijo:

—Elena y yo tenemos una casa. Un hogar.

—Yo he tenido un montón de hogares, Toni. Y no pongas esa cara que pareces mi madre. Ahora mismo, en este preciso momento, contigo, aquí, esta casa es mi hogar. Esta finca, este jardín, esa playa, la desembocadura, la otra banda, el coto, Malandar, todo esto visto contigo desde aquí es ahora mi hogar. Cada habitación, cada estudio, cada apartamento, cada piso, cada cama que alguna vez compartí con alguien que me quería y a quien yo quería, o

con alguien a quien le gustaba y que me gustaba, todo eso fue mi hogar. Un hogar pasajero, provisional, improvisado, efímero, vale, pero un hogar. Una butaca medio mugrienta en la oscuridad de un cine que olía a rayos, pero con alguien conmovido y entregado en la butaca contigua, fue mi hogar. Muchas veces. La cabina de una sauna en compañía de un joven buscavidas habilidoso y simpático, un cuarto oscuro con un fulano que era una ferretería ambulante, un reservado en un hamán con un boxeador tunecino, una discoteca en la que encontré lo que necesitaba, también Muévete, cariño, contigo allí, después de tanto tiempo, fue mi hogar, y mira que te fuiste deprisa. Y también te diré, sin la menor intención de halagarte, que hubiera renunciado a todos esos hogares por una cabaña, una casa, un chalé, un palacio, un hogar contigo y Elena en Malandar. Pero solo por eso. Recuerda que nos lo prometiste, que nos lo prometimos.

Toni había renunciado a una loncha de caña de lomo, a un trago de amontillado, a espantarse alguna mosca imaginaria, y había dejado la mano quieta encima de la mesa. Puse mi mano, con decisión, encima de la suya. Él no la rechazó. Le obligué a girar la mano para que pudiéramos entrelazar los dedos. Sus dedos fuertes, calientes, quizás todavía inseguros. Mis dedos. Nuestros dedos de más de sesenta años.

No quería abrir latas de conservas. No quería abrir el tarro de cerezas en aguardiente. No quería café. No quería bombones, una mariconada impropia de un momento como aquel. No quería moverse. No quería moverme. No era necesario decir nada.

Noté que se relajaba. Entonces dije:

—Ernesto Méndez a lo mejor se casa.

No pareció que la noticia le impresionara lo más mínimo.

—No ahora. No ya. Y no es nada seguro. En todo caso, tiene que esperar a que su premarido, como él dice, como dice el chico con el que va a casarse, treinta y tantos años más joven que él, se divorcie por segunda vez.

—¿Perdona?

Me reí.

—Ya te lo contaré.

—¡Cuéntamelo! —era como si acabara de descubrir un agujero por el que

escaparse.

—Ya te lo contaré, Toni. No voy a permitir ahora que te distraigas.

Toni puso cara de niño contrariado.

—Sólo te voy a decir que, al final, Ernesto Méndez va a caer en la tentación de formar un hogar. Seguramente es verdad que hay cosas para las que nunca es demasiado tarde. Yo sólo caería en esa tentación para formar un hogar contigo y con Elena, aunque tuviéramos que conformarnos con tener ese hogar por aquí, en esta banda, a este lado de la desembocadura, frente a Malandar.

Él cambió la expresión por otra de desganado reproche y cerró los ojos.

Toni, no pongas esa cara que de verdad pareces mi madre. Creo que te mueres de sueño. El amontillado, Toni. Venga, vamos a dormir la siesta. Se duerme muy bien la siesta aquí, en este porche, en estas butacas de verano que, en el fondo, son cómodas, en estas butacas uno tiene la sensación de que flota un poco. Si quieres, te traigo algo por si te preocupa enfriarte.

Venga, vamos a dormir la siesta como arzobispos.

Toni se despertó de pronto, alarmado, y se puso a mirar a todas partes, como si alguien estuviera acechándonos. En el cobertizo solo seguían aparcados, como David y Goliat si David y Goliat se hubieran concedido un par de horas para descansar juntos, su coche y el mío. La tarde ya empezaba a desdibujarse. Las cuatro y media. Elena aún no había llegado. Toni entonces se dio cuenta de que seguíamos cogidos de la mano y se levantó de golpe con el pretexto de ir al baño. Aprovechó para echar un vistazo alrededor de la casa con la excusa de estirar un poco las piernas, se asomó a la cocina, quizás Elena había llegado mientras dormíamos, quizás nos había visto cogidos de la mano, quizás estaba haciendo tiempo para no molestarnos, para evitarnos a los tres una situación incómoda. Elena no era así. Se habría reído, seguramente se habría emocionado. Nos habría despertado a voces y dando palmadas, urgiéndonos a espabilarnos, tortolitos. Era cómico, y casi tan enternecedor como Chaplin en una de esas películas en las que hace de

desvalido, ver a Toni tan inquieto. Mientras él estaba en el baño, el claxon de un coche sonó junto a la cancela de entrada a Villa Eulalia. Elena prefirió aparcar en el camino.

—Qué bien —dijo—. Estás estupendo.

—Tú estás estupenda.

Me dio un beso y me abrazó sin la desazón con la que me había abrazado Toni, con un entusiasmo confortable. Traía un paquetito de la Confitería Pozo.

—¿Sandwichitos de jamón de York y queso? —pregunté, y puse cara de pitonisa.

No reímos.

—Pastas. He pensado que no podíais merendar también jamón y queso, más jamón y queso. Ahora mismo vamos a prometernos los tres que nos olvidaremos para siempre de los dichosos sandwichitos.

Prometido por mi parte. Levanté la mano en señal de juramento solemne. Elena se volvió, empezó a caminar por el césped, se acercó a la alambrada que separa la finca de la playa. Se quedó quieta contemplando la desembocadura, la otra banda, el coto, Malandar. Cuando llegué a su lado me dijo:

—Qué lujo de sitio. Qué bien se ve desde aquí Malandar. ¿Cómo es posible que hasta ahora no haya conocido esta casa?

—Los Méndez son muy Méndez, muy reservados, nunca les ha gustado presumir de lo que tienen —bromeé—. Además, nosotros siempre estuvimos obsesionados con Vera del Mar y su alberca vacía, con Montesión y aquella piscina que se llenaba y vaciaba con las mareas.

—Esta casa tiene mucha mejor vista que las casas de Vera del Mar y Montesión, las de esas fincas quedan bastante más adentro.

No estaba seguro de que eso fuera cierto. Toni nos gritó desde el porche: «¡Pareja!». Cuando nos volvimos, él ya caminaba en dirección a nosotros.

—Toni me ha dicho que la has alquilado durante diez meses. Por ochocientos euros al mes, ¿es cierto? Una ganga. ¿Has dejado tu apartamento en Madrid?

Cuando Toni llegó a nuestro lado yo le estaba explicando a Elena el

enjuague que había organizado con mi último apartamento alquilado en Madrid. Siempre he alquilado apartamentos de inmobiliarias, nunca de particulares, los particulares siempre se acaban poniendo rácanos, pejugueras, metomentodo, siempre terminan necesitando el apartamento para un hijo o una hija que se independiza, que se casa, que se divorcia, o para venderlo por imprevistos económicos. Las inmobiliarias, si pagas puntualmente, no dan la lata, solucionan con agilidad cualquier problema que se presente, sustituyen sin rechistar cualquier electrodoméstico que se estropee. El último apartamento estaba bien, está bien, la renta es de mil euros. Un amigo cuyo segundo apellido es Durán, chusca coincidencia, estaba interesado en quedárselo, pero le resultaba excesivo tener que pagar un mes de entrada, un mes más de garantía, que le pignoraran en su banco el aval de seis meses, un seguro de hogar por el contenido. Y, además, yo no quería dejar el apartamento, no del todo, o no del todo todavía. Le dije a la inmobiliaria y al conserje del edificio que un primo mío iba a compartir el apartamento, que por supuesto lo seguiría pagando yo, aunque viajaría mucho, quizás pasara algún mes fuera. La inmobiliaria no puso ningún inconveniente. Ahora la mecánica es un poco complicada, pero nada más. Rafael Contreras Durán me ingresa el día 2 de cada mes los mil euros, y yo el 4 de cada mes, para cumplir con el plazo de pagos que establece el contrato, los ingreso en la cuenta de la inmobiliaria, ahora las transferencias por internet son cómodas y no tienen comisiones. Y pasaré cada mes, cada mes y medio por el apartamento para que el conserje me vea, aunque no me quede a dormir, seguro que voy a tener que ir a Madrid de vez en cuando para respirar aire contaminado.

—O sea —dijo Toni—, un Airbnb camuflado.

—Un Airbnb apañado —le dije—, es el signo de los tiempos. Hogares cada vez más provisionales.

Habíamos vuelto ya al porche.

—¿Tienes por ahí otra butaca de playa como estas? —preguntó Elena.

—Siéntate aquí, yo voy por otra.

Cuando regresé con la butaca, solo tuve que ponerla junto a Elena para que ella quedara en el centro, entre Toni y yo, como tantas otras veces, como

cuando nos tumbábamos a tomar el sol junto a la alberca vacía de Vera del Mar. Los tres nos recostamos. De reojo vi que Elena cogía a Toni de la mano. Elena me preguntó por mi madre.

—Entre la guerra de Ucrania y la paz de Honduras —le dije.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Se miraron. No entendían, claro. Elena me pidió:

—Explícame eso.

—Antes voy a hacer café.

Ucrania era de mediana edad, de estatura normal, enorme de todo lo demás. Enorme pechera, enorme estómago, enormes nalgas. Rubia de bote, siempre enseñaba las raíces negras del pelo, quizás fuera una coquetería ucraniana o, simplemente, la necesidad de ahorrar todo lo posible le tenía vetada la peluquería, pero, en cualquier caso, tampoco se tomaba mucho interés en remediarlo mediante tintes domésticos. Ucrania tenía unos potentes, muy azules, implacables ojos ucranianos. Su tono de voz era enérgico, exigente, desafiante, de sargento de infantería ucraniano. Se llamaba Hallina.

—Miguel, ¿se dice ucraniano o ucranio?

—No sé, Elena. Ella decía ucraniana.

Ucrania se desesperaba porque ni Berta ni yo ni, por supuesto, mi madre acertábamos a decir bien su nombre, Hallina. Estaba dispuesta a martirizarnos el día entero, día tras día, hasta que lográsemos pronunciar su nombre en impecable ucraniano. «Alina, por favor», le decía Berta, y, antes de empezar a pedirle el favor, Ucrania decía: «No entender». Berta lo intentaba entonces de la otra manera: «Por favor, Alina». Entonces, Ucrania se arrancaba ya como un papagayo metálico, mecánico, frenético: «Hallina, Hallina, Hallina», pronunciado nunca acerté, nunca acertó Berta, nunca acertó mi madre a saber cómo. Si alguna vez Berta o yo o mi madre acertaba de chiripa con una pronunciación aproximada, Ucrania reverberaba como el eco dentro de una gruta ucraniana y se empeñaba en que el afortunado o afortunada lo repitiese con resultados tan catastróficos como la respuesta militar de Ucrania

a un bombardeo ruso. «Hallina, Hallina, Hallina.»

—¿Y se puede saber de dónde sacasteis tan despampanante ejemplar?

—De un castin.

Ahora todo se saca de un castin. La señora que se quedaba por las tardes con mi madre, un encanto algaideño, tuvo que dejarnos porque su marido cayó seriamente enfermo. Entonces emprendimos la penosa, desesperante, agotadora tarea de elegir a una interna mediante un castin. Una interna era ya lo mejor para mi madre. Berta me suplicó que viniera desde Madrid a ayudarla. Al final hicimos como si Libia hubiese elegido a Gadafi en un castin, elegimos a Ucrania. Tenía al marido con incapacidad total en Ucrania, tenía en Ucrania una madre octogenaria y con cataratas, un hijo treintañero sin nada que hacer, también tenía un hijo veintañero trabajando de feriante por toda la costa mediterránea. Tenía una actitud diligente, decidida, hacendosa, tenía una sonrisa que a Berta y a mí nos pareció maternal, o matriarcal, ahora que lo pienso no sabía si era lo uno o más bien lo otro. Le decíamos a Ucrania: «Alina, la dentadura de mi madre». Y Ucrania decía: «No entender». Se escaqueaba todo lo que podía de estarse quietecita acompañando a mi madre. Siempre tenía algo que planchar, bragas suyas que lavar, naranjas que exprimir, la cocina que limpiar. Limpiar la cocina hasta dejarla como los chorros del oro por la mañana, a mediodía, después de comer, a media tarde, por la noche debía de ser el primer mandamiento ucraniano. Iba Berta a la cocina, iba yo, a beber un vaso de agua, y al instante estaba allí Ucrania metida en un zafarrancho de limpieza de la cocina entera. Cuando Berta, desesperada, exasperada, le dijo una, dos, tres veces que era un despropósito limpiar tantísimo y a todas horas la cocina, Ucrania lo primero que dijo fue: «No entender. ¿Qué ser depósito?». Cuando por fin decidió entender, más que nada por librarse de Berta, dijo: «Mi madre castigar si no dejar siempre cocina como nueva». Escamondar la cocina como una ametralladora limpiadora y abrillantadora, una y otra vez, debe de ser un trauma de infancia que arrastran de por vida todas las mujeres ucranianas.

—¿Y cuánto tiempo aguantasteis tan amena invasión por parte de Ucrania?

—Toni, no me gusta el sarcasmo. Ocho meses. Estuvo con nosotros ocho

meses. Es que no te imaginas el vértigo que da despedir a una interna y hacer un castin de nuevo para contratar a otra interna.

Ucrania le exigía a Berta que le comprase leche desnatada, pero se ponía ciega de leche condensada. Siempre faltaba en la alacena leche condensada. Ucrania no comía fritos, pero desayunaba rebanadas y rebanadas de pan blanco con un dedo de paté de cerdo. Siempre te encontrabas en la nevera un bote enorme de paté de cerdo. De pronto le plantaba a Berta en las narices una lista interminable escrita casi en ucraniano, o me la plantaba a mí si estaba en casa de mi madre, y decía: «Comprar». Sonaba como si dijese: «¡En marcha!». Yo, si estaba en casa de mi madre, bajaba e iba a El Capazo a comprar todo lo que pudiera o entendiera de la lista, me pasaba por la Frutería Lobón a comprar la fruta de la lista, incluidos kiwis, muchos kiwis que le sentaban bien a mi madre y a Ucrania, compraba en una droguería de toda la vida los productos de limpieza que toda Ucrania debe de necesitar a lo largo de un año entero. En cuanto volvía a casa de mi madre, Ucrania me ponía delante de las narices otra lista interminable y me decía: «Yo olvidar. Comprar». Y allá que iba yo de nuevo, como un adicto al *shopping* básico, y, al volver a casa, tenía que ducharme. Ucrania, en cambio, solo se duchaba de noche, y le teníamos dicho y redicho que lo hiciera antes de cenar, o ya después de que mi madre se acostara, porque mi madre podía necesitarla en cualquier momento, pero nada más terminar de dar de cenar a mi madre y dejar la cocina, otra vez, como una patena vaticana, pasaba como un trueno ucraniano por el pasillo y decía sin detenerse: «Yo duchar». Habría sido necesaria una patrulla de negrazos americanos de la policía para impedirselo. Luego, se encerraba en su cuarto para hablar por teléfono con aquel hijo suyo que andaba por alguna feria mediterránea o con toda su familia en Ucrania, y si mi madre se ponía nerviosa y exigía, con su indomable carácter, acostarse de una vez y Berta o yo íbamos a golpear la puerta de la habitación de Ucrania, Ucrania decía: «Momento». Y seguía hablando en ucraniano todo el tiempo que le daba la gana. Durante una temporada, le dio por exigir que le comprásemos un buen repollo para hacer un delicioso plato ucraniano con malolientes hojas de repollo. Berta se negaba a comprar el repollo. Yo me negaba. Pero un día, yo, que soy un blando como no para de reprocharme mi

hermana, al pasar por delante de una frutería de las de siempre, en la otra punta de La Algaida, tuve la debilidad de entrar a preguntar si tenían repollos. Tenían. Compré un repollo bien hermoso y tuve que pasearlo durante horas por toda La Algaida. Luego, Ucrania nunca encontraba la ocasión para hacer algo con el repollo.

—¿Y era al menos cariñosa con tu madre?

—Solo te voy a decir, Elena, que mi madre decía cada dos por tres, con todo su carácter y todo su estilo, en las mismas narices de Ucrania: «Qué antipática es esta señora».

—Por Dios.

—El 30 de julio Ucrania se fue de vacaciones, y el 11 de agosto le mandamos un whatsapp diciéndole que no volviese y que el finiquito que le correspondía se lo habíamos ingresado en su cuenta. Ya ves, ahora me da un poco de lástima Ucrania. Un blando, es que soy un blando. Eso sí, ahí sigue el repollo. Intacto, el repollo. Implacable la decadencia del repollo. Menos mal que después de la guerra de Ucrania llegó la paz de Honduras.

Honduras es gordita, bueno, muy gordita, tremendamente gordita, pero con una fuerza gordísima. Veinticinco años. Si tiene que cambiar de silla a mi madre, si tiene que acostarla, si tiene que ducharla, la agarra y la mueve como si mi madre fuera su ángel de la guarda y la cambia de un sitio a otro, de una postura a otra, la traslada a un universo paralelo si hace falta, como si mi madre volara. No como Ucrania, que se pasaba el día advirtiéndonos de que se iba a quedar lisiada de tanto tener que levantar a mi madre, sentar a mi madre, mover a mi madre, ducharla. Honduras, cada tarde, en sus tres horas libres, se va a un gimnasio, le encanta el fitness, le encanta levantar pesas. Honduras es de un pueblo perdido de Honduras, se llama Sindy —no el pueblo, ella—, Sindy, como la Crawford, pero a su manera, yo la llamo Sandi, o Deisi, o Sany, y ella se ríe como un pueblo entero riéndose a carcajadas. Suena a gloria cómo se ríe. Ciertamente que no es como Linda Evangelista, las pastillas se las lleva a mi madre a pelo, en su tremendo puño cerrado, como si le llevara un puñado de maíz a su cabra preferida. Berta intenta inútilmente corregirle esos traumas rústicos de infancia que deben de tener tantas muchachitas hondureñas. Si Honduras quiere comprobar si el

puré que toma mi madre está caliente o templado o frío, mete el dedo en el puré. Si hay que quitarle o ponerle a mi madre la dentadura postiza, le mete sus enormes dedos hasta los huecos donde alguna vez estuvieron las muelas del juicio. No como Ucrania, que todo, todo, todo y no solo la dentadura postiza —los medicamentos, los pendientes, el pendentif, el reloj, la crema de cara, la crema de manos, la barra de labios, todo— se lo llevaba a mi madre en platitos, en bandejitas, con primorosos mantelitos, con primorosas cucharitas, aunque luego se quedaba con los brazos cruzados sobre su gran vientre ucraniano, miraba a mi madre con sus ojazos extraídos directamente de las montañas más escarpadas de Ucrania, y le decía: «Señora Mati, usted hacer». Honduras pone la mesa como quien pone encima del mostrador de una ferretería piezas variadas para que el cliente escoja, pero da de comer a mi madre con mucho cariño, con mucha paciencia, con mucho encanto, con mucho dedo dentro del puré, eso sí. No como Ucrania. Ucrania no consentía que ni Berta ni mi madre ni yo tocásemos nada encima de la mesa, salvo cada cual sus propios cubiertos. Ucrania ponía siempre, siempre, siempre mucho protocolo matriarcal ucraniano en la mesa, lo traía y llevaba todo, lo manejaba todo —las bandejas, la jarra de agua, la cesta del pan, el cestito con los picos de aceite, las palas de servir, los cubiertos de servir— como una estricta ama de casa ucraniana y luego se sentaba con nosotros tan campante a comer como una ucraniana. No bendecía la mesa porque no sé si en Ucrania se bendice la mesa y porque mi madre ya se ha olvidado de bendecirla, que, si no se hubiera olvidado, Ucrania no bendeciría la mesa ni amordazando a mi madre. Honduras siempre come tarde y sola en la cocina a pesar de lo que protestamos para que coma con nosotros. Honduras come sobre todo huevos, muchos huevos, muchas patatas, mucho arroz, hamburguesas de tres en tres, y todo con litros de tabasco y litros de Coca-Cola. Sany, o Sandy o Deisi o Sindy —yo nunca me acuerdo a la primera de cómo se llama de verdad Honduras, y ella siempre se ríe como un orfeón de risas— es dulce, paciente, amorosa, le coge las manos a mi madre para calmarla cuando hay que calmarla, le calienta las manos a mi madre con sus manos si mi madre tiene frío, la abanica si mi madre tiene calor, la llama todo el tiempo guapa, le pinta las uñas como si mi madre tuviera veinticinco años. Ucrania, además de

anunciarnos tres o cuatro veces al día que terminaría parapléjica de tanto levantar, sentar, acostar a mi madre de día y de noche, nos amenazaba también con morir de triple neumonía en el pasillo cuando salía del baño, sudando como las cataratas del Niágara, después de bañar a mi madre. Honduras es evangélica y se pasa todo el día cantando salmos evangélicos, una sobredosis de salmos evangélicos, la verdad. Alina se pasaba el día entero obligando a Berta, obligando a mi madre, obligándome a mí cuando estaba en la casa de la calle Infantas, a despellejarnos la garganta hasta aprender de una vez a pronunciar Hallina. En cuando nos descuidábamos, Alina se hacía con el mando de la televisión y ponía las noticias, pero le aburrían las noticias políticas, ella solo quería noticias de bombardeos, atentados, crímenes, masacres, y mientras las veía se quejaba como una hembra de mamut parturienta. En cuanto nos descuidamos, Honduras se hace con el mando de la televisión y pone un canal en el que a todas horas emiten culebrones venezolanos, mexicanos, no sé si hay culebrones hondureños, y le va explicando a mi madre todas las vicisitudes chistosas, gozosas o atormentadas de los protagonistas de los culebrones. Cuando Honduras no canta salmos evangélicos, canta canciones de Juan Gabriel. Honduras duerme como si toda la corte celestial le bendijera cada noche el sueño, y no se levanta hasta que lo hace mi madre, así sean las dos de la tarde y hayan reventado sucesivamente o al mismo tiempo el calentador del gas, el termo eléctrico, el frigorífico, el friegaplatos, la lavadora, la secadora, la freidora, la vitrocerámica y el tostador de pan. A Honduras le gusta mucho cantarle a mi madre, muy cerquita, una canción que ella adora de Juan Gabriel, *Querida*. Algunas mañanas, a mediodía, mi madre se despierta y lo hace canturreando algo que se parece bastante a *Querida*.

—Honduras parece una chiquilla adorable.

—Lo es, Elena, lo es.

—Ojalá yo tenga quien me cuide así cuando llegue a la edad de tu madre.

—Bueno, nos casamos los tres, puede que uno de los tres aguante mejor que los otros dos y los cuida igual o mejor que Honduras.

—Miguel, no digas tonterías.

—No es ninguna tontería, Toni. Miguel tiene razón. Y a mí no me

importaría ser la que os cuidara.

Toni hizo un gesto de impaciencia. Quería cambiar de conversación.

—Aquí ya empieza a hacer frío —dijo.

—Ay, Toni, yo no tengo frío. Y se supone que las chicas tenemos siempre más frío que los chicos.

—Ya es hora de irse. Mañana he quedado temprano con Lorenzo Osborne en el Náutico para jugar una partida.

—Cariño, no importa que llegues un poco dormido. Lorenzo te va a ganar igual que siempre.

—Gracias, cariño, y deja ya de meter palito en candela.

—Coño, Toni, eso lo decía Antonia. ¿Os acordáis de Antonia? Era la niñera de casa.

—Claro que me acuerdo de Antonia. Casi mejor que de Rocío, y eso que Rocío era mi niñera, pero era mucho más gamberra y divertida Antonia. Toni, ¿tú te acuerdas de ellas?

—Yo nunca tuve niñeras.

—Caramba, Toni, cuánto resentimiento social.

—Vete a la mierda, Miguel.

—Chicos, paz, haya paz. Menos mal que yo estoy aquí, Elena la pacificadora. Yo, Mensajera de la Paz honoraria.

—Elena, ahora mismo presento tu candidatura al Nobel de la Paz. Y ahora caigo. Alguien me ha dicho que el Náutico compró el terreno de al lado, donde estaba la fábrica de botellas en la que trabajaba mi padre, y ha hecho ahí un coqueto campo de golf. Mi padre era químico.

—Ya sé que tu padre era químico, tu madre no paraba de decirlo.

—Toni, por favor.

—No pasa nada, Elena, Toni lo ha dicho con mucho cariño. Él siempre me ha tenido a mí más cariño que yo a él. ¿No era eso?

—Pues no, Miguel, yo no te dije exactamente eso.

—Vale. En cualquier caso, a lo que iba, yo no he pisado en mi vida un campo de golf.

—Me imagino. Tú solo pisas sitios como Muévete, cariño.

—¿Qué es eso? ¿Muévete, cariño? Parece el nombre de un puticlub.

—Una discoteca de Madrid, Elena, te lo conté. Nada que ver con un puticlub precisamente.

—Como ya veo que os lo contáis todo, o casi todo, te puedo dar más detalles, Elena.

—Vale, Miguel, no sigas por ahí. Elena, tenemos que irnos. Ya es casi de noche.

—Venga, Toni, no seas aguafiestas. Quedaos a cenar. Puedo calentar unas lentejas buenísimas que hizo el otro día Lituania. Las descongelé esta mañana por si acaso. Solo hay que calentarlas.

—¿Lituania? ¿Quién puede llamarse Lituania? —preguntó Elena, asombrada.

—La chica que viene a limpiar y a cocinar algo un día por semana. Se llama Mandy, es de Lituania. Se parece muchísimo a Honduras. De carácter, digo, nada que ver con Ucrania.

—Venga, voy contigo a la cocina y te ayudo.

—Elena, es tarde.

—Yo siempre he pensado, cariño, que nunca sería demasiado tarde.

—Un momento. Tiempo muerto. Esa frase merece un comentario de texto. Voy a encender la luz del porche. Solo del porche, todavía no la de la cancela. Ya veréis qué curioso. De pronto, más allá del porche, todo se volverá totalmente oscuro, como si todo se lo tragase la tierra, bueno, más bien el mar.

—Eso, cariño, mientras tú contemplas ese fenómeno paranormal, yo ayudo a Miguel a preparar la cena. Qué poquitas veces como lentejas.

—Yo me voy en mi coche, Elena. Tú tienes el tuyo aparcado fuera, ¿no? Supongo que sigue ahí.

—¿Y me vas a dejar otra vez sola con este caballero?

—Ningún problema.

—Qué atravesado estás hoy, cariño.

—Por Dios. Venga, vale, está bien. Mi derrota de mañana contra Lorenzo Osborne caerá sobre vuestras conciencias. Pero os espero en el salón. Tengo frío.

—Qué bien.

Tengo que cambiar las bombillas de las lámparas de la cocina. La familia de Ernesto Méndez había tenido el buen gusto de no poner fluorescentes pegados al techo, pero las bombillas de las lámparas eran débiles, son débiles, antiguas. Cuando Elena dijo «¡qué bien!» no supe a qué se refería: a que iba comer lentejas, a que Toni por fin había optado por quedarse hasta la cena en Villa Eulalia, a que Toni iba a perder de nuevo contra Lorenzo Osborne, a que aquella derrota caería sobre nuestras conciencias, a que todo, incluso Malandar, se lo iba a tragar la noche. Desde el salón empezó a llegar el sonido de la televisión.

—Está nervioso —dijo Elena.

—Cuando le contaste que pasamos aquella tarde en Malandar, ¿le contaste todo lo que hicimos, también todo lo que hablamos?

Elena se rio.

—Pregúntale a él.

Elena quería jugar. Conservaba una coquetería infantil, adolescente, joven que quizás se había quedado suspendida, cuando ella y Toni se casaron, en algún lugar de su memoria mientras el resto de lo que ella empezó a ser a partir de ese momento se alejaba poco a poco de todo lo que fuimos. Pero otra vez estaba allí aquella coquetería, como apareció durante unos minutos mientras estábamos los dos solos en Malandar, con la misma y sorprendente vitalidad de los brotes verdes que, según aquel reportaje que yo había leído, asomaban ya en el paisaje quemado de los alrededores del coto. Las lentejas, en cuanto empezaron a calentarse, olían levemente a Lituania.

—¿Esa chica qué le pone a las lentejas?

—Ni idea. Audacia, a lo mejor.

Nos reímos. Lentejas con audacia. Elena decidió que comiéramos en la cocina. Como en cualquier hogar que no sea tiquismiquis, dijo. Yo expresé de pronto mis dudas de que cenar lentejas fuese una buena idea, no parecía lo mejor para irse después a la cama.

—¿Hay algo mejor que irse a la cama con audacia? —allí estaba de nuevo

aquella coquetería juguetona de Elena, como si los tres estuviéramos rejuveneciendo de golpe treinta, cuarenta, casi cincuenta años.

Elena fue a avisar a Toni. Dejó de oírse el sonido de la televisión. Él había empezado a ver una serie estupenda y se quejó. Se quejó de que cenáramos en la cocina. De que cenáramos lentejas. Lentejas con audacia, dijo Elena. Toni puso la típica expresión del cazurro que presume de desconfiar de la cocina creativa. Fingía. No era mal payaso. Era fino haciendo el payaso. En realidad, todas aquellas quejas, aquellas muestras de prevención contra las legumbres en la nueva cocina, contra la audacia, estaban suavizadas por la ironía. Toni no parecía nervioso, como había dicho Elena, parecía mucho más relajado.

—Miguel, bendice la mesa —me pidió Elena, burlona.

—Bendice, Señor, estos alimentos que por tu infinita bondad vamos a recibir —recité de carrerilla.

Toni cabeceó un poco mientras escudriñaba las lentejas, mientras buscaba la audacia, sonriente, comprensivo con las chiquilladas de una caprichosa noche de sábado. Elena dijo amén y aplaudió.

—Así que Angi se nos casa —dije—. Os parecerá mentira.

—Toni lo está deseando —dijo Elena, guasona, y Toni protestó sin mucha convicción—. Está deseando que nos mudemos de casa con el pretexto de que el piso se nos ha quedado, sin Ángela y ahora sin Angi, demasiado grande. Está deseando dejar todos, y quiero decir todos los negocios en manos de Angi y de Guillermo, el yerno ideal.

—Podríaís comprarle Villa Eulalia a los Méndez. Creo que piensan pedir, como mínimo, un millón doscientos mil.

Toni fingió sorprenderse. Mucho dinero, dijo. El terreno lo vale, sin duda, y la casa tiene mucho encanto. Pero es dinero. Era dinero. Mucho.

—¡Cariño! —Elena fingió horrorizarse como una diva frente a un estado imprevisible de su cuenta bancaria en números rojos—. ¡No puedo creer que no tengamos ese dinero! ¿No tenemos ese *cash*?

Nos reímos.

—Yo podría aportar algo —dije, y adopté una teatrera postura de Gran Gatsby.

—¿Cuánto? —preguntó Elena comiqueando, remendando la ansiedad de una niña glotona.

—Mis ahorros. Cincuenta mil como máximo. Bastaría, ¿no?

—¡Qué bien!

Toni se inclinó sobre Elena y la besó en la mejilla. Parecía contento. Parecíamos contentos. Comíamos despacio las lentejas, Toni intentaba de vez en cuando apartar algo, como si intentase apartar la audacia. Se levantó una brisa afilada de poniente y tuve que cerrar la puerta de la cocina. Desde allí, el césped, la playa, el mar, Malandar habían desaparecido. Apenas se distinguían las luces de las boyas que parpadeaban —rojo, verde, rojo, verde— para señalar el canal. Un nubarrón seguramente inofensivo tapaba la luna. En el frutero había dos hermosos racimos de uva que Lituania me había regalado, la familia algaideña de su marido tenía un campito con algunas cepas que mimaban y, los años buenos, daban una excelente uva de mesa para consumo familiar. Mientras les quitaba la piel y las pepitas a mis uvas una a una, dije:

—Traje los prismáticos. Creo que ha desaparecido el cartel que lo prohibía todo en Malandar, el incendio se lo llevó. Podríamos aprovechar.

—Podría hablarse —dijo Toni, con ese tono de voz que se usa para jugar alegremente con un desvarío.

Imposible saber si podría hablarse de aprovechar la desaparición de las prohibiciones en Malandar o de comprar Villa Eulalia.

—Elena me ha dicho hace un momento que te lo preguntase —dije, impaciente—. Que te pregunte si te contó todo lo que habíamos hablado ella y yo aquella tarde en Malandar.

Toni miró a Elena. Ella se encogió de hombros y abrió los ojos como una niña interrogada sobre una trastada. Toni se incorporó e hizo un intento raro, inoportuno, de recoger los platos para llevarlos al fregadero. Elena le puso una mano en el brazo, no le iba a servir de nada salirse por la tangente, como habría dicho mi madre. Toni volvió a sentarse y fijó la vista en el mantel de

cuadros que Elena había encontrado en el primer cajón del aparador que abrió. Había una sombra elíptica sobre el mantel, la luz de la lámpara producía aquel efecto molesto, sospechoso, como la sombra del enorme pie de algún animal gigantesco que hubiera suspendido en el aire un pisotón sobre nuestra cena. Allí estaba aquella sombra. A lo mejor era un animal gigantesco, pero considerado. O una mancha. Como si el mantel tuviese una mancha que de pronto había dejado de extenderse.

—Muévete, cariño es una discoteca gay —dijo Toni, y creo que solo él pensó que aquella revelación repentina venía a cuento.

—Ya lo sé, Toni. Encontré una cajita muy estilosa de cerillas en el bolsillo de tu chaqueta y la ilustración no dejaba lugar a muchas dudas.

Recordaba ese dibujo, dos hombres que bailaban muy pegados por la pelvis, con los brazos en alto.

—Fui con Pablo, eso es verdad. Sabes quién es Pablo. Del Río. Me pidió que le acompañara. Sabes que él es gay. Y allí me encontré con Miguel. Me fui enseguida.

—Qué bien —dijo Elena, y de pronto estaba triste—. Si las cosas hubiesen sido igual que ahora cuando éramos niños, seguro que a mi padre no le habría pasado lo que le pasó.

Toni volvió a besarla en la mejilla. Yo también. Eulogio Ríos, el hombre más guapo de La Algaida, el más elegante, el hombre de las camisas modernas. El hombre de los prismáticos último modelo con los que quizás, ahora, de noche, habríamos podido ver incluso Malandar. Quizás mejor no ver Malandar, mejor imaginarnos las dunas, recordarlas, inventar cómo eran, cómo habrían sido. Elena se había sentado en la cabecera de la mesa. Toni, a su derecha. Yo, a su izquierda para tener más a mano la vitrina de la cristalería, el platero, la olla con las lentejas con audacia, el frigorífico, por si alguien necesitaba un vaso, una copa, por si alguien quería repetir lentejas a pesar de la hora, por si alguien quería otra fruta que no fuesen uvas de la familia del marido de Lituania, o bombones. Vi una salamanquesa que subía hasta el techo por el marco de la puerta que daba al pasillo. No dije nada. Durante muchos segundos ninguno de los tres dijo nada. La salamanquesa resbaló, cayó al suelo, empezó de nuevo a trepar por la pared, pegada al

marco de la puerta. A veces pasaba. Por un momento pensé que los tres estábamos viendo salamanquesas y ninguno decía nada. La brisa afilada de poniente se había convertido en ventolera, hacía que las copas de los árboles del jardín de Villa Eulalia pareciesen bandadas alborotadas de murciélagos.

—Podéis quedaros a dormir —dije.

Tenía un cepillo de dientes sin estrenar. Podían usarlo los dos, ¿no? Vale, podía usarlo uno, después hervirlo, y después usarlo el otro. A qué vienen esos aspavientos remilgados. Tenía pijamas limpios de sobra. Elena sonreía. Toni sonreía como si no quisiera sonreír. Debían avisar a Angi para que no se asustase al comprobar que sus padres no habían vuelto a casa a dormir. El panadero traía el pan muy temprano, también los domingos. El panadero, un chico muy guapo. Allí los desayunos eran siempre una experiencia casi paranormal. Si había bruma, iban apareciendo poco a poco, conforme crecía la mañana, la playa, la desembocadura, la otra banda, el coto, Malandar. Los tres teníamos las manos encima de la mesa, las manos entrelazadas a la altura del pecho, pero como si esperasen recibir algo. Las manos como si fuéramos monjes de clausura en el refectorio. Elena le cogió una mano a Toni y Toni se la besó. Elena me cogió una mano a mí y yo se la besé. Elena me besó la mano y le besó la mano a Toni. Dijo:

—Hay tiempo.

El tiempo. Elena se cepilla los dientes vestida solo con una camisa de pijama de hombre y con la puerta del baño entreabierta. El tiempo como un incendio con viento variable. Toni, en pijama, en el salón, con la televisión encendida. Brotes verdes, coníferas que se salvaron del fuego, algunos matorrales recientes, esparragueras, incluso alcornoques medio quemados con algunas ramas que verdean. Helechos, palmitos. Mi madre que se queja de lo lento que pasa el tiempo. Lo rápido que pasa el tiempo. Elena se mete lentamente, casi ceremoniosamente en la cama, Elena se queja como si rezase de lo húmedas que están las sábanas. Toni cierra la puerta del baño para cepillarse los dientes, quizás no solo para eso. Mi madre se pasa casi todo el día

dormida y se despierta preguntando si está cerca la Virgen. Berta le ha encontrado a saber dónde una estampa de la Milagrosa. Elena en el centro de la cama. El tiempo interminable en el centro de la cama, el tiempo que se estira y encoge en el centro de la cama. Una infusión de valeriana, de pie, en la cocina, siempre tomo una infusión de valeriana después de cepillarme los dientes, justo antes de acostarme. Muy rara vez un orfidal. Toni acostado a la derecha de Elena. Volveremos un día de estos a Malandar, volvemos con frecuencia a Malandar. Guillermo, el yerno ideal, se ha revelado muy avisado, muy meticoloso para los negocios, una combinación excelente. El tiempo como una madeja que se desenrolla más deprisa, más despacio, como si la manejara mi madre sonámbula. El brazo de Toni sobre el vientre de Elena, la mano de Toni acariciándome el brazo. Elena sabe, Elena se decide, Elena dirige suavemente. Elena a veces, a mediodía, a media tarde, llama a Toni, me llama a mí, pregunta dónde estamos. Desde el salón de su casa Elena no ve Malandar. Mi madre siempre quiere que le coja las manos. Mi madre, temblorosa, dice:

—El tiempo es largo.

Malandar

Eduardo Mendicutti

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: *Three people playing in the sea running away from the waves.* © Joaquin Quintero / Millennium Images, UK

© Eduardo Mendicutti, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-9066-514-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA **LITERARIA**



¡Síguenos en redes sociales!



